

ANGELS ALEMANY

The background of the entire image features a soft, watercolor-style illustration of a city skyline, likely New York City, with prominent skyscrapers like the Empire State Building. In the foreground, the dark purple silhouettes of a man and a woman are shown from the waist up. They are facing each other, with their arms extended and hands just inches apart, creating a sense of longing or connection. The overall color palette is a mix of soft pinks, purples, and oranges, giving it a romantic and ethereal feel.

*Donde
nos
reencuentramos*

RUBRIC

ANGELS ALEMANY

*Donde
nos
reencuentramos*

Derechos de autor © 2024 Angels Alemany

Todos los derechos reservados

Los personajes y eventos que se presentan en este libro son ficticios. Cualquier similitud con personas reales, vivas o muertas, es una coincidencia y no algo intencionado por parte del autor.

Edita: Rubric
www.rubric.es
C/ María Díaz de Haro, 13 1ª
48920 Portugalete
Tel. 944 06 37 46

ISBN: 978-84-128155-2-8
Depósito legal: BI-00153-2024

Diseño de cubierta e imágenes interiores: Daniela Triana Mejía (@primmrossedesign)

No se permitirá la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de su autor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Contenido

[Derechos de autor](#)

[Nota importante](#)

[Prólogo](#)

[-35. Ojalá estuvieras aquí](#)

[-34. Algo entre nosotros](#)

[-33. Rompiéndome por dentro](#)

[-32. Inseparables](#)

[-31. Ahora eres más fuerte](#)

[-30. Adam](#)

[-29. Un error catastrófico](#)

[-28. No esperaba sentirme así de bien](#)

[Cuaderno de Luis 1](#)

[-27. La amistad que importa](#)

[-26. La amistad que no importa](#)

[-25. Me cuesta decirle adiós](#)

[-24. El principio del fin](#)

[Cuaderno de Luis 2](#)

[-23. Los niños no pueden tener depresión](#)

[-22. Adiós](#)

[-21. Podemos hacerlo juntos](#)

[Cuaderno de Luis 3](#)

[-20. El chico del que no sabes si estás enamorada](#)

[-19. Mereces ser feliz](#)

[-18. Nunca lo he hecho](#)

[Cuaderno de Luis 4](#)

[-17. Los amigos no se acuestan](#)

[-16. Dejar de huir](#)

[-15. Adam era magia](#)

[-14. Sorpresa](#)

[-13. Estamos conociéndonos](#)

[-12. Su último año de vida](#)

[-11. Habla conmigo antes de hacer cualquier cosa](#)

[Cuaderno de Luis 5](#)

[-10. Creo que me he enamorado](#)

[-9. Buenos días, preciosa](#)

[-8. Increíble se queda corto](#)

[-7. Eres especial](#)

[-6. Eso no pasará](#)

[-5. Estoy harta](#)

[-4. Eres su novia](#)

[-3. Te quiero, mi amor](#)

[Cuaderno de Luis 6](#)

[-2. Lo que él querría](#)

[-1. Pesadillas](#)

[0. Supongo que nos veremos en breve](#)

[1. Donde nos reencontramos](#)

[2. Roto](#)

[Cartas](#)

[Epílogo](#)

[Nota de la autora](#)

[Agradecimientos](#)

[La autora](#)

[Otras obras publicadas](#)

Nota importante

ESTE LIBRO incluye contenido que puede desestabilizar tu salud mental y herir la sensibilidad. Trata temas duros y delicados como el *bullying*, la depresión y el suicidio.

La historia que vas a leer es ficción y no significa que las cosas deban suceder así. Si te sientes tentado de poner fin a tu vida, pide ayuda (a continuación, hay una lista con recursos). En ningún caso, este libro pretende justificar el suicidio.

El fin principal de esta historia es entretener, emocionar y dar visibilidad a un tema tabú. La mayoría de las veces, estos casos suceden sin que la gente de alrededor se dé cuenta de nada. No hablar de ello no es la solución.

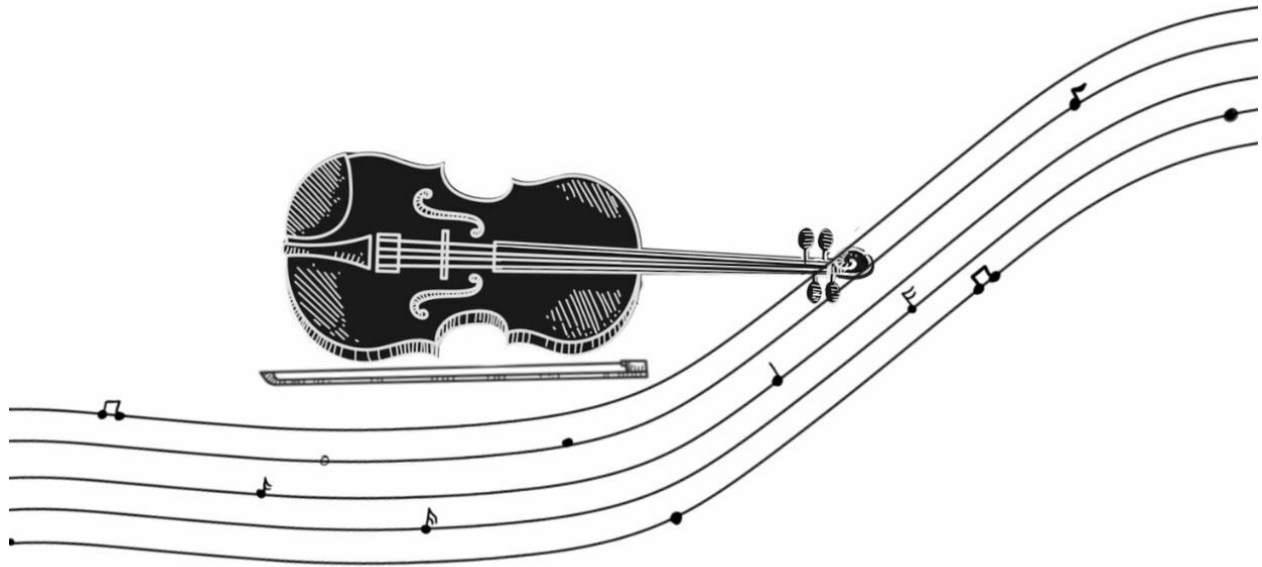
Recursos para las personas afectadas:

- Teléfono para la prevención del suicidio: 024
- Servicios de emergencia Samur y Summa: 112
- Teléfono de la Esperanza: 91 459 00 55 – 717 003 717
- Línea de ayuda a menores de la Fundación ANAR: 900 20 20 10

Recursos para familiares y allegados:

- Red AIPIS
- Asociación para la prevención del suicidio y la atención del superviviente
- Después del Suicidio – Asociación de Supervivientes

A las víctimas del *bullying*.
A las personas que sufren depresión y fantasean con la muerte.
A los que ya no están.
A mi niña interior.



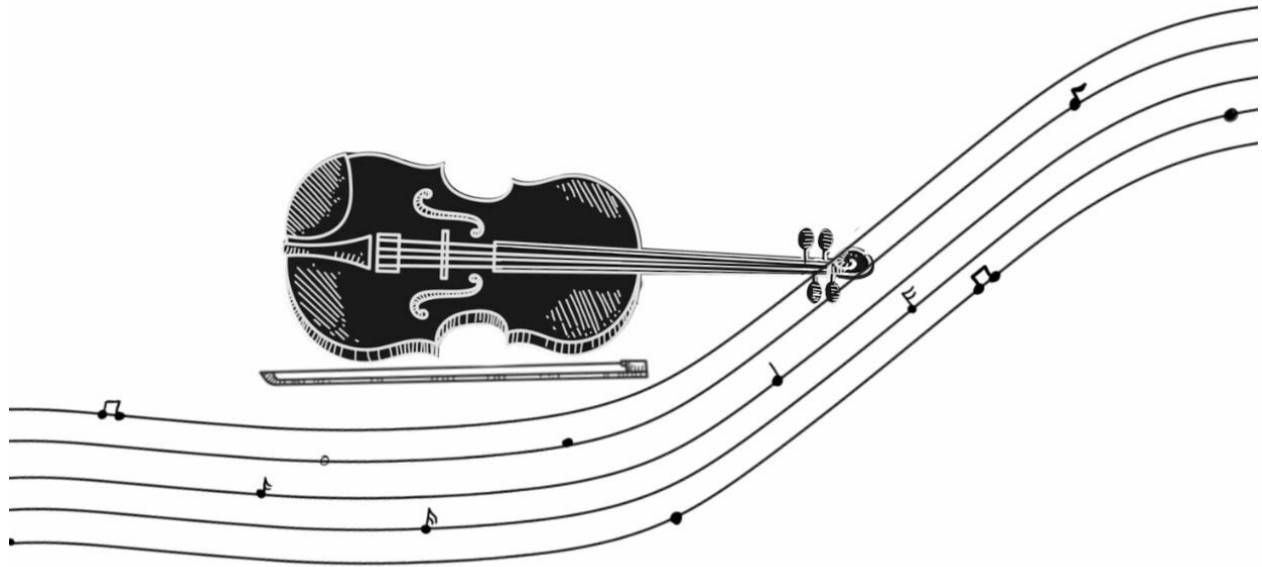
Prólogo

LA VIDA no siempre es como uno la planifica. A veces nos dejamos llevar por decisiones de último momento que lo cambian todo para siempre. Como hace unas horas. No era mi intención suicidarme, no ahora que tengo la «vida soñada».

El ajetreado mundo de hoy en día mantiene a la gente tan ocupada que se recomienda ir más despacio y estar a solas con tus pensamientos. Relajarse y dejar la mente en blanco. Yo, en cambio, necesito tener la cabeza ocupada porque mis pensamientos son demasiado oscuros. Tanto que asustan. Tanto que controlan mi cuerpo y mi mente.

Estoy rota desde hace demasiados años. Quizá por eso me he dejado llevar por las pesadillas y he terminado haciendo algo que ya no tiene vuelta atrás. Porque estoy débil para gritar y pedir ayuda. Pero la verdad es que no quiero que nadie me ayude. Lo único que necesito es dejar de sentir.

Cierro los ojos por última vez y no los vuelvo a abrir. Me dedico a ver pasar los fotogramas de mi vida a toda velocidad. Imágenes de mi infancia, de mis abuelos y de «ellos». Los recuerdos se suceden de forma aleatoria, sin ningún orden, mientras siento cómo mis mejillas se humedecen por las lágrimas. Cada segundo que pasa es un momento de mi vida que vuelvo a vivir. La alegría, el llanto, el dolor, el placer, el orgullo, el amor..., todo regresa a mí con más fuerza que la primera vez.



-35. Ojalá estuvieras aquí

2019

«TÚ PUEDES con esto, Vicky», me repetí mil veces tras apagar el motor. Al salir, cerré el coche y me dirigí con pasos temblorosos hacia el lugar acordado. No muy convencida de querer asistir, estuve a punto de echarme atrás un millón de veces. El nudo que tenía en el estómago era demasiado grande. Pero me imaginaba a Luis animándome a llevar el vestido más espectacular posible y a pasármelo en grande.

Habría sido más fácil de haberlo tenido allí conmigo, acompañándome hasta la puerta. O, simplemente, sabiendo que estaría a una llamada de distancia por si me ocurría algo. Pero ya no era una opción, y eso me obligaba a ser valiente y presentarme en la fiesta, como si nada hubiese sucedido años atrás.

Al entrar en la sala que teníamos reservada para el evento, descubrí varias caras conocidas. Algunos asistentes se giraron a mirarme, me examinaban y no me recordaban, a juzgar por cómo entrecerraban los ojos y hablaban entre ellos. Como si me hubiera colado en su evento. Odiaba ser el centro de atención y aquella situación me estaba superando, así que deshice el contacto visual con aquella gente y me obligué a dar unos cuantos pasos más para buscar un lugar apartado en el que nadie me molestara. Hasta que una chica que reconocí al instante me saludó, deteniendo mi marcha.

—¡Vicky! Madre mía, cómo has cambiado, ¿no? Estás genial, me alegro de que hayas venido. Nosotras estamos ahí —se giró y señaló hacia un grupito de varias personas, entre las que se encontraban mis amigas de toda la vida—. Ve a pedirte algo y luego únete, ¿vale?

Nos sonreímos, ella regresó con los demás y mandé una orden a mis pies para que me llevaran hasta la barra. Pedí un agua con gas y una rodajita de limón al camarero y esperé mientras lo preparaba.

—Normalmente te entraría a saco, pero esto es una fiesta privada, ¿sabes?
«Esa voz, joder».
Me giré y disfruté viendo cómo su semblante iba cambiando al reconocirme.
«Punto para mí».
—¡Me cago en la puta! ¿Vicky?
Asentí con la sonrisa más triunfal que había dibujado jamás. Me encantaba eso.
—Cóbrame a mí lo tuyo —le indicó al camarero al ver que me entregaba la bebida.
—Muchas gracias, Samuel —pronuncié con sorna, girando sobre mis talones para huir de él, y busqué a las chicas para reunirme con ellas.

Saludé a demasiadas personas para mi gusto, demasiados besos y abrazos, demasiados olores diferentes y mezclados entre sí, demasiados pares de ojos puestos en mí y, lo peor, demasiadas preguntas acerca de lo que había estado haciendo todos esos años. Recibí algunos cumplidos sobre mi nuevo aspecto, pero no podían sonarme más falsos. Sí, estaba más delgada porque iba al gimnasio y cuidaba mucho mi alimentación, el pelo era más largo y algo más oscuro, el flequillo caía de lado, había mejorado mi maquillaje y mi vestuario. Pero sus palabras solo me indicaban que antes no les gustaba y no lo expresaron.

Odiaba hablar sobre mí. Y en ese caso más, porque me hubiera encantado tener un relato a su altura, pero no había nada que contar. Decidí centrarme en mis estudios y mi trabajo para alejarme de los temas sociales. Al no encontrarse la clase de información que deseaban oír, empezaron a hablar de otras cosas, por suerte. Recuerdos del cole, de los profes y anécdotas graciosas se llevaron el peso de la conversación. Y yo me dediqué a escuchar y reír, que era lo mío. A eso y a tragarme todas las emociones que no pude evitar sentir. Solo deseaba poder distraerme un rato y pirarme de ahí cuanto antes. Dejar de ser el centro de todas las miradas y desaparecer de sus vidas otra tanda de años.

Pesqué algunos canapés al vuelo, pedí una copa de vino rosado y, cuando ya estaba más que aburrida, decidí que ya «había cumplido» con ese acto social. Me despedí del grupito con el que estaba hablando y puse rumbo a la salida.

Una vez fuera, en la puerta, el humo de algún cigarrillo me golpeó en la cara, pero una voz, esa voz, me detuvo de nuevo.

—¿Te vas ya, Vicky?

—Sí. Adiós, Samuel —murmuré sin tan siquiera mirarlo.

Siempre había sido un nombre que me gustaba pronunciar, sonaba meloso. Pero en aquel momento no me produjo nada. Era solamente un nombre como cualquier otro.

—Espera, joder —me rogó, deteniendo mis pasos con su mano alrededor de mi codo.

Mis ojos hostiles recorrieron mi propio brazo hasta esa articulación que él había decidido rozar, tocar y sujetar con fuerza. Al percatarse de mi reacción, me soltó y parecía excusarse con la mirada. Pero yo no estaba dispuesta a perdonarle nada y eso se reflejaba en mi rostro, en mi postura y en todo mi cuerpo.

—Llevo toda la noche queriendo hablar contigo...

—¿Para qué? —lo corté. No me interesaba nada que viniera de él.

—Quería disculparme por todo lo que hice.

—Ya, claro... —escupí con desdén.

—Te debo un beso —soltó como si nada, y me dejó tan confundida que no me enteré de cómo me agarró por el cuello y estampó su boca contra la mía.

No era como imaginé que sería un beso suyo cuando tenía catorce años y estaba loca por él.

Siempre pensé que, si ese momento llegaba a producirse alguna vez, sería mágico y despertaría mil sensaciones en mi cuerpo. Pero, claro, llegó demasiado tarde y entonces fue como lamer un cartón. Un cenicero, más bien.

Me separé y extendí los brazos frente a mí para poner distancia.

—¿A qué coño viene esto? —demandé ofendida.

—Te lo debía.

—No tengo catorce años, no me debes nada —le reproché—. ¿Qué pasa contigo? ¿Ahora que ya no soy «la gorda» quieres liarte conmigo? ¿Y si yo ya no quiero?

—Yo... pensé que...

—Adiós, Samuel.

—¡Me gustabas!

—¡¿Cómo?! —exploté, incapaz de contener toda la rabia que sentía.

Alcé las cejas hasta el infinito porque he de reconocer que ese cambio de guion no me lo hubiera esperado nunca. Tenía que ser una broma. De hecho, lo primero que pensé fue que quería seguir humillándome. Que, de repente, diría que era mentira, me reclamaría que cómo podía creer que yo le gustara a alguien y aparecerían sus amigos para reírse de mí hasta hacerme llorar.

Pero no, fue peor.

—Era consciente de que yo te gustaba y te pedí ayuda a ti porque sabía que no te ibas a negar.

—¡Ah, perfecto! Te aprovechaste de mí.

—Déjame acabar —me suplicó, y su mirada parecía desesperada—. Sí, quizá al principio me aproveché un poco, pero luego empecé a sentir algo. Habíamos creado un clima muy íntimo y me sentía muy a gusto contigo. Pensé que estaba confundiendo las cosas y... el último día estuve a punto de besarte.

—Y algo muy importante te hizo cambiar de opinión —conjeturé de manera irónica.

Samuel se frotó la cara con ambas manos. Le costaba mucho tener esa conversación y no sé por qué me quedé a escuchar el final. No me iba a gustar nada. Si mi imaginación estaba en lo cierto, era más cabrón de lo que pensé.

—Quería hacerlo, quería besarte. Pero... me acojoné.

—¡Venga ya! —protesté incrédula—. No era la primera vez que lo hacías.

—No eras mi tipo y no sabía qué me pasaba contigo. Pero me asustaba comprobar que había algo de verdad. Porque, entonces, todo hubiera sido más difícil.

—Ah, ya entiendo... Que te daba vergüenza que te vieran con la gorda —adiviné, dotando mis palabras de todo el desprecio que pude reunir—. ¿Cómo iba a salir Samuel Blanco conmigo? Con la...

—Basta.

—... gorda.

—Para, joder. Sí, me daba vergüenza que mis amigos lo supieran. Por eso decidí detenerlo antes de hacernos daño. Porque no quería jugar contigo ni crearte ilusiones.

—Eres idiota, Samuel. ¿Y el día de la playa?

—Fue una puta encerrona. Me jodía lo mal que se portaba todo el mundo contigo, pero yo tenía que disimular y hacer ver que me dabas asco cuando era todo lo contrario.

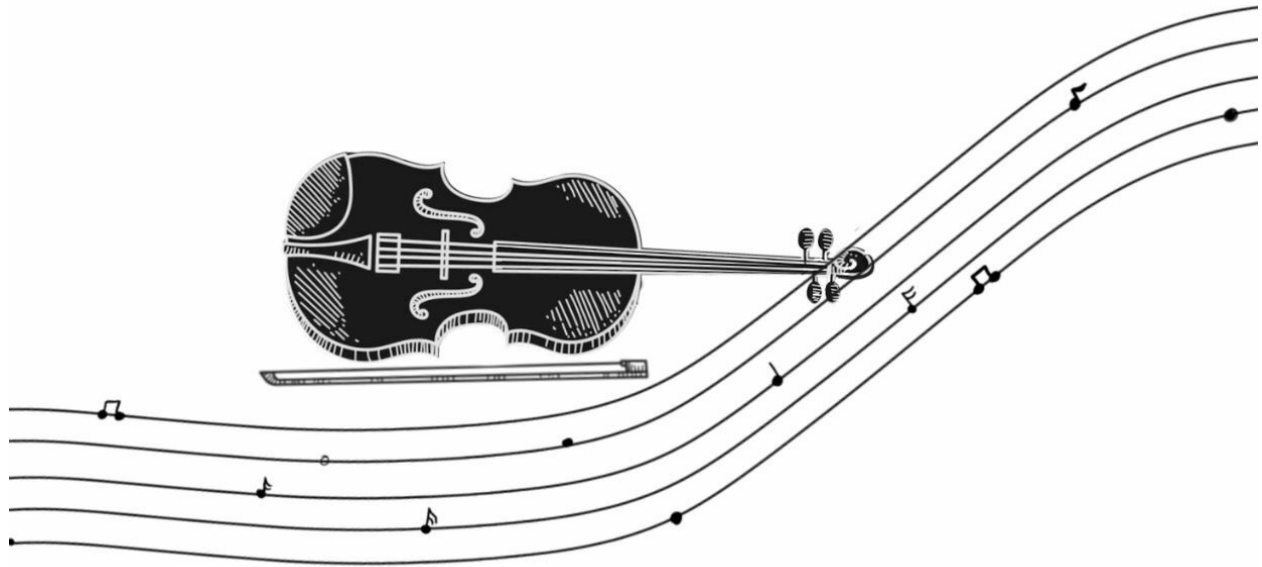
—Pobrecito, ¿lo pasaste mal?

—No busco tu compasión. Solo quiero explicártelo todo. Si te hubiera besado aquel día delante de todos, me hubiera costado controlarme, todos se habrían dado cuenta...

No quería seguir oyendo más y emprendí mi marcha hacia el coche con una sensación muy extraña en el pecho. Quería llorar, pero no me salían lágrimas. Una vez que me encerré en el vehículo, pegué un grito que asustó a una pareja que pasaba por al lado.

«Puto Samuel. Pensaba que, después de tantos años, esto ya estaría superado».

La angustia se apoderó de mí y solo podía pensar que, ojalá, Luis estuviera en casa, porque lo necesitaba más que nunca.



-34. Algo entre nosotros

2005

SAMUEL era, en mi opinión, el chico más guapo de todo el instituto. Según mis amigas eran Javi o Mateo, los más populares, los que provocaban desmayos con una sola sonrisa fueran donde fueran. Pero Samuel era especial. Nos conocíamos desde primaria, aunque nunca fuimos amigos. Él iba con los populares y estaba en el equipo de fútbol, algo que en el patio del cole era como «la élite». ¿Había alguien que no los conociera?

Siempre sacó buenas notas, era respetuoso y atento. Cuando alguien recibía un balonazo, siempre se preocupaba y se aseguraba de que ese niño o niña estuviera bien. En algún momento me empezó a parecer encantador.

Tenía el cabello casi negro y los ojos eran como los anillos de la *Súper Pop*, que cambiaban de color según el estado de ánimo. Me fascinaba verlos cambiar de tonalidad, alternando entre marrón, gris y verde. Era perfecto.

A los doce empezó a gustarme y me fui fijando más en él, pero no me di cuenta hasta los trece, cuando caí rendida sin darme cuenta. Para los catorce ya estaba enamorada hasta las trancas. O en esa época yo pensaba que eso era estar enamorada. Pero ¿qué iba a saber yo a esa edad?

Un día, al salir de clase mientras aún cursábamos segundo de la ESO, se acercó a mí y llamó mi atención con un dedo sobre mi brazo. Me giré de inmediato, esperando encontrar a alguna amiga, y no sé qué cara puse cuando me encontré con sus ojos pequeños y grisáceos observándome.

—Victoria, tú sabes de música y eso, ¿no?

Si hubiese sido otro chico, alguien que no me importase en absoluto, me habría reído en su

cara. Yo tocaba el violín, iba al conservatorio. «Saber de música y eso» se quedaba un poco corto.

Pero era Samuel y seguía impactada por el hecho de que estuviera hablándome a mí.

—Sí, algo sé —respondí de manera escueta, sintiendo un calor que se arremolinaba en mis mejillas.

—¿Podrías... ayudarme?

Fruncí el ceño porque no entendía muy bien su petición, aunque posiblemente estuviera clarísima.

—¿A qué?

—Necesito aprobar Música. Se me da fatal.

—Vale, claro.

Respondí demasiado deprisa, lo sé. No pensé en nada más que en estar los dos juntos en una mesa y verlo leer notas. Seguro que iba a estar *supersexy*. ¿Debería haberme hecho la dura, decirle que estaba muy ocupada o inventarme cualquier otra excusa? Por cómo cambió mi vida a raíz de aquel simple favor, sí, debería haberme negado. Aunque es bastante probable que, si volviera atrás, tomaría las mismas decisiones. Mi vida está plagada de errores, pero algunas consecuencias han valido la pena.

Dos días después llamé al timbre de su casa. Su madre, la directora del instituto, me abrió y me miró de arriba abajo como tratando de recordar dónde me había visto anteriormente.

—Hola..., directora Bernal, Samuel me dijo que viniera hoy a las cinco.

—¿Eres amiga de Samuel? —cuestionó con una ceja levantada.

—Hombre, amiga...

—Es una compañera de clase, mamá —oí decir a Samuel desde alguna parte del interior.

—Vengo a ayudarle con Música, me ha comentado que no es su fuerte —expresé con miedo de meter la pata.

—Ah, ya... —comentó apartándose de la puerta e indicándome que pasara con la mano—. Si le dedicara la misma atención que al fútbol, se le daría genial.

—¡Mamá! —Samuel apareció tras una puerta y casi me da algo. Parecía que se estaba cambiando la ropa y salió con la camiseta a medio poner.

Su madre se rio y nos dejó solos en mitad del pasillo. Él de pie, apoyado en el marco de la puerta de lo que supuse que era su habitación. Yo, disimulando como podía que haberle visto parte del pecho y el abdomen no me había afectado para nada.

—Pasa, Victoria.

—Vicky.

—¿Qué?

—Vicky, no Victoria.

Su habitación olía como la de mi hermano Rodri cuando aún vivía en casa. Hacía años que se había largado y yo era aún muy pequeña, pero era un olor imposible de olvidar. Olor a «guarida». Se notaba que había hecho un esfuerzo en ordenar un poco antes de que yo llegara, aunque quedaban algunas montañas de ropa, libros y mochilas sobre la cama. No podía decir gran cosa porque yo tampoco era la persona más ordenada del mundo en aquella época y siempre me quejaba de no encontrar las partituras.

Tanto ese día como los otros nueve que fui a su casa sentí que iba cayendo un poco más en sus redes. Recuerdo mi dedo índice señalando cada nota para que él fuera pronunciando su nombre con la duración adecuada, su aliento bañando mi hombro y sus ojos mirándome

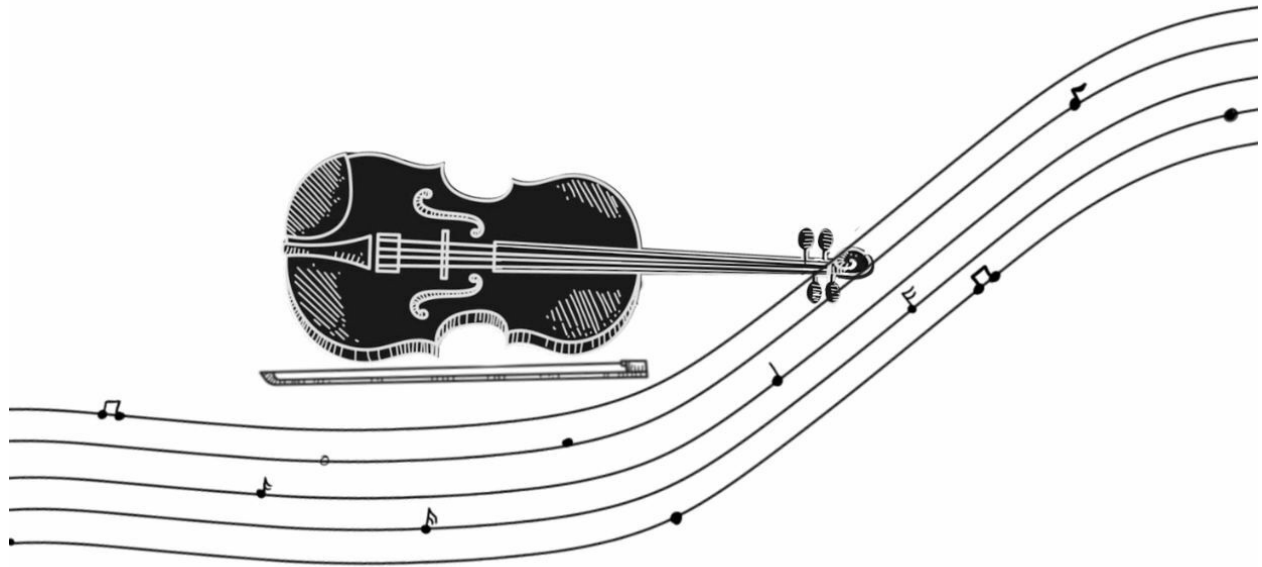
expectantes cada vez que le explicaba algo.

Me hice ilusiones, muchas, porque sentía algo entre nosotros. Él parecía encontrarse a gusto a mi lado y el tiempo volaba. Esas cosas se notan, ¿no? Cuando hay química lo sabes. Pero... con él no iba a ser tan simple la cosa.

Cuando, finalmente, decidí que ya sabía lo que tenía que aprender y solfeaba con bastante agilidad para no ser músico, le comenté que ese sería el último día. Me dolió porque iba a dejar de verlo a solas y de compartir con él esos momentos tan íntimos y especiales a los que yo ya era adicta. En ellos, él no era Samuel Blanco, solo era un chico normal al que se le daba fatal la música y yo era alguien a quien él parecía admirar de algún modo.

Creí ver algo parecido a la decepción cuando supo que no iba a volver, aunque quizá fue mi imaginación. Él agarró el pomo de la puerta con firmeza para que pudiera salir de la habitación, pero se detuvo unos segundos, como si se estuviera debatiendo entre decirme algo o no. Su respiración cambió y el aire a nuestro alrededor empezó a escasear. Las mariposas que habían anidado en mi estómago se revolucionaron de repente al verlo tan tenso y con su mirada fija en mis labios. Pero duró tan poco que me obligué a creer que no había ocurrido de verdad.

Finalmente, abrió, se apartó y se despidió de mí como cualquier otro día.



-33. Rompiéndome por dentro

2005

NUNCA MÁS volví a intercambiar dos palabras con Samuel y él aparentaba no haberse relacionado conmigo en su vida. Así aprendí que no podía hacerle ningún favor a alguien solo porque me gustase.

Un tiempo después, y por culpa de la mala costumbre de Mati de hablar cuando no debía, una amargada que me tenía ojeriza le hizo saber que estaba coladísima por él. Sabía que iba a hacerlo. Se lo comunicó mientras estaba rodeado de sus amigos. Yo me encontraba en la otra punta del patio, pero lo contemplé desde la distancia. Todos se rieron, él me buscó con la mirada y luego hizo algún comentario que pareció agrandar a sus colegas, a juzgar por su reacción. Ella me observaba con una sonrisa malvada, satisfecha por lo que acababa de provocar. Me obligué a tragarme la vergüenza y la ansiedad que empezaba a sentir y a hacer como si nada. Como si no fuera verdad y la otra se lo hubiera inventado todo. Fingir que Samuel Blanco no era nadie para mí, algo que no coló.

A partir de ese día, fui al instituto todas las mañanas con la sensación de que algo malo iba a pasarme. Esperaba constantemente una humillación que no llegaba, no todavía. Ciertamente, oía los comentarios despectivos y las bromas sin gracia de algunos amigos suyos. Era imposible no sentirme observada ni oír cómo cuchicheaban a mi alrededor.

Y el miedo se intensificó.

El instituto se volvió un lugar hostil y poco seguro, como un tiempo después aprendí que esa era mi forma de ver el mundo en general. No quería ir y siempre exageraba cualquier síntoma para provocar un mínimo de lástima en mi madre, suficiente para que se apiadara de mí. A veces funcionaba, otras no. Pero lo que sí está clarísimo es que eso sembró algo en mí que nunca iba a desaparecer. El origen de todo.

Unos días después de terminar el curso, era el cumpleaños de Luci y quiso celebrarlo por todo lo alto, así que las chicas nos reunimos en su casa y nos pusimos ciegas de *pizza* y palomitas mientras veíamos unas películas que habíamos alquilado en el videoclub.

Luci vivía en Portals Nous, en un chalet cercano al mar. Por ello, después de nuestra fiesta particular, decidimos salir a dar una vuelta por la playa y casualmente nos encontramos con unos chicos de clase que estaban haciendo lo mismo que nosotras, celebrar un cumpleaños.

Sin darme cuenta, me vi metida en un corro en la arena con todos ellos. Yo, que en esa época era lo más tímido que había existido jamás, me dediqué a escuchar la conversación que los demás mantenían, sintiéndome cada vez más excluida. Y, no teniendo bastante con eso, decidieron que sería guay jugar a algunas cosas.

Un escalofrío me recorrió entera al ser consciente de qué significaba «guay» para ellos, ya que lo que parecía ser un pasatiempo divertido era una pesadilla para mí. Mi cerebro empezó a bloquearse y odié esa ansiedad que había desarrollado porque me volvía incapaz de encontrar una excusa para escaparme de allí y llamar a alguien para que viniera a buscarme. Hasta que...

—Samuel —oí que se dirigían a él—, tienes que... besar a... —los latidos de mi corazón se aceleraron tanto que temía que los demás los oyeran y creo que empecé a sudar— ¡a Vicky!

—¡Los cojones! —protestó él sin ni siquiera atreverse a mirarme. Yo estaba paralizada. La idea me parecía tan mala como a él, aunque los motivos fueran diferentes. Yo deseaba que lo hiciera y todos allí eran conscientes de ello. Seguramente por eso les pareció gracioso proponérselo como reto. Pero nunca así, por un juego, delante de todos. Él no quería porque le daba asco y punto. No utilizó esas palabras, pero me quedó clarísimo que antes se dejaba comer por una manada de leones hambrientos que besarme.

Empezaron los gritos y las risas. Yo me quedé observando con los ojos brillantes cómo discutían unos con otros.

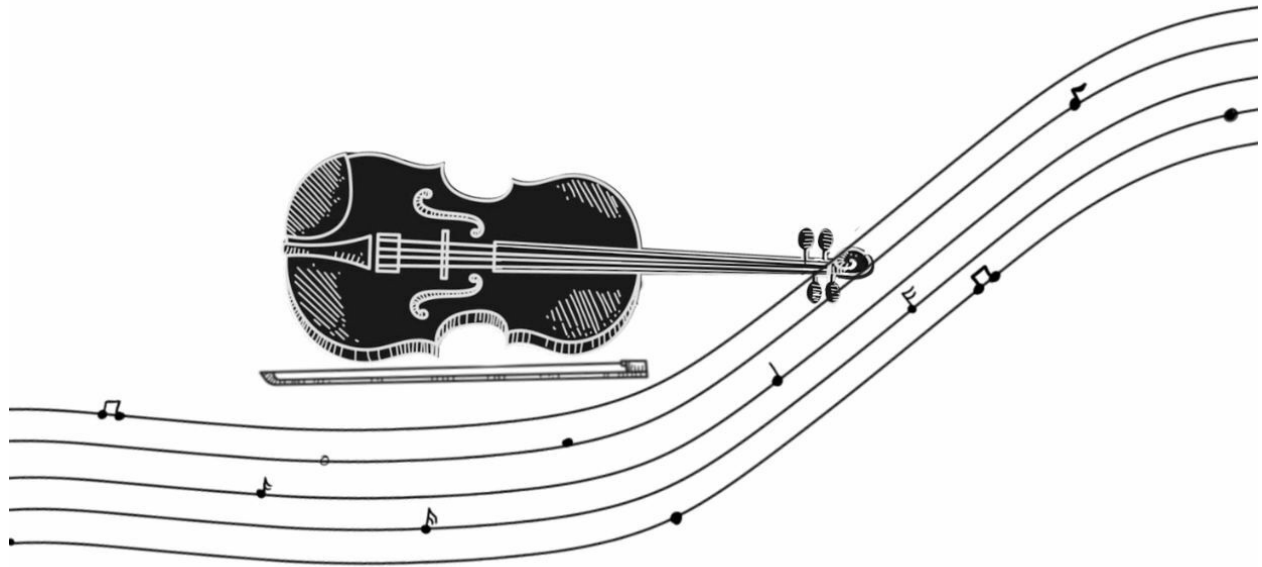
«Son las normas del juego».

«Sois unos cabrones, lo habéis hecho a posta».

Todo como si yo no estuviera ahí delante, rompiéndome por dentro, mientras un dolor en el pecho me dejaba sin aire. No pude ni reaccionar.

Recuerdo que él me miró en alguna ocasión como si fuera una mierda de perro que acababa de pisar y se enfadó tanto con sus amigos que se piró pegando gritos. Yo empecé a notar mis mejillas húmedas y me daba tanta rabia que me las limpiaba a manotazos. Las chicas me rodearon e intercambiaron algunas frases con ellos, pero yo ya no oía más.

Alguien decidió que el juego había acabado y que era hora de volver a casa. Puede que fuera Luci. O Tami. O incluso Mati. No me acuerdo, pero fue una de mis amigas. Una de las que, en esa época, todavía me defendían y apoyaban por encima de todo, como suelen hacer las amigas. Algo que pensé que iba a ser así para siempre.



-32. Inseparables

2005

ASÍ ES como creía que era la vida en aquel momento: sufrimiento, aceptación y fuerza para tragarte las emociones. Que nadie iba a detenerse por mí, por escucharme, por hacerme sentir mejor, por acompañarme en ese duro camino. Lo que me pasaba a mí era asunto mío y yo tenía que resolverlo sola, sin pedir ayuda porque nadie me iba a socorrer. Todo el mundo estaba ocupado con sus cosas y lo mío era una tontería de críos.

Dos días después, fui a casa de mis abuelos. Me hizo croquetas con boniato frito y natillas de postre. Normalmente disfrutaba de las comidas que ella me hacía, pero ese día ninguno de mis platos favoritos me hizo sonreír.

Ella y mi abuelo me observaban mover la comida de un lado a otro con el tenedor, llevándome algún trozo a la boca de vez en cuando y tardando mucho más en vaciar el plato de lo normal. Sintiendo cada caloría de ese menú como un kilo más en mi cuerpo. Porque ese era el problema, ¿no? El peso excesivo no era atractivo. Es más, era desagradable. Si hubiese sido delgada, Samuel se habría fijado en mí.

Es una lástima cómo los comentarios de gente con la que no mantienes ningún tipo de vínculo y que no tiene ningún interés en ti pesan tanto en la autoestima de los adolescentes. Pero cuando toda tu vida se centra en el mensaje de que «no eres importante» el impacto es aún mayor. Cuando creces con esas ideas, como lo hice yo, es muy difícil modificarlas incluso de adulto. Desde siempre me vi poca cosa, tanto en casa como en el instituto. No tenía el cuerpo de las demás, ni la simpatía de las demás, ni mi familia tenía el dinero de las demás.

Cuando era niña solo veía que tenía un grupo de amigas con las que me sentía a gusto. De adolescente, era alguien que cada vez encajaba menos en su grupo y que se sentía fuera de lugar. Ellas eran guapas y habían dado su primer beso —incluso algunos más—, solían bromear con los

chicos guapos y hablaban de cosas que yo no había sentido nunca. Cosas que ya por aquella época pensaba que jamás sentiría porque nunca ningún chico se fijaría en mí.

—¿Ocurre algo, cariño? —se interesó mi abuela, y yo levanté la vista hasta sus pequeños ojos, los cuales me observaban con mucha ternura tras sus enormes y viejas gafas.

Deslicé mis pupilas hasta el otro lado de la mesa para comprobar que mi abuelo me miraba exactamente igual que ella. Suspiré.

—Nada.

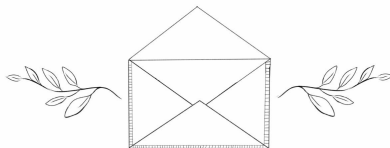
—Está bien. Sabes que puedes contar con nosotros para cualquier cosa, ¿verdad, cielo?

Asentí y se me formó un nudo en la garganta que me impedía seguir comiendo.

—Es que... —empecé, pero me avergonzaba tanto de mí misma que no sabía qué explicarles.

Ellos eran dos de las personas más importantes de mi vida. Los que me habían criado en casi un ochenta por ciento. Mis padres siempre habían trabajado mucho porque el dinero no les sobraba. Ella era camarera de pisos en un hotel de Palmanova y, cuando este cerraba, limpiaba casas, oficinas y todo lo que le saliera. Él era fontanero autónomo y no podía permitirse cerrar. Incluso trabajaba todos los festivos para atender urgencias porque cobraba más. De modo que me pasaba muchísimas horas con mis abuelos y por eso tenía mucha más confianza con ellos que con mis progenitores.

Sin darme apenas cuenta, las palabras empezaron a salir de mis labios, acompañadas de algunas lágrimas, hasta que exploté y empecé a soltar frases inconexas y sacando todo lo que llevaba años consumiéndome. Les hablé de Samuel, de mis complejos e inseguridades y de esa ansiedad que desde hacía varios meses me invadía cada vez que entraba en el instituto. Así como de lo invisible que me sentía en mi propia casa.



Tras una hora de sobremesa, salí de casa de mis abuelos y tomé las escaleras para subir al piso de arriba. Hacía rato que había dejado de llorar, pero debía de llevar un cartel en la frente indicándolo por la cara con la que me observó Manuela al abrirme la puerta.

—Luis está en su cuarto, pasa.

Recorrí el pasillo hasta la habitación de mi mejor amigo y entré tras golpear la puerta con los nudillos al ritmo de lo que considerábamos como nuestra «contraseña». Un código que solo usábamos entre nosotros.

No tardé ni un segundo en oír como me invitaba a pasar y entré. Estaba jugando a una partida del Tekken que pausó por mí. Para saludarme. Se puso de pie y me abrazó. Él también debió de percibir algo en mi expresión que no le gustó, porque tardó más de lo normal en separarse de mí.

Tras un momento que me pareció eterno, se apartó lo justo para analizarme, le sonreí dándole las gracias en silencio y él volvió a sentarse sobre su cama. Yo me descalcé y me senté a su lado, con la espalda apoyada en la pared y las rodillas apuntando al techo.

—¿Qué ha sido esta vez? —preguntó mientras apagaba la consola y se giraba para verme de frente.

—Ya te he hablado de Samuel en alguna ocasión...

—Dime que no estás así por ese idiota.

Hice un mohín como respuesta y él resopló con mucha rabia en los ojos.

—Sé que no soy guapa, ni estoy buena, que estoy gorda...

—Para, Vicky...

—... pero ¿tanto asco doy? Dime, a ver, tú, que eres un chico.

—Estoy cansado de tener esta conversación contigo. Ese tío debería sentirse afortunado de que una chica como tú se fijara en él.

—Dices eso porque eres mi amigo.

—No, lo digo porque...

—¿Porque...?

Lo vi sacar una tonelada de aire de sus pulmones y clavó sus ojos en mí de una manera que me estremeció.

—Porque es verdad.

—¿Tú podrías fijarte en alguien como yo?

—Si ese alguien vale la pena, sí, podría —respondió tras unos segundos de silencio en los que yo había dejado de respirar sin darme cuenta.

El ambiente se llenó de algo que en aquel momento no pude definir y di gracias al cielo cuando su madre lo interrumpió para traernos la merienda.

Dejó una bandeja con unas galletas raras que hacía ella, uvas, cacahuetes tostados y dos vasos grandes de batido de plátano y mango sobre su escritorio sin quitarme la vista de encima. Me observaba como una madre debería mirar a su hija cuando sospecha que algo le ocurre. Una mirada que nunca nadie me dedicó en mi propia casa.

—¿Quieres que te traiga algo más? —ofreció con naturalidad y cercanía, como solía hablarme siempre ella.

—Está perfecto, Manuela, gracias.

—¿Vas a quedarte a cenar?

—Mis padres vendrán a recogerme dentro de una hora.

—¿Quieres que llame a tu madre? Puedo decirle que yo te llevo luego.

—¿Harías eso? —quise saber, con un brillo de esperanza bailando en mis pupilas.

Ella asintió y aseguró que se encargaría de todo. Respiré aliviada, sintiéndome en paz por un momento.

Luis atacó el plato de galletas y me lo ofreció para que cogiera yo también. Agarré una y me quedé mirando cómo mis dedos la sostenían. Lo único que pensaba en ese momento era que me encantaba que Manuela fuera nutricionista, ya que sus meriendas no me harían engordar. Y eso me llevó de nuevo a lo que había ocurrido tan solo dos días atrás.

—¿Recuerdas que te hablé del cumple de Luci? —arranqué alzando la vista hacia él, que tenía sus ojos fijos en mí.

Lo vi asentir y empecé a temblar. Dejó el plato de galletas de nuevo en su sitio y volvió a sentarse junto a mí. Sentí su mano sobre la mía y nuestros dedos se entrelazaron. Las primeras palabras salieron sin dificultad, y un nudo en mi estómago se iba haciendo cada vez más grande. Él se dio cuenta y me acomodó la cabeza en su hombro. Nuestras manos se soltaron porque las suyas se centraron en abrazarme, dado que era lo que yo necesitaba en ese momento y resultaba genial tener a alguien cerca así de pendiente.

Luis era mi mejor amigo y teníamos una relación tan especial que casi nadie entendía. Mis hermanos se burlaron durante años diciéndome que éramos novios. Mis amigas opinaban que era raro. Mis padres ni siquiera eran conscientes del nivel de confianza que alcanzamos. Pero él y

yo, desde que éramos tan solo unos críos que no sabían ni sumar, fuimos inseparables.

Nos veíamos cada vez que iba a visitar a mi abuela, durante las noches hablábamos por unos *walkies* hasta quedarnos dormidos, pasábamos horas en el Messenger... A veces, incluso, sus padres me llevaban con ellos a sus planes si yo estaba por allí y no tenía nada que hacer. De hecho, fui más veces a la playa o al cine con ellos que con mi propia familia.

—¿Y tus padres qué dicen? ¿No has pensado en pedirles que te cambien de instituto? Quizá podrías venir al mío. Hay idiotas, como en todos lados, pero la mayoría somos muy majos.

Me reí un poco porque su última frase me hizo gracia. Pero me apagué enseguida.

—Supongo que primero deberían dejar de mirarse el ombligo.

—¿A qué te refieres?

—Pues a que mis abuelos se han dado cuenta, tú lo has sabido nada más verme y tu madre también... Llevo dos días en casa encerrada en mi habitación y para ellos parece que es lo más normal del mundo.

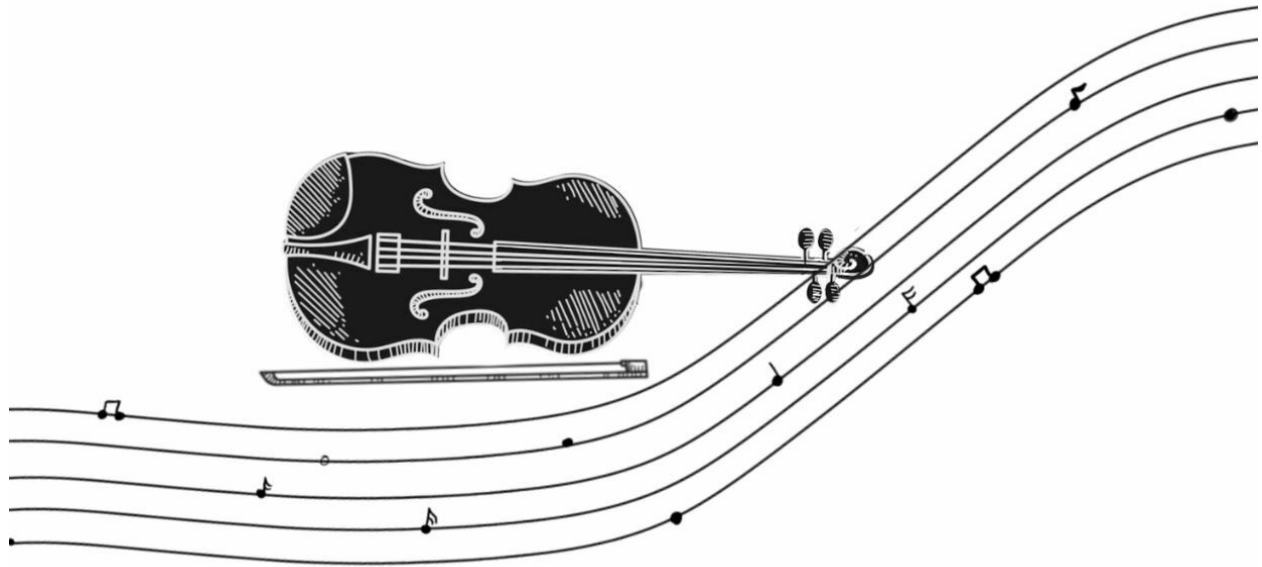
Aquella fue la primera vez que verbalicé esa idea en voz alta. La primera vez que tomé consciencia de la magnitud del asunto, de lo que suponían las grietas existentes en la relación con mis padres. Cuando las deficiencias y carencias de su crianza se mostraron ante mí de manera tan evidente que ya no podía ignorarlas más. Algo que fue cobrando importancia a partir de aquel momento.

Siempre me consideré hija única, a pesar de tener dos hermanos mayores. Porque, en la práctica, llevarme doce y quince años con ellos no me permitió beneficiarme de ninguna de las ventajas de crecer en una familia numerosa. Ambos se fueron a estudiar fuera y se emanciparon a los dieciocho. Con Rodri al menos estuve conviviendo unos seis años, pero de Miguel apenas tengo recuerdos.

Mis padres se casaron de penalti. Nadie daba un duro por ellos y ahí siguen. A los tres años, nació Rodri y, aunque el entorno siguió preguntando si iban a por la niña, ellos insistían en que no, que con dos ya era suficiente y que no eran precisamente millonarios. Nunca cambiaron de opinión, simplemente... hubo un accidente y llegué yo de rebote cuando mi madre ya estaba más cerca de los cuarenta que de los treinta. Vamos, que los pilló mayores y cansados. Mayores para aquella época, quiero decir.

Sé que no es algo que tuviese que ver conmigo ni con su edad porque a mis hermanos los criaron igual y por eso se largaron en cuanto pudieron. Pero Rodri y Miguel se tenían el uno al otro, yo estaba sola. Sola, con unos padres que no me prestaban atención, que no me escuchaban y que se preocupaban lo justo para llevarme al médico si me encontraba mal. El afecto escaseaba y la inteligencia emocional brillaba por su ausencia.

Esa noche, después de una tarde entera de Tekken con Luis, de compartir una cena con una familia que comía mientras hablaba de sus cosas, de sentirme querida por esa gente a la que yo empecé a considerar como «mi familia de corazón» porque se interesaban por mí como si fuera una más, y de un viaje en coche cantando los éxitos del momento, lloré en mi cama hasta bien entrada la madrugada sin que nadie me ayudara a calmar ese llanto.



-31. Ahora eres más fuerte

2019

NO QUERÍA admitirlo, pero el beso de Samuel removi6 demasiadas cosas. Aunque no lo sentí placentero, fue como un viaje al pasado, y eso era algo que no me gustaba mucho: recordar. Porque había momentos muy oscuros en mi vida que tardé años en borrar de mi disco duro y en un segundo volvió todo como una película a cámara rápida.

Hacía demasiados años que ese idiota había dejado de gustarme. No sabía qué le había visto en su momento, porque era de las pocas que lo veía de ese modo. Siendo popular, tenía su público, pero no tanto como algunos de sus amigos. Era mono y tenía unos ojos preciosos, algo que siempre fue mi debilidad. Era muy educado y bastante respetuoso, aunque en algún momento se cansó de serlo.

Y, sinceramente, los años no le habían sentado demasiado bien. Me quedé con las ganas de soltárselo porque él estaba tan impresionado con la «nueva Vicky» que yo solo podía pensar en devolverle poco a poco todo el daño que me hizo. Luego recordé que yo, por suerte, había madurado mucho en ese aspecto y no tenía sentido perder ni un segundo de mi vida con él.

El móvil vibró y descubrí que me habían añadido a un grupo llamado «Eternos del 2009». Me eché a temblar. Fui directa a ver la *info* del grupo para comprobar quiénes eran los participantes. No tenía ninguno de los números, salvo el de Tami, que había contactado conmigo para la cena de la semana anterior. Pero cotilleando las imágenes me encontré con más de treinta personas que estudiaron conmigo. Con algunos de ellos jamás intercambié ni dos palabras.

Volví a la conversación porque parecía echar humo.

Número desconocido:

Chicos, el domingo 27 hago una comida en Alcanada para quien quiera venir. Tenéis hasta

el 20 para confirmar. Creo que podemos poner unos 5 € por cabeza y yo mismo me encargaré de la comida y la bebida.

Luego pasé un montón de mensajes de gente confirmando asistencia y haciendo peticiones especiales de lo que querían. Que si tortilla sin cebolla, que si patatillas campesinas, que si refrescos zero... Aquello parecía la carta a los Reyes Magos. Pero seguía sin saber quién demonios hizo la propuesta. Dudé si preguntar o callar porque me importaba una mierda y no pensaba ir, hasta que vi que alguien le preguntaba a Samuel si estaba seguro de querer hacerlo.

Samuel...

«Ni de coña. Paso».

Estaba por salir del grupo porque no sabía quién me había añadido y no tenía ningún interés en hacer planes con esa gente que tanto daño me había ocasionado en el pasado. Menudos hipócritas todos. Pero, de repente, me entró un nuevo mensaje privado.

Número desconocido:

Vicky, soy Samuel. Espero que no te moleste que te haya agregado al grupo. Estuve hablando con tus amigas y me comentaron que les gustó verte el otro día. ¿Te apetece venir a la comida?

Aquello no podía estar ocurriendo.

Yo:

No. No voy a ir.

Samuel:

Me gustaría que lo hicieras.

Yo:

Olvidame.

Tiré el móvil sobre el sofá y me largué a la cocina para hacerme unas palomitas al micro con las que acompañar la película que estaba a punto de ponerme. Oí cómo sonaba sin parar hasta que el maíz empezó a explotar y me centré en ese olor tan característico que me hacía salivar del gusto. Cuando volví al salón, me puse cómoda y silencié el aparato porque no quería que nada me distrajera. Y menos él.

Pero me podía la curiosidad, así que, uno por uno, leí la retahíla de mensajes que me había escrito.

Samuel:

Siento mucho todo lo que pasó, de verdad. Me he arrepentido infinidad de veces de cómo me comporté contigo. Fui un cabrón y no merezco tu perdón.

Samuel:

Pero me gustaría que vinieras. Verte el otro día me trajo muchos recuerdos buenos que quedaron enterrados en las paredes de mi antigua habitación.

Samuel:

¿Podríamos borrar el pasado y empezar de cero? Hola, soy Samu, un chico un poco idiota, bueno en los deportes, pésimo en música.

Samuel:

Ni siquiera estás en línea, seguro que no te vas a molestar en leerme.

Samuel:

Vale, entenderé que no quieras venir. Pero si lo haces, no te arrepentirás.

No me lo podía creer. Me hablaba como si tuviera catorce años y fuera a ablandarme con sus palabras. Lo más sensato habría sido ignorarlo y seguir con mi vida. Pero tuve que responder.

Podría haber escrito algo simple:

«Déjame en paz».

«No insistas».

«No tengo nada que ver con vosotros».

Pero no, supongo que tenía que ser una *dramas* y dejarlo claro.

Yo:

Pregúntale a tu madre qué pasó en febrero del 2008.

No respondió y yo intuí que sabía de qué le estaba hablando. Su madre era la directora y, aunque en ese momento se encontraba de baja, estoy segura de que se enteró.

Suspiré aliviada al comprobar que había desistido y le di al *play* para empezar a ver la película. Diez minutos después, un último mensaje suyo entró.

Samuel:

No sabes lo que me jode comprobar que esos rumores eran ciertos. Nunca los creí, pero estaba más pendiente de ti de lo que tú crees y me daba cuenta de que no eras la misma. Me dolía pensar que pudiera ser verdad, aunque fui demasiado cobarde y egoísta. Me arrepiento por ello cada día. Entiendo y respeto que no quieras venir y deseo de todo corazón que vuelvas a ser la de antes, aquella chica especial que ojalá me hubiera atrevido a besar.

Mi corazón latió un poco más fuerte y las manos empezaron a sudarme. No me esperaba para nada ese mensaje. ¿Cómo podía Samuel Blanco escribir así y emocionarme tanto? Seguía sin querer sentir nada especial, él formaba parte de un pasado muy turbio. Pero no podía ignorar la delicadeza que transmitía con cada palabra.

Estaba hecha un lío y detestaba que me hubiera mandado ese mensaje. Era más fácil odiarlo antes. Solté el móvil y me levanté del sofá. Caminé hasta la puerta, pero, cuando iba a abrir para salir, solté el pomo como si quemara. Miré el reloj para comprobar la hora. Las diez y media. Ella seguiría despierta.

Cogí las llaves y salí disparada hacia el piso de arriba en pijama y zapatillas. Cuando ella abrió, me dejó pasar y entré directa hacia la cocina.

—¿Te puedo pedir consejo?

—Claro, dime.

Tomé asiento y me preparó una infusión al verme tan alterada. Mientras el agua se calentaba, aprovechó para compartir una nueva receta conmigo. Supongo que para intentar rebajar mi tensión y que me costase menos hablar.

Escuché y asentí. Tragué saliva.

—¿Alguna vez te he hablado de Samuel?

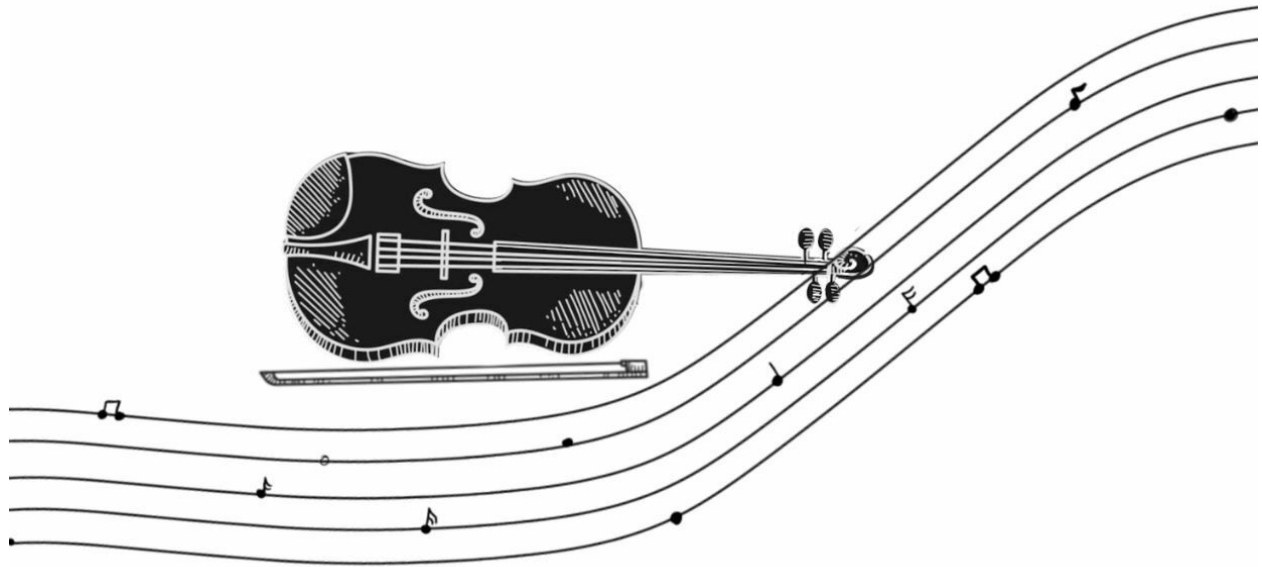
—No me suena.

—Pues creo que hoy vamos a trasnochar —bromeé sin sonreír.

Le conté todo, desde que me empezó a gustar hasta el último mensaje que me había enviado. Le expliqué que estaba hecha un lío y que no sabía qué hacer. Ella era buena escuchando y dando consejos, por eso solía pedirle opinión para casi todo.

—Yo creo que han pasado muchos años y tú ahora eres una mujer bastante más fuerte. Entiendo todo el dolor que has vivido, créeme, soy muy consciente. Pero supongo que no pasaría nada por ir y hacer un poco de vida social. ¿Y si te reconcilias con tus amigas? ¿Y si... conoces a alguien? —tanteó con una sonrisilla—. Pero solo si crees que no vas a estar mal. No quiero empujarte a hacer cosas para las que no estés preparada.

Lo de «conocer a alguien» sobraba. Pero tenía razón, ya no era la misma. Tenía poco que perder y mucho que ganar. Sí, parecía buena idea.



-30. Adam

2019

ENTRÉ en el baño y cerré el pestillo como si alguien me persiguiera. Me refugié en la tranquilidad de ese pequeño habitáculo donde no oía ni veía a los demás. Mi cabeza seguía imaginando toda clase de cosas que ellos podían estar pensando de mí en ese mismo momento y aquella ansiedad que llevaba años apagada se encendió de nuevo.

Abrí el grifo y mis manos crearon un pequeño cuenco para refrescarme la cara. Cuando me volví a mirar al espejo me pareció que mi aspecto era bastante mejorable. Mis puntas abiertas, mi piel blanca y las bolsas de los ojos me recordaban que no me parecía en nada a ellas. Quizá antes lo deseaba, pero ya no.

Me entraron unas ganas increíbles de volver a casa cuando alguien dio unos suaves golpes sobre la madera de la puerta y pegué un saltito en el sitio.

—¡Ya salgo! —anuncié mientras cerraba el grifo, y re coloqué unos mechones tras mis orejas.

Suspiré echando una última mirada al espejo y mi cabeza se puso en marcha buscando una excusa para desaparecer. Aunque estaba convencida de que, si me iba sin decir nada, tardarían bastante en darse cuenta.

Al abrir la puerta, choqué con un cuerpo duro y desconocido. Alcé las manos hacia arriba en señal de disculpa y mis mejillas se colorearon al levantar la vista hacia unos de los ojos más bonitos que había visto nunca. No sabía decir si eran verdes o color caramelo porque con la escasa iluminación que había en aquel pasillo no lo distinguía bien.

Él me sonrió con un gesto de negación para restarle importancia al asunto, algo que me dejó hipnotizada. Su cara no me sonaba de nada, aunque deseé no encontrármelo más porque podría acabar pilladísima y era lo último que me apetecía. Era un chico muy atractivo, por supuesto,

pero, más allá del aspecto físico, me transmitía bondad, educación, respeto... Siempre había sido muy buena analizando a las personas y, con él, sentí tanto que me abrumé. Sin ninguna duda, era de los que podían destrozarme si no iba con cuidado. Porque yo me colaría con mucha facilidad, mientras que él jamás me vería del mismo modo.

—No nos han presentado, soy Adam.

Me tendió la mano derecha a modo de saludo y creo que tardé un poco más de lo necesario en reaccionar.

«Genial, creará que soy estúpida».

—Vicky. —Devolví el saludo, pero él tiró de mi brazo para acercarme a él, apoyar la otra mano en mi espalda y darme dos besos—. Ehm... ¿Tú ibas a mi curso?

Sabía a ciencia cierta que la respuesta era negativa porque ese nombre y esa cara los habría tenido registrados, y no era el caso.

Él se rio y se pasó una mano por el pelo. Parecía repeinarse unos mechones y su bíceps se hinchó en ese gesto. Una maravilla para la vista, vamos.

—Soy un amigo de Samu. Jugamos muchos años en el mismo equipo de fútbol y mis abuelos tienen una casa un par de calles más arriba.

Amigo de Samuel. Fútbol. Familia adinerada. Otro capullo, seguro. Quizá mi radar estaba empezando a fallar y no era tan buen tipo como supuse en un primer momento.

Asentí y sonreí, incapaz de pronunciar esa palabra que se suponía que tenía que utilizar.

«Encantada».

No me salía, se quedó atascada en mi garganta y yo solo quería huir.

Me sentí sometida a un escrutinio de tal magnitud que solo conseguí ponerme nerviosa y decidí reemprender la marcha hacia el porche antes de que a él le diera por darme conversación.

Regresé con el grupo y volví a ocupar mi asiento. Uno de ellos estaba contando alguna anécdota, al parecer graciosa por las risas de algunos, y, por suerte, las miradas se mantuvieron sobre el interlocutor, a pesar de que otras se habían desviado unas pocas décimas de segundo para seguir mi recorrido.

Excepto la de Samuel.

Sus ojos grises estaban demasiado pendientes de mí. Con el semblante serio y los labios mínimamente curvados hacia arriba, consiguió que dejara de escuchar y solo pudiera prestarle atención a él.

Deseando que ojalá me hubiera mirado así cuando teníamos catorce años.

Cuando Adam apareció por la puerta, no pude evitar desviar mi vista hacia él y lo vi saludar a todos y cada uno de los presentes. Eran notables los diferentes grados de confianza por los gestos entre ellos. Dos besos, abrazos, palmadas en la espalda... Iba uno por uno y, al llegar a mí, Samuel hizo un ademán de presentarnos, pero él se adelantó y aclaró que ya me había conocido.

Su mano se posó sobre mi hombro desnudo y soltó un «¿verdad?» como quien no quiere la cosa.

—Exacto —confirmé con una sonrisa que nadie fue capaz de percibir.

Al acabar la ronda, cogió una silla y se colocó a mi lado. Fui incapaz de mirarlo a la cara por si me estaba poniendo colorada. Tenía la vista anclada en el suelo cuando me percaté de que mis pies se movían sin parar, como si tuviera alguna clase de tic, y los suyos aparecieron en mi campo de visión.

Su codo se apoyaba sobre el reposabrazos, pero estábamos tan cerca que me acarició la piel de manera involuntaria —o no— y un pequeño impulso eléctrico viajó por mi cuerpo. De la

impresión, moví el brazo y lo pegué a mi costado, evitando así cualquier otro roce.

Miré al frente y volví a toparme con los ojos de Samuel, que continuaban analizando cada uno de mis movimientos y generando algo inesperado en mí. Algo que no quería que fuera a más. Por eso, de manera veloz me giré hacia los demás y traté de prestar atención a lo que hablaban.

—¡Qué calor! Una que necesita meterse en remojo —declaró Luci, quien se levantó y puso rumbo hacia la piscina, que se encontraba a nuestra espalda, con su bolsa en una mano.

Varias chicas la imitaron y yo me tensé porque tenía que decidir rápido qué hacer. ¿Iba con ellas o me quedaba? ¿En cuál de esas opciones pasaba más desapercibida?

—¿Vienes, Vicky?

—¡Voy!

Me levanté como un resorte y agradecí en silencio que Tami se hubiera fijado en mí. Siempre fue la que más empatía tuvo conmigo. A pesar de todo.

Coloqué mi toalla sobre una de las tumbonas y me saqué el vestido por la cabeza con una repentina vergüenza. Sentí un sudor frío al enfrentarme a mostrar mi cuerpo ante los demás. Me sentía cómoda en invierno porque la ropa camuflaba todos mis complejos. El verano era odioso porque el calor me obligaba a enseñar más carne, algo que siempre me generaba ansiedad. Aunque mi cuerpo ya no era el de antes, yo seguía viéndome igual y pensaba que los demás también. Aterrada por los comentarios que nunca llegaron, me embadurné de protector solar y nos ayudamos las unas a las otras con la zona de la espalda.

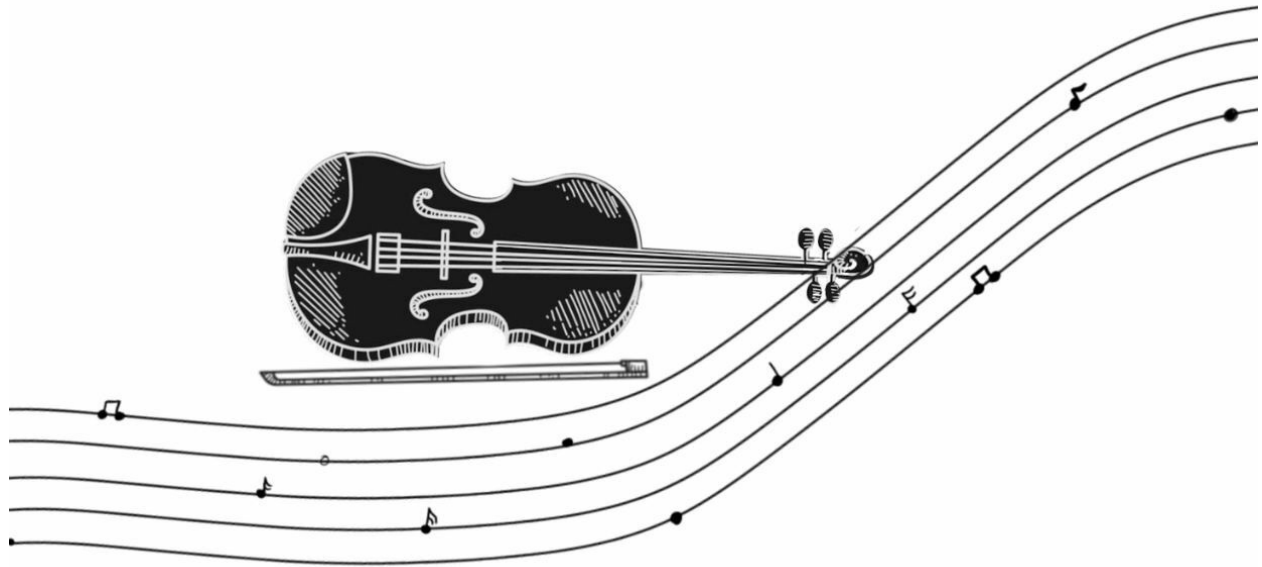
Tras un buen rato de jugar en el agua, Luci se acercó a mí y me dio un abrazo muy disimulado.

—No mires, pero Samuel no te quita los ojos de encima —susurró en mi oído.

Una frase que años atrás me habría hecho temblar y que removió algo en mi interior, pero lo ignoré porque el dolor que me causó fue tan grande que mi orgullo no permitió que me ablandara.

Le hice caso y no miré, pero porque no quería hacerlo. Luci me interrogó con un movimiento de cejas y yo me encogí de hombros.

—Es agua pasada.



-29. Un error catastrófico

2019

NUNCA somos conscientes de lo que cualquier decisión trivial puede llegar a afectar a nuestra vida. Nos centramos en las grandes cuestiones, lo que estudiamos, los trabajos que aceptamos, las parejas que elegimos, mudarnos a otra ciudad... Pero nadie nos advierte de que ese día que estás aburrida en tu casa, a punto de hacerte la cena, tu vida cambiará para siempre por una decisión a la que no le das ninguna importancia en ese momento.

A última hora de la tarde del día siguiente a aquella comida que tanto me removi6, entré en Instagram para ponerme un poco al día y lo primero que descubrí fue una nueva solicitud de amistad. No tenía ni idea de quién podía ser y, como me podía la curiosidad, abrí su perfil para enterarme.

Adam. Era Adam. Cotilleé un poco, pero la *bio* no podía ser más simple:

Adam Müller.

Vive cada día como si fuera el último.

Y varios emojis sin sentido.

Las imágenes que aparecían en su *feed* eran un popurrí de cosas muy *random* y algunas incluso de mala calidad. Estaba claro que no vivía de sus redes sociales.

Lo acepté como si fuera un proceso automático y seguí mirando las novedades de varias cuentas a las que seguía. Seguramente vio que me etiquetaron en algunas fotos del día de la comida en casa de Samuel.

Después de un buen rato haciendo *scroll*, vi que Adam me escribió un mensaje directo por la misma aplicación.

Adam:

¡Hola! ¿Qué tal? Me encantó conocerte el otro día.

Levanté una ceja, incrédula. Me costaba entender por qué ocurría aquello. No estaba acostumbrada a que me empezaran a hablar esa clase de chicos, así, de repente. Normalmente pasaba bastante desapercibida, por lo que no solía llamar su atención. ¿Y si era una trampa? ¿Y si... formaba parte de un plan de todos ellos para volver a humillarme? Aquello era demasiado raro.

Perdí un montón de segundos esperando a que la solución a lo que tenía que hacer me cayera del cielo. Finalmente, decidí responder cualquier cosa y esperar a que la conversación se enfriara sola, como de costumbre, por la falta de emoción por mi parte.

Yo:

A mí también.

Yo:

[Emoji sonriente]

Adam:

¿Seguro? No me dio esa impresión.

Me mordí el labio. Pensé que iba a ser más fácil.

Lo que más me gustaba de hablar por chat era que la otra persona no me veía y que podía tomarme mi tiempo para responder. Conversar con desconocidos no era para nada lo mío, pero a través de una pantalla resultaba más fácil. Quizá, y solo quizá, por esa razón me aventuré a seguir escribiendo.

Yo:

¿Por qué lo dices?

Adam:

No sé, te vi tan callada y tan... huidiza.

Todavía nadie se había referido a mí con esa palabra, «huidiza». Esa era nueva.

Dejé que una fuerza especial se apoderara de mí y continuara con el juego.

Tecleé:

«Ja, ja, ja».

Borré.

Tecleé:

«Ya...».

Hasta que vi que él estaba escribiendo y me detuve, nerviosa por lo que iba a decir.

Adam:

Ja, ja, ja. Es como hablar con mi madre. «Escribiendo». Nada. «Escribiendo»...

Puse los ojos en blanco y decidí cerrar la aplicación. Sabía que era un error.

Me llegó una notificación de un mensaje suyo, pero opté por ignorarlo y fui hasta la cocina para hacerme la cena.

Media hora después, y muerta de curiosidad, abrí la aplicación y fui directa a su chat, jurándome a mí misma que, leyera lo que leyese, no respondería. Esa conversación había terminado por mi falta de interés, ese era el plan inicial.

Adam:

Es broma, no te enfades. Si yo también lo hago a veces.

Adam:

Sobre todo, si estoy nervioso.

Adam:

O si hablo con alguna chica que me gusta.

Había dicho «si hablo con alguna chica que me gusta». Releí y volví a releer por si me hubiera equivocado y me hice ilusiones como si tuviera catorce años de nuevo.

Seguí leyendo, a la espera de encontrar algo más.

Adam:

Parece que te has desconectado porque ya no lees mis mensajes.

Adam:

Y, encima, seguro que no tienes las notificaciones activadas para que los pesados como yo no te molesten. [Emoji guiñando un ojo]

Y ya no había más. No sé qué esperaba, pero sentí como si me estuviera deshinchando. Recapitulé: Daba a entender que yo le gustaba —o eso interpretó la Vicky adolescente que habitaba en mí—, me guiñó un ojo y mostraba cierta decepción ante la falta de una respuesta por mi parte.

Tenía que ser una broma, estaba convencida de ello, pero a todas nos gusta sentirnos así. Tener a un chico guapo tan pendiente siempre es agradable y no iba a pasarme nada por charlar un rato, ¿verdad? Es decir, no lo iba a ver más, pero esa conversación me estaba llevando poco a poco a la sensación de flotar sobre una nube. Me gustaba y quería más. Ya vería luego cómo acabar con eso.

Yo:

Perdón, fui a hacerme la cena.

Adam:

¡Vaya! ¿Y qué te has hecho?

Yo:

Salmón al horno con puré de patata y zanahoria.

Adam:

¡Joder! ¿Me invitas? [Varios emojis llorando de la risa]

Adam:

Yo pensaba calentarme un tazón de fideos orientales al micro. No sabía que estaba hablando con una chef.

Yo:

¿Chef, yo? ¡Venga ya! Si no tengo ni idea...

Adam:

Pues habrá que comprobarlo. Invítame un día.

Yo:

Ja, ja, ja. No.

Adam:

Venga..., yo llevo el postre. Me encargaré de que esté a la altura de tus platos. [Emoji guiñando un ojo]

¿Eso era una cita? Pero ¿cómo...? ¿En qué momento...? No podía quedar con él. No podía. No podía, joder. Ese no era el plan.

Pero quería, me moría de ganas. Y a la vez...

Me mordí el labio con el móvil entre mis dedos, dudosa como hacía años que no me sentía. A punto de cometer uno de los errores más grandes de mi vida. Uno que sabía que sería catastrófico. Que me destrozaría porque me haría recordar demasiadas cosas.

Mis pulgares empezaron a teclear y supe que ya no había vuelta atrás.

Yo:

Vale..., porque a mí la repostería se me da fatal. [Emoji del mono tapándose los ojos]

Adam:

¡Genial! ¿Te parece bien que intercambiamos teléfonos para que nos sea más fácil concretar los detalles?

Yo:

Perfecto.

Él me respondió con varios emojis demasiado efusivos y yo tiré el móvil sobre el sofá mientras me mordía el dedo índice.

Solo era una cena.

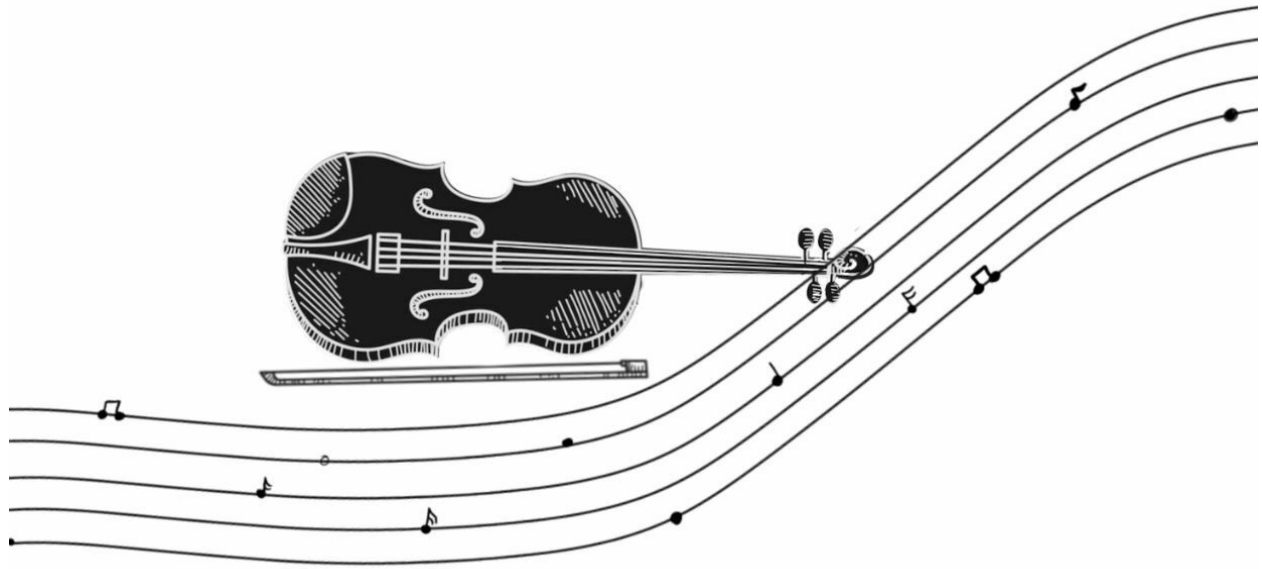
No significaba que me fuera a olvidar de él.

Él querría esto.

Él...

No pude evitar que mis ojos se encharcaran nuevamente con esos pensamientos. Me obligué a parar. Me sequé la cara con la palma de las manos y respiré de manera profunda.

Qué bien me hubiera ido tener a alguien con quien hablar de eso en aquel momento.



-28. No esperaba sentirme así de bien

2019

EL TIMBRE sonó y corrí a una velocidad nada recomendable para mi torpeza, y menos con aquellos zapatos, unas sandalias preciosas, pero con unas cuñas de esparto más altas de lo que estaba acostumbrada. Una sonrisilla se dibujó en mi cara y no di saltitos por dignidad. Pero yo ya estaba haciéndome tantas ilusiones que dudaba que se fueran a cumplir. El chasco sería descomunal.

La voz distorsionada de Adam me llegó por el telefonillo y abrí antes de que él acabara de pronunciar su nombre. Me quedé esperando tras la puerta, sintiendo la necesidad de mordirme una uña, pero no quería estropearle la manicura y tirar a la basura los treinta euros que me había costado. De modo que uní mis dos manos a la espalda hasta que oí el ruido de unos pasos y me alenté a abrir la puerta.

Decir que estaba guapísimo sería quedarse corta. El aroma de su perfume me envolvió cuando se acercó a darme dos besos, con una mano sobre mi hombro desnudo. Me quedé tan trastocada que mis brazos no sabían cómo comportarse y se quedaron quietos a ambos lados. Él me sonrió y me entregó lo que entendí que era el postre, por el típico papel que usan las pastelerías para empaquetar los dulces.

—Tal y como prometí —me recordó—. No necesita frío.

Sujeté el paquete, colocando ambas manos debajo con las palmas hacia arriba, y lo animé a seguirme hasta la cocina para dejarlo sobre la encimera.

Cuando me di la vuelta, me lo encontré apoyado en la jamba de la puerta en una pose tan de perdonavidas que me parecía estar en una novela romántica.

«Ya, como si a mí fueran a pasarme esas cosas».

Estaba tremendo, con unos vaqueros oscuros ajustados y una camisa granate que jamás

hubiera pensado que le pudiera quedar bien a alguien. Pero a él..., ¡joder! Aparté la vista lo más rápido que pude porque no quería que pensara que me atraía. Aquello no era una cita, solo había venido a comprobar lo mal que cocinaba y ya. No tenía ningún interés en mí y nunca habría nada entre nosotros. Me lo repetí varias veces con la intención de mantener a raya todas esas mariposas que revoloteaban en mi estómago cada vez que me dirigía una de aquellas sonrisas.

—Solo queda la carne, que hay que hacerla al momento, pero es rápido. ¿Te importa ir sacando lo demás? Es eso de ahí. —Le señalé la mesa.

—Para nada. Ehm..., ¿todo esto? —cuestionó.

Lo miré con el paquete de contramuslos de pollo que acababa de sacar de la nevera en la mano y asentí. Él abrió mucho los ojos y a mí se me escapó una risita. Seguro que no se esperaba un bufet libre.

—Quiche de calabacín y queso azul, salsa de calabaza para el pollo, tomates asados y una ensalada con pera, queso de cabra y pistachos.

Soltó un silbido como respuesta y me sentí insegura de repente. A ver si iba a ser todo demasiado *healthy* para él.

—Chef y nutricionista, ¿eh? Vaya, vaya... Eres una caja de sorpresas. ¿Algo más que deba saber?

Me encogí de hombros, con una sonrisa en los labios que no tenía claro que pudiera borrar en algún momento. Me quedé embobada viendo cómo se desabrochaba los botones del puño de la camisa para remangarse y me fijé en el reloj analógico que lucía en la mano derecha, con la correa negra y la esfera grande y oscura. Me encantó. Dirigí la vista hacia la plancha y empecé con la carne mientras él se llevaba la fuente de los tomates y el bol de la ensalada.

«Menudos brazos».

Encendí el extractor y me concentré en lo que estaba haciendo, tanto que ni me enteraba de cuando entraba o salía. En el momento en que dejé el último filete sobre el plato, apagué ese ruido infernal pero necesario para sacar el humo y, al girarme, me di el susto de mi vida al encontrarme a Adam detrás de mí, apoyado sobre la mesa.

—¡Hostia, puta! —exclamé.

Su carcajada ronca y relajada me puso más nerviosa y no sabía ni por qué. Bueno, sí que lo sabía.

«Mierda».

—Lo siento si te he asustado, pensaba que sabrías que estaba aquí.

Sus manos se levantaron en señal de disculpa y se movió hasta la puerta con el plato de la carne en una mano.

«Ale, mira qué chico tan funcional. De estos no hay muchos, ¿eh?».

Le hice una seña indicándole que iba a salir, con la intención de que se apartara, pero se movió lo justo para que pudiera pasar por la puerta, obligándome a rozarlo con el brazo. Noté como se me coloreaban las mejillas y carraspeé mientras caminábamos hacia el salón.

Adam se sirvió de todo un poco e hizo lo propio conmigo. Indicó que, ya que me había pegado el currazo de cocinar, no se iba a quedar de brazos cruzados. Me encantó que opinara así.

Lo vi sobrevolar el plato con el tenedor, indeciso, hasta que decidió empezar por el quiche. El sonido que salió de su boca al probarlo me resultó demasiado erótico. Me ruboricé y me quedé embobada mientras lo veía pinchar y probar el resto de comida que había en su plato.

—¡Joder! Cásate conmigo.

—¿Perdón? —respondí con una risilla nerviosa.

—Quiero comer esto todos los días —aclaró mientras señalaba el plato con el tenedor.

«No, joder, esa frase no».

La presión que sentí en el pecho de repente se me hizo casi insoportable y no supe ni cómo fui capaz de disimular. No muy bien, a juzgar por la cara de Adam. Pero había que intentarlo.

—¡Ah! Tú quieres una cocinera gratis... —expuse con una gran dosis de sarcasmo.

—No, mujer, no me malinterpretes. Que yo cocino, ¿eh? Y limpio y pongo la lavadora..., pero este es otro nivel. Enséñame, al menos.

Me reí con él y logré bajar un poco la angustia de recordar aquella misma conversación con Luis justo antes de que todo se fuera a la mierda. Él notó que había algo y empezó a hablarme de su trabajo. Por lo visto era profesor de matemáticas.

—¿Y tú a qué te dedicas?

—Soy profesora en el conservatorio.

Dejó de masticar y puso una cara muy graciosa.

—En serio —pronunció sin terminar de creérselo, como si me estuviera pidiendo que dejara de mentirle.

—¡De verdad! Toco el violín desde los seis años.

—Me parece alucinante. ¿Me tocas algo? —pidió con un aire de emoción.

No pude evitar una risilla por el doble sentido.

—Tendrá que ser otro día. No quiero que mis vecinos me odien. El estudio está insonorizado, pero me consta que, aun así, algo llega.

—Vaya..., oye, ¿y esta casa es tuya? Quiero decir, que si estás de alquiler y das mucho por saco con los ruidos pueden echarte, ¿no? En mi edificio lo hicieron con una familia que tenía un bebé que lloraba mucho. Son unos hijos de puta todos. Yo voté en contra, que conste —añadió con una mano sobre el corazón.

Era de admirar la facilidad que tenía para hablar y sacar cualquier tema.

—Es parte de la herencia de mis abuelos. Yo simplemente la reformé e insonoricé una de las habitaciones. Aunque los vecinos más antiguos ya están de sobra acostumbrados a oírme tocar, llevo toda la vida haciéndolo. De hecho, les molestaron más las obras que años y años de violín.

Me reí porque aún recordaba a don Ignacio preguntándome cada semana cuándo iban a terminar. Adam imitó mi gesto y me sentí sorprendentemente bien, en calma y para nada incómoda. Algo que no esperaba que fuera a pasar.

La conversación fue fluida durante toda la cena, aunque tenía que reconocer que él hablaba más que yo. No obstante, mis intervenciones eran superiores a lo que venía siendo normal en mí, por alguna extraña razón. Adam me transmitía confianza y había algo en él que me hacía sentir muy a gusto, como si nos conociéramos de toda la vida.

Lo pillé mirando la hora, pero no aparentaba tener prisa por irse; es más, parecía asombrado al comprobar lo rápido que había volado el tiempo.

—Qué bien que seas de los pocos que no usan esos horrendos móviles de pulsera.

Se rio de tal manera que tuvo que acabar por limpiarse unas lágrimas que, por lo visto, solo percibió él.

—No me gusta que me controlen —simplificó a la vez que me guiñaba un ojo, y yo me derretí un poco con ese gesto tan inocente.

—Eso mismo digo yo. La tecnología nos ha robado la libertad.

—Es una forma de verlo, sí.

—No me malinterpretes, tenemos grandes avances que agradecer, pero... no sé, ¿para qué necesito yo un aparato que me hable? Entiendo que para las personas con discapacidad visual es

muy útil, por ejemplo, pero nos estamos volviendo unos vagos. O... una campana extractora con wifi..., ¿para qué quieres eso?

—¿Eso existe? —cuestionó, alzando las cejas.

—Hoy en día ya todo tiene wifi. Supongo que para poder venderlo por el triple.

Nunca entendí esa necesidad de gastar por gastar. Fui una afortunada porque no tuve que pagar hipoteca ni alquiler, aunque sí el préstamo de la reforma. Y con mi sueldo cubría de sobra mis gastos. Pero no por ello me permitía gastarme más dinero de lo imprescindible. No me compraba móviles de mil euros porque no los necesitaba, aunque pudiese pagarlos. Obtuve la mejor asesoría financiera y tuve la posibilidad de invertir gran parte de la herencia de mis abuelos. Disfrutaba de una holgura económica que me permitía hacer frente a imprevistos sin tener que pedir ayuda a nadie.

No era millonaria ni nada. Mi abuelo era oncólogo y venía de una familia adinerada. Mi abuela tuvo cáncer de útero y fue paciente suya. Ambos eran viudos desde hacía bastantes años y se enamoraron como adolescentes. Así que se casaron.

Ese hombre fue el que yo siempre conocí como mi abuelo. Él nunca llegó a tener hijos y me trató a mí como si fuera sangre de su sangre. Me cuidó como a una nieta. Me ayudó a encontrar mi vocación y mi sueño, la música. Algo que, además de mi profesión, siempre consideré mi refugio.

Cuando murió, fue un palo muy grande. Pero quiso dejar las cosas arregladas para que, el día que a mi abuela le tocara dejarnos, quedáramos mis hermanos y yo como herederos de todo su patrimonio y no mi madre. Y así sucedió.

Esa es la historia de por qué tenía a mi nombre un piso enorme en una de las zonas más caras de la ciudad y una cuenta bancaria que la mayoría de los jóvenes no podían ni soñar. Pero, tal y como reza la famosa frase, «el dinero no da la felicidad»; yo prefería mil veces no tener nada de aquello y que todos siguieran vivos.

Seguimos conversando entretanto probábamos el postre que él había llevado y sentí que podía alargar esa noche para siempre. Hasta que tuvo la idea de rozar mi mano con la suya y la aparté como un resorte.

—Lo siento, no quería... —se disculpó desviando su mirada hacia el suelo.

—Ya, pero es que no...

«No puedo».

Ni siquiera pensé que su intención fuera «esa» porque aquello no era una cita, ¿verdad? Pero es que no quería que ninguno de los dos creyera que eso era algo más. Porque no podía existir nada más.

El ambiente se enrareció de repente y ese clima de conexión se desvaneció. Bajé la cabeza hacia mi regazo de manera instintiva y él carraspeó. Todo se volvió incómodo y quise desaparecer. Seguro que él también.

—Creo que es hora de que me vaya, es un poco tarde y mañana madrugo para ayudar a mi madre a pintar la pared del comedor.

Asentí. Sonaba a excusa y no puse ninguna pega porque yo también necesitaba que se marchara. Pero era incapaz de moverme o de mirarlo a la cara y la ansiedad apareció de nuevo al no poder actuar ni poner fin a esa situación.

Noté algo de movimiento a mi lado y me levanté. Nos dirigimos en silencio hasta la puerta, aunque ninguno de los dos dio el paso de abrir. Por mi parte, hubiera sido de mala educación. Por la suya, esperaba a que mis palabras lo detuvieran, pero no fui capaz de pronunciar ninguna.

—¿Qué tal si un día te invito a mi casa y me enseñas a cocinar algo?

Aquello era una pésima idea. Más aún que haber quedado esa vez.

—No creo que...

—Tráete el violín para que puedas tocarme algo. Soy propietario, no van a echarme —añadió con una sonrisa, y entendí que lo hizo con la intención de romper la tensión y dejarme claro que, para él, seguía estando todo bien.

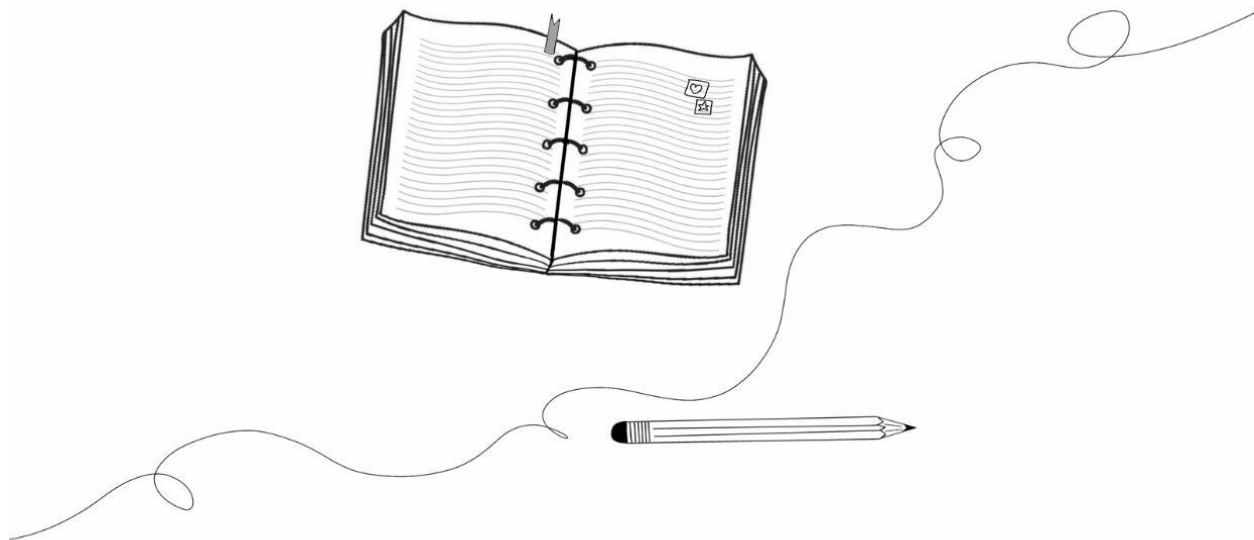
Asentí alzando ligeramente las comisuras de mis labios.

—Ya hablaremos sobre eso.

Mi respuesta fue bastante cobarde. Me sirvió para escaquearme entonces, para que no insistiera más, porque no me resultaba fácil negarle algo a alguien con esa mirada tan profunda y anhelante. Luego ya vería cómo lo gestionaba, pero me resultaba más fácil por escrito en el chat que en persona. Esa situación me bloqueaba.

Él no insistió, aunque supuse que comprendería el significado oculto de mis palabras. Abrió la puerta e hizo el amago de largarse sin añadir nada más, pero en el último momento hizo algo que me dejó clavada en el sitio. Se giró hacia mí, dio un paso, me agarró la cintura con una mano y me estampó un beso en la mejilla.

—Me lo he pasado muy bien contigo esta noche, Vicky —susurró cerca de mi oído antes de irse de manera definitiva.



Cuaderno de Luis 1

17 de marzo de 2006

ESPERO no haberla cagado.

Hoy has subido a verme después de comer en casa de tus abuelos, como tantas otras veces. Pero te he notado triste y no parecías tener ganas ni de charlar ni de Play. De modo que he cogido el iPod que me regalaron mis padres por Navidad y te he ofrecido un auricular.

Es tan genial simplemente escuchar música contigo, tumbados sobre mi cama... Estábamos tan cerca que, si movía el dedo meñique hacia ti, te rozaba. Pero no me he atrevido a hacerlo.

Han pasado varias canciones de Simple Plan y Sum 41 y luego ha llegado el turno de *Adam's Song*, de Blink-182. Me ha llamado la atención que comentaras que es un poco deprimente y yo solo me he encogido de hombros porque no sabía qué responder.

Luego, en algún momento has dicho algo que me ha descolocado tanto que pensé que no era real.

—¿Podrías besarme? —has repetido ante mi nula capacidad de responder algo coherente.

—¿Has dicho «besarme»?

Tu respuesta, el silencio. Te has soltado el auricular y te has sentado apoyando los antebrazos en las rodillas. Vista al frente, hacia ese *poster* de Lara Croft que cuelga de mi puerta.

—Tú has besado a un montón de chicas...

—Hombre, un montón...

He soltado mi auricular, me he sentado para quedar a tu altura y me he detenido a pocos centímetros de ti.

—Con lengua, a tres.

—Tres más que yo. O sea..., chicos. Ya me entiendes.

Seguías hablando sin atreverte a mirarme y yo era consciente de lo mucho que te costaba

confesarme todo aquello.

—¿No has besado a nadie?

El silencio que has creado me estaba matando por dentro. ¿Nadie? Joder, pero si seguro que hay mil ahí fuera deseándolo.

—Olvídalo, es una tontería.

No, claro que no podía olvidarlo. Me habías pedido que te besara. Los motivos me jodían un poco, pues, hombre, yo no te gusto y me lo pides porque, por algún motivo, te avergüenzas de no haber dado ese paso aún. Lo hubiera dejado correr, pero algo dentro de mí ha movido mis brazos para retenerte en el mismo momento en que te disponías a levantarte, he llevado una mano a tu nuca y mi boca se ha lanzado a por la tuya.

Nuestros labios resbalaban y encajaban con facilidad, me parecía brutal. No sé si has sentido esa misma corriente eléctrica que a mí me ha dejado noqueado los primeros segundos. Cuando mi lengua se ha atrevido a adentrarse en tu boca, me he recreado al máximo y me he alegrado de que abandonaras esa posición tan estática del inicio. Tus manos se han agarrado a mi camiseta y tu lengua ha empezado a seguirle el juego a la mía con movimientos algo tímidos.

Mi mano izquierda ha enmarcado tu cara, dejando unos mechones atrapados entre tu piel y la mía, mientras el pulgar de la otra acariciaba tu cuello. Me hubiera pasado toda la tarde así, besándote y alimentándome de tu aliento con el sonido de lengua y saliva colándose en mi oído.

Hasta que a mi madre le ha dado por abrir la puerta con ese «niños, ¿os traigo la meriend..., ¡oh!, perdón, perdón...» que nos ha obligado a apartarnos. Tú te has quedado viendo la puerta con un curioso tono rojizo en las mejillas y yo me hubiera reído si no fuera porque has empezado a recoger tus cosas de manera nerviosa antes de despedirte con un «me tengo que ir».

Aquí estoy, dos horas después, pegado a la pantalla del ordenador por si te conectas al Messenger porque necesito hablar contigo. Y como no apareces, tecleo un SMS que sé que no me vas a responder hoy.

«Espero que esto no haya cambiado nada entre nosotros».

25 de marzo de 2006

LLEVO VARIOS DÍAS preocupado. La idea de que la cagué va cogiendo fuerza y no sé cómo arreglarlo.

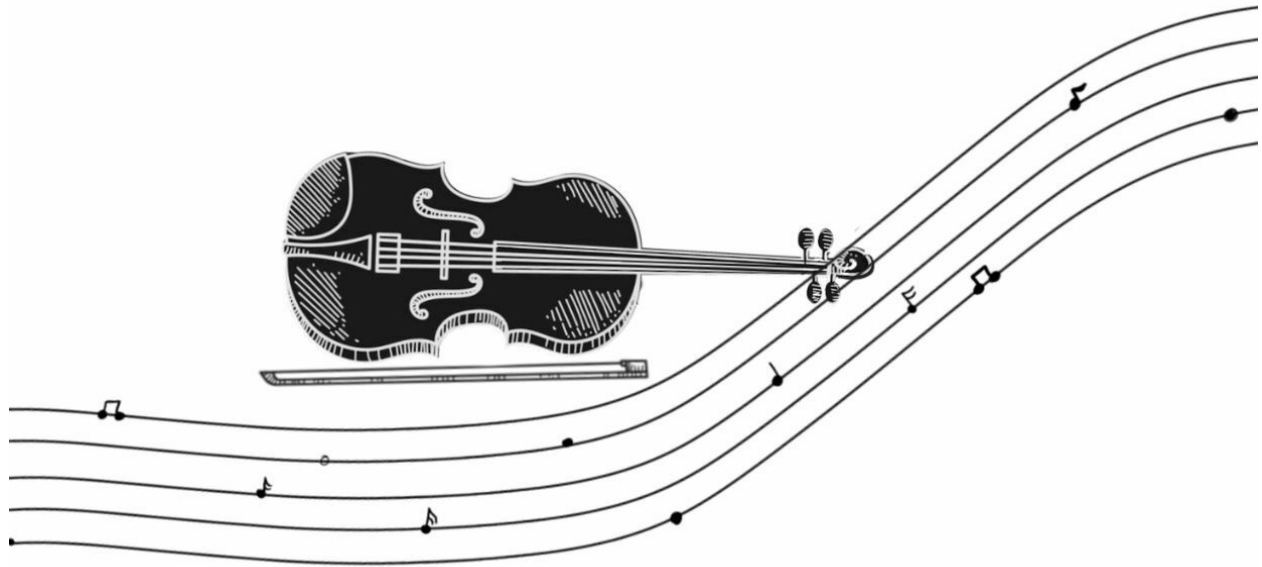
Me pediste que te besara y lo hice. Tú me lo pediste. Debería haberte dicho que era muy mala idea, presentarte a algún colega de confianza para que se encargara de ese favor..., no sé. Cualquier cosa menos lo que hice.

Lo deseaba y me lo pediste. ¿Cómo no iba a aceptar?

Tendría que haber sabido que lo cambiaría todo. Y no sé por qué. No te gusto, ¿verdad? Es a mí a quien me cuesta disimular y hacer que todo va bien cuando lo que realmente quiero es salir contigo. Pero nuestra amistad es mejor que no tener nada y siempre mantengo la esperanza de que algún día sientas lo mismo por mí.

Después de una semana sin responder a mi SMS y de pasarme horas en el Messenger para nada porque no te has conectado ni una sola vez, esperaba que vinieras ayer, como todos los viernes, después de comer en casa de tus abuelos.

Pero no apareciste y empiezo a dudar si estás evitándome o si te ha pasado algo.



-27. La amistad que importa

2006

LA AMISTAD de verdad es algo que siempre vale la pena mantener. Cuando encuentras a alguien con quien conectas tan bien, que te acompaña en todas tus aventuras y aficiones, que te sirve de sostén cuando no es tu día y que te conoce mejor que tú misma, no quieres que esa persona se aleje de tu vida. Por eso, a pesar de lo que había ocurrido y cambiado en mí desde entonces, volví a él.

Entré en su habitación con toda la familiaridad que años de amistad me habían otorgado. Él me observaba con recelo, lo que solo acrecentaba mis nervios, mientras me sentaba a su lado en el borde de la cama. No lo veía desde el beso, dos semanas atrás, y no fui capaz de responder ningún SMS ni conectarme al Messenger porque no sabía qué decirle.

«Espero que esto no haya cambiado nada entre nosotros».

No me pudo sentar peor ese mensaje y encima no podía reprocharle nada porque:

Uno, fue idea mía.

Dos, él era ajeno a todo lo que ese beso me hizo sentir.

Le pedí que lo hiciera porque era mi amigo y era «solo un beso». Algo que me parecía tan básico a los quince años que era deprimente ser la única de mi clase sin cumplir ese hito. Era tan simple como que todavía no había besado a ningún chico —ni siquiera sin lengua— y no había expectativas de que eso fuera a pasar porque yo era Vicky Amengual, la gorda con la que nadie querría salir nunca.

Luis era mi amigo y estaba segura de que no sería tan pringado como yo porque, sin ser una estrella del fútbol en potencia, era bastante mono y tenía ese algo especial que a las chicas nos gustaba. O, al menos, a las chicas como yo, las que siempre hemos ido en busca de algo más que

un físico llamativo. Pensé que era inmune a él por la relación tan consolidada que teníamos, pero ese beso me demostró lo equivocada que estaba. Fue... mágico.

No podía comparar con ningún otro, pero me sacudió con tanta intensidad que me hizo dudar de muchas cosas. El calor de mis mejillas ante la vergüenza que me había provocado aquella extraña petición se extendió por todo mi cuerpo hasta llegar a las puntas de los pies. El vello se me erizó y mi corazón empezó a latir de un modo un tanto errático. Y, cuando mis manos se atrevieron a abrazarlo y él aumentó el nivel de roce, sentí que eso debía ser algo natural, tanto que me extrañaba no haberme dado cuenta antes.

Mis sentimientos cortocircuitaron.

No sé qué habría pasado si su madre no nos llega a interrumpir. Pero yo estaba demasiado confundida para permanecer allí en aquel momento. Y seguí igual de confundida hasta que me di cuenta de que lo que me ocurría era tan simple como que me estaba enamorando.

De modo que aquel mensaje me dolió por evidenciar el hecho de que para él yo era tan solo una amiga y no quería que eso cambiase. No quería nada más. Me besó por hacerme el favor.

—¿Has estado evitándome? —tanteó, tratando de disimular que estaba algo molesto con la situación.

—No, simplemente la semana pasada no vine a casa de mi abuela.

—¿Y eso?

Me encogí de hombros, agradeciendo que no pudiera leerme la mente.

—¿Por qué no me respondiste? —quiso saber, ahora visiblemente más enfadado. Hablábamos mucho por aquella época. Al menos, una hora al día. Era lógico que no entendiese mi comportamiento.

—Me quedé sin saldo. Pero tranquilo, no va a cambiar nada.

—Tampoco te conectaste al Messenger... y eso es raro —insistió.

—Para. ¿A qué viene este interrogatorio? —cuestioné, sintiéndome acorralada.

—A que me parece extraño que no sepa nada de ti en dos semanas, justo después de besarnos. Eso ya es cambiar algo.

—Ya, pues lo siento. Pero estoy aquí, ¿no?

Me encontraba tan al límite que supongo que se compadeció de mí y lo dejó estar. Me acercó el otro mando de la Play a modo de tregua y entendí que con ese gesto me quiso transmitir que para él estaba todo bien, que solamente se preocupó por mí y que no quería perder nuestra amistad.

—¿Sabes...? Mi madre entró poco después de que te fueras para entregarme unos cuantos condones —añadió tras varios minutos de silencio.

«¿Qué demonios...?».

No sé qué cara puse, pero él se descojonó.

—Sí, sí, me dijo: «Por si los necesitáis otro día».

—Le explicaste que tú y yo no...

—Claro, joder—. Él seguía mirándome con unos ojos que fui incapaz de descifrar—. ¿Quieres que abra uno y veamos cómo es?

Me atraganté con mi propia saliva y volvió a reírse de mí.

—¿No lo has hecho nunca? —pregunté, asumiendo que contaba con más experiencia de la que en realidad tenía.

—¿Te refieres a lo del condón o a follar?

—Eh... —La palabra «follar» saliendo de su boca me provocó un bloqueo que dejó mi cerebro inoperativo durante varios segundos.

—Soy virgen, Vicky. Y nunca he visto un condón así..., en directo.

No sé cómo podía seguir allí, escuchándolo hablar de sexo y preservativos. Nunca habíamos llevado nuestra amistad a ese nivel de confianza.

—Y... tampoco he tocado ninguna teta, ya que estamos. ¿Cómo son?

—Eh... ¿Cómo?

—¿Me prestas una?

—¿Prestar? —vacilé con una voz varias octavas por encima de mi tono habitual.

—Oye, que tú el otro día me pediste un beso y te lo di.

Entrecerré los ojos porque la comparativa me parecía hasta ofensiva. Bajé la vista hacia mis tetas, aunque poco pudiera apreciarse por su reducido tamaño. Cuando lo volví a mirar, se estaba riendo.

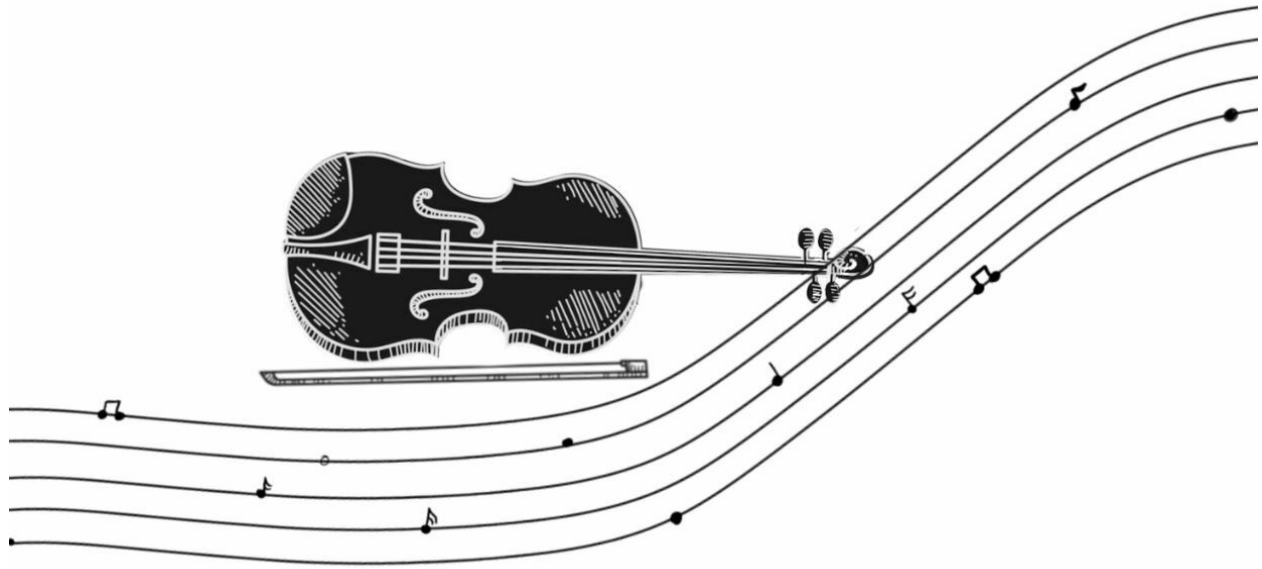
—Era broma, tranquila...

—Muy gracioso —ironicé.

—Pero vamos, que, si cuela, cuela.

—Idiota —solté dándole un manotazo en el brazo.

Un tiempo después recordé esa conversación y, en cierta medida, me arrepentía de haberme negado en ese momento. Porque me preguntaba cómo hubiera sido la experiencia.



-26. La amistad que no importa

2019

PASÉ demasiados años de mi vida intentando entender a las que fueron mis amigas y deseando retomar nuestra amistad. Demasiado tiempo desperdiciado anhelando algo que no funcionaba y que no me aportaba nada. No era consciente de ello, pero, si pude vivir sin ellas, quizá es que no las necesitaba.

Tras la cena con Adam, este estuvo escribiéndome cada día durante una semana entera.

Por la mañana, para darme los buenos días mientras me adjuntaba una foto de su desayuno y me preguntaba si era suficientemente sano. Yo siempre le respondía lo mismo: que no era nutricionista. Pero, ante las insistencias, acabé mandándole una del mío. Solía responderme con varios emojis y algún comentario sobre que, aunque no me dedicara a ello, se notaba que tenía unos conocimientos no disponibles para los demás —él incluido—.

Para la comida y la cena, era más de lo mismo. Pero por la noche aprovechaba para sacarme información sobre lo que estaba viendo en la tele, aunque, muchas veces, simplemente leía.

«¿Qué clase de libros lee una chef nutricionista violinista?», me preguntó el primer día que reconocí no estar viendo nada, y no pude hacer otra cosa que reírme.

«¿Vas a añadir muchas más palabras a esa lista?»

«Todas las que hagan falta, no dejas de sorprenderme».

Vamos, que me salté mi primera norma de dejarle claro que no íbamos a volver a hablar nunca más. Eso que no hice cara a cara porque era más fácil por escrito. ¡Ja!

Caí en la trampa y además sin resistirme ni un poquito. Creo que a esas alturas era inútil negarme a mí misma que me gustaba. Adam era muy guapo, con esos ojos color sirope de caramelo y esos mechones rubios que mis dedos morían por acariciar. Y también se apreciaba un cuerpo duro y torneado sin ser demasiado musculitos, algo que odiaba. Así de rara era.

No tenía la sensación de estar flotando en el aire desde... Luis.

Su simple recuerdo me creaba un nudo en la garganta, dificultándome respirar. ¿Qué me habría dicho él?

Había quedado con Tami y las chicas para cenar en un restaurante muy de moda en esa época. El repentino interés que mostraban hacia mí me resultaba demasiado falso, pero mi vida social era tan triste que me apunté para salir un poco de casa. No entendía por qué querían volver a ser mis amigas después de años de silencio sin una maldita explicación. Y yo temía preguntar para no traer de vuelta aquellos recuerdos que tanto me costó enterrar. No sabía si la mala conciencia no les dejaba dormir o el karma se había cebado con ellas de mala manera. Ya no me importaba.

—¿Y qué tal con Samu? —me preguntó Luci.

—Ya te dije que no estoy para nada interesada en él.

—Jo, es que se nota que está pilladísimo por ti y quedaríais tan monos juntos...

«Quidiríis tin minis jintis...».

—Que se joda —solté con rabia. Es que me parecía increíble que encima intentaran liarme con él, conociendo toda la historia.

—Vale, vale, nos queda claro... Es que no sabemos nada de ti...

Cuánta hipocresía en tan pocas palabras. «Pues porque de un día para otro me hicisteis el vacío, dejasteis de hablarme y de incluirme en vuestros planes, bonita».

Me encogí de hombros como respuesta porque me interesaba mantenerlas como amigas y mejor correr un tupido velo sobre el pasado.

—Pero ¿es porque ya hay alguien en tu vida? —quiso saber Mati.

—No —negué bastante seca mientras trataba de seguir comiendo para aparcar ese tema.

—Pero hay alguien, lo he notado en tu mirada —insistió.

—Ya no.

—¿Qué pasó? —preguntó Tami. Mostraba interés y preocupación, pero no iba a contarles nada.

—Se acabó. Y prefiero no hablar de ello.

Era largo de explicar y muy doloroso. Además de que no tenía la confianza suficiente con ellas para contarles aquella historia.

—Oye, Salma, ¿conseguiste hablar con Adam?

Se había producido un pequeño silencio y esa pregunta hecha para cambiar el rumbo de la conversación captó mi atención.

—No pude, tía. No quiso saber nada —se quejó una chica rubia bastante estirada con la que creo que en el instituto nunca llegué a cruzar ni dos palabras.

—Sigue intentándolo. Ese chico vale la pena y tiene que entender que no encontrará a otra como tú.

—¿Adam, el amigo de Samu? —tanteé, curiosa.

—Sí, estuvieron juntos un año y medio.

Claro, ella era el tipo de chica que le gustaba a alguien como Adam. No sé en qué estaba pensando.

—Pues eso no me lo comentó.

No sé por qué solté aquella frase. Siempre estaba bastante callada, me limitaba a respuestas de una o dos palabras, monosílabos y gestos universales. Pero era como si algo dentro de mí me controlara y quisiera vengarse de todas ellas de algún modo. Uno tan elegante que no lo vieron venir.

—¿A ti?

—El otro día cenamos juntos y no me comentó nada. Y mira que habló...

Una se atragantó con la copa de vino, otra dejó su tenedor a medio camino hacia su boca, vi caras de estupefacción y otra de rabia mal disimulada. Esta última de la chica que por lo visto salió con él. Yo sonreí internamente.

—Cenaste. Con él. Tú —intervino Salma con cara de pedito. No sé qué clase de patología le impedía hablar con claridad. Supuse que eran celos, aunque no entendía ni de dónde provenían.

«Venga, soy yo, y ese tío ha salido contigo. ¿De verdad te estás comparando?».

Decidí que encogerme de hombros sería la mejor respuesta.

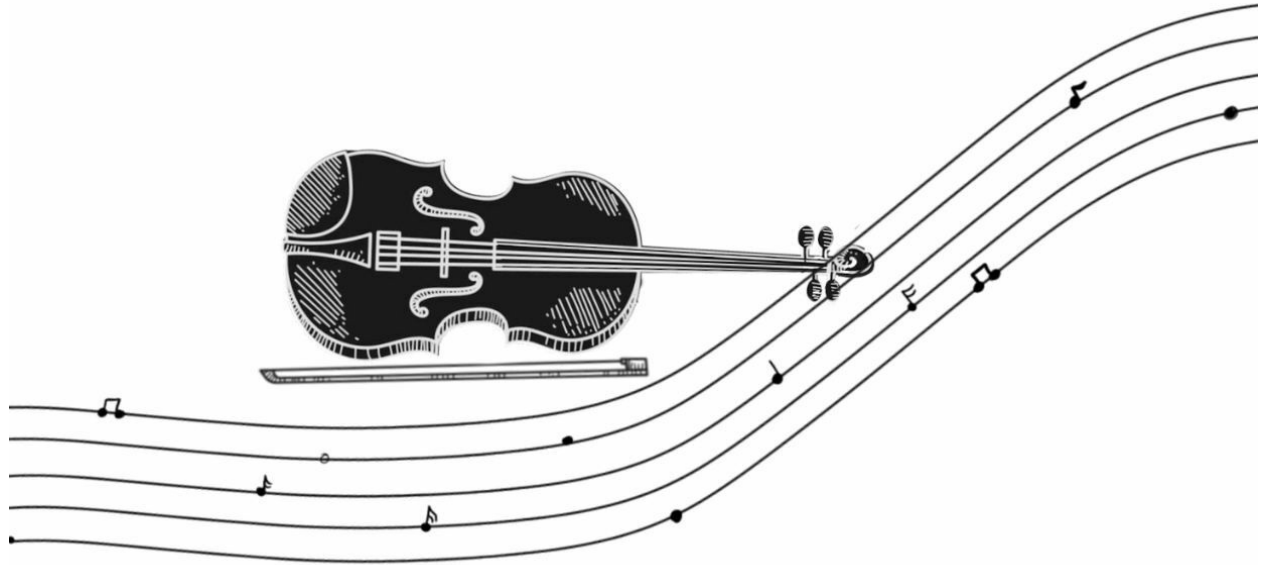
—¿Y a cuento de qué? —cuestionó, como si no entendiera que su ex pudiera estar interesado en alguien como yo y tuviera la necesidad de buscar otra explicación.

—Creo que no tengo que darte explicaciones sobre mi vida privada. Una cena es una cena, ya sabes, una mesa con comida y esas cosas. Supongo que ahí llegas, ¿no? —Disfruté de ver su cara porque seguro que no esperaba este sarcasmo de mi parte. Pero es que la Vicky callada y temerosa de antes ya no existía—. Si tienes algún problema o queja, mejor háblalo con él. Aunque, vamos, para que te quedes tranquila, no estoy interesada en tu ex.

—Una cena es una cita.

—Si tú lo dices...

Luci hizo una intervención estelar al añadir una pregunta que logró girar la conversación. Todas la siguieron, menos Salma, que empezó a prestarme demasiada atención, me estudiaba de arriba abajo y me dirigió una mirada que no auguraba nada bueno.



-25. Me cuesta decirle adiós

2019

ERA DE ESPERAR que las chicas dejaran de hablarme tras la última cena. Lo que no pude prever fue que Adam también dejara de escribirme para preguntarme chorradas nutricionales. Aunque solo durase unos días.

Adam:
¿Podríamos vernos?

Yo:
Es mejor que no.

Adam:
¿Es por Salma?

No, no era por ella. Salma no me importaba. Nunca lo había hecho y nunca lo haría. Aunque la excusa me vino de perlas. No sabía lo que habían hablado, pero me sirvió para acabar con aquello que estábamos empezando. Tenía que admitir que me sentí algo desilusionada cuando sus mensajes dejaron de llegarme. Las mariposas de mi estómago estaban demasiado acostumbradas a su atención. Pero había que poner fin a aquello y estaba claro que yo no era capaz.

Fue fácil.

Hasta que, al minuto, me llamó. Tenía la oportunidad de no responder y seguir con mi plan. Las dudas me mantuvieron sujetando el móvil con ambas manos mientras esperaba que la solución me cayera del cielo. Yo me encontraba en la calle, de camino a casa, y me había detenido de manera tan abrupta que una mujer cargada de bolsas casi se chocó conmigo. Finalmente, descolgué cuando ya pensaba que se iba a hartar.

—¿No te rindes nunca? —respondí a modo de saludo, con una sonrisa dibujándose en mis labios.

—Contigo, no. Vamos a casarnos, ¿recuerdas?

No pude evitar reírme.

—Eso no va a pasar —señalé, recuperando la seriedad.

—¿Nos apostamos algo?

Su voz sonaba divertida, parecía estar pasándoselo bien con todo aquello.

—Yo no apuesto, soy así de aburrida.

—A mí no me lo pareces.

—No me conoces.

—Eso intento. ¿Nos vemos esta tarde? ¿En el Häagen-Dazs del Festival Park a las cinco?

—¡No! —exclamé entre risas. Era increíble lo insistente que podía llegar a ser.

—Vamos, invito yo.

—No vas a parar hasta que diga que sí, ¿verdad?

—Me gustaría hablar contigo. Y desahogarme un poco, ya de paso. Mi mejor amigo ha resultado ser un capullo.

—Está bien, vale. Un helado y me voy.

¿Qué había sido eso? El plan era ignorarlo y dejar de hablar con él, no tener otra cita. No podía explicarme cómo había logrado nuevamente llevarme a su terreno.

Vale, que yo «me dejaba llevar» muy fácilmente, pero...

Era débil, eso tenía que ser.

Llegaba cinco minutos tarde, lo cual era bastante raro en mí. Normalmente solía tener tanto miedo de llegar la última que sobreestimaba lo que tardaba y salía superpronto de casa. Pero me sentía algo alterada y me había probado todos los modelitos. ¿Qué me pasaba? Estaba adolescente perdida y no sabía ni por qué.

«Sí, sí lo sabes».

«No me gusta Adam. No quiero nada con él».

«Ya, claro».

Odiaba esa vocecilla interior.

Cuando pisé la plaza principal, lo divisé frente a la heladería. Bermudas caqui, camiseta blanca y deportivas. Y unas gafas de sol que..., mierda, ya me había visto, me estaba saludando. Tarde para huir. Levanté la mano y me acerqué obligando a mis pies a moverse. Uno, dos, uno, dos.

—No sabía si me ibas a dar plantón —reconoció haciendo un mohín, pero con una cara de estar divirtiéndose que le restaba credibilidad.

—Ese no es mi estilo. Yo suelo avisar con tiempo y me invento alguna excusa.

—Gracias por compartir ese secreto conmigo —añadió con un guiño que me derritió un poco más.

Entramos a pedir nuestros helados y nos sentamos en una mesita de la terraza. Por suerte, encontramos una a la sombra, donde soplaba un poquito de aire. Él se subió las gafas de sol a la cabeza en un movimiento demasiado sexy. Intenté no mirarlo y centrarme en mi tarrina para no ponerme más nerviosa y que no lo notara. Ir había sido un error.

—Siento si Salma te hizo sentir mal... —se lamentó.

—Olvídate de ella. Las chicas han vuelto a excluirme de su vida para siempre. Bah, que les den a esas estiradas —añadí con un movimiento de la mano para restarle importancia.

—¿Entonces? ¿A qué viene tanta negativa? —inquirió apoyando ambos brazos sobre la

mesa. Obviamente me fijé en ellos, en ese ligero bronceado, en cómo se marcaban los músculos, en su reloj...

—No sé a qué te refieres.

—Lo sabes perfectamente —planteó con sus ojos clavados en los míos.

Me encogí de hombros, algo que parecía ser mi respuesta para todo, y, aunque quería mostrarme indiferente, mi rostro reflejaba cierta tristeza.

—¿Es verdad que hay otro?

—¿Cómo sabes eso?

—Un dardo envenenado de mi ex —reconoció con cierto pesar al darse cuenta de que era verdad.

—Pues menos mal que no les conté nada —farfullé sin mirarlo, como si hablara sola—. Es complicado. Me cuesta decirle adiós —añadí sin comprender por qué me resultaba tan fácil abrirme a él así.

—¿Puedo preguntarte qué pasó? —tanteó con mucha delicadeza. Se notaba que no quería ser entrometido ni morboso, solo atento.

Negué con la cabeza y me costó mucho controlar las lágrimas.

—Pues es una lástima porque me gustas, Vicky, y ojalá algún día seas capaz de dejarlo marchar. Sea lo que sea que haya pasado. —Era consciente de que sus palabras querían reconfortarme, pero solo lograban ponerme más nerviosa. ¿Había dicho que le gustaba?—. ¿Sabes? A tus amigas solo les interesabas porque Samu le pidió a Salma que te incluyeran en sus planes a fin de poder coincidir contigo y acercarse a ti de nuevo para...

—No lo digas —lo corté. Entendí por dónde iba y no quería hablar de ello.

—¿Es verdad que él te molaba?

Puse los ojos en blanco.

—Pues sí que te han contado cosas... ¿No te habrán explicado también cómo me humilló, por casualidad?

Por la cara que puso, dejó claro que no tenía ninguna información de ese tipo.

—Da igual, déjalo. Samuel, al igual que todas ellas, es agua pasada. Llega demasiados años tarde.

Me callé que él era el culpable de todo, el que podría haber evitado todo lo que sucedió después porque sería dar demasiadas explicaciones a alguien que seguía siendo un desconocido y porque, sinceramente, no podía darle tanta responsabilidad en mi vida. Hasta yo entendía que no podía ser así de injusta.

—Llevamos dos días sin hablarnos. Me vendió a Salma. Ella quería volver conmigo y él solo tenía que favorecer que pudiéramos hablar.

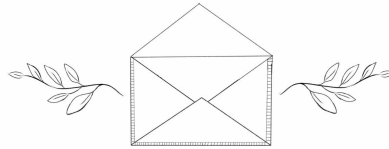
Quería preguntarle qué pasó con ella, porque realmente parecían la pareja perfecta. Eran como los reyes del baile en las pelis americanas —el *quarterback* y la capitana de animadoras—. Pero no tenía esa confianza con él. Cuando estaba con gente que conocía de sobra y ya me había soltado, podía hablar por los codos e, incluso, hacer cierta clase de preguntas indiscretas. Pero con los nuevos me costaba mucho y me mantenía callada en la mayor parte de la conversación. Eso es algo que siempre ha creado mucho rechazo hacia mí porque me etiquetan de muchas cosas negativas. Pero él... seguía ahí. Insistiendo. ¿Debía al menos darle la oportunidad de vernos como amigos?

Adam tenía un don. De algún modo captaba que había llegado mi momento de escuchar y dejó de insistir. Me contó alguna anécdota suya de la infancia que me hizo reír a carcajadas, para luego seguir hablándome de otras cosas. No lo vi incómodo ni molesto ante mis silencios y eso

me gustaba porque me sentía bien a su lado, comiéndome un helado de chocolate belga y asintiendo de vez en cuando.

Después de un rato, miré el reloj y le anuncié que tenía que irme. No intentó retenerme, pero sentí demasiado contacto físico en esa despedida. Debió de notar que me alteré con ello porque intentó esconder una sonrisa.

Esa situación iba a ser muy difícil y más me valía ponerme seria. Pero lo único que conseguía era hacerme más y más ilusiones, imaginarme saliendo con él como una chica normal, pensar que todo era posible y hacerme más daño a mí misma.



Cuando llegué a casa, me encontré a Manuela en el portal cargada con las bolsas de la compra y decidí ayudarla. La acompañé hasta la cocina y me invitó a merendar, así que me senté en la mesa y apoyé los codos sobre el hule amarillo con dibujos de frutas mientras ella lo colocaba todo en su sitio. A eso no me dejó ayudarla, alegando que ella sabía dónde iba cada cosa. Yo también lo sabía. Cuando era pequeña, y no tan pequeña, iba a trastear con Luis a ver si encontrábamos chokolatinas y galletas de verdad. Seguía guardándolo todo en el mismo sitio de siempre como la maniática del orden que era.

—¿Dulce o salado? —me preguntó, trayéndome de vuelta al presente.

—Salado, siempre.

Sacó unas tostadas muy *healthies*, las mismas que compraba yo, por influencia suya, les untó un poco de olivada y colocó unas lonchas de queso de cabra por encima. Ya estaba salivando.

—¿Algo que contarme? —inquirió dejando el plato frente a mí y sirviéndome un vaso de agua fresquita.

—Nada.

Me miró con cara de «no me la das con queso» a la vez que negaba con la cabeza.

—No nací ayer y te conozco desde hace demasiados años. Venga, ya estás largándolo todo.

Me llevé las manos a la cara para ocultar lo roja que supuse que me estaba poniendo.

—Hay un chico. Es muy —enfaticé esta última palabra— guapo. Rubio, ojosos, un cuerpo..., es demasiado para mí.

—Eso no es verdad, tú eres mucho también. Mírate... —manifestó alzando los brazos hacia mí y señalándome con incredulidad.

—Da igual. No pasará nada. No puedo...

Me contempló con cierta pena en la mirada y se sentó a mi lado.

—Eres muy joven, Vicky. Él querría que rehicieras tu vida y fueras feliz de nuevo.

—No puedo... —insistí negando con vehemencia y sintiendo cómo me empezaban a picar los ojos.

—Han pasado unos cuantos años ya, nadie va a pensar que lo estás traicionando.

—Yo sí.

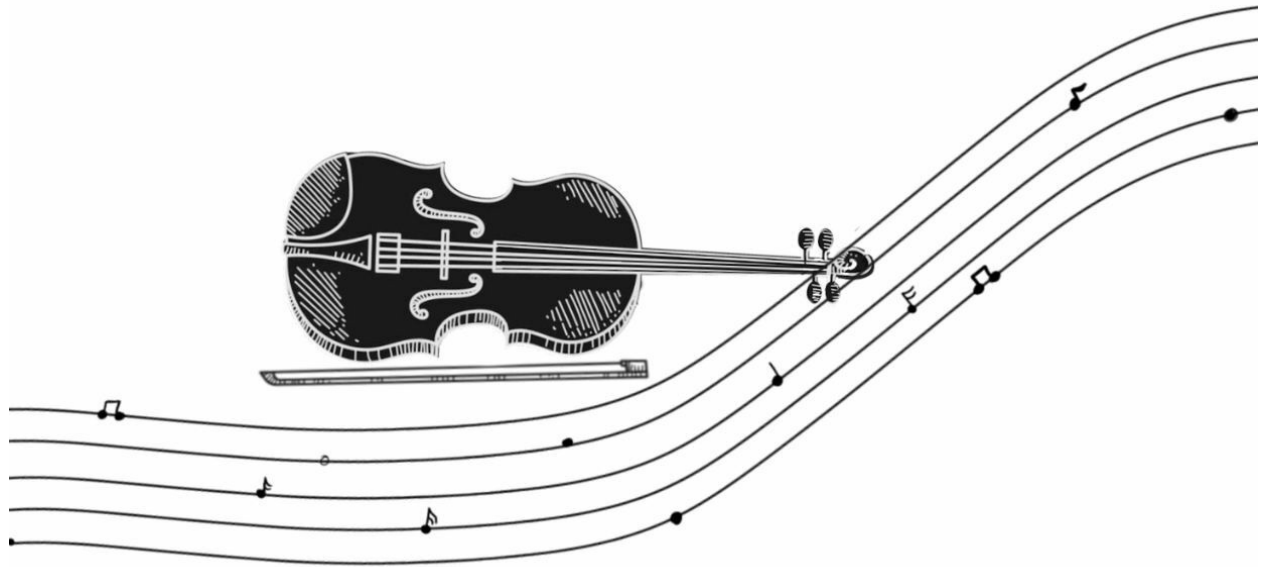
—Cariño, ¿cuánto hace que no vas a ver a Isabel? —me interrogó con una mano sobre mi antebrazo.

—La última vez fue el año pasado.

—Pídele cita —sugirió en un tono muy maternal.

No aguanté más. Me derrumbé y lloré. Manuela se levantó para abrazarme y me aferré a su cintura. Siempre fue como una madre para mí. Como la madre que me hubiera gustado tener. Isabel era mi psiquiatra y, además, amiga suya. Gracias a ellas dos era posible que siguiera viva.

Acudí a su consulta en varios momentos a lo largo de mi vida y, normalmente, me pedía que regresara cada cierto tiempo para revisar cómo seguía todo. Pero la última vez me había dado el alta de manera definitiva y me pidió que volviera si lo necesitaba. Algo que era posible que me hubiera saltado. Era como si necesitara que alguien cuidara de mí constantemente. Alguien que se asegurara que continuaba con la terapia y que me tomara las pastillas. Como hacía Luis.



-24. El principio del fin

*Cuando has sufrido mucho en la vida, cada dolor adicional es, a la vez,
insostenible e insignificante.*

YANN MARTEL

2008

A LOS DIECISÉIS años, tus amigos son todo tu mundo. Tu familia hace tiempo que ha pasado a un segundo plano y, según la relación que se haya construido desde la infancia, tendrá más importancia o menos.

En mi caso, nunca creé una relación con mis padres, de modo que en la práctica éramos compañeros de piso. Con la única diferencia de que me preparaban comida, me lavaban la ropa y me llevaban a sitios. Punto. Manuela solía decir que el trabajo de los niños es jugar. Mis padres decían que su trabajo es estudiar y sacar buenas notas. Con esto, cualquiera se puede imaginar la falta de juego, de calle y de parque que hubo en mi infancia.

Por eso y por muchas más cosas que no voy a expresar ahora, yo jamás creé un vínculo con ellos que me llevara a explicarles mis problemas. Y ellos tampoco eran capaces de ver más allá. No se fijaban.

Mis abuelos eran quienes habían creado esa relación conmigo. ¿El problema? Que eran personas mayores y sabemos que todos tenemos fecha de caducidad. Con ellos me sentía querida, importante, segura, sabía que podía confiar. Pero me angustiaba pensar en qué sería de mi vida el día que ya no estuvieran en este mundo.

Tamara, Lucía y Matilda, o lo que es lo mismo, Tami, Luci y Mati, fueron mis mejores amigas desde los seis hasta los dieciséis años. Habíamos estado juntas en el cole e hicimos lo

posible por coincidir en el mismo instituto porque éramos inseparables. Pero el verano entre cuarto de la ESO y primero de bachillerato empezaron a incluirme cada vez menos en sus planes y cuando volvimos a encontrarnos en clase después de las vacaciones ya no eran mis amigas.

Yo al principio seguí yendo con ellas, como era lógico, pero siempre me acompañaba una espeluznante sensación de sobrar. Es difícil de explicar, pero algo había cambiado y la incomodidad que reinaba en el ambiente impulsó mi decisión de apartarme. No me sorprendí al descubrir que no vinieron. Al contrario, se empezaron a juntar con una chica nueva que se llamaba Salma. Una *barbie* de la que se rumoreaba que habían echado de un colegio carísimo porque la pillaron en el baño de los chicos. Si eso era verdad o no poco me importaba.

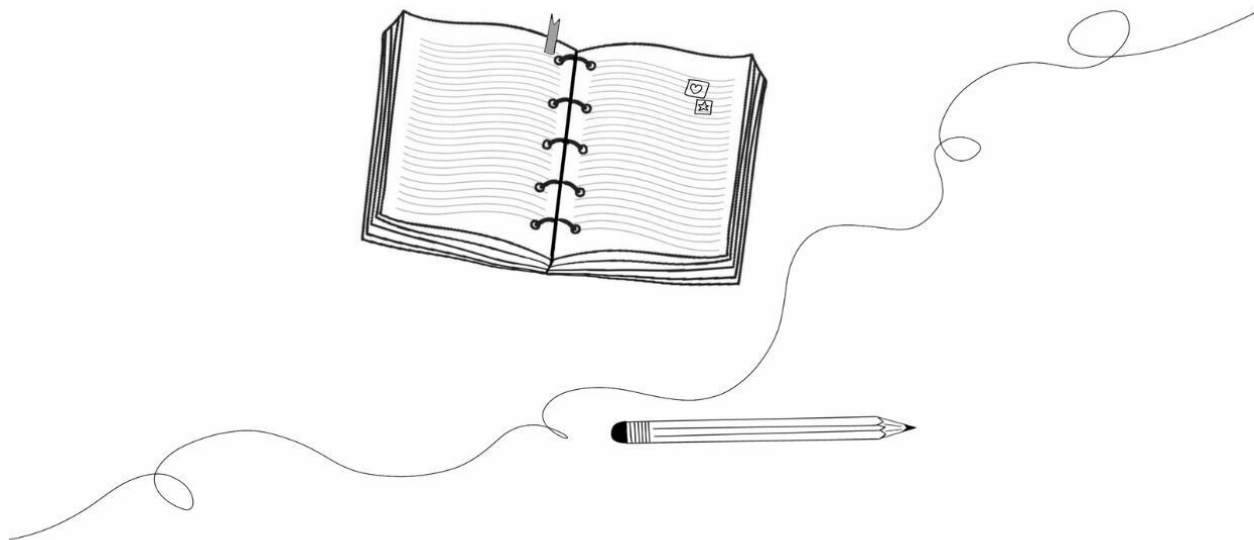
Las que yo siempre consideré mis amigas me abandonaron y me cambiaron por otra. Sin obtener ni la más mínima explicación porque lo hicieron de tal manera que fuera yo la que se separara del grupo. Yo me aparté, ergo fue mi culpa. Se deshicieron de mí de la forma más cruel y cobarde que existe.

Fueron meses de mucho dolor. La vida, tal y como la conocía, se acabó. Me sentía más sola que nunca. Supliqué a mis padres mil veces que me cambiaran de instituto, pero me lo negaron, alegando que el curso ya había empezado y no se podía. Mis notas bajaron, empecé a vivir literalmente en mi habitación y mi ansiedad había alcanzado unos niveles tan altos que pasaba bloqueada la mayor parte del tiempo.

Vivía como una autómatas. Me levantaba, desayunaba, me vestía, iba al instituto, atendía en clase, volvía a casa y me encerraba en mi habitación. Mis padres nunca sospecharon nada. Todo era normal para ellos. Que una chica de dieciséis años se pasara horas y horas encerrada —según ellos, estudiando— y no saliera con sus amigas ni con chicos era lo normal e, incluso, deseable. Porque no daba problemas. No me iba a quedar preñada. Seguía aprobando. No les llamaba la directora para hablarles mal de mí.

Cuando pasas por una experiencia de estas magnitudes, el tiempo se detiene. Ves que la vida continúa para los demás, mientras tú te quedas atascada porque la vida te ha dado tal bofetón que no sabes ni por dónde tirar. Cuesta tanto digerirlo, aceptarlo y ser consciente de lo que ha ocurrido que no puedes pedir ayuda. Básicamente porque sigues atrapada en una pesadilla de la que no puedes despertar. Dependes de que alguien alrededor se dé cuenta. Pero para eso hay que fijarse, algo que mis padres no hacían.

Para colmo, mi abuelo falleció poco después de empezar el curso y eso hizo que mi dolor se camuflara ante los que más me conocían. Pero yo había empezado a morir muy lentamente. A apagarme poco a poco. Y unos pensamientos algo turbios empezaron a anidar en mi mente.



Cuaderno de Luis 2

23 de febrero de 2008

RECUERDO aquella conversación de hace dos meses como si fuera ayer.

Como tantas otras tardes de fin de semana, estábamos en mi habitación, escuchando punk a través de mi radiocasete, mientras yo jugaba a algo en la Play y tú me observabas sentada en mi cama con las piernas cruzadas.

—¿Alguna vez has pensado en la muerte? —soltaste, de repente, en voz alta, y yo me giré con la cara pálida. ¿Qué clase de pregunta era esa?

—No. ¿Tú sí?

—Bueno..., a veces pienso qué pasaría si me muriera; quién iría a mi funeral, qué diría la gente, mis padres, mis... compañeros, no sé..., no me mires así.

—¿Cómo quieres que te mire? Me estás acojonando.

—Vale, olvídalo, no te he dicho nada —farfullaste, acompañando tus palabras de un gesto con los brazos como si quisiera borrar algo en el aire.

—¿Cómo quieres que lo olvide? Vicky, ¿me estás hablando en serio? ¿Alguna vez has pensado en... en...?

Levantaste las cejas para animarme a continuar, pero no me atrevía a pronunciar esa palabra.

—Nunca he pensado en suicidarme, por si eso te deja más tranquilo.

Supongo que tu actitud me transmitió que estabas hablando por hablar, porque tú tienes una mente que viaja demasiado y te llegas a hacer preguntas sobre cosas que a los demás no nos preocupan en absoluto. Eres lo más increíble que he conocido en mi vida, ¿lo sabes?

Recuerdo cuando éramos pequeños y me hacías dudar de cualquier cosa porque tú te cuestionabas absolutamente todo. «¿Cómo sabe el ratoncito Pérez que se nos ha caído un

diente?». «¿Cómo hacen los Reyes Magos para estar en tantas cabalgatas a la vez?». «¿Y por dónde entra Papá Noel si no tenemos chimenea?». «¿Cómo hizo Noé para llevar una pareja de cada especie sin que se comieran entre ellos? Porque algunos animales son carnívoros y no comen pienso». Y la mejor de todas: «¿De dónde vienen los niños?».

No paraste hasta que tus hermanos nos lo contaron cuando solo teníamos siete años. Ambos nos morimos del asco y juramos nunca jamás tener hijos. Todavía me acuerdo de cómo se rieron y de Rodri diciendo que ya cambiaríamos de opinión, pero que, por favor, tardásemos muchos muchos años en querer comprobarlo.

Por eso, porque pensé que era otra de tus preguntas surgidas de esa curiosidad desbordante tuya, ese día lo dejé estar. Y porque confié en ti. ¡Te creí, Vicky! ¿Por qué bajé la guardia?

Esta noche apenas he dormido. Esa es la verdad. No puedo quitarme esa imagen de la cabeza. El miedo, la angustia..., joder, Vicky. Solo espero que Isabel pueda ayudarte, porque no me quiero imaginar la vida sin ti. No puedo.

Cuando ayer me avisaste que ibas al baño no me olí nada. Durante estos dos meses no habías vuelto a mencionar nada sobre el tema. Y ahora lo pienso y quizá tu actitud mostraba más de lo que yo quería ver. Pero no sospeché porque creí que estabas con el duelo de tu abuelo. No tenía ni idea de que había algo más.

Veinte minutos después, me empezó a parecer raro que tardases tanto y fui a buscarte. Toqué varias veces a la puerta y no respondías, pero te oía llorar. Empecé a acojonarme.

—¿Vicky?

Aporré tan fuerte la puerta que mis padres y Óscar llegaron hasta mí.

—Lleva un rato ahí dentro y no responde.

Te llamamos entre todos y entonces reaccionaste.

—Lo siento.

Tu voz rota por el llanto nos alarmó y mi padre fue a buscar algo para intentar abrir la puerta mientras mi hermano trataba de desencajarla a patadas. Mi madre y yo nos quedamos a un lado deseando poder llegar a tiempo hasta ti.

—Vicky, no lo hagas. No sé qué es lo que está tan mal en tu vida para pensar en eso, pero seguro que tiene solución y la encontraremos juntos, ¿vale?

Mi padre llegó con la caja de herramientas y empezó a probar diferentes cosas junto con mi hermano, hasta que consiguieron abrir y me lancé corriendo hacia ti, aparté esa maldita cuchilla y te abracé tan fuerte que deseé no haberte roto una costilla.

Mi madre revisó tus muñecas para comprobar que no te hubieras hecho daño y la oí suspirar de alivio.

—Me aseguraste que no pensabas hacerlo —murmuré cuando terminaste de sollozar y de agitarte entre mis brazos.

—Y lo dije en serio.

—¿Pues...?

No hubo respuesta. Oí pisadas a mi espalda y luego el silencio más absoluto, de modo que intuí que nos habían dejado solos.

Te apartaste de mí y noté frío. Me hormigueaban los dedos y creo que hasta temblaba del miedo que había pasado. Buscaba tu mirada y no lograba conectar contigo. Sentí como si hubieras construido un muro de repente, peor que cuando te besé. Tenía tantas ganas de volver a hacerlo..., pero el momento no podía ser más inapropiado.

Ojalá hubiese tenido el valor de decirte todo lo que sentía por ti, en ese instante, para que te dieras cuenta de que, fuese lo que fuese que te llevó hasta eso, para mí eras importante.

Lo eres todo. Mi primer pensamiento cuando me despierto y el último antes de irme a dormir. Me alimento de tus sonrisas y de nuestras conversaciones por Messenger o a través del *walkie-talkie* cuando duermes en casa de tu abuela.

Tendría que haberlo hecho mucho antes. Pero el caso es que nunca me atrevo.

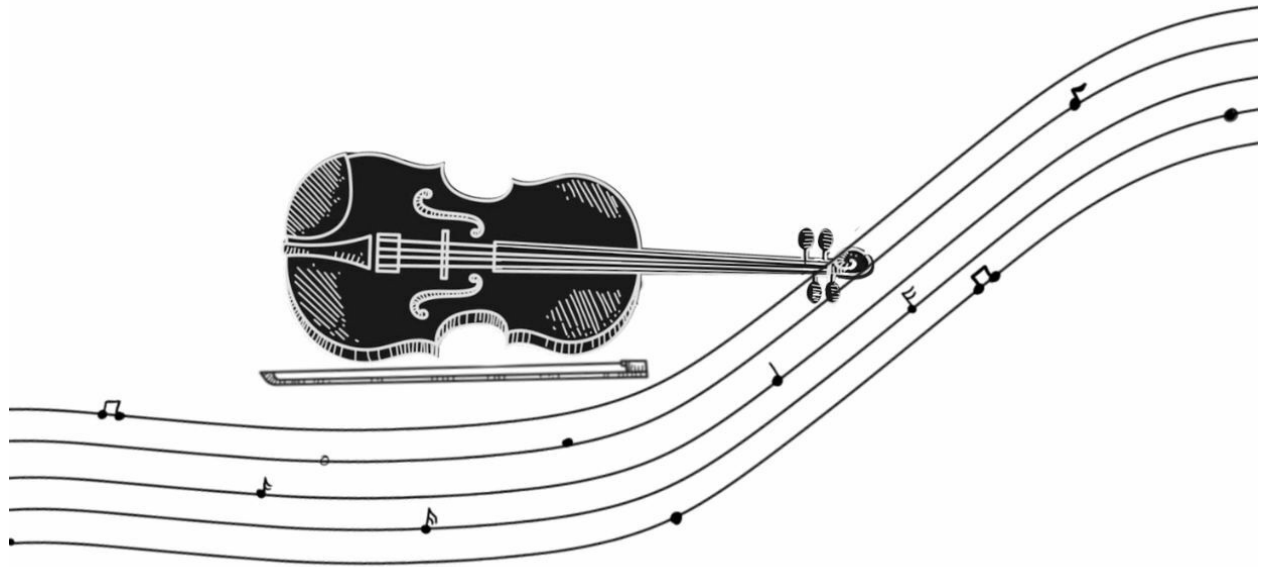
—Lo siento —volviste a decir. Sonabas sincera—. No tenía intención de hacerlo. Creo. No quiero que pienses que esa era mi idea cuando vine al baño. Pero justo antes de salir vi la cuchilla y..., no sé..., fue como si... tuviera la respuesta a todo este sufrimiento...

—¿Qué sufrimiento? ¿De qué me estás hablando?

El silencio tras mis preguntas me ahogaba. Sabía que no eras consciente de lo que sentía, pero todo aquello me dolía. Que no confiaras en mí para contarme lo que te pasaba.

Aunque, siendo honesto, creo que lo que más daño me hace es la culpa. Porque yo pensaba que eras transparente para mí y que era capaz de ver a través de ti. Me da rabia no haberme dado cuenta, y eso que me avisaste, a tu manera, de que algo iba mal.

Ojalá algún día quieras contármelo. Ojalá.



-23. Los niños no pueden tener depresión

Sé lo que es querer morir. Cómo duele sonreír. Cómo intentas encajar, pero no puedes. Cómo te haces daño por fuera para intentar matar lo que llevas dentro.

INOCENCIA INTERRUMPIDA

2008

NO SÉ por qué cogí esa cuchilla aquel día. Ojalá tuviera una respuesta válida, pero esa es la verdad. Es como si algo en mi mente se hubiera borrado y no fuese capaz de recordar qué pasó entre que me lavé las manos y que Luis entrara corriendo hacia mí.

Imagino que, al igual que ahora, solo quería desconectar ese dolor. Porque la misma vida me dolía. Me dolía enfrentarme a un instituto en el que muchos seguían burlándose de mí al llamarme «Victoria de *Samutracia*», un apodo que un gilipollas acuñó el año anterior cuando un profesor nos habló de la famosa escultura que, en realidad, se llama Victoria de Samotracia. Pero, claro, le quedó un juego de palabras de puta madre para que la clase entera pudiera reírse de mí como si yo fuese un ente sin sentimientos. Me dolía la soledad que me acompañaba a todas partes. Me dolía no sentirme importante ni para mis padres. Me dolía comprobar que si yo desaparecía de este mundo de un día para otro nadie se vería afectado y todos seguirían con sus vidas como si nada.

Luis parecía enfadado conmigo y yo no me veía con fuerzas para contarle algo que me avergonzaba tanto como para querer desaparecer. Su abrazo me reconfortó, aunque seguía sintiendo frío. Y solo podía pensar que su familia me odiaría para siempre porque estas cosas se hacen en tu casa. Me sentí mal incluso por si habían roto la puerta por mi culpa.

Nada más lejos de la realidad. Cuando logré ponerme en pie, Luis pasó un brazo por mi

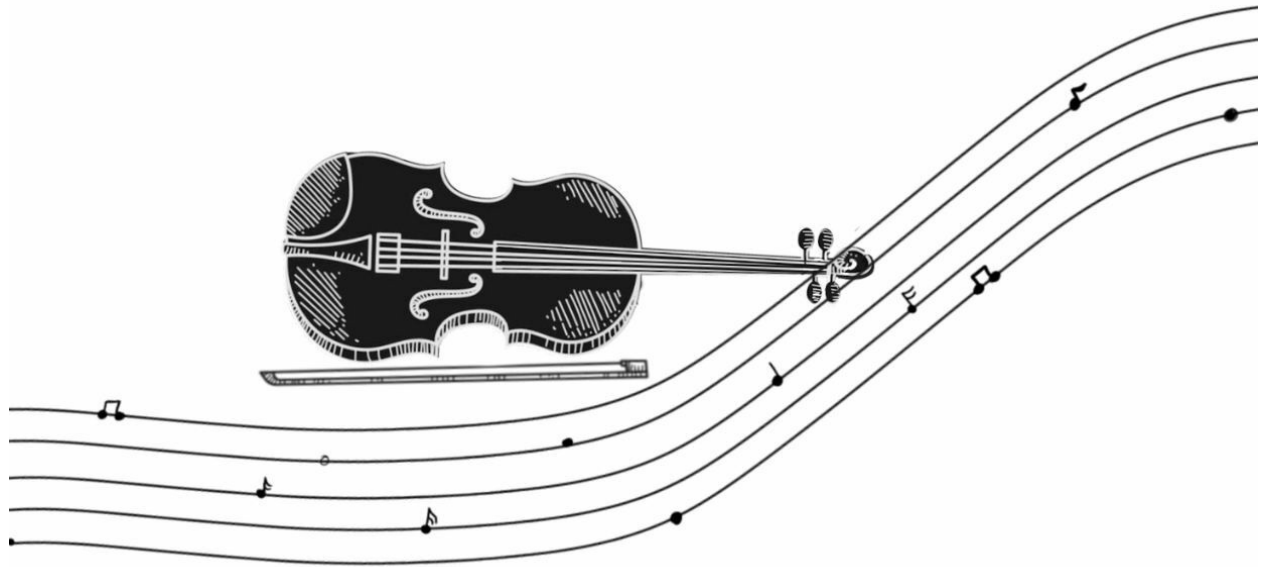
espalda para acompañarme al salón, donde estaban todos. Manuela me comentó que una muy buena amiga suya era psiquiatra y que le iba a hablar de mí. Isabel se llamaba. Me dio un papel con su número para que pidiera cita y me comunicó que había llamado a mis padres.

Me enfadé con ella por hacerlo, aunque no se lo reproché nunca. Entendí que lo hiciera, pero creo que solo abrió un poco más la brecha entre ellos y yo. Al principio, para mi sorpresa, percibí que mis padres estaban muy pendientes de mí, conmovidos, asustados y haciendo preguntas que no me atrevía a contestar. Mis hermanos vinieron a verme y los noté preocupados. Intentaron conectar conmigo, pero no teníamos esa confianza. Mi abuela lo pasó fatal y me supo mal porque sabía que ella sí que me quería de verdad, sin condiciones, y que era de las pocas personas que quizá habrían sufrido. Y Luis..., me costaba soportar la cercanía que había entre nosotros. Porque parecía realmente afectado por lo ocurrido y yo no era capaz de abrirme a él y contárselo todo.

Luego, a medida que la terapia con Isabel avanzaba, la actitud de mis padres cambió de manera drástica. Empezaron a decir que «una niña no podía tener depresión», que «¿qué clase de problema iba a tener una niña que lo tenía todo?» y rechazaban cualquier informe de la psiquiatra. Se negaron a reducir jornadas laborales, se negaron a cambiarme de instituto y a cualquier otra cosa que Isabel les sugería. Según ellos, yo era una niña sana que solo quería llamar la atención. Una desagradecida.

Poco a poco, el clima en casa fue tornándose cada vez más tóxico.

De modo que, tanto en clase como en casa, me sentía sola, excluida y apartada. Vulnerable. Aterrorizada. Poco querida y poco importante. Algo que solo iba a más.



-22. Adiós

2019

ADORABA tocar el violín. Empecé con seis años porque mi abuelo, que siempre había estado muy vinculado a la música a pesar de ser oncólogo, quiso que aprendiera a tocar algún instrumento por los enormes beneficios que producía. Me llevó un día al conservatorio a ver a un amigo suyo y me quedé alucinada al ver a una chica tocar *Unchained Melody* tan bien con el violín que yo al instante quise eso mismo para mí.

Él me apuntó a clases y me compró el instrumento junto a todo lo necesario, haciendo caso omiso a las negativas de mis padres, que consideraban aquello como una distracción. Por suerte, se me dio genial y empecé a subir de nivel año tras año. A los trece ya tenía claro que quería estudiar la carrera musical y eso era algo que mi padre se negó a aceptar porque, según él, me iba a morir de hambre y acabaría tocando en la calle por unas monedas. Nada más lejos de la realidad. No me hice rica, pero lograba sobrevivir con un trabajo que amaba como profesora en el conservatorio y con unos ingresos extras que sacaba al actuar en eventos con un cuarteto de cuerda que formé junto a varios compis.

Unas semanas después de la última cita con Adam, me encontraba ambientando el cóctel de una boda en una finca preciosa y con una decoración exquisita. Se notaba que había dinero, vaya. Al interpretar las últimas notas, percibí que la gente iba entrando a otra sala, ya que en breve comparecerían los novios, y la *wedding planner* se acercó a nosotros para darnos la enhorabuena porque todo el mundo estaba alucinando.

Recogí mis cosas mientras confirmaba con mis compis la siguiente reunión para ensayar y noté una presencia acercándose a mí. No me extrañó, pues siempre aparecía algún invitado pidiéndonos información porque se iba a casar en breve y asumí que era eso mismo. Levanté la

vista y me encontré con esos ojos que llevaba casi dos meses tratando de ignorar.

Adam, el mismo que en ese preciso instante me estaba examinando de arriba abajo como si no se creyera que me encontraba allí, llevaba casi todo ese tiempo tratando de quedar conmigo para cenar en su casa, tal y como ya me había propuesto anteriormente. Pero yo lo estuve «aplazando» con la excusa de que los fines de semana tenía bodas y estaba muy cansada. Todo para que fuera él quien se hartara de mí y dejara de escribirme. Era un poco mezquino, lo sé, pero no logré hacerlo de otro modo. De hecho, juraría que ya había encontrado a otra porque llevaba un tiempo sin decirme nada.

—Cuando me hablaste de las bodas te juro que pensé que era una trola.

—Soy huidiza, pero no se me da bien inventar excusas a este nivel.

—¿Y vas a dejar de huir algún día o...?

—Estoy trabajando —esquivé su pregunta.

—Pero ya has acabado, ¿no? —tanteó, astuto.

—Ya ha terminado, sí. Vicky, nos vemos el lunes, ¿vale? —me recordó Marisa, y no me pasó desapercibida la mirada que le echó a Adam, ni la sonrisilla que me dedicó antes de partir.

Me sonrojé y, de los nervios, se me cayeron las partituras al suelo. Nos agachamos los dos a recogerlas y nuestras manos se rozaron. Percibí un calor agradable propagándose por todo mi cuerpo. Me levanté y advertí que me flaqueaban un poco las piernas. Ambos seguimos sujetando los papeles y nuestros dedos se ubicaban tan cerca los unos de los otros que casi se rozaban.

—Estás muy guapa —declaró, y me costó una barbaridad no sonreír. Él sí que estaba guapo con ese traje azul marino y esa corbata entre turquesa y menta.

—Es mi uniforme de las actuaciones —aclaré seca, porque llevaba uno de los vestidos negros que solía utilizar para los eventos.

—Pues no se lo digas a las demás, pero ya quisieran ellas que les quedara tan bien como a ti —me comentó, bajando mucho la voz y acercándose un poco más para que lo pudiera oír bien. Su aliento bañó la piel de mi cuello y la erizó al instante.

—Ya, uhm... —Hice un movimiento con la mano para que soltara mis partituras y poder guardarlas.

Quería hablar porque necesitaba responder algo a eso. Los halagos siempre me han hecho sentir incómoda. Mucho. De modo que, al no encontrar otra réplica válida, empecé a trastear entre mis cosas de manera nerviosa mientras comprobaba por el rabillo del ojo que seguía a mi lado y sin intención de moverse.

—Vamos, Vicky, hemos coincidido en una boda. Eso tiene que significar algo, ¿no?

Me mordí el interior de la mejilla para no reírme. Era realmente difícil resistirse a él y a sus bromas.

—No quisiera ser la culpable de que hagas esperar a tu acompañante —solté mientras emprendía mi marcha hacia la salida.

Pero sus palabras me paralizaron tan solo dos metros más allá:

—He venido solo, tengo todo el tiempo del mundo.

Me detuve en seco y el corazón me dio un vuelco. Di por hecho que habría desistido de tanta negativa y se habría buscado a otra. Me giré despacio y lo vi observándome con cierta ilusión en su rostro. Alguna pequeña parte de mí estaba dando saltos de alegría porque ese pedazo de chico no se rendía conmigo y eso significaba que estaba realmente interesado, ¿no? Si no ya habría tirado la toalla.

—¿Has... —carraspeé— has venido solo? —pregunté sin ser capaz de alzar mucho la voz por miedo a sonar demasiado entusiasta.

—Claro, intenté traerme a mi futura esposa, pero huye de mí —respondió, risueño.

—No huyo de ti. ¡Mierda! —farfullé al darme cuenta de lo que pareció que estaba admitiendo.

—¡Anda! ¿Entonces ya has decidido aceptar mi propuesta de matrimonio?

Él sonrió, pasándoselo en grande con la bromita, pero yo no me reí esa vez porque, aunque me negara a ello, cada vez estaba un poco más colada por él y sabía que aquello no nos llevaría a nada bueno. Tenía que protegerme. Alejarme de él. Para siempre.

Dejó de reírse al ver mi cara.

—Adiós, Adam —pronuncié, poniendo fin a la conversación y a lo que fuera eso.

Porque a él le hacía mucha gracia, pero yo no podía volver a sufrir. No podía entregarme a nadie más, darlo todo y que luego esa persona desapareciera de mi vida para siempre.

—Ese «adiós» ha sonado como algo definitivo, más que como un «hablamos luego, que ahora estoy cansada».

—Así es. —Hice una pausa para ordenar las palabras que quería articular—. Ahora mismo no puedo ofrecerte ni mi amistad y no quiero que me hagan más daño, así como tampoco hacerlo yo. Deberías olvidarte de mí y no escribirme más.

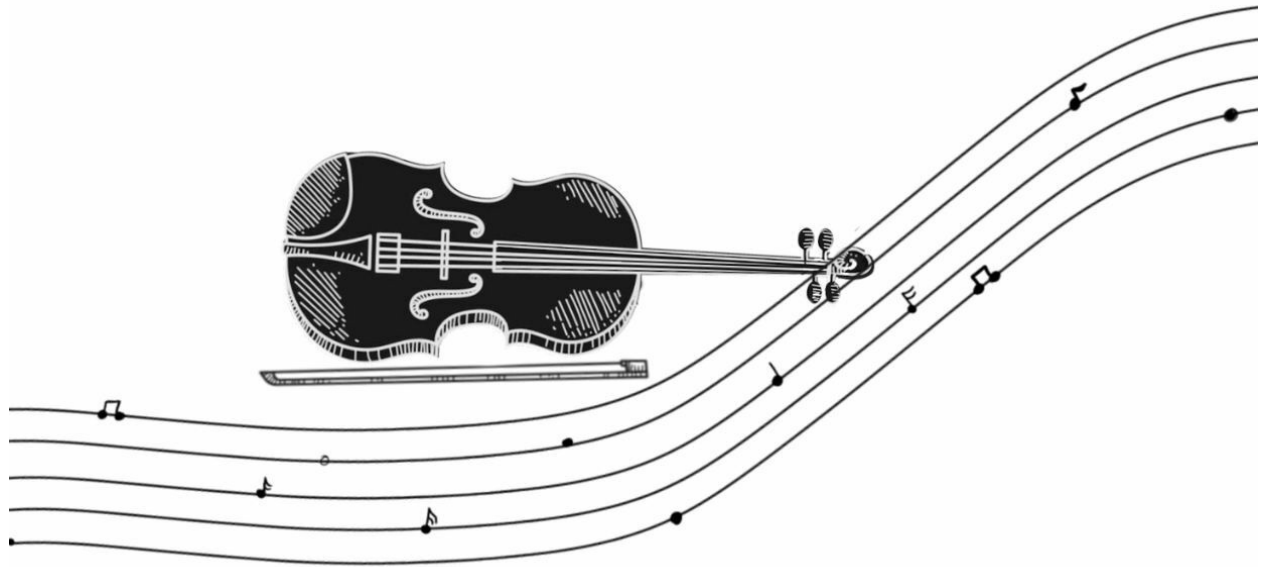
—Lamento si te he molestado o...

—Tranquilo, no eres tú. Tú no has hecho nada malo. Soy yo, que estoy... rota.

—¿Por qué dices eso?

Lo miré unos segundos con el corazón encogido y gritándome mil cosas. Que no me fuera, que no lo echara de mi vida, que él podía rescatarme. Pero mi cabeza me insistía en todo lo contrario, en que no bajara más la guardia, que acabaría destrozada. Más, aún, que la anterior vez.

Su mirada reflejaba pena y desconcierto porque no entendía nada. No me entendía a mí. Le faltaba demasiada información, pero no quería quedarme a esperar su negativa cuando lo supiera todo o, peor aún, la lástima. No quería condenarlo a estar pendiente de mí como hacía Luis.



-21. Podemos hacerlo juntos

2009

ALGUNAS DECISIONES se convierten en errores y aciertos a la vez. Todo depende del momento en el que reflexiones sobre ellas. Como cuando me zampaba una bolsa entera de patatillas y disfrutaba con un buen capítulo de *Gossip Girl*, pero luego me entraban los remordimientos. O como cuando decidí comprarme un vestido con el que me veía divina pero nunca me lo puse, porque siempre me parecía que los demás me encontrarían ridícula con él y, encima, me había gastado una pasta.

Triviales todas ellas y sin apenas importancia. Pero hubo una que marcó un antes y un después en mi vida y que no me pudo hacer sentir más ambivalencia.

El timbre de casa de mi abuela sonó y volé hacia la puerta para abrir porque sabía que era él. Ahí estaba, con su ropa *skater* de siempre y su pelo despeinado de tanto pasarse la mano por la cabeza. No lo podía ver más guapo. Sonreí al instante.

—¡Ey! Pasa, estoy acabando de fregar los platos mientras mi abuela ve *Saber y ganar*. —Le indiqué que pasara con mi brazo señalando hacia el pasillo y una sonrisa traviesa en mis labios.

—Qué manera de escaquearse más inteligente. —Ambos nos reímos porque no soportábamos el programa y siempre nos las habíamos ingeniado para no estar en el salón cuando lo emitían—. Paso a saludarla y te ayudo, ¿vale?

—No te preocupes, ya estoy acabando. —Le resté importancia con un gesto de la mano y cada uno siguió su camino.

Luis Holgado era educado y galante hasta la médula, aunque no diera esa impresión a simple vista. Lo oí saludar a mi abuela y preguntarle por los resultados de un análisis que se había hecho la semana anterior. Ella le manifestó que sería un nieto político estupendo y él se

apresuró a explicar que seguíamos siendo solo amigos. «Una pena» fue la respuesta de mi abuela. Y mentalmente la mía también. Después hubo algunas risas algo contenidas y oí sus pasos acercándose hasta mi posición.

Se me erizó el vello al sentirlo rodearme tan cerca, como si no hubiera apenas espacio en la cocina, cuando más bien era al revés. Se remangó y me ayudó a enjuagar los últimos trastos y a ponerlos sobre el escurreplatos. No hablábamos, estábamos concentrados en lo que hacíamos, y yo, además, en controlarme para que no se notara lo mucho que me gustaba tenerlo así de cerca, compartiendo aquella tarea tan básica, como si fuéramos una pareja.

Al terminar, nos dirigimos a mi habitación sin necesidad de avisar a mi abuela. Ella sabía que, cuando Luis venía, podíamos pasarnos horas hablando y no le gustaba que nos quedáramos en el salón porque no podía oír la telenovela.

Él se sentó en los pies de mi cama, con la espalda apoyada en la pared, y yo hacía ver como que ordenaba cuatro cosas. Luego me detuve frente a él con un cierto movimiento nervioso de pies y manos. Aunque estas no las veía porque las junté detrás de mi espalda.

—¿Puedo tocártela? ¡Dios! Qué mal ha sonado eso —añadí, llevándome las manos a la cara para tratar de ocultar el color rojo que debía empezar a invadirme.

—Joder, Vicky, menos mal que sé de lo que me hablas. —Se rio y yo pude aflojar un poco de vergüenza. ¿En qué estaría yo pensando?—. Venga, vale, tócamela. Otra vez —añadió con una sonrisa, porque debía estar harto de escuchar el *Adagio* de Albinoni.

Algunos alumnos del conservatorio participábamos en un concierto benéfico ese verano y me hizo mucha ilusión cuando mi profesora me preguntó si me apetecía tocar alguna pieza. Me emocioné muchísimo y, cuando me pasó la lista de obras sugeridas para interpretar, lo tuve clarísimo. Era una de mis favoritas.

Fui a la mesa y busqué la partitura, se la entregué a Luis y luego saqué el violín de su estuche, me coloqué frente a él de nuevo y observé el primer pentagrama varios segundos mientras respiraba profundamente.

Agarrándolo por el mango, lo coloqué en su posición exacta y deslicé el arco sobre las cuerdas en cuanto estuve completamente relajada. El sonido de aquel instrumento empezó a llenar la estancia, transmitiéndome la paz que siempre hallaba en la música. Mi vista estaba puesta en Luis, quien desde siempre se había declarado mi fan número uno y que sonreía orgulloso.

Le hice una seña para que cambiara a la siguiente hoja, porque, aunque no le estuviera prestando atención, sabía el momento exacto en que había que girarla. Pero él ignoró mi petición. Es más, las dejó sobre la cama y mis ojos se abrieron tanto que casi se me salieron.

Yo seguí tocando sin dejar de observarlo a él y, cuando terminé, me respondió con un aplauso bastante sincero y una mirada que jamás me dedicaron mis padres.

—Te odio.

—¡Venga ya! Te la sabes de memoria, ni la estabas mirando —protestó, divertido.

—Idiota.

—Eres la mejor, lo vas a hacer genial —me animó, llenando cada palabra de sinceridad y admiración total.

—Dices eso porque eres mi amigo —repliqué poco convencida.

—Y, como tal, te digo la verdad.

—Sí, claro...

Guardé el violín en su estuche y me senté a su lado, con la vista fija al frente. No quería mirarlo en ese momento porque se me haría imposible disimular lo loca que me tenía.

—¿Qué tal la convivencia con tu abuela?

Sonreí soltando el aire. Él era genial desviando el rumbo de las conversaciones.

Un mes atrás, terminados los últimos exámenes, me mudé con mi abuela. Ella estaba sola desde que el abuelo falleció y yo deseaba salir de casa de mis padres. A ellos no les hizo ninguna gracia, pero ya era mayor de edad y no podían impedírmelo. Además, estaba en el centro y me resultaba muy fácil desplazarme hasta el conservatorio o a cualquier lado. Y Luis estaba en el piso de arriba, que también era una gran ventaja.

—Es genial vivir con alguien que está en casa y se preocupa por mí. Lo malo es que creo que quiere cebarme y no puedo permitirme seguir engordando.

—Vicky...

—No digas nada —lo corté.

Lo oí soltar un montón de aire y luego noté su mano agarrando la mía, entrelazando nuestros dedos. El escalofrío que sentí me obligó a mirarlo. Sus ojos serios y un poco tristes me observaban.

—No quiero que tengas un problema con eso también. Una chica de mi clase... —tragó saliva— empezó a perder mucho peso. No nos dimos cuenta hasta que fue demasiado tarde. Era una chica guapa, simpática, lista...

No pude evitar una punzada de celos al oírlo hablar así de ella. ¿Le gustaba?

—Después de varios días de ausencia, nos enteramos de que estaba ingresada. Lo siguiente que supimos fue que se encontraba estable, pero que se había cambiado de insti.

—Bueno, yo no sé provocarme el vómito y soy incapaz de dejar de comer, así que puedes quedarte tranquilo por mi parte.

Fui a soltarme, pero él me apretó la mano con más fuerza.

—Para nada. Lo único que interpreto de eso es que ya lo has intentado.

Tragué saliva y eso le sirvió de confirmación. Entonces, sus manos volaron hasta mi cabeza para enmarcarme la cara y acercó la suya tanto que me quedé sin aliento.

—No quiero saber quién te ha hecho creer que no te ves bien, porque no es verdad. No lo es. Ya te lo he dicho como un millón de veces, pero por alguna razón confías más en las palabras de algún idiota que en las mías. Las palabras de un amigo.

Nos miramos durante unos segundos con tanta intensidad que me costaba buscar algo para escapar de esa situación. Y eso que estar así, tan juntos, como a punto de besarnos, era algo que mi cuerpo percibía demasiado bien.

—Bueno, es temporal. Cuando me renueven el contrato en Zara buscaré una habitación para alquilar.

Me soltó y me arrepentí de haber roto ese momento. Él no respondió enseguida, pero lo veía cavilar y decidí esperar a que hablara. O a que lo enviara todo a la mierda y me besara. También me valía.

—¿Por qué no lo hacemos juntos?

—¿El qué? —solté con una voz demasiado aguda.

«No está hablando de follar. No está hablando de follar».

Su risa macarra me puso nerviosa.

—Compartir piso. Tú y yo. ¿Qué me dices?

«Sí, quiero».

—Pero tú vives de puta madre en casa de tus padres y este es un país en el que los jóvenes se independizan a los treinta y cinco.

—No quiero ser el típico español entonces —intervino encogiéndose de hombros—.

Buscaré un curro y compartiremos gastos. Seguro que saldrá algo económico.

—No sé..., no es lo que tenía pensado.

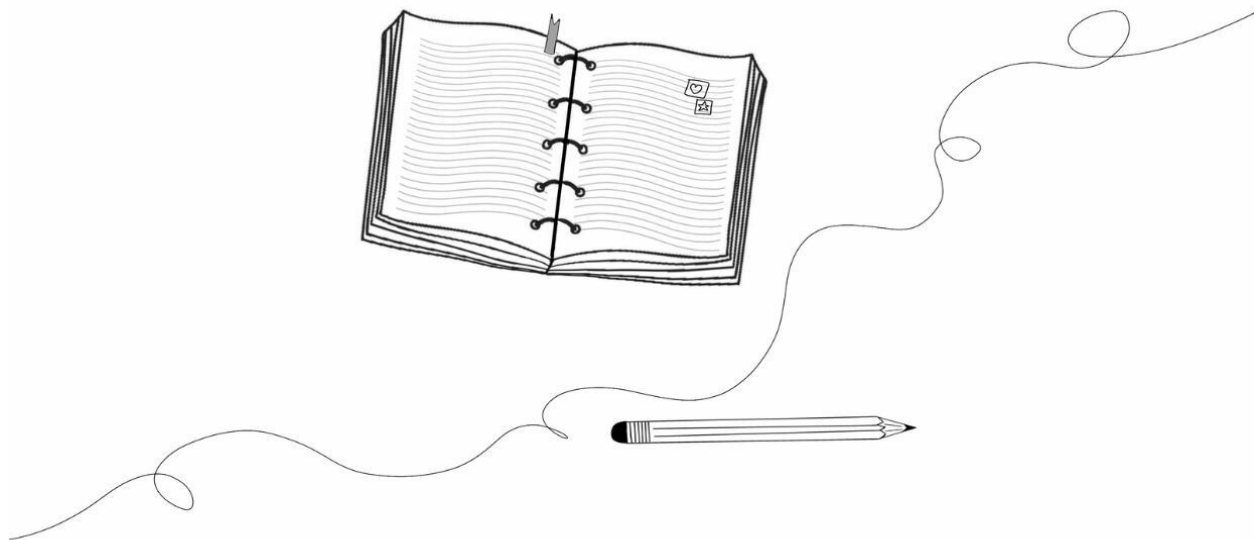
«Deja de hacerte la dura, que lo estás deseando y se lo va a repensar».

—¿A qué tienes miedo? ¿A que vea tus bragas tendidas en el lavadero? Venga ya, Vicky, que hay confianza...

Mi mente voló a una imagen ficticia. Él y yo preparando la cena. Braguitas, sujetadores y calzoncillos tendidos al otro lado de la ventana de la cocina. Me pareció horrible, pero mi voz salió antes de que pudiera evitar el desastre.

—Uhm..., bueno, vale. Pero necesito que tengas un trabajo para cuando me renueven. No quiero alargar más el proceso.

—Trato hecho.



Cuaderno de Luis 3

16 de junio de 2009

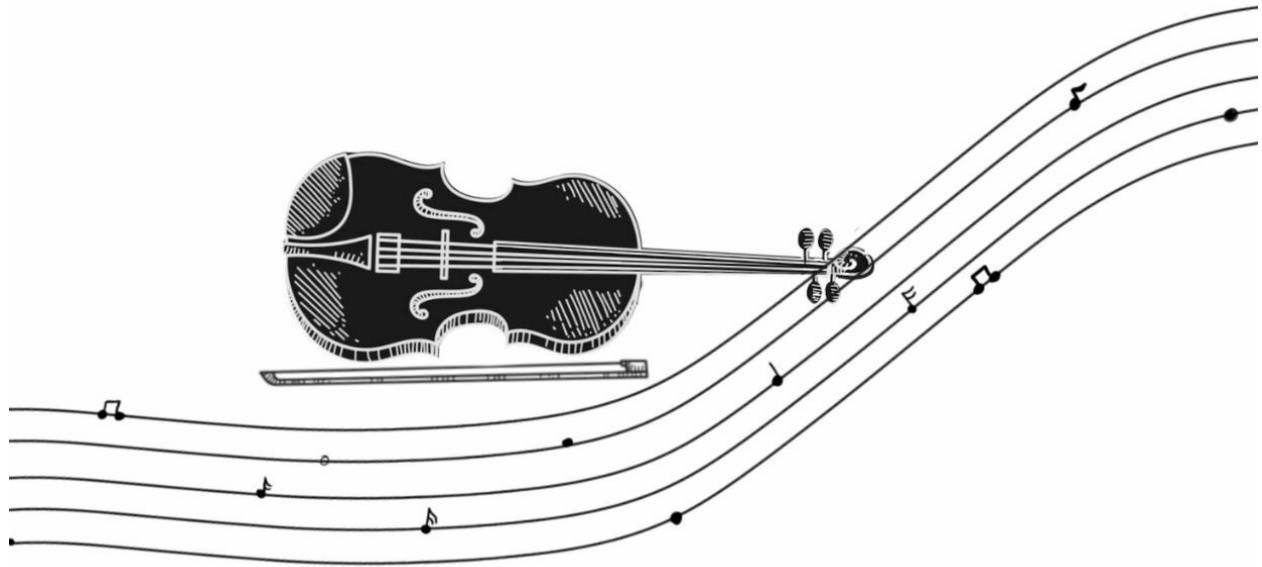
COMPARTIR piso suena a pésima idea. Me ha parecido genial cuando estábamos fregando los cacharos, o cuando estaba sobre tu cama viéndote tocar esa melodía que sigue poniéndome los pelos de punta, aun después de tanto oírla. Quizá era sentir tu mirada tan intensa sobre mí, como si estuvieras lanzándome algún mensaje que yo, obviamente, no he captado.

Otra vez más me he quedado con las ganas de besarte y decirte lo que siento. Que te quiero, y no solo como amigo. Te quiero tanto que me duele verte así, decaída, con tan mala imagen de ti misma. Ojalá te vieras desde mis ojos.

No sé si ha sido el miedo a no tenerte cerca y no poder estar pendiente de ti lo que me ha llevado a proponerte lo de vivir juntos. Compartir piso, quiero decir. Pero luego, en frío, creo que no he estado muy fino. Porque llevarás a chicos, te enamorarás, y yo estaré ahí, pared con pared, lamentándome por no haber sido más valiente y tragándome mi arrepentimiento mientras oigo el cabecero de la cama contra el muro.

Quizá lo mejor hubiese sido dejarte ir, perder el contacto poco a poco y olvidarte. Permitir que sea otro quien se ocupe de ti. Tomar distancia.

Bah, ¿a quién quiero engañar? Jamás seré capaz de hacer eso, seré tu perrito faldero pase lo que pase y vayas donde vayas.



-20. El chico del que no sabes si estás enamorada

2009

LUIS no tardó nada en encontrar trabajo en un restaurante de comida rápida. El hijo de una nutricionista. Me partí de risa cuando me lo contó y le supliqué estar delante cuando lo anunciase a su madre. Él juraba que no le hacía mucha gracia, pero era lo que le había salido con tan poco tiempo y que se ajustaba a los horarios de clase. No le faltaba razón.

A finales de verano empezamos a buscar y, para octubre, encontramos el piso perfecto: céntrico, no muy antiguo, muebles modernos, dos habitaciones, dos baños, un salón grande, una cocina con lavadero bastante espaciosa y cero pegas para tocar el violín en horas decentes. Todo eso por solo quinientos euros. Pegas, muy pocas. No tenía aire acondicionado, era un segundo sin ascensor y el barrio no era el mejor, pero nos encontrábamos a dos manzanas de una de las principales calles de la ciudad. Era una zona con mucha diversidad cultural y mucha vida, bares, restaurantes y varias líneas de bus a nuestra disposición. La parada del metro que Luis pillaba para ir a la *uni* quedaba a escasos cinco minutos y a mí me gustaba ir hasta el conservatorio dando un paseo o en el bus, cuya parada tampoco estaba lejos.

Su hermano Óscar nos ayudó a hacer la mudanza, que básicamente eran cajas de ropa y algunos objetos personales. Y luego fuimos a hacer nuestra primera compra. Ahí sí se nos fue la mano, pero es que tuvimos que comprar de todo. Llenamos como tres carros, con eso os lo digo todo.

Los meses que estuve conviviendo con mi abuela, había cogido la costumbre de subir a casa de Luis cuando su madre cocinaba, para ver si se me pegaba algo de sus menús saludables. Él era un poco trasto para eso y a mí me gustaba, así que normalmente yo me encargaba de cocinar y él

de fregar los platos. No tardamos en darnos cuenta de lo fácil que iba a resultar nuestra convivencia. Hicimos un calendario de tareas que cumplíamos a rajatabla, la casa se mantenía con cierto orden y teníamos intereses similares, con lo cual no discutíamos ni sobre lo que poner en la tele. Era todo tan fluido que asustaba. De hecho, ante ese panorama, solo podía enamorarme un poquito más de él.

Desde que me había ido de casa de mis padres, los había visto en alguna comida que hacía mi abuela en su casa, normalmente cada dos semanas. Nuestras conversaciones se reducían a: «¿Qué tal? ¿Todo bien en la nueva casa?». «Sí, genial». Ellos no preguntaban más y yo no tenía ganas de explicarles algo que parecía no interesarles.

No preguntaban sobre cómo me iba en el conservatorio, si tenía compañeros nuevos en clase o ya los conocía del ciclo anterior. No me preguntaban cuál era el último libro que había leído o la serie que estaba viendo. Ni tampoco qué había hecho el fin de semana anterior o si había aprendido alguna receta interesante.

Pero eso no era una novedad. Nunca, voy a repetirlo por si no ha quedado claro, jamás mis padres me preguntaron sobre algo que tuviera que ver con mis intereses, amistades, clases, etcétera, más allá de saber que aprobaba. Pero, como lo que yo estaba estudiando no era una carrera para ellos, pues eso tampoco les interesaba. Nunca me hicieron un mísero regalo de cumpleaños, aunque de hacerlo no hubieran tenido ni idea de qué podría gustarme porque no me conocían en absoluto. Algo que sabes cuando pasas tiempo con una persona, prestas atención cuando habla y te interesas por sus cosas. Tan simple como eso.

Volviendo al tema, esa Navidad marcó un antes y un después. ¿Qué pasó? Pues que la relación tan deteriorada que teníamos explotó y se destruyó para siempre.

Como cada año por esas fechas, mis hermanos habían vuelto a casa acompañados de sus parejas —Maica, la mujer de Miguel, que estaba embarazada de cinco meses, y Lorena, la que en ese momento podíamos considerar como novia de Rodri—. Y, como es obvio, no podía faltar mi abuela. Mis progenitores no tenían hermanos, pues mi abuela paterna murió en el parto tras un embarazo muy duro y mi madre es hija única porque mi abuela se quedó viuda demasiado pronto. Mis abuelos, ninguno de ellos, estaban ya con nosotros. Y fin, esa era mi familia en aquel momento.

Pues bien, estábamos todos en la mesa comiendo, bebiendo, hablando, cantando y todo lo que se suele hacer en Nochebuena. Yo estaba sentada al lado de Lorena, con quien congenié un montón a pesar de que sabía que lo más probable era que no la volviera a ver, conociendo a mi hermano. Maica me preguntó sobre el nuevo piso y mi madre no me dejó responder.

—Pues un pisucho en un barrio de mala muerte. Por lo visto eso es mejor que vivir aquí. Pero, claro, me imagino que vivir con su novio es mucho mejor.

—¿Novio?! —preguntaron varios, y sentí demasiados pares de ojos sobre mí.

—¿Que no es mi novio! —protesté, indignada. Aunque por dentro me moría de ganas de que fuera cierto.

—¿El vecino? —inquirió Miguel, con una sonrisa ladeada.

—Dios... —Puse los ojos en blanco. Nunca se iban a cansar de bromear con eso.

—Vaya, vaya —intervino Rodri—. Ey, Mik, me debes cincuenta pavos.

—¿Habéis apostado? Flipo.

—Pues yo quiero conocerlo —suplicó Maica, y la miré como preguntándole qué demonios hacía.

Vi cómo Rodri trajo su portátil para buscar a Luis en Facebook y enseñarles fotos a las

chicas.

—Pues aquí dice que está soltero —indicó Lorena.

—¿Porque quizá lo está? —ironicé.

—O porque lo mantenéis en secreto...

—¿En serio...?

De repente, mis hermanos empezaron a reírse y a decirme que me estaban tomando el pelo. Mi abuela comentó que a ella no había secreto que se le escapase y que ya quisiera ella que Luis y yo estuviésemos juntos.

«Y yo, abuela, y yo».

En fin, que mi madre se enfadó mucho con ese comentario porque evidenciaba las grandes diferencias entre ellas dos. Sacó pecho enumerando los —según ella— grandes sacrificios que había hecho por mí y yo, con el dolor de toda mi alma, me levanté y le reproché de muy malas formas que no tenía ni puta idea de lo que era sacrificarse por sus hijos y que el hecho de que los tres nos hubiéramos largado en cuanto tuvimos ocasión hablaba muy en su contra. Mi padre salió en su defensa, alegando que éramos unos malcriados y unos desagradecidos porque nos habían dado de todo.

«¿Hola? ¿De todo menos... tiempo, atención, cariño...?».

Empezó a haber gritos desde varios lados, mis hermanos se unieron a mí, mi abuela también, y las chicas intentaron mantenerse lo más al margen posible. Al final, mis padres me dijeron que la psiquiatra esa me había lavado el cerebro y me había puesto en su contra porque la Vicky de antes jamás les hubiera hablado así.

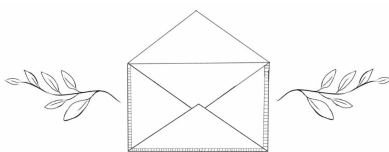
No, no me lavó el cerebro, me quitó la venda de los ojos, que es distinto. Y la Vicky de antes no hablaba así porque, aun con toda la mierda que arrastraba, era feliz. Tenía amigas, esperanza en el futuro, objetivos. La de ese momento luchaba por sobrevivir, empastillada para tener la mente desconectada de su propio dolor y que no pensara en querer morir.

Me levanté, recogí mis cosas y me largué de la casa dando un portazo. No tenía ni idea de cómo iba a volver a mi piso a esas horas una jodida Nochebuena. No tenía coche ni dinero para un taxi y no pasaban buses. Mi hermano Rodri y Lorena llegaron hasta mí cuando ya estaba a punto de llamar a Luis.

—Te llevamos, anda. No le amargues la cena.

Esa noche no pude pegar ojo hasta que oí el ruido de la cerradura. Saber que Luis estaba en casa me dio la tranquilidad necesaria para conciliar el sueño. No lo esperaba. Me había comentado que, seguramente, se quedaría a dormir en su antigua habitación porque le daba pereza volver a casa tan tarde, con el frío y, posiblemente, algo bebido. Por eso, sonreí al oír sus pasos por el pasillo y detenerse frente a mi puerta. La Vicky más inocente y enamoradiza se hizo ilusiones pensando que había vuelto por mí, porque él sabía que estaría sola y triste después de haber pasado una noche tan importante con unos padres que me hacían sentir tan pequeña.

Luego dio un par de pasos más hasta su habitación y, como había tanto silencio, pude oír cómo se tumbaba directamente sobre la cama. Como por arte de magia, me dormí unos minutos después.



Al despertarme, me vi envuelta en el silencio más absoluto. Miré el reloj y descubrí que eran las tres y media. ¡Me había perdido la comida de Navidad! Bueno, pensándolo bien, eso que me ahorré. Me apetecía cero ver a mis padres después de lo ocurrido la noche anterior. Aunque me extrañaba que nadie me hubiese llamado.

Me levanté para hacerme un buen chocolate caliente y rebuscar algo en la nevera con lo que saciar el hambre que me impedía razonar. De camino, encendí el portátil para poner algo de música. *The Kill*, de Thirty Seconds To Mars, sonó y sonreí al recordar lo mucho que le gustaba esa canción a Luis.

Tras hacerme un triste sándwich y anotarme mentalmente que debía hacer la compra en cuanto volvieran a abrir los supermercados, es decir, en dos días, fui al comedor y me encontré el móvil vibrando sobre la mesa. Era mi abuela.

—Me acabo de despertar —me disculpé antes de dejarla hablar.

—¿Has comido algo?

Esperaba una regañina por no haberme presentado en su casa, pero eso no pasó. Al contrario, solo quería saber si me encontraba bien.

—Estoy en ello.

—Ven a casa, ha sobrado de todo. Ya me han dejado sola y me gustaría verte.

No me pasó desapercibido ese «sola», ni tampoco ese «me gustaría verte» que implicaba «tener una charla». Dejé el pan sobre el plato y me largué porque estaba famélica y su sopa de Navidad estaba tan rica que pensaba comerme tres platos.

Los días festivos había menos frecuencia de autobuses, así que, antes que esperar media hora, preferí caminar porque iba a tardar lo mismo.

Al entrar en su casa, una reproducción de villancicos a piano y el olor característico de canela y vainilla me dieron la bienvenida. Esa era la Navidad en casa de mi abuela, una experiencia para todos los sentidos. La casa estaba decorada con las lucecitas y las guirnaldas verdes que Luis y yo le habíamos ayudado a instalar. Sobre todo, él, que era así de servicial.

Un plato de sopa calentito me esperaba como si mi abuela fuera capaz de prever la hora exacta en la que yo aparecería por la puerta.

—Hay más, pero, si te quedas con hambre, estoy recalentando lo que ha quedado de lechona.

—Te quiero, abuela.

No le di tiempo a la sopa de que se enfriara. Tenía tanta hambre que podría haberla comido directamente desde la olla.

—¿Sabes? Tu padre estuvo interno en un colegio porque tu abuelo no podía encargarse de él mientras trabajaba y solo lo veía los sábados y domingos.

—Ya —respondí sin entender muy bien a dónde quería llegar.

—Y tu madre tuvo una infancia muy complicada. Primero vivió muchos cambios, nos mudábamos con frecuencia, cuando yo trabajaba la tenía que dejar con alguna vecina... Luego, tuvo una madre en duelo, con depresión, incapaz de hacerse cargo de todo porque la pensión de viudedad no alcanzaba.

Dejé la cuchara llena a medio camino y la miré levantando una ceja.

—Lo que quiero decir, cariño, es que entiendo tu enfado, pero debes tener en cuenta que tus padres no han tenido el mejor ejemplo.

—Ya sabía yo que esto olía a encerrona... —refunfuñé, y dejé los cubiertos para poder cruzarme de brazos—. Yo eso lo entiendo, abuela. He tenido más oportunidades, he nacido en una época con más facilidades, pero creo que el trabajo de los padres tiene que ir más allá de

alimentar a los hijos y darles un techo. Lo que me enfada y me duele es que, en el caso de hacerlo así, porque es como has aprendido las cosas desde pequeño, nada te impide cambiar. Y ellos son incapaces de aceptar nada de lo que les dice Isabel porque son tan tremendamente orgullosos que tienen la poca vergüenza de hacerse las víctimas.

—Lo sé, cariño, estoy de acuerdo contigo. Ya he hablado esto con tu madre demasiadas veces, pero cada vez que saco el tema se siente atacada y me dice que me meta en mis asuntos.

—Pues lo que yo estoy diciendo.

—Son un par de cabezotas —soltó, sonriendo, y la tensión se rebajó unos grados.

Asentí y seguí comiendo. Mi abuela no se movió de mi lado y me miraba con esa expresión que solía dirigirme cuando algo le preocupaba.

—Suéltalo.

—Creo que a veces nos toca ignorar algunos asuntos para que la convivencia no se vea afectada. No estás viviendo con ellos. Ponte los límites que creas, una comida al mes, Navidad..., lo que necesites. Pero no te alejes para siempre de ellos. Te quieren, aunque no lo demuestren. No han aprendido a hacerlo. Y sigo convencida de que, si tu madre no se hubiera quedado preñada, ni estarían juntos.

—Me duele su falta de interés y su desprecio a mi carrera y a mi vida.

—Es normal. Para eso sirven los límites. ¿Y si aprovechamos que están tus hermanos para convocar una asamblea familiar?

Me la quedé mirando como si le hubieran salido dos cabezas más. Pero confiaba en ella y seguro que acabaríamos encontrando la forma de llegar a un punto neutro.

—Abuela... —llamé su atención cuando estaba por empezar el segundo plato.

—¿Dime?

—¿Cómo supiste que estabas enamorada del abuelo?

—¿De cuál de los dos?

—Me vale cualquiera.

—Pues con Rodrigo yo era muy joven, así que quizá suena un poco a película Disney, pero era un mozo bien agradable, alto y fuerte, con una sonrisa bonita. Yo llevaba todo el verano pendiente de él porque llamaba la atención de todas las muchachas. Era el forastero, ya sabes. Y en la verbena estuvimos bailando...

—¿Te besó?

—Ay, no, cariño, ¿besarnos en público? ¡Menudo escándalo hubiera sido!

Me reí. Mi abuela era guapísima de joven y de no tan joven. En los últimos años se seguía notando que había sido uno de esos bellezones capaces de provocar guerras.

—Mi padre quería casarme con uno de sus empleados y le ofreció dinero a tu abuelo para que se marchara. Pero no lo aceptó, se enfrentó a él. Ahí descubrí lo enamorada que estaba. Cualquiera otro habría aceptado el dinero. Había mucha pobreza en aquella época, te lo aseguro.

—Pues menudo idiota el bisabuelo...

—Me sacó de la herencia, pero luego mi madre me dejó la parte que me correspondía.

—Bien por la bisabuela —sonreí—. ¿Y el abuelo Arnau?

—Supe que estaba enamorada de él al verlo con tus hermanos. —Suspiró de manera nostálgica—. Cómo los trataba y cómo se ganó su cariño tan rápido...

—Siempre nos trató como a sus nietos de verdad.

—Para él lo erais. Y tu madre hubiera sido como una hija si ella lo hubiera aceptado, pero nunca vio con buenos ojos que me volviera a casar.

Rebufé. Nunca me gustó ver ese desprecio de mi madre hacia el abuelo. Él fue el mejor

abuelo que podría habernos tocado, nos dedicó todo su tiempo, nos enseñó muchísimas cosas, nos ayudó a encontrar nuestras vocaciones y nos facilitó todo lo necesario para nuestras aficiones. Mi violín, la bicicleta de Rodri y el telescopio de Miguel fueron regalos suyos que nos llevaron a lo que más nos gusta.

—¿Cómo se llama? —me preguntó cuando estaba distraída.

—¿Quién?

—Pues ese del que no sabes si estás enamorada o no.

—Luis.

—Ah, me gusta. Tráelo un día, que quiero conocerlo.

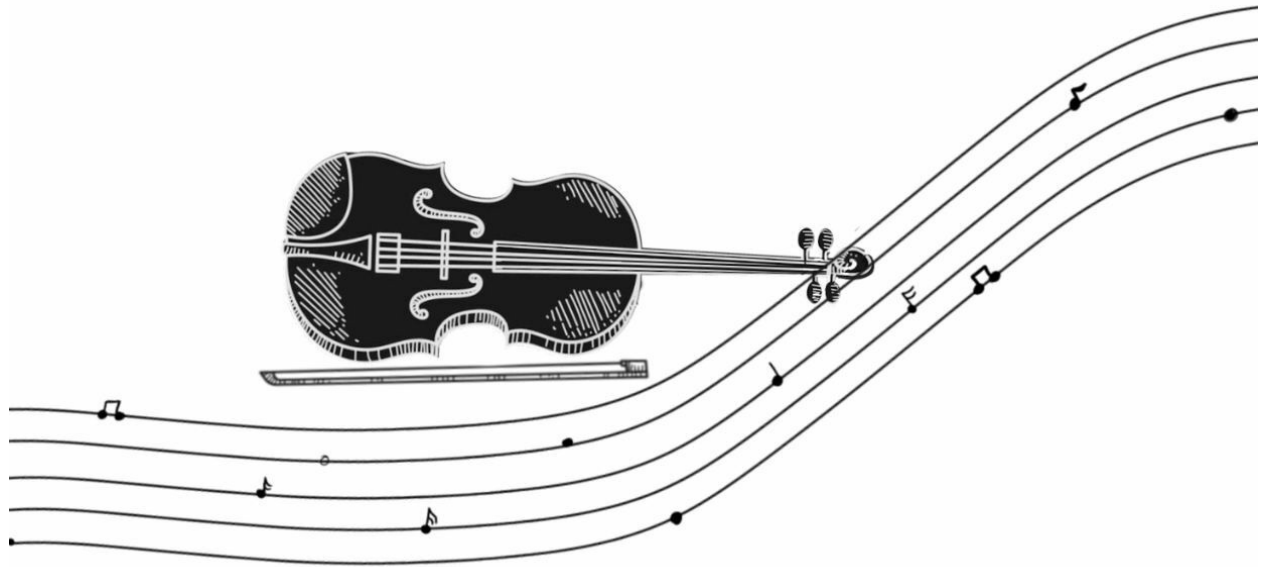
—Abuela...

—¿Sí?

—Ya lo conoces.

—Ya sabía yo...

Jamás olvidaré la sonrisa y la mirada que me dedicó. Tan esperanzada, feliz, orgullosa. Le expliqué que seguíamos siendo «solo amigos» muy a mi pesar, pero ella estaba convencida de que eso cambiaría en cualquier momento.



-19. Mereces ser feliz

2019

LA MENTE puede ser nuestro peor enemigo. Eso es algo que aprendí a lo largo de años de terapia. Por eso, cada vez que me sentía acorralada por los pensamientos negativos, acudía a mi psiquiatra. Me escuchaba atenta, me comprendía, me daba herramientas para gestionar los conflictos y, en caso necesario, me recetaba alguna «pastilla mágica», para llamarlo de una manera bonita. Con ella, siempre parecía todo demasiado fácil.

Lo malo es que la terapia siempre es lenta y yo colaboraba poco. Por eso tardé tanto en pedirle una nueva cita y, también por eso, no estaba muy por la labor de hacerle caso.

Isabel abrió la puerta de su consulta y me indicó que pasara. Una vez dentro, me dio uno de esos abrazos tan cálidos que curan hasta las almas más atormentadas. Me sirvió un vaso de agua y me senté en la butaca frente a ella. Dedicué los primeros segundos a observar el árbol que tapaba casi todo el paisaje que se apreciaba desde la ventana y me centré en el sonido de esos pajarillos. Envidié esa vida tan sencilla que tienen.

Cuando volví mi vista hacia ella, me dedicó una sonrisa prudente y me preguntó qué tal estaba.

—Yo pensaba que bien.

Ella asintió.

—¿Quieres hablarme de ello?

—Yo... he conocido un chico. Y estoy sintiendo cosas que no quiero sentir.

—¡Vaya! ¿Cómo se llama?

—Adam.

Me miró con lástima y sé que quería sonreír. Parecía que eso era una buena noticia para

todo el mundo y se alegraba por ello, al creer que estaba pasando página. Pero me encontraba en su consulta por algo y era obvio que no había ido a celebrar nada.

—¿Lo que sientes por él es malo?

—No —respondí con firmeza.

—Entonces es bueno. ¿Por qué no quieres sentirlo?

Se creó uno de esos silencios que solían acompañarnos siempre que hablábamos, ni incómodo ni desagradable. Sereno, relajado. De esos que me otorgaban tiempo para pensar, aunque ya lo hubiera hecho demasiado en los meses anteriores.

—¿Tienes miedo? —preguntó, en un intento de ayudarme a definir lo que me ocurría.

—Mucho —confesé, y sentí como me temblaba el labio inferior. Lo apreté con los dientes para disimular, aunque con ella no sirviera de mucho. Me conocía demasiado.

—¿De qué? —insistió, forzándome, con delicadeza, a sacar todo aquello que me atormentaba.

—De...

«De perderlo, como pierdo a todo el mundo».

Pero antes que eso había otra cuestión aún más importante.

—Lo sigo queriendo. Y sigue doliéndome. ¿Cómo puede tan siquiera gustarme otro? No lo entiendo, Isabel. ¿Es ético estar enamorada de dos personas?

—Cariño, Luis...

—Lo sé, lo sé...

Inspiré fuerte para retener unas lágrimas que acabaron saliendo igual. Isabel me acercó el paquete de pañuelos y, de los nervios, saqué la mitad.

—Lo estoy traicionando —murmuré.

—No es verdad. Mira, vamos a hacer un ejercicio. Si pudieras hablar con él...

—Es imposible —la interrumpí con una expresión bastante neutra para todo lo que estaba sintiendo.

—Ya, imagínatelo. Si pudieras tener una pequeña conversación, solo cinco minutos, ¿qué crees que te diría?

Odiaba esos juegos. Los o-dia-ba. De haber tenido cinco últimos minutos con él no habríamos hablado, nos habríamos abrazado, besado y tocado. Mucho. Las palabras sobraban.

—Que se siente orgulloso de mí por conseguir el trabajo que quería. Que se alegra de que no me haya alejado de su madre. Que haga algún viaje.

—¡Vaya! ¿Dónde irías?

—No sé. A Canadá, por ejemplo.

—Me gusta. ¿Qué más?

—Que haga más planes con mis compañeros. Que llame más a Rodri, que, aunque no sea muy de su agrado, me hace bien hablar con él.

—¿Qué te diría sobre Adam?

Resoplé. Pensé que podía obviarlo diciendo un montón de cosas poco importantes.

—Que tengo que dejarme llevar un poco y confiar. Que parece buen tío. Que... —me sorbí la nariz y no pude evitar que algunas lágrimas rodaran libres por mis mejillas— que merezco ser feliz. Supongo que diría algo así.

—Yo también lo creo. ¿Ves que no hay ningún reproche en lo que te dice?

Asentí y me sequé con uno de los pañuelos. No, no lo había. No lo hubiera habido. Ni siquiera sabía qué tiempo verbal usar. Era todo demasiado difícil. Adam era real, estaba en el aquí y ahora y tenía pinta de ser muy tierno. Disfrutaba mucho de su compañía, pero me hacía

replantearme muchas cosas y me resistía a involucrarme emocionalmente con él. Me sentía completamente dividida.

Deseaba con todas mis fuerzas ser capaz de dejarme llevar y ser feliz, pero el problema era que no quería ser feliz con él, sino con Luis. Tal y como lo fuimos en esa burbuja que habíamos creado hasta que todo se nos fue de las manos y me harté. Le grité y se fue de casa por mi culpa. Y desde ese día mi vida se convirtió en una pesadilla de la que no lograba despertar.

—Hace unos días lo fui a ver —intervine tras más de un minuto sin saber qué decir. Y no hizo falta nombrar a quién me refería en ese comentario. Ella lo sabía perfectamente porque no era la primera vez que lo mencionaba.

—¿Le hablaste?

—No me atreví.

Ella asintió sin apartar la vista de mí. Aquella mujer hacía magia. De verdad, nunca supe cómo, pero lo hacía. Quizá porque me obligaba a decir ciertas cosas en voz alta, por la calma que transmitía su voz sosegada o porque me escuchaba sin juzgar. O por las tres cosas. Pero cuando salí de su consulta me sentí más ligera, como si ese nudo que llevaba meses oprimiéndome el pecho se hubiera soltado lo justo para permitirme volver a respirar.

Fui una cabezota. Me creí capaz de ignorar el asunto y busqué mil excusas para no pedir cita antes. Pero encontrarme con Adam en la boda dos semanas atrás me hizo entender que necesitaba ayuda.

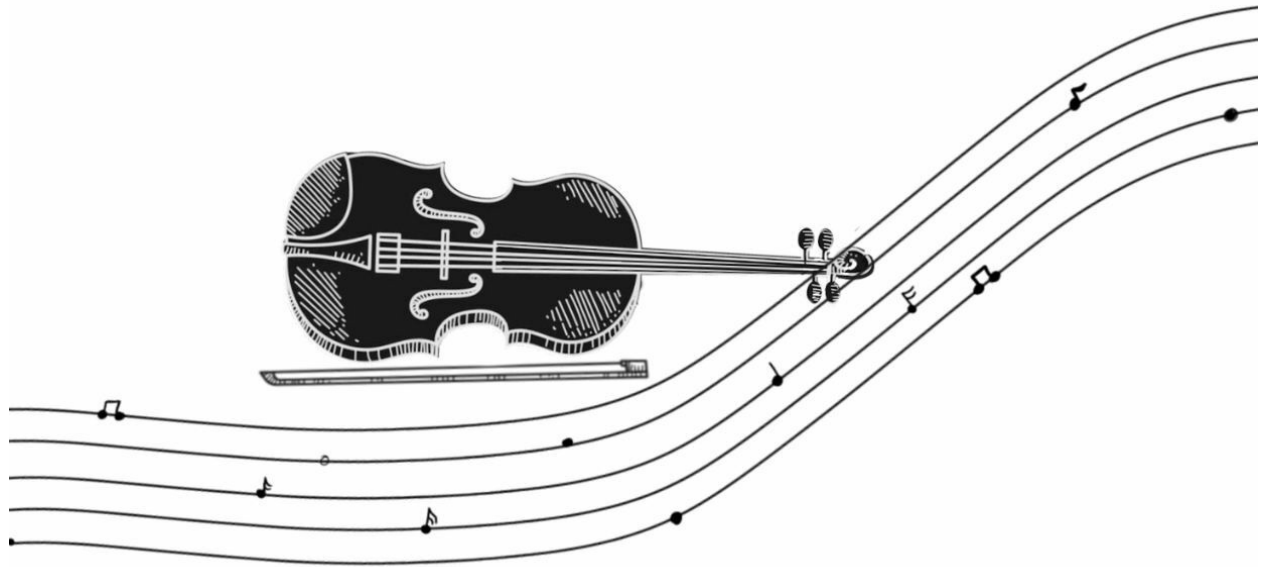
Al final de la sesión, me indicó que me mantenía la medicación, pero que reiniciaríamos la terapia mensual. Así que su secretaria me dio cita para el mes siguiente.

Cuando estaba llegando al coche, me llegó un mensaje suyo:

Isabel:

Ahora te hablo como Isabel y no como tu psiquiatra. Llama a ese tal Adam. Creo que todos estamos de acuerdo en que queremos verte feliz.

No hace falta decir que lloré todo el trayecto hasta el coche y un rato después.



-18. Nunca lo he hecho

2011

DURANTE SIGLOS y siglos se ha usado el concepto de la virginidad para controlar a las mujeres. Porque una mujer perdía su valor si se atrevía a vivir su sexualidad antes del matrimonio. Y de hecho aún hoy se sigue hablando de manera despectiva de aquellas que solo buscan disfrutar.

Durante mi adolescencia, aquellas que consideré mis amigas y yo coincidíamos en que nuestros compañeros tenían mucha prisa y mucha presión por perderla, como fuera, y muchas veces sin ningún conocimiento ni interés por lo que a nosotras nos da placer, buscando exclusivamente su propia satisfacción. Su lenguaje soez y grosero y su actitud frente a las alumnas dejaba bastante clara su obsesión con el tema. Mientras tanto, nosotras sentíamos que se nos presionaba a aguantar lo máximo posible y se nos vendía la historia del amor para que entiéramos que ambas cosas debían ir de la mano. No queríamos follar, sino tener novio y lograr establecer una confianza para, tras varios meses de relación, atrevernos a dar el paso. Yo opiné así hasta, aproximadamente, los dieciocho años. Hasta esa edad seguía creyendo que debía «conservarme» para alguien que valiera la pena, alguien de quien estuviera enamorada. No fuera a arrepentirme.

¿Cuál era el principal problema de aquello? Mi escasa autoestima. Llevaba dos años yendo al gimnasio y comiendo sano, había perdido peso y mis músculos estaban tonificados, la piel se veía lisa, el pelo lucía brillante... Pero, a pesar de los muchos cambios físicos que había sufrido, yo me seguía viendo fea y carente de atractivo. ¿Quién iba a salir conmigo, si el único chico al que había besado era Luis y porque se lo pedí? Moriría virgen y sin haber experimentado el mayor de los placeres de la vida, según lo catalogaban algunas compañeras de clase.

Llevaba un tiempo con ese pensamiento y era como oír el tictac de un reloj. No esperaba

enamorarme, simplemente quería tener la oportunidad de hacerlo. Problema número dos: no me relacionaba lo suficiente con otra gente de mi edad, no salía mucho de marcha, ya que adoraba los planes caseros. Eso no facilitaba las cosas. Así, dejé escapar algunos años más, llegué a una edad en la que, además, ya no quería esperar porque, cuando tuviese la oportunidad, me moriría de vergüenza por no haberlo hecho con anterioridad.

No era de extrañar que esa noche de un domingo, veinticinco de noviembre, sentada en el sofá mientras veíamos la tele, y a punto de irme a dormir, la kamikaze que vivía en mí empezara a hablar.

—Luis...

—Dime.

—Quizá te suene un poco raro.

Él desvió sus ojos de la pantalla para posarlos sobre mí.

—¿Podría pedirte algo?

Me miró con el ceño fruncido, sin entender nada.

—Me da un poco de corte...

—Venga ya, que soy yo.

—¿Te acuerdas de cuando te pedí que me besaras?

—Es difícil de olvidar —respondió en un tono que pretendía ser gracioso, pero que se quedó lejos de serlo. Yo tragué saliva y lamenté tener tan poca inventiva porque me estaba arrepintiendo y no recordaba las palabras que tenía tan ensayadas en mi mente—. ¿Tiene algo que ver con eso lo que vas a pedirme? ¿Quieres que vuelva a besarte? —añadió con una risa un tanto canalla, a sabiendas de que jamás se me ocurriría volver a eso y que me iba a provocar un enrojecimiento en las mejillas aún mayor del que ya podía percibirse.

Pero mi silencio se la borró de un plumazo.

—Me estás acojonando.

—Yo...

—¿Sí? —me instó a continuar al ver que me había quedado atascada.

—Nunca lo he hecho.

—¿El qué?

Su pregunta fue totalmente inocente y me sorprendió que me hubiese oído.

—Creo que sabes de qué te estoy hablando.

Noté el instante exacto en que se percató de la descabellada petición que le estaba haciendo por cómo cambió su mirada. Sus ojos me abrazaban y me pareció entender que no iba a tener ningún inconveniente con eso. Porque, claro, un chico de veinte años no iba a ser tan idiota de rechazar una propuesta de sexo gratis como aquella. Y menos él, a quien, según la información de la que yo disponía, no le sobraban ofertas. Sabía que no era virgen como yo porque en alguna conversación salió el tema y no sé cómo pude disimular mi decepción. Pero nunca había traído una chica a casa y las veces que dormía fuera eran muy pocas.

—Prefiero no presuponer nada.

—¿Te acostarías conmigo, sí o no? —supliqué en un tono algo desesperado y no solo porque yo lo estuviera, sino porque empezaba a agobiarme aquella conversación.

No sé qué clase de respuesta esperaba, pero supongo que dejarlo catatónico entraba dentro de las posibilidades.

—Olvídalo, eres mi amigo. Así es como debería seguir y no mezclar...

Sus labios no me dejaron terminar, ya que se abalanzaron sobre los míos con furia, pero a la vez con mucha ternura. Sabían exactamente igual que hacía cinco años. Nunca había podido

olvidar aquel sabor y era plenamente consciente de que había vuelto a cagarla con aquella petición. Porque una cosa era compartir piso con el chico del que llevaba tiempo enamorada y fingir que solo sentía amistad y otra muy distinta, acostarnos.

Su lengua recorrió toda mi boca y sus dientes me mordieron el labio. Al menos uno de los dos había aprendido alguna táctica. Era todo tan brutal que me parecía un sueño.

Sus manos pasaron de enmarcarme la cara al cuello y yo sentía cómo mi piel se erizaba. ¿Era demasiado tarde para arrepentirme? Probablemente sí, ya estaba condenada.

—Pídeme que pare y lo haré, Vicky —murmuró sobre mis labios.

Tenía una expresión contenida, como si él también estuviera luchando contra algo, pero en aquel momento no tenía ni idea del qué. Negué con la cabeza porque no era capaz de emitir ningún sonido. Entonces volvió a besarme y a beberse mi aliento como si eso calmara su sed.

De repente hacía mucho calor en casa y me sobraba ropa, aunque quizá era porque sus manos se habían colado bajo mi camiseta y se deslizaban por mi espalda y por mi abdomen, sin atreverse a subir más. El simple roce involuntario de uno de sus dedos a un pecho me estremeció y sentí un cosquilleo muy placentero en una zona que hasta entonces solo me había dado disgustos.

Se separó de un brinco, se levantó y me tendió la mano para arrastrarme hasta su habitación, con el corazón a punto de salirse de mi pecho. Un lugar en el que había estado infinidad de veces y en todas ellas me alteraba imaginando cosas que jamás pasarían. Por lo visto, me equivocaba.

—¿Recuerdas cuando te pedí prestada una teta para saber cómo eran?

No pude hacer otra cosa que reírme y eso me permitió aflojar un poco de tensión.

—¡Dios, no! ¡Lo había olvidado! —improvisé, porque la verdad era que esa conversación la rememoraba casi a diario por lo tonta que fui.

—Mentirosa... —me acusó un segundo antes de que sus dedos me cortaran la respiración al rozar la piel de mi cintura—. Por fin voy a saberlo —pronunció con una voz muy grave mientras sus manos se aventuraban a trazar el dibujo de mis curvas.

Yo estaba temblando de miedo. No «miedo» de que me fuera a pasar algo malo. Era Luis, confiaba en él, pero me aterraba no gustarle y notárselo en la mirada. Mi brazo trató de alcanzar el interruptor de la luz porque había demasiada claridad y todos mis complejos iban a quedar completamente a la vista.

—Ya sabes cómo son.

—Las tuyas, no.

—Pues muy pequeñas —zanjé a la vez que mis dedos lograron apagar la luz y la habitación quedó en penumbra. Mi respiración se calmó al tiempo que mis miedos se atenuaban.

—Perfectas —matizó mientras una mano acunaba un pecho y el pulgar lo rozaba en una caricia que solo me hacía desear más de él—. ¿Ves? Caben en una mano.

Contuve la respiración unos segundos tratando de aparentar normalidad y enmascarar el enorme deleite que me producía ese simple contacto. Yo agarraba su camiseta con tanta fuerza que temía romperla. Hasta que él guio mis brazos hacia arriba y la prenda cayó al suelo. Apoyé las palmas sobre su pecho dejándome llevar por lo que deseaba hacer y me olvidé de aparentar que no sentía ninguna clase de deseo por él. Su torso desnudo era algo que ya llevaba tiempo admirando. En la playa, cuando salía de la ducha, o cuando se cambiaba de ropa delante de mí sin ser consciente de lo que ese gesto les hacía a mis hormonas. Pero «tocar» era harina de otro costal.

Luis nunca fue ningún musculitos. Se cuidaba, se alimentaba de manera saludable y hacía deporte con regularidad. Pero no para estar cachas, sino por salud. No era un chico que llamase

la atención a primera vista. Pero si lo conocías y hablabas con él, corrías el riesgo de colgarte y mucho.

Me pareció notar cómo se estremecía con mi tacto, pero quise pensar que fue una impresión mía.

Sus manos erizaban mi piel a su paso y mi corazón se agitó cuando sentí que la tela de la camiseta se deslizaba hacia arriba y el aire frío de esa habitación chocaba con mi abdomen desnudo, mi cintura, mi pecho, mis brazos. Me sentí temblar, por el frío, el miedo o los nervios. O todo a la vez. Su boca atacó mi cuello mientras una mano se entretenía con uno de mis pechos. Me oí jadear y sentí vergüenza por ello. Su boca húmeda mandaba corrientes eléctricas por todo mi cuerpo, mis pezones estaban rígidos y un calor desconocido hasta la fecha empezaba a llenarme de necesidad.

La luz volvió a encenderse y di un respingo. Automáticamente me tapé con mis manos, aunque él me lo impidió. Sus ojos se habían oscurecido y me parecieron aún más hermosos.

—Eres preciosa, Vicky. Déjame verte.

Quise protestar, pero me calló con un beso. Gemí contra su boca y dejé de resistirme. Llevó sus manos a la cinturilla elástica de mi pantalón, dejándolo caer al suelo, para, inmediatamente, acariciar mi trasero y apretarme contra él. Contra su dureza. Jadeé y se apartó de mí.

La mirada hambrienta con la que recorría mi cuerpo encendió cada centímetro de piel y me demostró que, para él, mi cuerpo era más que suficiente para encenderse. Mi respiración se había tornado errática y sonora. Tuve que luchar por contenerla mientras veía cómo su pantalón deportivo se deslizaba por sus piernas hasta chocar contra el suelo y dejaba en evidencia una erección que pugnaba por salir.

Si le parecí una pardilla por no poder ocultar mi sorpresa ante aquella imagen no lo mostró. Su boca volvió a atacarme sin piedad mientras sentía que me llevaba hasta el borde de la cama. Caímos sobre el colchón. Ambos reímos a la vez y nuestros dientes chocaron. Era perfecto. Ojalá no fuera a terminar nunca. Ojalá pudiera repetirse muchas veces. Y eso que aún no habíamos hecho nada.

Sus manos se anclaron en mi culo a la vez que su boca atacaba mis pechos con hambre voraz. Lo veía disfrutar tanto que se me quitó el complejo de tetas pequeñas para siempre. Supuse que era cuestión de gustos y a él le gustaban así. Mientras que yo solo quería gustarle a él para que dejara de verme como «solo una amiga».

Me entristecí un poco con ese pensamiento. Porque yo seguiría siendo solo su amiga y compañera de piso, mientras que él era todo para mí. No tenía ni idea de cómo iba a continuar fingiendo después de aquello.

—¿Necesitas parar? —inquirió al verme algo mohína.

Negué con la cabeza y su mullida boca continuó el recorrido descendente hasta mi ombligo. Me reí por las cosquillas y dejé de pensar, por un segundo, en la locura que estaba cometiendo.

Él aprovechó ese momento para acariciar el borde de mis braguitas con el pulgar y la risa se me cortó de golpe. Me puse seria y lo vi observarme atento a todas mis reacciones. Un par de dedos se anclaron a cada lado de la prenda y sus pupilas no se perdieron detalle de cada centímetro de piel que iba quedando a la vista mientras ese pequeño trozo de tela se deslizaba con parsimonia.

Sus manos acariciaron mis piernas en un recorrido ascendente desde mis tobillos hasta mis ingles. Me alentó a abrirlas un poco para que su mano pudiera colarse con facilidad y su pulgar empezó a resbalar por mis pliegues. Arriba y abajo. Cuando subía, se entretenía con mi clitoris y volvía a descender. Era una deliciosa tortura que me estaba encendiendo como nunca antes lo

había estado. Ni siquiera hubiera imaginado que eso podía sentirse así de intenso.

—Joder... —farfullé entre gemidos, cuando él empezó a tantear la entrada de lo prohibido con uno de sus dedos.

Cuando me vio preparada, se levantó, trasteó en un cajón y, de vuelta a la cama con un condón en la mano, se deshizo de esos bóxers de color azul. Tragué saliva con dificultad al ver cómo se agarraba el pene como si comprobara el grado de erección. Me pareció una visión hipnótica.

Supuse que estaba lo suficientemente duro porque abrió el envoltorio y se lo colocó sin demasiada dificultad. Volvió a la cama y se ubicó encima de mí. Noté una sensación pringosa en mi entrada. Caliente. Dura. Sus labios asaltaron los míos y su lengua no tuvo piedad conmigo. A su vez, noté un pulgar directo sobre mi clítoris y su miembro empujando tan lento como su propio control le permitía. Dolió, aunque no tanto como me esperaba. Sentí cómo mi cuerpo trataba de amoldarse a él y todo era demasiado intenso para recordarlo con suficiente claridad.

—Mierda, Vicky, lo siento. ¿Paro? —preguntó con el arrepentimiento reflejado en su rostro, seguramente al verme apretar los dientes.

Yo negué con la cabeza porque no quería dejarlo en ese momento. Ya había llegado hasta ahí e intuía que luego mejoraría. Él besó mi cuello, muy cerca de mi oreja, y el hormigueo que eso generó me alivió. Él siguió entrando y, sinceramente, ya no dolía casi nada. Sabía que podía confiar en él.

Cuando se introdujo del todo, su boca volvió a abordar la mía con una ternura que me hizo estremecer. Como si con ese beso me estuviera mostrando todo lo que sentía por mí. Algo que en ese momento me negué a ver.

—Ahora todo irá a mejor, lo prometo.

Así fue. Sus movimientos, lentos al principio, traían consigo nuevas sensaciones para mí, cada vez más agradables y placenteras. En un inicio, me avergoncé de los sonidos que salían disparados desde mi garganta y entendí por qué le causaba tanta gracia ese ruido que producía cuando probaba alguna comida que parecía ser de otro mundo.

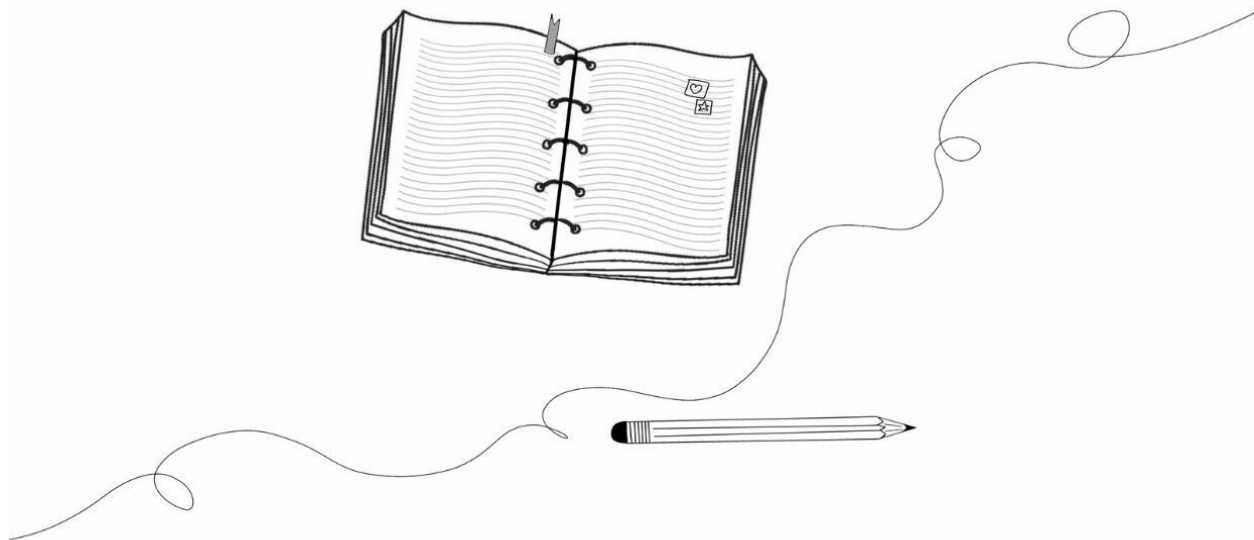
Sus ojos estaban fijos en los míos y mis manos empezaron a tocarlo a él hasta posarse finalmente sobre su cintura. Sentí electricidad pura con cada movimiento y él pareció gruñir en algún momento. Ese sonido tan erótico me catapultó y me dejó al borde del orgasmo, tanto que, con dos estocadas más, viajé al mismísimo paraíso.

Ni me enteré de que él acabó en un par de rápidos movimientos justo después hasta que lo vi salir, quitarse el condón y tirarlo en una papelera.

Él volvió a la cama y creo que los dos estábamos pensando lo mismo: «¿Y ahora qué?». Ambos parecíamos igual de incómodos. Mirábamos al techo esperando a que nuestras respiraciones recuperaran su ritmo habitual. Yo era incapaz de mirarlo a la cara y me parecía increíble porque hacía tan solo unos minutos no podía hacer otra cosa. Era Luis, joder. Mi amigo, mi compañero de piso, el chico por el que había estado colada durante años. Y ahora nos habíamos acostado.

Sí, había sido una cagada de proporciones épicas. La vergüenza y la culpa aparecieron y empezaron a cargarse ese momento de tal manera que me vi obligada a levantarme con brusquedad, buscar mi ropa y salir por patas, ignorando sus «Vicky...».

Me refugié en mi habitación, en mi cama, y solo pude llorar. Por suerte, él decidió no seguirme y respetó que necesitara un tiempo para asumir todo aquello.



Cuaderno de Luis 4

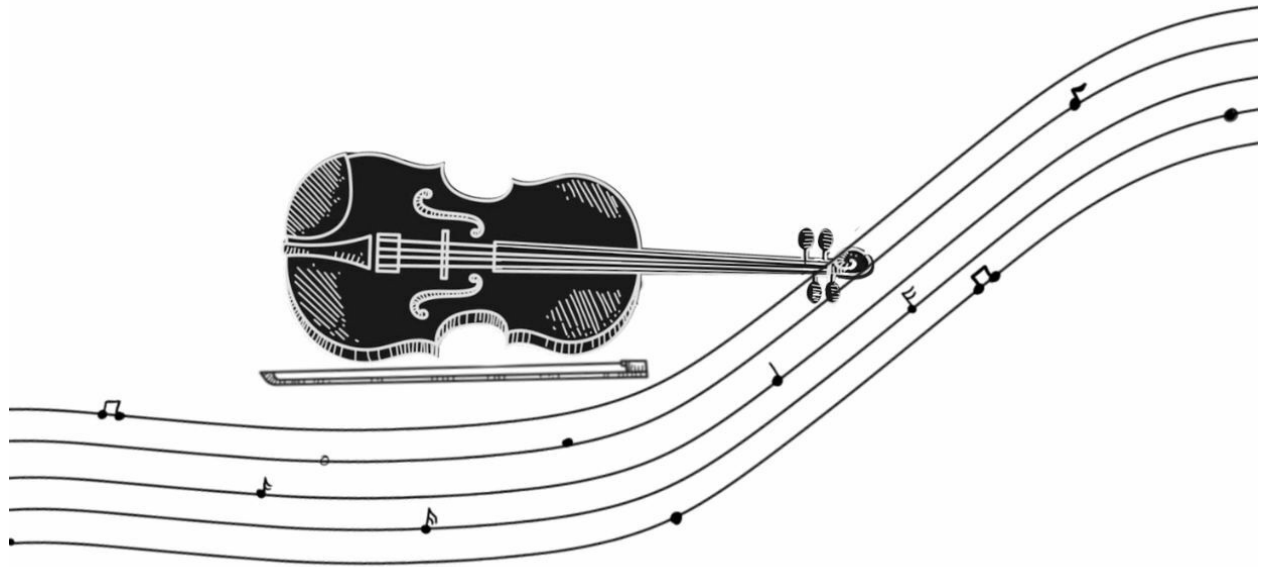
26 de noviembre de 2011

«¿TE ACOSTARÍAS conmigo, sí o no?». «No». Eso es lo que debería haber respondido. Olía a cagada desde que me recordaste nuestro beso. Se me puso dura cuando me percaté de lo que me estabas pidiendo y no sabía si prefería confirmar que tenía razón o que era un puto salido.

Me morí de ganas de hacerlo en el mismo momento en que esa posibilidad apareció en mi mente, aun a riesgo de acabar con nuestra amistad para siempre. Aunque, si te digo la verdad, follar contigo es algo con lo que ya había fantaseado alguna que otra vez y tengo que admitir que mi imaginación se quedó muy corta. Lo que sentí, lo que viví, distaba mucho de cualquier expectativa que me hubiese creado.

Como ya sabes, no soy nuevo en esto. Y, si llego a saber que me lo ibas a pedir, te habría esperado. Obviamente, como adolescente con las hormonas revolucionadas no iba a desperdiciar ningún polvo que se me pusiera a tiro. Aunque hace un tiempo que rechazo algunos más de los que mi cuerpo necesita, solo porque no me siento a gusto follando con una chica mientras pienso en ti. Por eso solo lo hago cuando voy algo perjudicado. Ellas siempre me piden que las traiga a casa porque saben que no vivo con mis padres, pero soy incapaz de hacerlo. De modo que recurrimos al coche como tantos otros jóvenes.

Me hubiera gustado durar más, pero, siendo algo que llevaba deseando tanto tiempo, me fue imposible. Lo malo es no poder compensarte porque soy consciente de que no va a repetirse jamás. Solo espero que, al menos, dejes de huir de mí otra vez y podamos ser los Vicky y Luis de siempre. Nos echo de menos.



-17. Los amigos no se acuestan

2011

DURANTE los siguientes días ocupé casi todo mi tiempo en el conservatorio, estudiando mañana y tarde. En cierto modo, me convenía. Pero también es verdad que lo hacía para huir de Luis como la cobarde que era. En casa coincidíamos muy poco y, cuando nos topábamos en la cocina o el salón, yo solía alegar que tenía mucha prisa o mucho sueño y él parecía respetar mi distancia autoimpuesta.

Hasta que llegó el sábado y apareció por casa sobre las tres, famélico después de pasarse la mañana entera estudiando en la biblioteca. Yo me encontraba en la cocina guardando sobras en *tuppers* y noté el olor de su fragancia. Me giré para comprobarlo y allí estaba él, apoyado en el marco de la puerta, observándome, dejándome claro con su mirada que se había hartado de mi distanciamiento y que no me iba a escaquear más.

—Ya pensé que irías a casa de tu abuela el fin de semana para no encontrarte conmigo.

Dejé lo que estaba haciendo y me giré hacia él con la cabeza gacha.

—Lo siento. Me equivoqué. No tendría que haberte pedido eso.

—Joder, Vicky. Somos amigos, «eso» no tiene por qué cambiar nada entre nosotros.

Tragué saliva por la crudeza de sus palabras. Sabía que su intención era buena, pero yo solo me quedé con la idea de que él jamás sentiría lo mismo por mí.

—Ya, bueno —respondí tontamente, porque no era capaz de elaborar ninguna frase con sentido.

Él se acercó a mí hasta que quedamos a muy pocos centímetros. Sentí un breve temblor azotando mi cuerpo. Yo estaba bloqueada y que él no dijera nada no arreglaba mucho las cosas.

—¿Tan mal estuve?

Abrí tanto los ojos que pensé que se iba a reír de mí. Pero no. Estaba serio y sus pupilas me

escrutaban con mucho interés. Sus manos fueron a parar a mis caderas y yo pegué un brinquito, aunque él no me soltó. Al contrario, me agarró con más fuerza y se acercó un poco más a mí, dejándome en el borde de la encimera. Mis manos no sabían dónde colocarse y mi cuerpo se inclinó hacia atrás buscando un poco de espacio.

«¿Mal? Fue increíble. Maravilloso».

—Por suerte para ti, no puedo comparar.

—Auch, eso ha dolido —bromeó, y supe que mis palabras en absoluto le habían afectado de manera negativa.

Me mordí el labio inferior y comprobé lo tentador que fue ese gesto para él porque su pulgar viajó hasta ese mismo lugar que ocupaban mis dientes. Entreabrí la boca de la impresión y él aprovechó mi despiste para atacarla con la suya.

Mi cuerpo se volvió blando de repente, como si estuviera flotando, y me dejé llevar. Me autoconvencí de que le gustaba, que me quería y que no era una simple amiga.

Quise protestar cuando se apartó, tan solo unos segundos después. Pero la punta de su nariz se paseaba por mi cuello, provocándome un cosquilleo tan agradable que iba a ser difícil negarle cualquier cosa.

—Déjame compensarte —suplicó con la voz algo desgarrada y apenada.

—¿El qué?

—Lo sabes perfectamente. —Depositó un beso en el punto exacto entre la mandíbula y la oreja—. Acabé muy pronto.

Sus palabras me descolocaron. No entendía nada de lo que me decía porque para mí fue perfecto y empecé a pensar que simplemente buscaba sexo fácil.

—Luis, para. Esto es un error.

—¿Porque somos amigos?

Él hablaba contra la piel de mi cuello y su aliento me provocaba un cosquilleo demasiado agradable en otras zonas.

—Los amigos no se acuestan.

—Algunos sí —repuso con una sonrisilla, y me mordió el lóbulo de la oreja.

—¿Eso es lo que quieres? —cuestioné de manera seca.

—¿Qué problema habría?

—Mírame, Luis. —Sus labios abandonaron mi cuello y sus ojos me observaban con interés. Mi cuerpo no estaba de acuerdo con ese corte de rollo y tuve que contenerme para no suplicarle que siguiera—. ¿Quieres que seamos... *follamigos*?

Chasqueó la lengua.

—Qué palabra tan horrible, Vicky. Tú y yo somos amigos. Ya está.

—Amigos con derechos...

—Amigos, Vicky, amigos. Deja las etiquetas. Los límites de nuestra relación los manejamos nosotros y no le importan a nadie.

«Ya lo has oído, lo único que te ofrecerá es una amistad con polvos esporádicos incluidos. No lo aceptes. Vas a acabar mal».

La teoría era fácil: negarme a eso. ¿Cómo iba a olvidarme de él si aceptaba una relación de ese tipo? Bastante difícil era ya.

¿El problema? Que la práctica era otra cosa. Dicen que la carne es débil y yo tardé tanto en reaccionar que él respondió por mí y firmó un pacto del que aún hoy sigo debatiéndome sobre si fue lo mejor de mi vida o un disparate con el que cavé mi propia tumba.

Quizá fueran las dos cosas a la vez.

Su mano se adentró por el interior de mi pantalón. Un primer jadeo salió incontrolable de mi boca y mis piernas se separaron para darle mejor acceso sin entender cómo mi cuerpo reaccionaba en contra de mis intereses.

«¿Cerebro, estás ahí? Se supone que deberías estar controlando al resto del equipo».

Ni caso. Mis manos volaron hasta el bajo de su camiseta y se disponían a levantarla, pero me detuvo.

—Todavía no. Te he dicho que tenía que compensarte.

Sus palabras provocaron un pequeño temblor en el lugar exacto donde él tenía uno de sus dedos juguetones.

La otra mano, que en algún momento había anclado en mi cintura sin que me diera cuenta, viajó por mi espalda hasta llegar a la nuca y sus labios tantearon los míos, que se abrieron con demasiada facilidad para darle libre acceso a su lengua.

Yo gemía contra su boca y él intensificaba sus caricias hasta que volvió a separarse, lamiendo mis labios como si estuvieran cubiertos de chocolate. Lo vi agacharse, bajando mi pantalón y mis braguitas, con parsimonia, en un mismo movimiento. Admiraba mi desnudez como si se tratara de una obra de arte, algo que seguía causándome cierta vergüenza. Me acabó de sacar ambas prendas por los pies y levantó mi pierna derecha para colocársela sobre el hombro. Todo esto con tanto tacto que me cortó la respiración.

Di una bocanada de aire cuando su cara se hundió entre mis muslos y sus manos se agarraron a mi trasero. El primer lengüetazo me provocó una corriente fría que viajó por todo el cuerpo para calentarlo en el camino de vuelta. Él me observaba desde abajo con ojos golosos y yo llevé una mano a su cabeza por inercia.

Su lengua seguía haciendo maravillas que no sabía que fueran posibles mientras de mi boca salían gemidos que ya ni me molestaba en acallar. A la mierda los vecinos, los convencionalismos y mi dignidad. Poco me importaba todo eso en aquel momento. Sabía que eso era un error descomunal, pero ya me preocuparía de las consecuencias cuando tuviese que lidiar con ellas. Si él me ofrecía eso, lo iba a tomar.

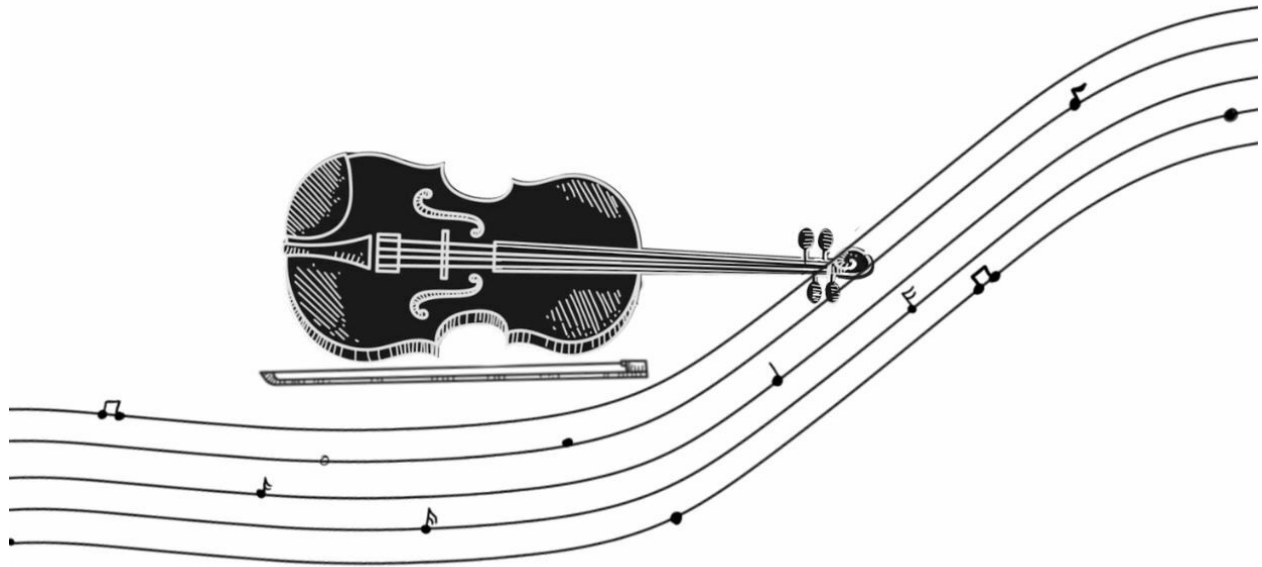
Tras el primer orgasmo de esa tarde, se incorporó y me besó nuevamente, descubriéndome mi propio sabor. Me acabó de desvestir, lo desnudé y me llevó enredada a su cintura hasta su habitación.

Y me «compensó» hasta casi la hora de cenar.

Esa segunda vez convertimos nuestra amistad de tantos años en algo peligroso. Jugamos con fuego, aun a riesgo de quemarnos. Porque el sexo empezó a convertirse en algo habitual y normal entre nosotros, un extra de diversión y complicidad que manteníamos oculto a ojos de los demás. Al mismo tiempo que a la ecuación se le fueron añadiendo nuevos factores, como un pico en los labios a modo de saludo al llegar a casa que se acabó convirtiendo en beso con lengua de vez en cuando y... se nos fue mucho de las manos.

Todo ello, por supuesto, repitiendo un millón de veces que solo éramos amigos y que nada cambiaría entre nosotros.

Pero estaba claro que había cambiado, y mucho.



-16. Dejar de huir

2019

NO ODIABA el verano, pero acababa agotada de tocar las mismas canciones una y otra vez. Por suerte, ya lo habíamos dejado atrás y en unos días me reunía con el grupo para actualizar el repertorio de cara a la temporada siguiente. Aunque la *Marcha nupcial*, de Wagner; el *Canon*, de Pachelbel y el *Ave Maria*, de Schubert, eran los clásicos para la entrada de la novia y, por lo tanto, los interpretábamos todos los años.

Continué la terapia con Isabel, pero no le hice ni caso en su recomendación de llamar a Adam. Me iba muy bien y me estaba acabando de convencer, si bien dejé pasar tanto tiempo que me aterraba que fuera demasiado tarde. Lo eché de mi vida y le pedí que dejara de escribirme. Él lo respetó y lo agradecí. Aunque una parte de mí se sintiera desilusionada por el hecho de que dejara de insistir. Seguramente suene como la persona más egocéntrica y contradictoria del mundo, pero ¿a quién no le gusta que le hagan un poco de caso?

Isabel me explicó alguna vez que el hecho de haber tenido unos padres no involucrados podía ser la causa de esa dependencia emocional y falta de confianza. Lo segundo, al igual que la inseguridad, no me extrañó, ya que eran términos que conocía y con los que solía identificarme. Pero ni siquiera era consciente de que padecía algún tipo de dependencia.

Yo creía que era autosuficiente y estaba acostumbrada a tomar decisiones por mí misma. Desde que tengo memoria, cuando me surgían dudas sobre algo y no sabía qué hacer, acudía a mi madre para pedirle consejo. Pero su respuesta, en la mayoría de los casos, era que hiciera lo que quisiera, que eso era mi decisión. Algo que interpreté erróneamente como que no me juzgaba y no se metía en mi vida. «Qué suerte tengo con mi madre», solía pensar cuando mis amigas, o incluso Luis, se quejaban de que sus progenitores se entrometían, en su opinión, demasiado en sus vidas.

Tardé años en entender que mi madre daba ese tipo de respuestas porque, literalmente, le daba igual. Aprendí a no confiar y a no comunicar. Y, sin darme cuenta, también a buscar la aprobación y el reconocimiento de los demás. Temía que se alejaran de mí, temía expresar mi opinión o mi desacuerdo porque ansiaba pertenecer a un grupo —el que fuera—, pensaba mil cosas horribles cada vez que alguien tardaba en responderme algún mensaje o llamada. Así, los pensamientos que más frecuentaban mi cabeza eran los que me decían que «no le importaba a nadie».

Por eso, solía costarme mucho enfrentarme a un teléfono cuando la opción del rechazo era la más probable. Mi corazón ya había sufrido suficientes abandonos y, si era yo quien ponía fin a lo que fuera eso, no lo sentiría como tal. En cambio, si hablaba con él y confirmaba mis sospechas, contaría como otra persona que perdía por el camino. A mi modo de ver, todo habría sido más fácil si él hubiera seguido buscándome.

Un sábado por la tarde, de camino a una librería del centro, me encontré con Manuela, quien decidió acompañarme para ver qué novedades había. Yo buscaba algún libro de recetas y otros de novela romántica para leer antes de ir a dormir. Ella solía mirar obras de casi cualquier temática, tenía una auténtica biblioteca en su casa.

La vi con varios ejemplares en la mano mientras yo estaba ojeando el noveno libro porque ninguno me convencía. De modo que se acercó para ayudarme a escoger alguno y que el paseo hasta allí no fuera en balde.

—¿Vicky? —oí de repente, y mi corazón se aceleró porque esa voz no había podido olvidarla. Ni sus ojos. Mierda, ¿qué hacía allí?

—Adam —respondí tontamente cuando mis pupilas conectaron con las suyas.

—Vaya, pues eres más guapo de lo que te había imaginado —soltó Manuela, y yo la quise estrangular—. Cariño, me voy, que tengo algo de prisa. Ya hablamos más tarde, ¿vale?

«No, pero no te vayas. No me dejes sol...». Bah, estaba claro que no sabía leer mentes ni aun cuando mi cara estaba siendo bastante explícita.

—Así que le has hablado de mí a tu... ¿madre? —conjeturó con cierto orgullo en su voz.

—Vecina. Y no, no le he hablado de ti —mentí de manera descarada porque era obvio, por su comentario, que sí.

—¿Cómo estás? —tanteó, y supe que se estaba aguantando una sonrisa canalla de las suyas. Me encogí de hombros.

«“Bien”, Vicky, eso es lo que tienes que responder. Eso, o ser sincera y decirle que estás hecha una mierda porque extrañas sus mensajes y sus bromas. O que lo echas de menos a él, directamente. Porque empezabas a vivir y ahora todo ha vuelto a ser oscuro y frío».

—¿Vas a comprar algo? ¿Podemos hablar?

—No creo que sea buena idea.

—Por favor...

Su mirada al pronunciar esas dos palabras me desarmó y había una mini-Vicky dentro de mí que pateaba tanto que tuve que hacerle caso. Asentí, dejé el libro que tenía en mis manos sobre el estante donde estaba y salimos de la librería en silencio. El parque de las estaciones se ubicaba nada más cruzar la calle y nos dirigimos hacia allí como si hubiéramos tenido la misma idea.

Caminé con la vista puesta en mis pies esperando a que él se pronunciara, pues la idea había sido suya y, además, era imposible que saliera sonido alguno de mi garganta.

—¿Vas a contármelo de una vez?

Aunque no me sorprendió, su pregunta me sobresaltó un poco porque la encontré demasiado

agresiva para aquel momento. No la hizo por mera curiosidad, ya que era obvio que fue la preocupación lo que lo impulsó a pronunciar esas palabras.

Dejó soltar una tonelada de aire en un suspiro que no logró darme los ánimos suficientes para contarle. Aun así, lo hice porque no tenía sentido evitarlo más y porque, si nos encontrábamos allí, significaba que no estaba todo perdido, ¿no?

—Tengo depresión —reconocí, sin creermelo que estuviera hablando de eso con él.

Él se detuvo y yo frené. Hizo una mueca de incredulidad y esperó que continuara, pero de mis labios no salía nada más.

—¿Y qué? ¿Eso te impide tener amigos? —cuestionó, frunciendo el ceño.

—Es que no quiero que seamos amigos.

—¿Por qué?

—¿Quieres que lo seamos? —contraataqué.

—Ya te lo dije, me gustas. Y cada vez que hablaba contigo tenía más claro que te ibas a convertir en alguien especial para mí. Como amiga... o como otra cosa. Porque no me importaría enamorarme de ti, a pesar de que sé que tienes algo que te impide sentir eso mismo por alguien.

—Está claro que no me conoces —atajé con un ligero movimiento de negación.

—Es lo que intento.

—Pues no te va a gustar lo que hay.

—¿Por qué, Vicky?

Volví a negar con la cabeza.

—Te cansarás. Nos haremos daño.

Tras mis palabras no preguntó ni replicó. Asumí que iba perdiendo el interés y yo sentía cosas muy contradictorias. Quería que siguiera insistiendo, pero a la vez me aterraba que lo hiciera.

—Todo el mundo me abandona tarde o temprano. De un modo u otro. No quiero que tú también lo hagas. No quiero que nadie más lo haga —aclaré sintiendo cómo la formación de unas primeras lágrimas me quemaba en los ojos.

—¿Y no dejar entrar a nadie es la solución? —preguntó con un gesto en los brazos que yo interpreté como desesperación. Aun así, seguía sin creérmelo. No a él, no a sus palabras. No me creía que «eso» fuera real. Tener a un chico así de impresionante delante de mí, asegurándome que le gustaba, casi suplicándome él a mí una oportunidad. Mi autoestima seguía teniendo catorce años.

—Es la mejor que he encontrado hasta ahora.

Tragué saliva, él me miró y no supo qué responder. Estaba a punto de darme por imposible y mandarme a la mierda. De romperme un poco más. No lo haría adrede y era consciente de que la culpa era mía, porque me negaba una oportunidad que estaba deseando pero que sentía que no podía permitirme. Ni tampoco que fuera algo que yo mereciera.

—Lamento hacerte perder el tiempo.

—¿Qué quieres decir con...?

Sus palabras murieron al ver cómo di media vuelta y emprendí mi camino hacia casa. No podía contener más las lágrimas y no quería llorar. Pero ni siquiera había empezado a marchar en dirección contraria cuando su mano ya estaba rodeándome la muñeca. No ejercía presión y me pareció encantador porque no me obligó a detenerme ni a girarme. Dejó que yo tomara la decisión.

Sus dedos sobre mi piel me produjeron una sensación demasiado placentera y no quería que me soltara, pero a la vez deseaba que lo hiciera para poder seguir huyendo. Se acercó a mí y

quedamos a una distancia casi inexistente. Su cuerpo irradiaba calor y su aliento me envolvió. Su otra mano se desplazó hasta mi rostro y lo rozó en una caricia sutil pero estremecedora. Quise decir algo, aunque solo fui capaz de contener la respiración.

Iba a besarme, lo sabía, era lo que llevaba años leyendo. Era la maldita escena de antes de un beso en cualquier libro. Solo que yo era la protagonista. ¿Estaba temblando?

Mi muñeca quedó libre y no supe qué hacer con las manos una vez que fui consciente de que las suyas estaban pegadas a mí. Una en el cuello y la otra en la cintura. Me acercó más a él, de manera tan sutil que no me percaté de ello hasta que noté su nariz chocar con la mía. Ese simple roce fue tan agradable que moría de la anticipación ante lo que vendría después.

Me mordí el labio inferior y él lo entendió como una señal, porque inmediatamente sonrió y terminó de acortar esa escasa distancia entre nuestras bocas. Su lengua me pidió permiso y no pudo parecerme más tierno. Lo que sentí a continuación derrumbó todas mis barreras. Caí, me dejé arrastrar y lo seguí al fin del mundo.

Me agarré a su cintura como si tuviera miedo de caerme y él ejerció más presión sobre la mía cuando entendió que era algo que yo también deseaba.

Nuestras lenguas se conocieron por fin y la suya se movió en mi boca tan despacio que sentí que me deshacía. Ninguno de los dos tenía prisa por acabar y esa vergüenza que sentía por encontrarnos en medio del parque, con gente alrededor, desapareció. Me dio igual. Había tenido besos como aquel, pero nunca había podido disfrutar de vivirlos en el exterior. Como una pareja normal hace. O, al menos, como dos personas que no tienen que esconder eso que hacen.

Cuando decidió separarse y quedar a un escaso centímetro, todo mi cuerpo protestó. Sus ojos no se perdieron detalle de mi reacción, aunque me dejó tan atontada que no sabía ni qué hacer.

—¿Lo has sentido?

Automáticamente, mi boca dibujó una curva hacia arriba y, como supongo que era la respuesta que buscaba, volvió a besarme. Pero esa vez con más ganas, con más necesidad. Fue un beso más sonoro y húmedo que el anterior. Y más largo. Tardamos tanto en despegarnos que noté mis labios hinchados como hacía años que no lo estaban.

—Ahora sí vas a dejar de huir, ¿verdad?

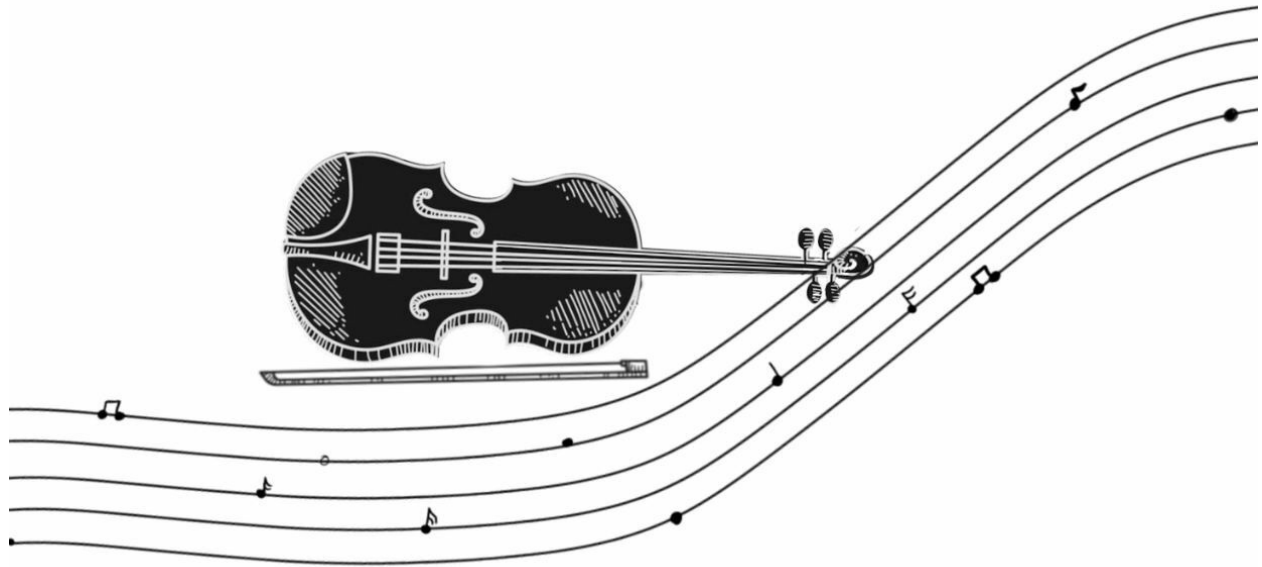
Trató de mostrarse serio, pero no lo consiguió y quise pensar que se sentía tan eufórico como yo, aunque no estaba segura de ello.

Tenía muy clara la respuesta a su pregunta. Me extrañó lo rápido que mi mente y mi corazón se pusieron de acuerdo en un asunto tan importante. No quería reprimirme más, quería seguir viviendo eso, sus besos, sus abrazos, sus bromas, sus conversaciones, sus miradas y todo lo que viniera de él. No tenía sentido seguir alejando a la gente por miedo. ¿Por qué tenía que dar por hecho que saldría mal?

Negué con la cabeza.

—No lo haré más —respondí esbozando una sonrisa bobalicona.

Él me encerró de nuevo entre sus brazos para darme un simple pico en los labios y, sin apenas soltarme, me animó a ponernos en marcha con nuestras manos unidas.



-15. Adam era magia

2019

TRAS VOLVER a la librería para comprarme un par de libros de la sección de romántica y otro de recetas, nos detuvimos a pedir unos batidos para llevar y, entre beso y beso, llegamos hasta el Parque del Mar. Cansados por la caminata, decidimos sentarnos un rato sobre el césped.

—Me encantaba venir aquí cuando era pequeña —confesé con la mirada perdida en la imagen que teníamos enfrente, la catedral y el chorro de agua del lago artificial que alguien decidió crear en esa misma ubicación. La misma estampa que protagoniza millones de postales y *souvenirs*.

—¿Y eso por qué? —preguntó como respuesta.

Me encogí de hombros, como venía siendo habitual, porque no me apetecía ahondar en el tema. Él se mantuvo callado a mi lado. Me constaba que su cabeza bullía y deseaba preguntarme mil cosas porque lo que había contado era solo una pequeña parte. Estaba convencida de que deseaba descubrir todo lo que seguía ocultándole. Y yo deseaba que él fuera esa persona en quien poder confiar.

—Nunca lo he tenido fácil, ¿sabes? —empecé a hablar, aunque sin saber por dónde iba a seguir. Había tantas cosas que me atormentaban...; ¿y si se sentía abrumado por tanta información?

Se acercó un poco más y me rodeó la espalda para acariciarme el brazo. Arriba y abajo. Arriba y abajo. Lento. Suave. Supe que era su manera de animarme a continuar. Su manera de decirme que podía confiar en él, que no se largaría.

—Mis padres siempre estaban cansados. Si quería ir al parque, a la playa, al cine o a cualquier lugar, me decían que querían descansar un poco. La tele permanecía encendida a todas horas, incluso cuando nadie la estaba mirando. Yo me ahogaba en esa casa, pero mi cuerpo se

acostumbró. Porque estamos diseñados para adaptarnos a cualquier ambiente y situación.

Tuve que hacer una pausa para reordenar la ideas y comprobar que él seguía a mi lado, conteniendo mi dolor. Me costaba entender cómo llegué a pensar que no podía confiar en él. Seguía ahí, escuchando atentamente, interesándose por mí y expresando, sin palabras, que yo era importante.

—Empecé a pedir menos parque, menos playa, menos cine... Pasaba los días viendo dibujos, con poco ejercicio físico y una alimentación que no era todo lo saludable que es ahora. Eso se tradujo en un peso no normativo que al llegar a la adolescencia me creó un complejo muy grande del que aún sigo siendo víctima. No sé por qué; tengo espejos en mi casa, sé que ya no soy igual, pero ese trastorno sigue ahí, machacándome.

Me besó la frente para infundirme ánimos. Lo agradecí mucho porque esas palabras me pesaban mucho, aunque logré entender que, al soltarlas, me sentía más libre y ligera.

—Por suerte, permanecía poco tiempo en casa porque mis padres se pasaban el día trabajando y, prácticamente, me criaron mis abuelos. El instituto..., creo que decir que fue la peor época de mi vida es quedarse corta.

—No tienes que contarme nada que no quieras —me interrumpió. Seguramente le debía aterrar lo próximo que fuera a salir de mis labios.

—Al problema de autoestima por mi sobrepeso, había que añadirle que para ser un instituto público estaba lleno de pijos y yo era hija de una limpiadora y un fontanero. Algo que en el cole no importaba, pero en la adolescencia parecían tener bastante relevancia las marcas de ropa, los lugares donde viajabas o la casa que tenías. Mis amigas vestían las marcas caras de El Corte Inglés, veraneaban en República Dominicana y vivían en chalets en las mejores urbanizaciones, mientras que yo recurría a las marcas más baratas que tallasen un poco grande, no iba a ningún sitio de vacaciones y residía en un piso viejo y algo pequeño. Así que supongo que, por eso, un buen día, decidieron dejar de ser mis amigas y me excluyeron de sus vidas para siempre.

Las palabras salieron solas, como si algo dentro de mí hubiera conectado con él a un nivel tan íntimo que lo detectaba como seguro y fiable. Alguien que no me traicionaría. No me ocurría con mucha gente y hacía tiempo que no vivía un momento así de místico. Su mano se detuvo. Le debió impactar esa información porque aún seguían alardeando de estar «todas a una» y «ser una piña». Eso es poco compatible con abandonar a una de sus integrantes como lo hicieron conmigo, de manera tan cruel, inhumana y atroz.

—Samu me contó lo que te hizo —intervino tras varios segundos de silencio. No me lo esperaba. Lo miré con las cejas ligeramente levantadas—. Nos habíamos peleado. Por ti. Bueno, es decir...

—¿Por mí? —inquirí con una esperanza en mi voz que nada tenía que ver con ese capullo, sino..., joder, siempre me había parecido tan romántico cuando lo leía... Y quizá no lo era, pero que hubiera dos amigos que se enfrentaran al sentirse atraídos por mí parecía influir de manera positiva en mi autoestima.

—Me pidió que me apartara porque él te había visto primero. —«Tendrá morro», pensé, aunque mi cara lo debió expresar de maravilla—. Sé cómo suena, pero no le hice mucho caso, como ya te debes imaginar... La cuestión es que, poco después de lo de la boda —«ah, sí, la boda»— fui a su casa porque estaba destrozado y necesitaba recuperar su amistad. Fui muy ingenuo, pero... me enteré de que... de...

Tragó saliva varias veces y sus ojos me rehuían. Mi mano buscó su rodilla para tranquilizarlo y, entonces, conectó de nuevo su mirada con la mía.

—Vicky, ¿tú... te intentaste...? Lo siento, no me atrevo a pronunciarlo.

—No quería hacerlo —lo corté—. Toqué fondo. Mi abuelo acababa de morir, sufría ansiedad cada día al ir al instituto porque no tenía amigas y todo el mundo esperaba el momento de burlarse de mí y, encima, vivía en una casa en la que nadie parecía hacerse una idea de lo que estaba soportando. Pensé que eso podría ser una solución, pero no me atreví.

No quería hablar de ello en aquel momento, pero sentí la necesidad de explicárselo porque seguramente tenía otra idea muy diferente. No sabía lo que Samuel le había contado, pero debía de faltarle mucha información.

Mi cuerpo empezó a agitarse y me abrazó con fuerza. Entre sus brazos me sentía bien. Nunca creí que me llegara a encontrar así de a gusto con nadie ni que fuera capaz de abrirme tanto. Lloré de la emoción y las lágrimas se entremezclaron con las de dolor. Las secó con los pulgares y me hizo entender con la mirada que no iba a desaparecer.

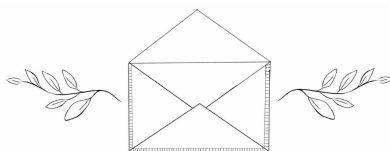
Me negué a pensar en «él» porque comprendí que podía haber más hombres en mi vida, que ninguno sería un sustituto y que mis sentimientos se habían transformado en otra cosa, aunque aún no fuese capaz de definirlos bien.

Percibí su mano bajo mi barbilla y enganché mi mirada a la suya. Parecía querer hablarme a través de esos ojos y yo solo ansiaba dejarme cuidar. Sus labios chocaron con los míos, resbalaron, encajaron. Solté un gemido que nada tenía que ver con el placer, sino con la angustia. Porque abrirme en canal como lo acababa de hacer con él, unos minutos atrás, dolía. Estaba dejando mis heridas abiertas y él decidía si echarles sal o curarlas.

Hasta ese momento fui muy precavida a la hora de relacionarme con otras personas por pura supervivencia. Pocos conocían mi auténtico yo, el que se escondía detrás de esa coraza de cemento armado totalmente inabordable. Ese escudo que fui creando poco a poco para evitar volver a sufrir. No sé cómo lo hizo, pero fue eliminando capa tras capa hasta quedar solo yo.

Desconozco durante cuántos minutos nuestros labios permanecieron unidos, pero cuando ese contacto se terminó, me sentí distinta. Sonreí ligeramente, colgué mis brazos tras su nuca y volví a acercarlo a mí. Nunca creí en la magia, pero ahí me convencí de que existía. Adam era magia. Todo lo que hacía me impulsaba a despertar, a soñar, a vivir.

Oímos un ruido que decidimos ignorar hasta que sentimos el agua caer sobre nosotros y nos separamos asustados. Los aspersores se acababan de poner en marcha y nos levantamos a toda pastilla para salir huyendo del césped como si alguien nos persiguiera.



Entré en la cocina flotando en una nube y estaba tan dispersa que no atinaba a idear una cena decente. Solo podía pensar en que, ojalá, Adam no tuviese ningún compromiso y estuviera allí preparando algo conmigo.

Mi móvil sonó y, cuando me fijé, vi que era una videollamada de Rodri, así que descolgué enseguida y respondí con una sonrisa enorme en la cara.

—¿Qué tal todo? —preguntó, o, casi podía decir, me interrogó, después de saludarnos.

—Bien —resolví.

—¿No tienes ninguna novedad que contarme?

—¿Cómo lo sabes?

—Tengo ojos en la cara y te conozco.

Resoplé. Típica respuesta de madre, solo que no era ella, sino mi hermano, quien la pronunciaba. Mi madre jamás se habría dado cuenta y siempre me entristecía pensar esas cosas.

—He conocido a alguien. Se llama Adam.

—Vaya, hermanita, eso sí que son buenas noticias —canturreó, sonriente.

Mi cara se entristeció de un segundo a otro y él pareció leerme la mente.

—Ey —llamó mi atención, porque, aunque lo estaba mirando a él, mi mente había volado a kilómetros de distancia—. «Él» siempre va a estar ahí, en una parcelita de tu corazón, pero eso no significa que no quepa nadie más.

—Ya... ¿Tú me entiendes? —inquirí, esperanzada.

—Claro. Joder..., ya sabes que no nos llevábamos especialmente bien, pero hasta yo lo pasé mal.

Se produjo un silencio reconfortante. Hablar con Rodri se había convertido en algo esencial en mi vida. Desde que se murió nuestra abuela y le eché un poco en cara lo mal hermano que había sido, se puso las pilas. Miguel también, pero él, con los niños, siempre estaba mucho más liado. Lo entendía, hacía lo que tenía que hacer, ser un padre presente. Me sentía muy orgullosa de él, porque lo veía con mis sobrinos y era tan distinto a lo que habíamos vivido que me costaba creer que hubiera otro modo de hacer las cosas.

Él simplemente estaba. Ponía el móvil en modo avión cuando llegaba a casa y no lo volvía a quitar hasta la hora de acostarlos. Si pasaba algo grave, podíamos llamar al fijo —número que teníamos muy pocas personas, solo aquellas en quien podía confiar que respetaríamos totalmente esa estricta norma—. Esas tres horas que estaba con ellos, los llevaba al parque —o a la biblioteca, si llovía—, jugaban, pintaban, les ayudaba con aquellas tareas que más les costaban, los bañaba, les leía un cuento... Cosas que a mí me habrían costado un mundo, pero a él le salían naturales.

Rodri, en cambio, era un alma libre. Cuarenta años y seguía soltero. No es que fuera de flor en flor ni nada. Simplemente era feliz con sus rollos, que duraban hasta que la cosa se ponía demasiado seria para él. Así que gozaba de plena disponibilidad para estar pendiente de mí como el hermano mayor que era. Además, su trabajo era cien por cien remoto y, como yo contaba con una habitación de sobra, pasaba algunas temporadas en mi casa.

—Oye, ¿y tú qué tal? —pregunté de vuelta después de hablar largo y tendido sobre Adam. Tanto que lo vi impaciente por conocerlo.

—Bien. Ya sabes, mis líos, mis tríos...

—Dios, para. No pregunto más —intervine poniendo los ojos en blanco.

Se rio y no le vi la gracia.

—Tengo una compañera que me pone mucho...

—No quiero saberlo —lo interrumpí de manera seca.

—Pues me puso como condición hacer un trío ¡con otro tío! —explicó, entre indignado y sorprendido.

—Dicen que mañana va a llover.

—¿Me estás escuchando?

—Sí, la mandaste a la mierda y le comunicaste que tú eres demasiado macho para eso, pero no quiero sa...

—Le dije que sí —confesó, dejándome tan petrificada que debió de pensar que se había congelado la imagen.

Pestañee un par de veces tratando de reconectar alguna neurona y abrí la boca para decir algo, pero no salía nada.

—No sé por qué te estoy contando esto, la verdad —reconoció pinzándose el puente de la nariz.

—Yo tampoco —abrevié con la esperanza de que dejara de hablarme de esos temas.

—Acepté porque pensé que la tía quería ser el queso del sándwich...

—Oh, Dios...

Odiaba cuando usaba esos términos.

—... pero resultó que el otro me buscaba.

—Tengo que hacerme la cena —canturreé en un intento desesperado por cambiar de tema.

—Me hizo una paja y me gustó.

—A ver si vas a ser *bi* a estas alturas —lo pinché.

—Ja, ja, ja, ni de coña. No va a haber más tríos con tíos, que luego se confunden.

—Vale —zanjé para que dejara el tema.

—Oye..., tengo un vuelo para mañana —anunció, cambiando de tema, por fin—. ¿Me podrás preparar la habitación?

Puse los ojos en blanco mientras pensaba en cómo torturarlo lentamente.

—¿El señorito querrá alguna cortesía? ¿Fresas con cava? ¿Unos bombones? —ironicé, y se partió de risa.

—Con que esté la cama hecha me basta, tranquila.

—¿Necesitas el número de algún *playboy*? —me burlé.

—Ya, vale —se rio, tapándose la cara con ambas manos—. No sé para qué te cuento nada.

—Estamos de acuerdo —asentí con guasa.

—Genial, nos vemos mañana, entonces.

Colgué con una sonrisa en los labios porque, aunque muchas veces le hiciera creer que no me gustaba tenerlo en casa, la realidad era otra. Y me encantaba que igualmente viniera sin pedirme permiso ni nada. La casa estaba a mi nombre, pero era un poco de los tres. De hecho, su habitación no la modifiqué mucho. La pinté, cambié el suelo para poner el mismo que al resto de la casa y modernicé los muebles para que estuvieran en sintonía. Pero luego volví a colgar sus *posters*, dejé sus sábanas de Dragon Ball puestas en la cama y una pila de cosas que estaban almacenadas en el armario seguían ahí.

Antes de poder bloquear el móvil de vuelta, me entró un mensaje de Adam.

Adam:

¿Qué te vas a preparar para cenar?

Sonreí como una boba mientras me mordía el labio. Echaba de menos aquel jueguecito.

Yo:

No me apetece cocinar nada. Creo que buscaré algún tupper de sobras en el congelador.

Adam:

Mmmmm..., sobras... ¿de qué?

Me reí imaginándomelo al otro lado y me dirigí al congelador. Abrí algunos cajones e inspeccioné el contenido. Encontré varios envases con potajes veganos de legumbres que solía usar para llevarme al conservatorio cuando solo tenía una hora entre clase y clase. Es decir, los martes, miércoles y jueves. Los lunes salía a comer con unos compañeros y los viernes no trabajaba por la tarde, así que iba a algún restaurante o volvía a casa. Me topé con algún gratén de verduras que me había sobrado la semana anterior, varias cremas y...

Yo:

Calabacín relleno de atún y calabaza.

Adam:

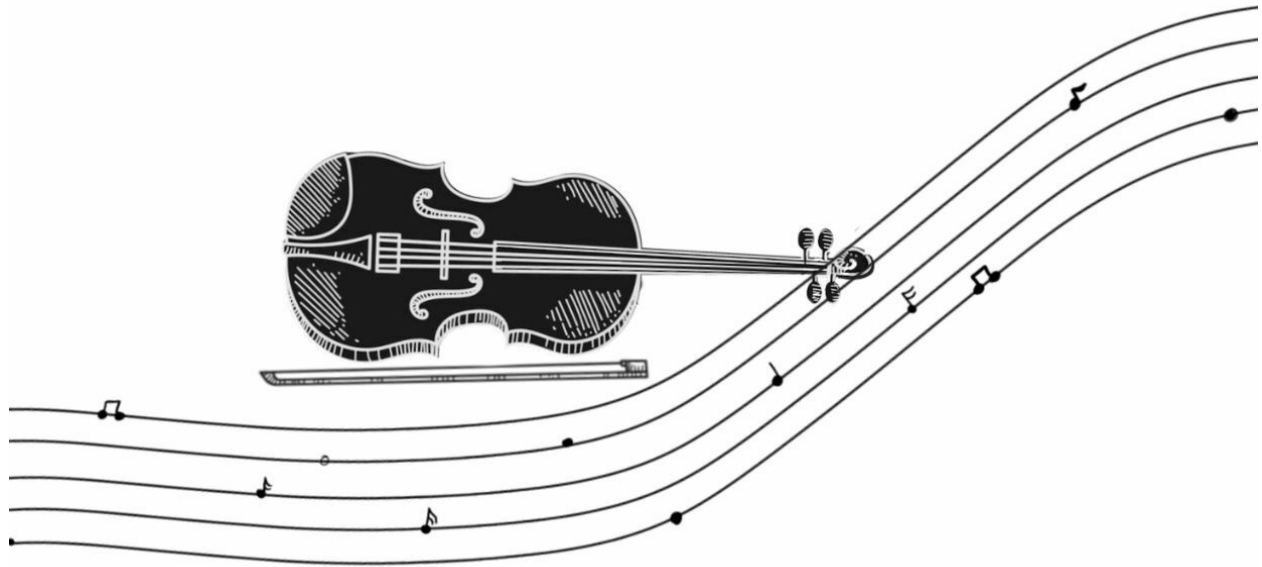
Quiero foto y receta.

Volví a reírme y lo ignoré un poco mientras sacaba el envase de plástico y lo dejaba sobre la encimera para que se descongelara unos minutos antes de poder meterlo en un recipiente apto para microondas.

Adam:

Lo digo en serio, rubia.

«Luego te lo mando», tecleé entre risas, y volví al salón a poner algo en la tele mientras esperaba. Aunque el móvil no dejara de sonar y yo no pudiera borrar esa sonrisa.



-14. Sorpresa

2019

—MAMÁ, me da igual, no quiero saber nada. Solo me llamas cuando me necesitas —escupí a la vez que abría la puerta de casa.

—Eres mi hija...

—¡Soy tu hija cuando te conviene! —exclamé.

Había salido a comprar algunas cosas a un súper que abría los domingos y que iba genial para aquellas cosas que siempre hacen falta cuando está todo cerrado. Pero lo que me encontré al entrar en el salón me dejó clavada en el sitio. Rodri y Adam sentados en el sofá, ¿hablando? Se levantaron enseguida como si el mueble tuviera pinchos.

—¡Sorpresa! —exclamó Adam, sin que saliera ningún sonido de su boca, a la vez que alzaba los brazos.

—Tu madre. —Le entregué el móvil a mi hermano y salió por el pasillo con el aparato en la oreja.

Nosotros nos miramos sin ser capaces de decir nada. Me había dejado tan en *shock* que me costaba reanudar la actividad cerebral.

—Mamá, Miguel y yo te hemos dicho mil veces que la dejes en paz... —oímos la voz de Rodri apagarse a lo lejos y el sonido de una puerta cerrarse.

—¿Quién es Miguel? —quiso saber Adam, muerto de curiosidad.

Su pregunta me hizo reaccionar. Pestañeeé, solté el aire y lo llevé de vuelta al sofá.

—Tengo dos hermanos: Rodri —moví un brazo en la dirección hacia donde había desaparecido— y Miguel. Son bastante más mayores que yo.

—¿Cómo de mayores?

—Doce y quince años.

—¿En serio? —cuestionó, levantando las cejas.

Asentí. Desde mi sitio, oía su cabeza hacer cálculos sobre la edad de mis padres.

—Nací «de rebote» —le aclaré entre risas.

—Bueno, mi hermana es diez años menor que yo. —Abrió la boca y la cerró nuevamente—. Yo tampoco fui el hijo más buscado del mundo —empezó a narrar con cierto tono apenado—. Mi madre era una joven licenciada en Traducción e Interpretación de francés y alemán que se fue un año a Düsseldorf a perfeccionar el idioma. Allí conoció a mi padre, un hombre de treinta y dos años que daba clases en la Facultad de Matemáticas. Tuvieron una relación muy intensa, se quedó embarazada y se casaron unos meses antes de que yo naciera. Pero a los tres años se divorciaron y ella decidió regresar a su tierra. Aquí contaba con la ayuda de los abuelos para cuidarme y, además, encontró un buen trabajo como traductora.

»Con él he vivido los veranos y una de cada dos Navidades. Es un padre genial, aunque a veces se le olvida que soy su hijo y se comporta más como un colega. Algo que mi madre no soporta, y aprovecha la mínima ocasión para atacarlo. Nunca llevó bien que él rehiciera su vida y creo que es porque sigue enamorada de él.

—Vaya...

No supe qué más decir. Él le restó importancia al asunto con un gesto de brazos.

—Por cierto, ¿qué estás haciendo aquí? —pregunté colocándome un mechón tras la oreja y mostrando una sonrisa coqueta.

—Darte una sorpresa. Pero, vamos, seguro que luego podréis echaros unas risas tu hermano y tú cuando te cuente la cara que he puesto al ver que me abría la puerta en toalla.

Sonreí de manera nerviosa porque no entendí lo que quería decirme.

—Creo que necesito que me expliques eso.

—Resumiendo, me he escaqueado de un asunto que no me apetecía nada. Pensé que te había dejado tan asombrada que me has abierto el portal sin decirme nada. Pero, cuando he llegado a la puerta, tu hermano estaba recién salido de la ducha y con una toalla que tapaba lo justo. Llámame desconfiado, si quieres...

—Desconfiado —lo interrumpí entre risas, porque estaba imaginándome la escena y me causaba bastante gracia.

—Vale —se rio, y yo moría porque dejara de hablar y poder besarlo—. De haber sabido que tenías un hermano viviendo en tu casa...

—No vive en mi casa, solo pasa aquí algunas temporadas —le aclaré.

—... o que tenías hermanos, así, en general, seguramente no habría pensado que era tu novio.

—¡Ugggg! No lo digas en voz alta —le supliqué entre risas.

Llevó su mano a mi nuca y acercó mi rostro al suyo hasta que nuestros labios casi se rozaron. Dejé de reírme de golpe y me perdí en la intensidad de sus ojos.

Sus dientes arañaron mi labio inferior y abrí la boca a la vez que me colgué de su cuello. Tomó mi boca con auténtica devoción, recreándose al máximo, como si no le hubiera bastado el día anterior.

Seguía asombrada por la rapidez con la que me estaba enganchando a él. Apenas nos conocíamos y solo era capaz de pensar en la siguiente vez que lo iba a ver. Se colaba dentro de mí sin que me diera cuenta. Tanto que daba vértigo.

Su mano se aventuró a subir por mi muslo y se adentró por mi camiseta. Me estremecí y sentí como se ancló ahí, con el pulgar acariciando la delicada piel de mi cintura al seguir el recorrido que marca el hueso de la pelvis. Arriba y abajo.

Gemí contra su boca y no pude avergonzarme más por ello porque Rodri no podía haber elegido otro momento para entrar en el salón, obligándonos a separarnos y levantarnos. Yo sentí que la cara me ardía y por el rabillo del ojo pillé a Adam recolocándose como podía para que no se le notara esa erección que empezaba a apreciarse bajo la tela de sus vaqueros.

—Mejor os dejo solos —anunció mi hermano a la vez que me devolvía el teléfono, con un cómico, y nada disimulado, guiño.

La magia se evaporó como si alguien hubiese pinchado la burbuja que nos envolvía. Me di cuenta —y mi hermano también— de su dureza, así como él debió de ser consciente de lo que me hizo sentir su caricia. Fue realmente mágico y, aunque permitirme sentir era bastante sanador, necesitaba que aquello que teníamos tomara un ritmo más lento. Quería vivir esa etapa sin frenos, pero también sin prisas. Aunque lo deseara con todas mis fuerzas, aún no era el momento. No me veía preparada para estar con Adam de ese modo.

Él lo intuyó, por eso no preguntó ni intentó volver a lo de antes. Lo respetó sin ninguna presión.

—¿Quieres que veamos una película? ¿Tienes palomitas?

Me encantó que fuera él quien lo propusiera, así me evitaba hacerme sentir mal por no querer avanzar más en ese momento. Adoré esa idea y me pirraban las palomitas. Y él, también me pirraba él.

—Sí, pero no son de bolsa —puntalicé.

—Me lo imaginaba.

—Aunque son mejores, las puedo hacer de cualquier sabor: *pizza*, *paprika*, queso, *curry*...

—¿*Curry*? ¿En las palomitas? —cuestionó, arrugando la nariz.

—Reconozco que no son mis favoritas.

—Elige tú, lo dejo en tus manos —propuso.

—¿Y tú decides la peli?

—Por supuesto —afirmó con una sonrisa reluciente.

—Trato hecho —acepté alargando el brazo derecho para estrechar nuestras manos.

Pero él me atrajo hacia su cuerpo y me choqué con su torso en el mismo momento que aprovechó para buscar mis labios. Me impresionaba comprobar lo deliciosamente duro y fibroso que estaba. Sus brazos me rodearon y su lengua no me dio tregua. Creí derretirme.

—Trato hecho —confirmó interrumpiendo ese beso que me había dejado casi catatónica, pero que a él pareció no haberle afectado, a juzgar por su semblante impassible.

Me aparté y caminé rumbo a la cocina cuando lo oí reírse por lo bajini. Me giré y lo observé desde el umbral. Percibió mi mirada y dejó de controlarse. Puse los ojos en blanco y salí dibujando una sonrisa de esas que pocas personas son capaces de provocarme.

Saqué un cazo para introducir crema de cacahuete, mantequilla y una pizca de azúcar. Lo coloqué sobre el fogón más pequeño. Mientras tanto, alcancé el cacharro de silicona para hacer palomitas al micro y lo llené de maíz. Vigilé ambas cosas para que no se quemara nada y, cuando ya casi no se oían «pops» y la salsa estuvo lista, lo aparté todo y lo mezclé. Lo dejé reposar un poco antes de meterlo en un recipiente con aspecto de cubo de palomitas retro y saqué de la nevera el agua infundada con menta y fresa para rellenar dos vasos grandes.

Como no podía ser de otra forma, cuando me di la vuelta para salir, me lo encontré recostado sobre el quicio con los brazos cruzados, observándome con mucho interés. Me dio tal susto que casi me tiré el agua encima.

—¿Quieres dejar de hacer eso? —le pregunté con una sonrisa que no me cabía en la cara.

—¿El qué?

Negué con la cabeza y él se descojonó.

—Anda, trae. —Levantó un vaso para analizar el líquido que contenía—. ¿Has hecho mojito de fresa? —inquirió con una ceja levantada.

—Puedes llamarlo «mojito virgen sin azúcar» de fresa.

Se rio tanto que ese sonido inundó la cocina y expandió mi corazón. Lo adoraba.

—Claro, eso quería decir. Me extraña que tu hermano no me haya ofrecido un vaso de esta cosa.

—Porque aún no ha abierto la nevera. O porque lo quiere todo para él —resolví con una sonrisa triunfal.

—Seguro que es la segunda opción —bromeó.

—¡Eh! No te burles, ¿te crees que eres el único fan de las comidas y bebidas *healthy* que preparo?

—En absoluto. Cualquiera que las pruebe se vuelve adicto y ya nada le sabe igual.

—Vale, tampoco te pases —atajé entre risas, y me moví para volcar las palomitas en su recipiente.

—¡Guau! ¿Dónde has comprado eso?

—Es un regalo de hace años —respondí seca, para evitar seguir hablando de ello.

Luis me compró ese cubo retro cuando nos pasábamos los fines de semana viendo películas en casa, acurrucados en el sofá. No me apetecía recordar todo aquello.

—Joder, Vicky, no sé qué me gusta más, si las palomitas o el mojito —declaró cuando ya estábamos en el sofá y tuvo tiempo de probar ambas cosas.

—*El silencio* —pronuncié mirando la pantalla—. ¿De qué va?

—Ni idea, es algo sobre unas criaturas que se sienten atraídas por el ruido y te matan.

Me giré hacia él con los ojos entrecerrados.

—¿En serio? ¿Te va ese rollo? —quise saber, porque la verdad es que no me llamaba demasiado la atención, aunque fuera a verla de todas formas.

—¿Prefieres una romántica? —indagó, muy seguro de que la respuesta iba a ser afirmativa.

—No, no me gustan demasiado.

—Pero lees novela romántica —cuestionó, a sabiendas de que era cierto.

—Es distinto —zanjé.

—Explícamelo.

—No sé. Hay grandes pelis que vería una y otra vez, pero simplemente me gustan más los libros, tienen infinidad de detalles que en la pantalla no se aprecian...

Suspiré. Los libros te hacen vivir muchas cosas. Te metes en la historia y te conviertes en la protagonista. Un día eres *influencer*, otro día contable y otro trabajas en un cine. Te sucede algo nuevo cada día y un *empotrador* se enamora de ti. Esa es la mejor parte, las escenas... tórridas.

—¿Sí? —insistió.

Me sonrojé.

—Uy..., no me digas que hay escenas guarras en esos libros.

Mis mejillas se colorearon aún más y desvié la mirada.

—Venga, dale al *play* —supliqué.

Se descojonó a gusto.

—¿Me prestarás alguno?

«¿Qué?».

Volví de nuevo la vista hacia él con los ojos más abiertos que nunca.

—No sé, a lo mejor me interesa tomar apuntes de lo que te gusta. Para cuando lo necesite —

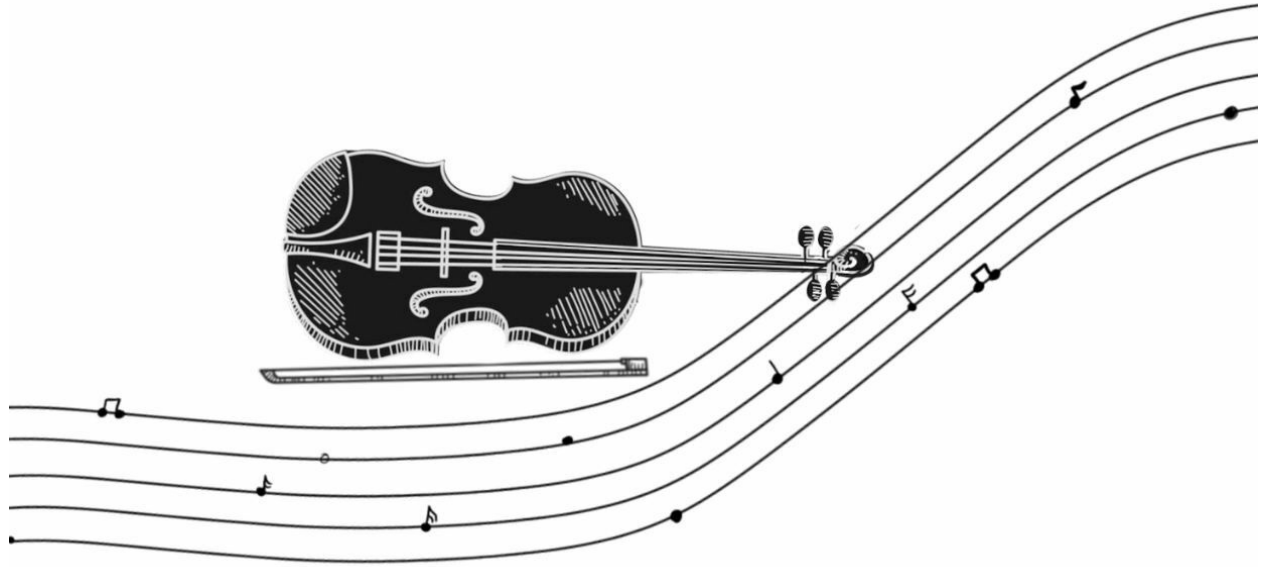
añadió con un guiño que no volatilizó mis bragas de milagro.

—No te creas que me gusta «todo» lo que leo —puntalicé con el índice levantado.

—Siempre podré sacar alguna idea. A lo mejor yo también aprendo cosas. ¿Qué? — cuestionó sin entonar nada al ver mi cara de incredulidad— ¿Te crees que lo sé todo? Yo no soy como esos *empotradores*...

¿Mis bragas seguían ahí? Porque mi cuerpo estaba deseando comprobar si eso era cierto o no. Tenía calor. Mucho. Y un cosquilleo entre las piernas que no sabía cómo haría para calmarlo.

Debió de considerar que ya me había torturado suficiente y puso la película. Ambos miramos hacia el frente con cierta tensión. ¿Cómo pasé de creer que no estaba preparada a sentirme frustrada por lo que había sucedido? Por lo que «no» había sucedido, mejor dicho.



-13. Estamos conociéndonos

2019

OÍ LA PUERTA de la entrada cuando me servía el café. Mi hermano no había dormido en casa y no iba a ser yo quien preguntase, no fuera a contarme historias que no quería oír. Cuando pasó por la cocina de camino a su habitación, se detuvo y me observó como si pudiese leer mi mente.

—¿Qué tal? —preguntó con un tonito un poco infantil.

—Pues es lunes y me voy a trabajar. La pregunta sobra.

—Ya, pero uno curra mejor si ha tenido una buena noche —afirmó levantando las cejas varias veces.

—No ha sido mala, no. Cené, leí un poco y me fui a dormir. Un sueño de ocho horas bastante reparador. Es genial, deberías probarlo —apunté mientras daba un sorbo a mi taza.

—¿En serio?

—Vimos una peli y se fue.

También hubo muchos besos y algún que otro magreo. Pero no necesitaba saberlo.

—Me fui para dejaros solos. Me he pasado la noche durmiendo en el sofá de un colega para no llegar aquí y...

—Para.

Se creó un silencio un poco agónico. Él me miraba y sentí un ligero picor en los ojos. Como cuando quieres llorar, pero no tienes lágrimas. Entró y se sentó frente a mí. Al otro lado de aquella mesa en la que desayunamos juntos tantas veces cuando era pequeña. Me gustaba tanto y le tenía tanto cariño a ese mueble y a esos momentos que decidí restaurarla para poder mantenerla.

—No estoy preparada. Llevamos dos días... —removí la cuchara buscando una palabra que no me asustara— conociéndonos.

—¿Eso no es un eufemismo de «estar saliendo»?

Me encogí de hombros.

—¿Él utiliza esa palabra? —preguntó, con bastante tensión. Parecía enfadado y no sabía por qué.

—No. No sé. No hemos hablado de ello. ¿A qué viene esa pregunta? —añadí, al ser incapaz de entender por dónde iba.

—Pues que no quiero que te utilice ni se aproveche de ti.

Fijé mi mirada en él. Esa frase la pronunció por algo. Ayer, cuando llegué, Adam estaba callado y visiblemente incómodo.

—¿Qué le dijiste? —lo increpé. Ahora empezaba a enfadarme yo porque no me gustaba ni un pelo que actuara a mis espaldas de esa manera.

—Que espero que no seas una diversión.

—¡Es mi vida!

—¡«Tu vida» es algo que no quiero que se acabe!

Resoplé. Bebí. Di un bocado a mi tostada de tomate y queso fresco. Todo sin apartar la vista de la suya. Podría haberle respondido que seguía siendo «mi vida», que no tenía ningún derecho a entrometerse, que los asuntos que me hicieron pensar que la vida dolía demasiado anteriormente abarcaban muchas más cosas aparte de lo mal que me iba en el amor. Incluso podría haber bromeado diciéndole que mi vida, como la de todos, llegaría a su fin algún día. Porque eso es lo único que sabemos con certeza, que algún día todos moriremos.

Pero no lo hice. Estaba enfadada con él, pero, en cierto modo, entendía por qué lo hacía. Y yo me sentía querida y protegida por alguien en un mundo en el que ya casi todos me habían abandonado. Él seguía demostrándome que le importaba. Seguía siendo la persona de confianza que todos necesitamos para no derrumbarnos, quien me acompañaba en mi soledad y hacía que mi vida continuara estable. Me había demostrado con creces en esos años que él sufriría mucho si yo dejara de existir de un día para otro.

—Si el vecino me caía mal, era por hacer precisamente eso.

—Él me quería —lamenté.

—Pues que te lo hubiera dicho.

—Basta, Rodri... —supliqué sintiendo cómo mis ojos se empañaban—. No quiero hablar más de ello. Estoy intentando pasar página, ¿no lo ves? No ha sido fácil...

—Lo sé, Manuela me llamó.

—Claro que lo hizo.

Me limpié un par de lágrimas, me acabé el café y dejé la tostada en el plato porque se me había quitado el hambre de golpe. Me levanté dolida, con la necesidad de encerrarme en un cuarto y llorar. Pero no podía hacer eso porque tenía clase en una hora. Así que, simplemente, entré en el baño para cepillarme los dientes, peinarme, lavarme la cara y maquillarme a fin de disimular esos ojos enrojecidos, algo que no conseguí porque, claro, la esclerótica no puede pintarse.

Mi hermano me bloqueó el paso a la salida. No dijo nada, simplemente me abrazó. «Lo siento», me susurró. Meforcé por no llorar para no tener que arreglarme el maquillaje y me costó horrores, pero lo conseguí.

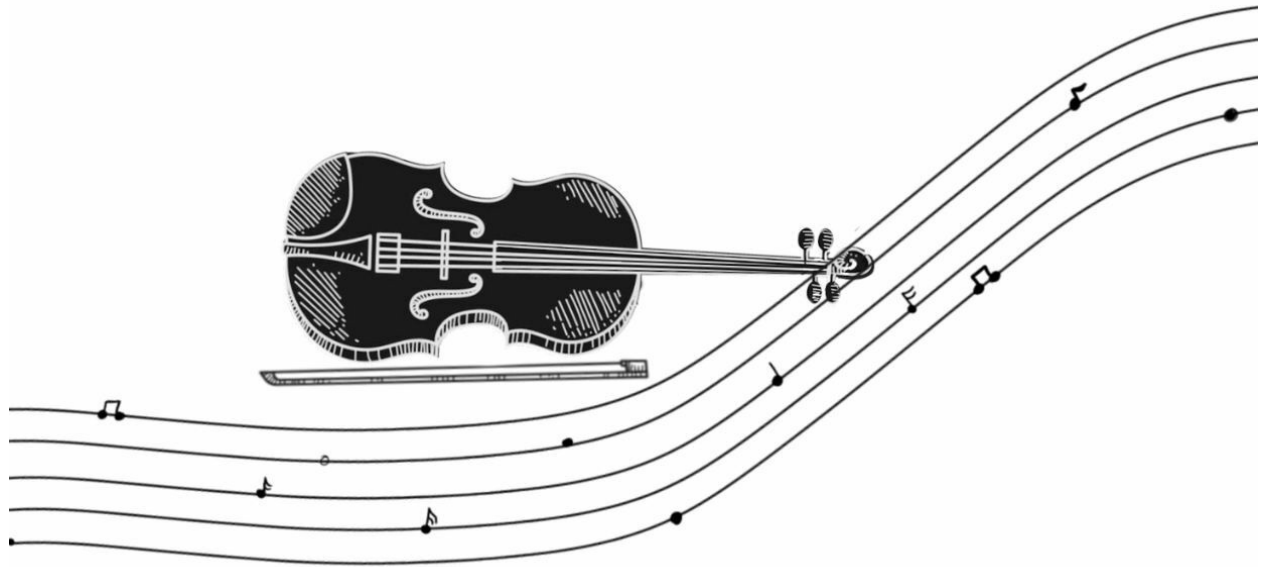
Llevaba años intentando convencerme de que me mudara con él a Barcelona. Que buscara un trabajo allí, me adaptara a la ciudad y luego, si quería, me consiguiera algo para mí. Que el piso de la abuela lo vendiera o lo alquilara y que eso me daría para vivir. Miguel también estaba de acuerdo. Opinaban que, como vivía cerca de nuestros padres, siempre me acababan llamando

para que les ayudase con ciertas cosas, como gestiones que querían hacer por internet cuando no tenían ni idea, que les imprimiera papeles, etcétera. O me pedían que fuera a comer a casa porque me echaban de menos. Era agotador y, peor aún, doloroso.

La idea de cambiar de ciudad sonaba muy tentadora. Cualquiera pensaría que nada me ataba aquí. Pero si no me había ido era por Manuela y por el piso de la abuela. Esa casa estaba llena de recuerdos. Luis y yo jugando al escondite. Luis y yo haciendo los deberes de mates juntos porque él era un *crack* y yo un desastre. Luis escuchando atento mis ensayos. Hablar con Luis a altas horas de la madrugada a través de los *walkies*. Él seguía presente en cada uno de los rincones de aquel piso. Y dolía mucho pensar en deshacerme de todo ello, porque temía olvidar.

En lo relativo a Manuela, ¿qué podía decir de ella? Seguía siendo esa madre de corazón para mí, la madre que me hubiese gustado tener y la que siempre había sido. Incluso después de lo que pasó. No podía ni quería abandonarla, distanciarme, convertirnos en simples conocidas. Quería seguir cerca de ella y que me tratase como esa hija que no tuvo, o como la nuera que siempre quiso que fuera.

Me separé del abrazo, sonreí, le di las gracias por todo y me despedí de mi hermano. No me gustó la sensación, porque, tras dos días en los que apenas había pensado en «él», me iba a trabajar con la mente y el corazón completamente divididos.



-12. Su último año de vida

2012

LLEVABA toda la mañana leyendo información sobre la insuficiencia cardíaca. La cosa pintaba mal y, hacia el final de la tarde, un médico se atrevió a hablarnos con claridad. El pronóstico no era bueno, pero no podían saber cuántos años más viviría la abuela.

Esa noche decidí quedarme con ella, a pesar de su insistencia en que me fuera. «Las enfermeras cuidarán de mí», repitió varias veces hasta comprobar que no me iría. Ella se hubiera quedado conmigo de haberlo necesitado alguna vez si su salud —y sus huesos— se lo hubiesen permitido. Como me cuidó tantas veces cuando estuve enferma de pequeña.

—¿Qué tal con Luis? —preguntó mientras terminaba de comer su cena, una crema de verduras, un poco de pollo al horno con patatas y una mandarina.

—¿Qué quieres saber? —inquirí.

—No sé, ¿hay algo que quieras contarme?

—Ojalá lo hubiera... —me quejé—. ¿Recuerdas cuando te conté que nos habíamos besado hace años?

—¿Ha habido otro beso? —preguntó con una sonrisa esperanzada. Mi abuela era la mayor fan de la pareja que Luis y yo hubiéramos formado.

—Más que eso —reconocí en voz baja.

—¿Dos besos?

Me reí. Me vibró el móvil y lo miré. Luis me escribía para darme las buenas noches y decirme que al día siguiente ya tendría el desayuno listo para cuando llegase. Mis mejillas coloreadas y la sonrisa bobalicona debieron confirmarle a mi abuela quién era el emisor.

—Más. Nos... —la miré, ella me observaba atenta tras sus gafas, a la espera de que continuara con mi relato— acostamos.

Su cara no se modificó, pero dejó de masticar.

—¿Te refieres a que os habéis encamado?

Asentí muy despacio. Su mirada me escrutaba y me sentí juzgada por primera vez por ella, como si la hubiera decepcionado.

—¿Y dices que no tienes nada que contar? —Su gestó se animó y la vi extremadamente feliz, casi parecía que no había recibido una sentencia de muerte hacía unas horas—. ¿Cuándo me ibas a decir que sois novios? ¡Ay, qué alegría más...!

—No somos novios —la corté, y me sentí mal. Quizá tendría que haberle dicho que sí para que pasara sus últimos meses (o, con suerte, años) así de contenta. Pero eso requería montar una farsa, mentir, suplicarle a Luis... No quise hacerlo. Si hubiesen sido unos días, todavía podría haberlo pensado, pero era demasiado tiempo.

—Creo que nunca entenderé estas costumbres tan modernas de los jóvenes de hoy.

—Yo tampoco, la verdad.

Le conté la historia entera, aprovechando que teníamos tiempo y que estaba «lanzada». Normalmente, conversar sobre estos temas siempre me había dado bastante corte y tampoco tenía con quien hablarlos. La única persona con la que tenía tanta confianza era Luis, y él no me servía para desahogarme.

Mi abuela me escuchó atenta a todo y me sorprendió lo abierta y comprensiva que se mostró conmigo. A partir de ese día, se convirtió en mi confidente y fue la guardiana de muchos secretos que se llevaría a la tumba.

VARIOS AÑOS DESPUÉS de que la vida me arrebatara al que siempre consideré como mi abuelo, mi abuela falleció tras una etapa horrorosa en la que su enfermedad no le daba tregua. Los últimos meses permaneció ingresada en la unidad de paliativos porque los médicos consideraron que era mejor tenerla vigilada. Me pasaba los días en el conservatorio y al salir iba a verla al hospital para hacerle compañía.

Me encontraba hecha un ovillo cuando Luis llegó a casa. Podía sentir su urgencia desde mi ubicación. Así fue, llegó hasta mí en un segundo y me abrazó con fuerza, apretándome contra él.

—Vicky, lo siento mucho. Mi madre me ha llamado para contármelo y he llegado todo lo rápido que he podido.

Sabía que Manuela se lo diría. Ella vivía justo encima y, al igual que yo, la visitaba a diario. Yo la fui a ver pensando que sería como otro día normal. Le leería un capítulo del libro que tenía en la mesita, le hablaría de Luis, de mi trabajo y le tocaría alguna pieza. Ella sonreiría deseando volver a casa para prepararme algo rico y yo le diría que estaba todo bien, que no hacía falta.

Cuando llegué, la encontré en la cama, como cada día. Le empecé a leer, pero vi que sus pequeños ojos se cerraban y no me prestaba atención. «¿Abuela?», pregunté, deseando que estuviera bien. Pero no respondió. No volvió a abrir los ojos. Salí a pedir ayuda y la enfermera me sacó de la habitación. Hubo mucho movimiento de personas, pero nadie me decía nada. No sabía qué hacer ni a quién acudir porque Luis estaba trabajando. De modo que llamé a la única persona que sentí que podría ayudarme: Manuela.

Acudió enseguida y me condujo a una sala de espera para visitas. Allí me tranquilizó y me recordó que mi abuela no había muerto sola, algo que me ayudó mucho porque me habría sentido muy mal de no haber estado ahí. Luego, tras hablar con la doctora, me sugirió que me fuera a casa, que ya se quedaba ella a esperar a mi madre. No quería, pero acabé haciéndole caso ante su «Luis va para allá».

El taxi me dejó en el portal y casi me caí al subir las escaleras. Una sensación dentro de mí había secuestrado mi fuerza. No sabría explicarla bien, pero era similar al miedo y la ansiedad. Temor a quedarme sola en este mundo de mierda.

Él sabía lo destrozada que me encontraba porque conocía perfectamente la relación que mi abuela y yo manteníamos. Era una de las personas más importantes de mi vida, uno de mis refugios. Y ya no estaba.

Lloré desconsoladamente, como si lo estuviera esperando a él para ello, como si necesitara que alguien me sostuviera en ese momento. Con Luis ahí, el dolor era más fácil de tolerar.

Tras varios minutos —pudieron ser diez o cuarenta—, las lágrimas se apaciguaron y mi respiración volvió a encontrar su ritmo habitual. Sin apartarse lo más mínimo de mí, sus pulgares limpiaban mi rostro mientras yo solo era capaz de agarrarme a su sudadera por la cintura. Estrujarla, más bien.

Me aparté un poco, lo justo para ver cómo sus ojos me observaban y casi me hablaban. Sus manos me enmarcaban la cara y algo nos impulsó a los dos a la vez para unir nuestros labios en un beso que por aquel entonces ya era algo habitual entre nosotros. Tierno, delicado, profundo, lleno de sentimiento. Cuando nuestras bocas se separaron con un sonido húmedo, me estremecí por la intensidad del momento.

—No te voy a dejar sola. Sé que vienen unos días difíciles, pero voy a estar contigo en todo

momento —aseguró con sus labios tan cerca de los míos que me costaba horrores no volver a ellos.

—¿Y tu trabajo?

—Ya me he pedido libre. También he llamado a Isabel, de camino, y me ha dicho que vayas en cuanto puedas.

Suspiré con cierto alivio.

—Gracias. No sé qué haría sin ti. —Me sorbí la nariz—. No me abandones, *porfi* —supliqué, desesperada.

Estaba rota y no podía imaginarme una realidad en la que perdía a la última persona que me quedaba en este mundo. Sin plantearme lo egoísta que sonaba eso.

—No lo haré —prometió sin rastro de duda en su voz.

—Primero mi abuelo, ahora ella.

—Eran mayores, Vicky.

—Ya lo sé, pero...

—No te voy a abandonar. Nunca, ¿me oyes? —ratificó, serio, aunque la niña abandonada que habitaba en mi interior apareció y me hizo desconfiar de sus palabras y de su amistad.

—Luis... —Sus cejas se levantaron, a la espera de lo que fuera a decirle.

—¿Qué pasa? —preguntó con recelo y preocupación.

—¿Haces todo esto por lo que pasó —tragué saliva— aquel día en el baño de casa de tus padres?

Hubo un breve silencio acompañado de ese pequeño gesto que él no quería que yo notara, pero noté.

—Ese día me acojoné, Vicky. Esa es la verdad. Pensé... —Iba a decir algo, pero, al parecer, cambió de opinión. Su mandíbula tensa mostraba su lucha interna por seleccionar unas palabras u otras. Supuse que porque no quería hacerme daño—. Pensé que te ibas a morir. Que era tan mal amigo que no había sido capaz de darme cuenta de que estabas así de mal. Porque yo qué sé, tu abuelo había fallecido e imaginé que estabas llevando tu duelo a tu manera...

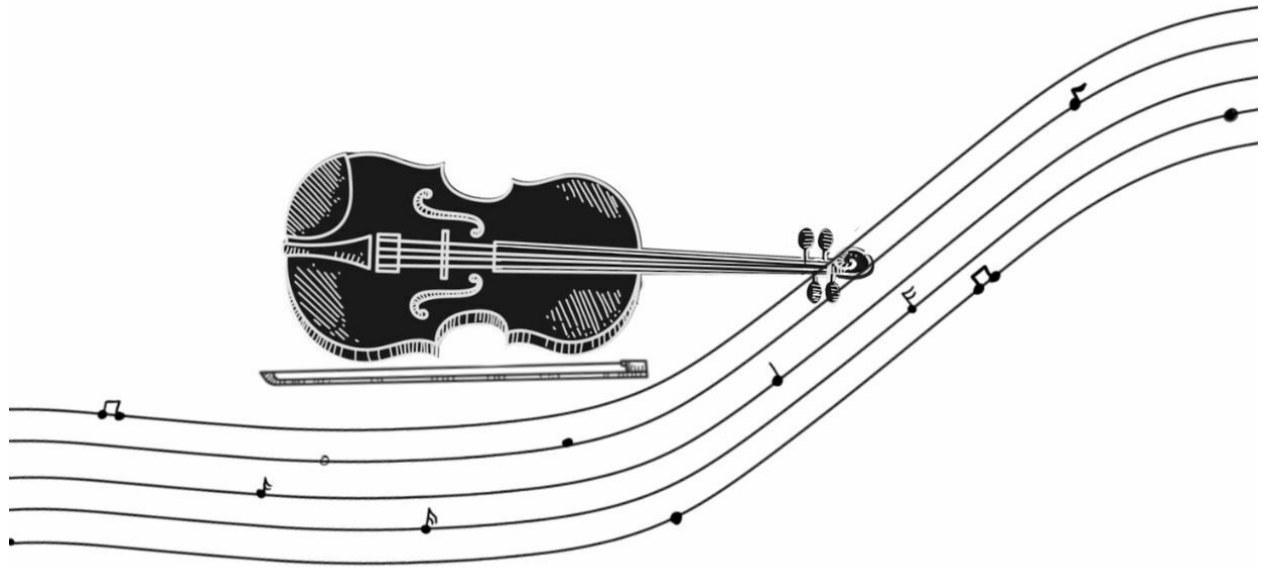
—O sea, que todo esto es porque me tienes lástima —lo interrumpí, sintiendo que mi corazón se encogía y dejaba de latir.

—No, espera, déjame acabar. Me acojoné, sí. Mucho, no sabes cuánto. Pero si me preocupo es porque eres mi amiga, llevas en mi vida desde que teníamos... ¿cuánto, tres años? Quiero que estés bien. Y hago todo lo posible para ello, al igual que lo haría por cualquier otra persona que sea así de importante para mí.

«Eres mi amiga».

«Lo haría por cualquier otra persona».

No sé qué palabras de todas las que escogió me dolieron más. Pero estaba tan absolutamente destrozada en ese momento que me aferré a cualquier cosa que me diera y decidí quedarme con la idea de que era importante para él.



-11. Habla conmigo antes de hacer cualquier cosa

2013

LOS ÚLTIMOS acordes de *Jueves*, de La Oreja de Van Gogh, sonaban en mis pequeños auriculares y yo no podía frenar las lágrimas. Esa canción que escuchaba sin parar cuando estaba triste seguía estremeciéndome. No sé por qué me la puse, estaba harta de llorar, pero, cual yonqui del dolor, solo buscaba aquellas cosas que me mantenían en ese estado de ánimo. Todo el mundo huye y busca la forma de animarse, yo explotaba esos sentimientos, me revolcaba en la mierda hasta que era capaz de agarrar la mano que alguien me tendía a modo de salvavidas. Durante años ni me pregunté por qué, di por hecho que era lo normal. Más tarde llegué a la conclusión de que era como yo aprendí a vivir. Que esos sentimientos «malos» que nadie quería experimentar a mí me daban seguridad porque eran lo que conocía.

En el tanatorio pensé que no iba a sobrevivir. La gente se acercaba a mí para abrazarme y decirme palabras que no quería oír. Por eso me había puesto música, para aislarme y encerrarme en mi propio dolor.

Además del duelo, tenía que enfrentarme a la presencia de mi madre y no podía soportar su falsedad. Cualquiera podía pensar que realmente estaba afectada, menos yo, que ya la conocía. Durante toda mi vida las vi reñir con frecuencia y en los últimos tiempos se habían distanciado más que nunca. Hubo muchas discusiones en las que mi abuela incansablemente trataba de hacerle entender a su hija algunas cosas que ella consideraba que estaban mal. La advirtió sobradamente sobre algunos comportamientos y actitudes «poco maternas», y mi progenitora no soportaba que le criticaran su estilo de crianza. O no crianza, más bien.

Yo, en su momento, comprendía a mi madre porque nadie soporta que le digan cómo hacer

las cosas. Pero ¿qué pasa cuando nos equivocamos y eso afecta a terceras personas? Algo que, obviamente, ocurría. Entonces, desde hacía unos años, opinaba que mi madre debería haber escuchado un poco más y oponerse un poco menos. Especialmente, después de mi «casi» intento de suicidio y toda la terapia que vino luego. Acontecimiento que marcó un antes y un después entre ellas.

Mi hipótesis —vuelvo a mi madre y su falsa tristeza en el tanatorio— era que lo único que le interesaba era cobrar la herencia y el «qué dirán». «Piensa mal y acertarás», dicen. Es posible que se sintiera afectada en cierto modo porque quedaron muchos reproches en el aire y ningún «lo siento», «perdóname» o «te quiero». Y eso siempre queda ahí. Todas esas palabras que no se atrevió a pronunciar se quedarían por decir. Era tarde. Y mi niña interior fantaseaba nuevamente con la idea de que un día fuera yo quien se encontrara en el lugar de mi abuela y mi madre se arrepintiera de todo el daño que me causó.

Un escalofrío me recorrió entera junto a ese pensamiento y me agarré del brazo de Luis. Él desvió la cabeza hacia mí, ubicó su mano sobre la mía y me animó a seguirlo al exterior. Una vez fuera, me guio hasta un banco un poco apartado y nos sentamos sin soltarnos.

—No me dejes sola —supliqué con un nudo que me comprimía el pecho de tal manera que me costaba pronunciar bien.

—No lo haré.

—No me estás entendiendo. No dejes que me encierre en el baño.

Lo vi repensarse mucho su respuesta hasta que finalmente me abrazó. Eso era lo que más falta me hacía en aquel momento y me alegraba saber que él me conociera tan bien.

—Quitaré el pestillo al llegar a casa. —Suspiré—. A cambio, necesito una cosa.

Me aparté y traté de adivinar sus pensamientos mirándolo a los ojos, algo que no logré.

—¿El qué?

—Que confíes en mí. Que antes de hacer cualquier cosa hables conmigo. Da igual el tiempo que pase y cómo sea nuestra relación en ese momento. Por favor, prométemelo.

—¿Y si ya no somos amigos? —balbuceé, muerta de miedo, porque vivía convencida de que él, tarde o temprano, se cansaría de mí, de cuidarme.

—Yo siempre voy a estar disponible para ti. Aunque nos hayamos distanciado y llevemos años sin hablarnos. Si me necesitas, si tienes pensamientos oscuros, siempre podrás confiar en mí. ¿Me oyes?

Tragué saliva tratando de bajar el nudo que sus palabras y su mirada tan intensa me habían creado. Pero fue imposible. Sus manos agarraban las mías y yo sentía frío y calor a la vez.

—Cariño, estáis aquí. Lo siento mucho... —oí la voz de Manuela a mi espalda y su mano apretando mi hombro con escasa fuerza.

Me giré como si me costara la misma vida despegar mis pupilas del rostro de Luis, aunque él ya había desviado la vista hacia su progenitora, y me levanté para abrazarme a ella como la madre que siempre había sido para mí. Mi madre de corazón. Al separarme de ella, me percaté que tanto Óscar —su otro hijo— como Ricardo —su marido— habían llegado hasta nosotros y también me esperaban para expresarme sus condolencias. Con ellos, no pude evitar ponerme a llorar como una niña pequeña.

Estuvimos un tiempo allí, y luego ellos se fueron a dar el pésame a mi madre. Luis se quedó un rato más conmigo. Me pasó un brazo por la parte más alta de la espalda y me recosté en su hombro. Cerré los ojos y casi fui capaz de olvidarlo todo. Él hacía magia y yo solo quería permanecer a su lado lo que me quedara de vida.

—¿Estás mejor? —susurró, y sentí cómo su mano acariciaba mi cabeza.

Me separé un poco para poder verlo. Su mirada me transmitía demasiado, pero ni rastro de lo que yo más anhelaba.

Apoyó su frente sobre la mía, una mano enmarcó mi cara y su pulgar me acarició la mejilla.

—¿Quieres volver?

—Sí, pero a casa.

Su nariz chocó con la mía, la desvió hacia un lado, resbalando piel con piel hasta que sus labios encajaron con los míos en un beso superficial, tierno y lento. Sin lengua, sin saliva. Pero, joder, creo que fue el mejor de todos. Tan especial, tan íntimo, tan...

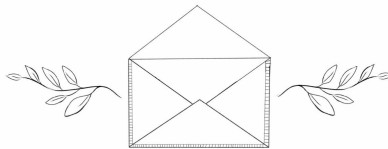
—Vicky...

«Mierda. Pillada».

Me giré hacia la voz de Rodri para verlo de pie a mi espalda con una expresión de no entender una mierda de lo que estaba ocurriendo. Tragué saliva y no pude disimular mi cara de apuro. Solo deseaba que nadie más nos hubiera visto. Era una relación demasiado difícil de entender para mí como para, encima, tener que dar explicaciones.

—Tranquila... —me susurró Luis con su mano sobre mi rodilla.

Me levanté y fui hacia mi hermano, llorando porque verlo a él me hacía ser consciente de dónde estaba y por qué. Podía oír su cabeza haciéndose preguntas y notar cómo se controlaba para no decirme nada en ese momento, pero no era estúpida. Obviamente me preguntaría más tarde.



Ese mismo día, mi hermano me acompañó a casa y así Luis, al asegurarse que no me iba a quedar sola, aprovechó para ir a la *biblio* a buscar unos libros para hacer un trabajo. En el camino, Rodri no hizo mención alguna de lo que había visto. Pensé que me iba a librar, pero no. Medio segundo después de sentarnos en el sofá, lo soltó sin ninguna delicadeza ni preámbulo.

—El vecino y tú estáis...

—Solo somos amigos. Como siempre —atajé. No me apetecía dar ninguna explicación.

—No es lo que yo he visto.

—Has visto un beso. Punto. ¿Nunca te has liado con una amiga? —farfullé en un tono ligeramente combativo.

—No te hacía tan moderna —replicó bastante asombrado.

—Pues ya ves —respondí con un tono un tanto agrio, girando mi cabeza hacia el frente para dejar de mirarlo.

—Para —me ordenó posando su mano en mi rodilla, que por lo visto estaba temblando y yo ni me había dado cuenta. «Genial, Vicky, disimulas de pena»—. ¿Tú qué sientes por él?

—Nada, somos amigos —zanjé con esa respuesta automática que ya estaba cansada de repetir desde hacía años y que cada vez me dolía más pronunciar.

—Prueba con otra cosa.

Desvié la mirada hacia el suelo porque me daba mucha vergüenza mantener esa conversación con él. Considerando el poco tiempo que habíamos convivido, no debe de ser muy difícil de imaginar el nivel de confianza que teníamos.

—Él dice una y otra vez que nada cambiará nuestra amistad —simplifiqué vaciando mis pulmones.

—Y eso te molesta porque tú sientes algo por él —conjeturé, bastante seguro de sus palabras.

—Qué listo eres, ¿quieres un pin? —escupí muerta de la rabia.

—¿Él lo sabe?

—¡¿Tú qué crees?!

Me froté los ojos y luego me los apreté con las palmas bien planas.

—Nos acostamos —confesé más por mí que por él. Porque tenía la necesidad de hablarlo con alguien, aunque fuera Rodri.

—¿Cómo?

—Ya me has oído —respondí con la cara todavía oculta tras mis manos.

Me agarró del brazo para obligarme a mirarlo. Pero la vergüenza que sentía era tan grande que no sé cómo lo logré.

—Lo sé, soy patética. Lo quiero y acepto lo que me dé porque es mejor que no tener absolutamente nada. Porque me devuelve las ganas de vivir, ¿entiendes eso? No es algo que normalmente me sobre...

—Vicky, escúchame —dejó escapar un suspiro tan sonoro que me asustó—, ¿has vuelto a...?

—No. Pero supongo que es porque las pastillas que me manda Isabel cumplen su función.

El silencio que vino tras esas últimas palabras fue turbio, denso y sofocante. Él me observaba buscando cualquier señal que le mostrara algo más, algún indicio de duda o mentira. Era un tema que en la familia todos querían evitar, especialmente si yo me encontraba presente. Las cosas que no se mencionan no existen, no han ocurrido y no se repetirán. Eso y que es más fácil obviarlo que hablar de ello.

Yo estaba calibrando el nivel de unión entre nosotros. Quizá antes éramos como unos simples conocidos que coincidían en algunas comidas, pero en ese momento parecía disponible, accesible. Algo que nunca había sido para mí. Y yo buscaba de manera constante alguien en quien poder confiar, a quien poder abrirme. Me salió sin más.

—Tengo miedo de estar sola ahora mismo. Hacía tiempo que no tenía esos pensamientos...

—¿Qué pensamientos? —inquirió, aterrado.

—Hace años, antes de..., ya sabes, empecé a preguntarme qué sentirían papá y mamá si yo no estuviera. Qué pasaría en mi funeral, quién iría, qué pensaría la gente...

—Joder, Vicky... —rebufó.

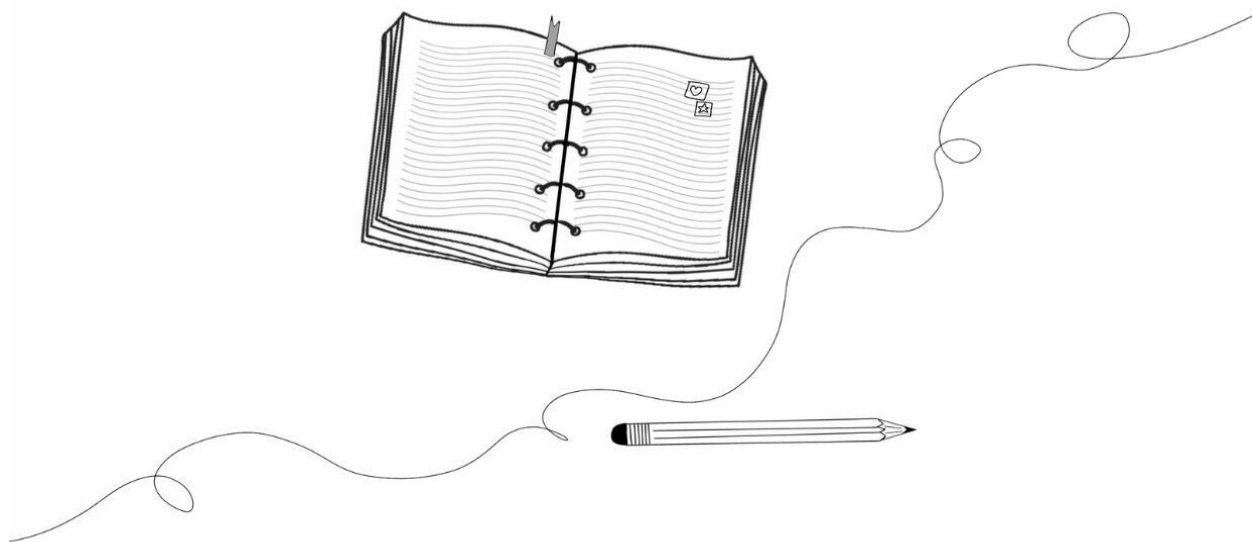
—Siempre llegaba a la conclusión de que a nadie le importaría.

—No digas eso —gruñó.

—¡Es verdad! —exploté—. Papá y mamá nunca se han preocupado por mí, nunca se han interesado, tú y Miguel vivís como si no tuvierais ninguna hermana, no tengo amigos...

—Me cago en la puta... —masculló a la vez que sus brazos me acercaron a él y me apretaron fuerte. Me di cuenta de que estaba llorando al notar mi cara mojada y su camiseta pegada a mi piel por la humedad.

No recuerdo cuánto tiempo pasó. Ninguno nos atrevimos a movernos, incluso un buen rato después de detener mi llanto. Rodri nunca había sido un hermano para mí hasta ese momento. La diferencia de edad entre nosotros siempre fue un lastre. Él salía de la adolescencia cuando se marchó, mientras que yo era aún una niña. Pero en ese momento coincidíamos en una misma etapa y se nos hizo mucho más fácil entendernos. Por fin, hablábamos el mismo idioma.



Cuaderno de Luis 5

22 de enero de 2013

AL LLEGAR a casa el otro día después del velatorio, la estampa que encontré me sorprendió. Tú dormías en el sofá, cubierta por una manta de lunares azules, mientras tu hermano estaba sentado en la otra punta del sofá y tenía la atención puesta en su móvil. Al percibir mi presencia, desvió su mirada hacia mí y tengo que admitir que no me gustó nada cómo me examinaba.

Levanté un brazo a modo de saludo y me dirigí al baño con las herramientas que mi padre me había prestado para quitar el pestillo, tal y como te había prometido que haría.

Rodri me siguió. Lo oí cerrar la puerta del salón con cuidado de no hacer ruido. Inocentemente, creí que se iría. Pero dio un empujón a la puerta y entró en el baño visiblemente furioso conmigo.

—Eres un cabrón y no te parto la cara porque no es mi estilo. Vicky tiene edad de saber qué hace, pero tú —enfaticó apuntándome con el índice— me acabas de demostrar el poco respeto que le tienes.

—¿De qué coño hablas? —exigí saber de malas formas.

Aunque él y yo nunca hemos sido colegas, siempre nos habíamos tratado bien y habríamos podido tomarnos una caña juntos si hubiéramos coincidido. Pero no entendía a qué venía esa actitud y le respondí en el mismo tono.

—Me lo ha contado. Eres su amigo, no confundas las cosas.

—Nadie está confundiendo nada, sabemos lo que somos.

—Pero ella no está bien.

—Tu hermana no te ha importado en veinte años. Yo —me señalé— la he estado cuidando porque ninguno de vosotros lo ha hecho. Te aseguro que sé perfectamente cómo está. ¿Lo sabes tú?

Se calló y yo seguí con lo mío. Me desesperaba seguir notando su presencia a mi espalda. Lo que le solté le impactó lo suficiente como para dejarlo sin palabras y en cierto modo me alegré de haber ganado aquella pequeña batalla. Aunque, en realidad, me jodía tener razón.

—Tú no sabes nada de mi vida.

—Lo suficiente —rebatí molesto con su actitud.

—Sabes que estas cosas nunca acaban bien, ¿no? —insistió, cambiando de tema.

—¿Lo dices por experiencia?

Yo hablaba sin molestarme en mirarlo. Me jodía bastante tanto reproche cuando tu deteriorado estado de salud mental no es precisamente culpa mía.

—¿Qué pasará si se enamora? Ella-está-mal. ¿Entiendes eso? ¿Traerás aquí a tus rolletes?

—Rebufé. No quería ni responder a eso. En el hipotético caso de que yo me olvidara de ti justo cuando tú decidieses fijarte en mí, algo completamente improbable, jamás se me ocurriría hacer tal cosa—. ¿Por eso estás quitando el pestillo, porque sabes que le vas a hacer daño?

—Eso no va a ocurrir —reconocí con mucho dolor.

Otro silencio tenso. Terminé de sacar el último tornillo y me giré hacia él. Me apoyé en la pared y lo vi de pie, con los brazos cruzados y la mirada perdida en algún lugar del suelo.

—Más te vale, niño. Mañana voy a enterrar a mi abuela y no quiero hacer lo mismo con mi hermana.

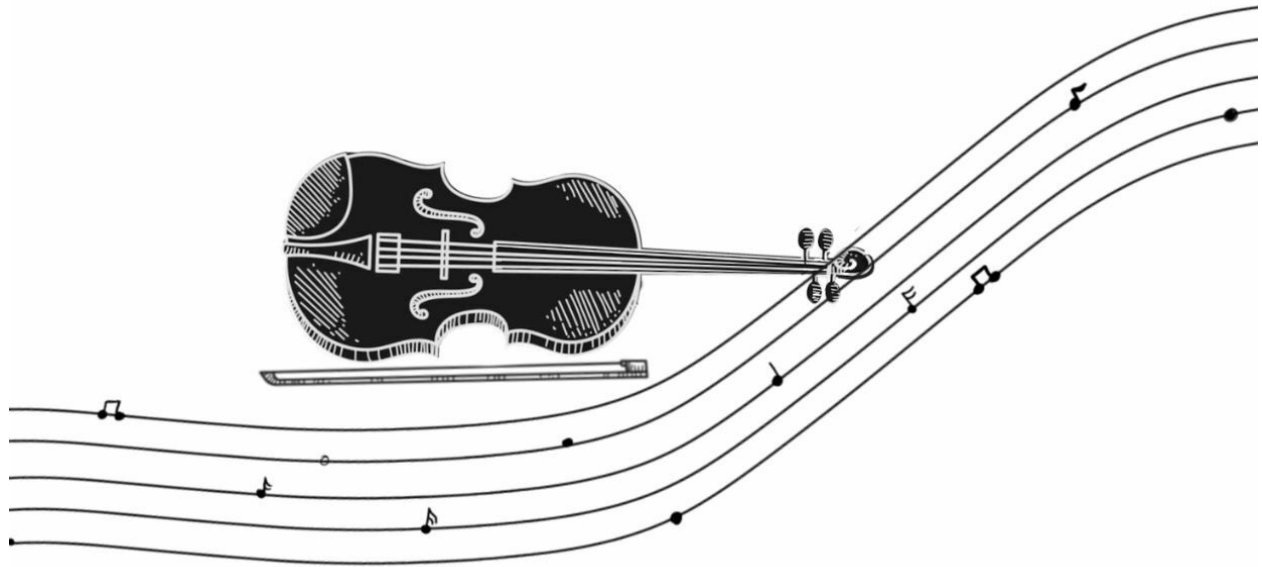
—A buenas horas te preocupas tú por ella.

Sé que mis palabras lo atormentaron tanto que fue incapaz de lograr una réplica. Sus ojos tenían un brillo similar al que te he visto a ti en demasiadas ocasiones.

—Cuídala.

Su respuesta me dejó clavado en el sitio. Empezó a caminar y pasó frente a mí sin decir ni una sola palabra más. Segundos después, oí la puerta de casa cerrarse con tan poca delicadeza que temí que te hubieras despertado, cosa que no hiciste. Cuando regresé al salón a comprobarlo, seguías dormida y ajena a todo. Me senté a tu lado y me quedé dándole vueltas a la conversación con tu hermano, buscando entender el porqué de su reacción.

En cierto modo, me alegro de que parezca interesarse más por ti. Espero que sea así a partir de ahora.



-10. Creo que me he enamorado

2019

DESPUÉS DE tres semanas, mi hermano regresó a Barcelona. Era consciente de que lo echaría muchísimo de menos. Como siempre, ya me había acostumbrado a tenerlo en casa, a nuestras charlas mientras cenábamos, a no ponernos de acuerdo para ver la tele, a sus peticiones para ir a un *Burger*... Hubo una noche, incluso, que nos pusimos muy sentimentales y acabamos compartiendo todo tipo de confidencias. Me gustó confirmar que podíamos tener ese tipo de relación tan estrecha.

Adam y yo seguimos viéndonos casi cada día. Entre semana se nos hacía más pesado porque vivíamos a media hora y a veces nos llevábamos trabajo a casa como los *workaholics* que éramos. Bueno, no es que fuéramos adictos al trabajo, pero nos encantaba lo que hacíamos y disfrutábamos planificando actividades diferentes para nuestros alumnos.

El último sábado había ido a su casa para preparar la cena con él y estuvimos a punto de hacerlo, pero me asusté. Adiviné sus intenciones de quitarme la camiseta y anuncié que tenía que volver. Le di un pico, y otro, y otro un poco más largo, cogí mi bolso y salí de su casa sin mirar atrás.

No sabía cuál era el problema concreto que me impedía avanzar. Él no preguntaba ni me reprochaba nada, aunque no dejaba de intentarlo de uno u otro modo. No podía negar que ese juego lograba ponerme muy cachonda, pero no llegaba a encontrar qué era lo que me frenaba. Podía ser:

Uno: Baja autoestima y vergüenza por mi propio cuerpo.

Dos: Torpeza y falta de práctica.

Tres: Sentimientos de traición.

O todas ellas a la vez.

Ese primer fin de semana de noviembre podría haber sido el elegido. O quizá me fuera a echar para atrás de nuevo. Algo que ya nunca sabríamos porque la noche del jueves, al salir del conservatorio, sentí unos cuantos escalofríos. Llegando a casa me notaba muy cansada y temblaba de frío, de modo que opté por meterme en la cama y taparme con varias mantas. Me quedé dormida hasta bien entrada la mañana, cuando me desperté hecha una mierda. Dolor de cabeza, fiebre, los mismos escalofríos de la noche anterior y mucho más cansancio a pesar de haber dormido más de doce horas seguidas. Ir al baño a hacer un pis me costó un mundo.

Como una niña pequeña, llamé a Manuela y, al hacerlo, me di cuenta de la cantidad de notificaciones que tenía. Las habría ignorado, porque si seguía mirando la pantalla me iban a empezar a martillear las sienes otra vez, pero las más de siete llamadas perdidas y los múltiples mensajes de Adam y de Rodri captaron mi atención.

Abrí el que me interesaba primero y empecé a leer lo que me había escrito Adam por la noche y ni había visto.

Adam:

¿Quieres que nos veamos esta tarde?

Adam:

Supongo que seguirás ocupada porque ni lo has visto, así que ya me doy por respondido.

¿Qué tal mañana? Es viernes, podríamos cenar juntos.

Adam:

He intentado hacer la ensalada que me mostraste ayer para cenar, pero creo que no me ha quedado como a ti. Cualquier parecido entre esto y la foto que me mandaste es pura coincidencia.

Adam:

¿Estás bien? Te estoy llamando y no me lo coges.

Luego seguían algunas caritas de preocupación y un «buenas noches». Continué con los de la mañana.

Adam:

Buenos días, preciosa. No sé qué ha pasado para no recibir noticias tuyas desde ayer al mediodía. Quiero pensar que te has dejado el teléfono en el trabajo y no que hayas decidido volver a alejarme de ti.

Adam:

¿He hecho algo mal? Joder, si es así, lo siento.

Adam:

¿Es porque te has sentido presionada?

Adam:

Sí, seguro que es eso.

Adam:

[Imagen de una tortilla y un bol de fruta].

¿Opinión de experta?

Adam:

Sí, estoy recurriendo al humor.

Adam:

Bueno, este es el último mensaje que te escribo. Que sepas que me ha encantado esto que hemos vivido, aunque haya sido tan efímero. Ojalá hubiésemos durado más.

«Mierda, mierda, mierda». Sentí un pinchazo en la cabeza, pero me obligué a teclear rápido.

Yo:

Lo siento mucho. [Emoji de palmas juntas]. Ayer me encontraba mal y me metí en la cama.

No me he despertado hasta hace un rato. Tengo fiebre y dolor de cabeza. No sé cómo haré para trabajar hoy.

Parecía un telegrama, pero no me importó porque para mí ya estaba suponiendo un esfuerzo el simple hecho de mantener la concentración frente a la pantalla.

Yo:

Desayuno: muy bien, vas aprendiendo.

Oí el ruido de las llaves y, al rato, Manuela entró en mi habitación. Me echó un vistazo, me hizo cuatro preguntas y me soltó, muy a «modo madre»: «Tú tienes gripe, venga, te acompaño al médico».

Como era viernes, tuve que sacar fuerzas de donde no había para ir al centro de salud y que me dieran la baja porque estaba como si me hubiese atropellado un camión. Definitivamente, no era día para pasármelo escuchando música.

Fui con el miedo de tener que mendigar el papelito para poder ausentarme del trabajo hasta que ese infierno acabase, pero el médico que me atendió me debió de ver tan agónica que ni se le ocurrió pensar que estaba actuando. Para teatros estaba yo, vamos.

La mañana la pasé en la cama. Intenté leer, pero al rato me dolió la cabeza. El móvil ni traté de mirarlo desde que Adam me había respondido que descansara. Me sentó un poco mal, la verdad. ¿Qué descansara? ¿Eso era todo? Me sentí tentada de ver si me había escrito algo más, pero, si lo miraba y no había más mensajes, la decepción hubiera sido demasiado grande.

Al mediodía, Manuela vino a traerme sopa y me dijo que era hora de levantarme. Pensé que me costaría un mundo, pero, para mi sorpresa, no me encontraba tan mal como cuando me desperté.

Maldije dedicarme a la música porque no paraba de tener melodías en la cabeza las veinticuatro horas del día. Eso solía traducirse en una necesidad de tocar, algo que me encantaba porque me distraía, me liberaba y me sanaba. Pero en ese momento no podía y era un asco. A ver qué haría yo con *Lux Aeterna*, de Clint Mansell, si no podía coger el violín para interpretar la melodía. Las falanges se movían de manera inconsciente y las notas bailaban en mi cabeza. Al igual que un escritor tiene la mente llena de historias y le queman los dedos por plasmarlas.

El médico había dicho que, con suerte, el lunes estaría bien. Lo que significaba que iba a tirar todo un finde a la basura. Un finde que no vería a Adam, que no lo besaría, que no me reiría con él, que...

Sonó el timbre de abajo. No esperaba nada, así que no podía ser ningún repartidor. A menos que fuese para algún vecino que no estuviera en casa. Me obligué a levantarme y cuando estaba llegando tocaron a la puerta. Abrí y me encontré a Adam, con una sonrisa que le quedaba genial a su cara y una bolsa en cada mano.

—¡Sorpresa! ¿Pensabas que no vendría a verte?

Boquéé como un pez. No sabía qué decir. Me aparté para dejarlo pasar sin apartar mi mirada de él, incapaz de creerme que lo tenía frente a mí.

—Te he traído antigripales, infusiones, bombones de chocolate 70 %, sopa de sobre, revistas...

Siguió relatando la cantidad de cosas que, supuestamente, traía consigo y creí haberme enamorado.

—Espera, ¿has dicho «sopa de sobre»? —lo interrumpí con una sonrisa.

—Rubia, ya sabemos que, de entre nosotros dos, la cocinera eres tú. Así que, si te enfermas, toca sopa de sobre. No quieras probar un caldo hecho por mí —bromeó.

—¿No piensas aprender a cocinar nunca o qué?

—Algún día, pero nunca estaré a tu nivel —afirmó con un guiño de ojos.

—Vaya excusa más mala... —me quejé entre risas.

Lo acompañé a la cocina para que pudiera guardar las cosas. Me observó de arriba abajo y yo hice lo mismo con él. Me sonrojé al comprobar esa mirada tan intensa que parecía atravesarme.

—¿Qué pasa? ¿Te gusta mi pijama? —bromeé para apaciguar la vergüenza.

—Me encanta.

—Pues te lo prestaría, pero dudo que te quepa.

Se partió de risa y yo con él. Parecía sentirme mejor a su lado. Aunque fue solo momentáneo y enseguida me llevé una mano a las sienes.

—¿Por qué no vas a la cama? —me preguntó al ver mi reacción.

—Porque has venido a verme.

—No, he venido a cuidarte.

«Creí», no. Me enamoré. Mi corazón latía con una fuerza increíble para la poca potencia que tenía mi cuerpo en general en este estado. Llevábamos juntos tres semanas, ni siquiera le habíamos puesto ninguna etiqueta a aquello, y vino a estar conmigo y a cuidarme. Si me quedaba alguna duda, acababa de irse por el desagüe del fregadero.

Su mano se posó sobre mi mejilla con ternura y depositó un beso en el otro lado. Lo encontré demasiado fraternal para ese momento, pero lo entendí, la saliva es contagiosa. Mucho. No pude evitar bajar los párpados cuando lo hizo y sentí que, con ese mínimo roce, todo mi cuerpo se erizaba.

—Venga, te acompaño —me instó a moverme.

«Sí, acompáñame y méteme en la cama».

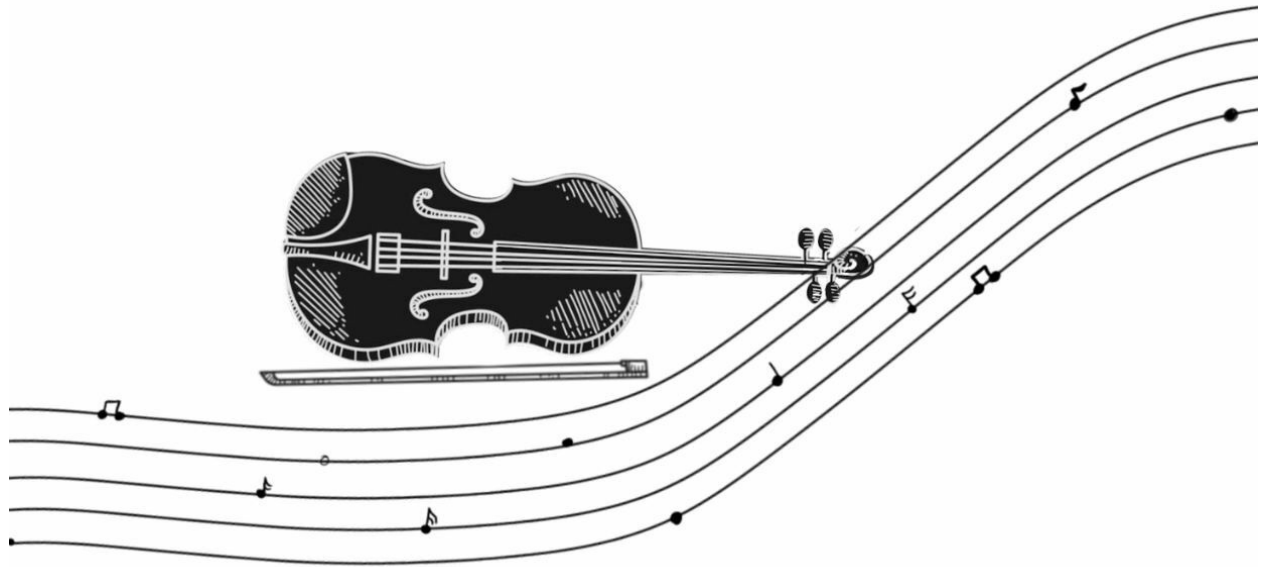
Entrelazó los dedos con los míos y lo conduje hasta el final del pasillo. Por el camino, le indiqué qué se encontraba detrás de cada puerta porque, aunque pareciera mentira, nunca le había hecho un *house tour*. Hasta ese día, nos movíamos exclusivamente por el salón, la cocina y el estudio. Lo demás siempre me pareció demasiado íntimo.

En último lugar, llegamos al espacio más privado de toda la casa. Me di cuenta, aun con mi lamentable estado de consciencia, de que inspeccionaba todos los rincones como si pudiera descubrir una parte de mí con cada objeto con el que se topaba su mirada. Como el libro que se ubicaba en la mesilla o esas fotografías que reposaban encima de la cajonera.

Se detuvo más tiempo del necesario sobre una imagen en concreto. En ella aparecíamos Luis y yo en la playa cuando aún éramos unos críos e ignorábamos todo lo que se nos venía encima. Cuando todavía no habíamos echado a perder lo nuestro. Era un recuerdo precioso que siempre sentí que debía estar ahí, entre mi graduación y mi disfraz de calabaza del 1996.

—Bueno, te dejo para que descanses, ¿vale? Cualquier cosa, puedes escribirme y vendré enseguida.

Asentí y él desapareció por el pasillo tras cerrar la puerta. Dejé salir unas tres toneladas de aire que parecía que se habían quedado atascadas. Sentí que debía hablarle de ello y, probablemente, pronto lo hiciera.



-9. Buenos días, preciosa

2019

DE PEQUEÑA siempre me gustaba estar enferma por dos motivos. Uno: no iba a clase y me quedaba en casa de mi abuela. Dos: mi madre me hacía mucho caso y me mimaba como nunca. Sí, me gustaba dejar de ser invisible en mi propia casa.

Siendo adulta y viviendo sola, estar enferma era un poco «asco» porque nadie me cuidaba. A parte de Manuela, claro, pero no podía llamarla cada cinco minutos para que me acercara cosas. Por suerte, a esa edad ya había dejado de enfermar tanto y cosas como aquella gripe eran bastante anecdóticas.

El domingo a las diez de la mañana me desperté y, por primera vez desde el viernes por la noche, me sentí un poco bien. Adam se portó genial. Me preparaba desayuno, comida y cena, me traía la medicación, me daba conversación y me hacía reír, me hacía la compra...

Vino preparado para pasar el fin de semana conmigo. Llevó consigo una mochila con algunas mudas y un pequeño neceser. Me comunicó que su intención era dormir en el sofá, pero no pude permitirlo. Así que, con la excusa de que me sentía mal, le pedí que se quedara conmigo. Luego me arrepentí, porque el muy astuto no cogió pijama y durmió en calzoncillos. Me cagué en la gripe, en el dolor de cabeza y en la fiebre. Me lamenté por no haberme atrevido a dar ese paso antes, cuando tuve la oportunidad. Fue como un castigo divino.

Cuando me giré, Adam no se encontraba allí y suspiré relajada. Me levanté, pasé por el baño a hacer pis y a ver qué tan mal estaba mi cara aquella mañana. Me alegré de comprobar que tenía un poco más de color. Al acercarme a la cocina, me llegó un olor familiar. Parecían tortitas. No me podía creer que Adam estuviera haciendo tortitas de avena y plátano.

Me asomé por la puerta y allí estaba él, con un delantal y las mangas por los codos. La visión de sus brazos me hipnotizó y verlo cocinar era una delicia.

—¿Eso es para mí? No huele tan mal...

—Buenos días, preciosa. ¿Cómo te encuentras hoy? —se interesó con una sonrisa prudente y sincera.

—Bastante mejor. Lo suficiente para probar ese manjar que estás cocinando.

Su risa inundó la cocina y creí haberme vuelto adicta a ella.

—Tú primero Pruébalo y luego me dices si he aprobado o no —rebatí nada convencido.

Me mordí el labio de forma inocente, aguantándome una risa, gesto que él percibió de otra manera porque sus ojos me miraron de otro modo. Duró un segundo, hasta que se volvió hacia los fogones y empezó a girar la masa que contenía la sartén.

—Voy a ducharme mientras terminas —le informé sin esperar ninguna respuesta por su parte.

Regresé a la habitación y busqué algo cómodo, pero con un poco de estilo. Estaba harta de que me viera solo con aquel pijama de lunas y estrellas totalmente antimorbo. Me dirigí al baño con unos *leggings* y una sudadera —de las monas, no de hacer deporte— y la ropa interior, por supuesto.

El agua caliente resbalando por mi cuerpo me sentó genial, podía notar cómo cada célula se recuperaba. Me sentí tentada de llevar una mano entre mis piernas, pensando en el pedazo de hombre que tenía en la cocina preparándose el desayuno. El mismo que había dormido prácticamente desnudo a mi lado durante dos noches consecutivas. No mostraba ningún pudor en enseñar su cuerpo y no era de extrañar, porque era simplemente perfecto. Que yo estaba medio convaleciente, pero no ciega.

Supuse que mis pensamientos eran obra de la gripe porque no me reconocí a mí misma en esas palabras. O eso, o que era un puto dios creado para el pecado. Me seguía pareciendo increíble que se hubiera fijado en mí.

Ya en el comedor, un plato aparentemente delicioso me esperaba sobre la mesa y un Adam guapísimo aguardaba paciente al otro lado.

—Vaya, te veo mejor...

Me sonrojé y me senté frente a esas tortitas que me gritaban «cómeme». Las probé ante su atenta mirada y, para mi sorpresa, estaban riquísimas. Cerré los ojos y le hice una señal para que entendiese que estaban de maravilla, acompañada de un gemido que no escondía ningún significado sexual, pero que a él pareció darle igual, a juzgar por su sonrisa lasciva.

—Joder... ¿Tú no decías que no se te daba bien esto?

—Yo por mi novia aprendo a cocinar y lo que haga falta.

Me paralicé de repente y dejé de masticar. ¿Lo había dicho o estaba teniendo alucinaciones? No me habría extrañado nada con la fiebre que tuve. Con cierto esfuerzo, acabé de engullir lo que me quedaba en la boca.

—¿Qué has dicho? —pregunté con algo de duda en mi voz.

Él palideció de repente y su semblante mostró cierto apuro.

—Eres mi novia, ¿no?

«Novia» sonaba maravillosamente bien.

—¿Lo soy?

—Bueno, para mí lo eres. A menos que lo veas precipitado o... —frunció el ceño— que no te convenza el concepto en general.

—Sí, sí —«¿dónde había que firmar?»—; es que nunca he llevado esa etiqueta, no me lo esperaba.

—¿Nunca? Entendí que habías estado con algui...

—Nunca fuimos novios —lo corté de manera seca y triste—. Nos quedamos en amigos.

—Entiendo.

—No, es más complicado que eso...

Suspiré. No me gustaba el cariz que estaba tomando esa conversación. No quería hablar de aquello aún.

Él me miró expectante, a la espera de que continuara la explicación, pero, como no lo hice, meneó la cabeza y carraspeó.

—Entonces, ¿están ricas las tortitas?

Cambió de tema. ¡Cambió-de-tema! Notó que no me encontraba a gusto y él mismo buscó una salida. Me encantaba eso de él, que no forzara las cosas ni exigiera nada. Me constaba que deseaba conocer todos los aspectos de mi pasado para poder comprenderme mejor, pero todavía no estaba lista para compartir ese momento de mi vida. Nuestra relación era demasiado reciente y temía su reacción.

Sonreí y asentí, indicándole que me encantaba el desayuno que había preparado para mí, y hablamos de temas triviales para amenizar aquel momento.

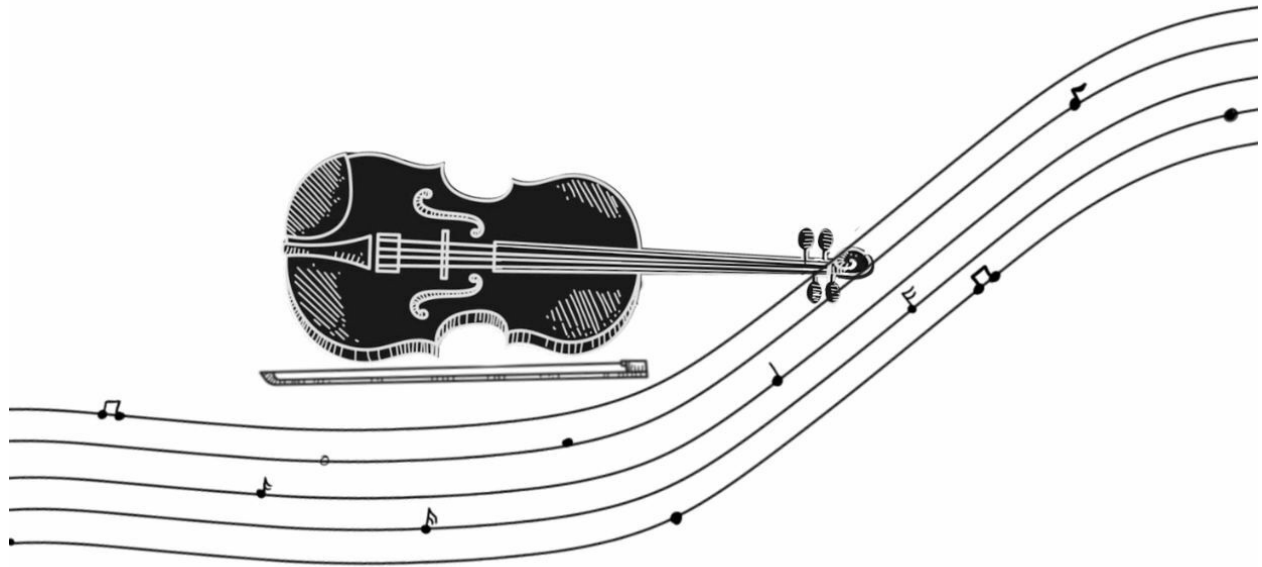
El resto del día me fui encontrando mejor. No para hacer deporte ni para ir a una barbacoa. Pero la cabeza ya no me dolía y nos pasamos la jornada viendo películas.

Por la noche, después de cenar y tras una evidente mejoría de mi estado de salud, Adam recogió sus cuatro cosas y nos despedimos en la puerta. Sus manos en mi cintura, las mías en la suya. Acercó su rostro, nuestras frentes chocaron, oímos nuestros suspiros llenos de frustración y, entonces sí, sus labios tantearon los míos. «Por fin», celebré de manera interna. Sus dientes me mordieron levemente, abrí la boca y su lengua me exploró como si fuera la primera vez. Las manos empezaron a buscar otras zonas en las que apoyarse, haciendo que mi cuerpo deseara más y más, volviéndome adicta y dependiente.

Se separó de manera abrupta y supe que actuó así porque temía no poder contenerse si no se detenía.

—Tengo que irme —pronunció frustrado.

Asentí, abrió la puerta y ya estaba saliendo cuando agarré su mano y lo atraje hacia mí para darle un último pico y susurrarle en el oído que volviera el finde siguiente, que ya estaría recuperada.



-8. Increíble se queda corto

2019

«HOY ES EL DÍA que me voy a acostar con Adam». Llevaba toda la semana pensando en lo mismo. Solo me faltó poner un cirio en la iglesia para que no hubiera ni gripes, ni visitas inesperadas, ni catástrofes naturales.

El lunes me encontré suficientemente recuperada para volver al trabajo, aunque no estuviera al cien por cien. El jueves había ido al gimnasio a fin de comprobar mi rendimiento y lo vi bastante aceptable para haber pasado una gripe días atrás. El viernes ya pude decir que volvía a ser yo.

Esa misma noche, estaba hecha un flan mientras acababa de preparar una cena diseñada para seducirlo tanto o más que el vestido que decidí ponerme, cuyo escote era incompatible con cualquier sujetador. Cuando el timbre sonó, me desplacé hasta la puerta dando saltitos y esperé a que estuviera enfrente para abrir. Al verme, casi le dio un infarto de la impresión. Tras unos segundos sin poder reaccionar, me pasó la mano por la cintura para acercarme a él y estampó su boca contra la mía. Toda mi piel se erizó. Oímos el carraspeo de algún vecino, nos apartamos, nos reímos y acabamos de entrar.

—¿Cuál es la media de edad en este edificio?

—Unos sesenta años —respondí entre risas, y pasamos al salón.

Dejó sobre la mesa una pequeña bolsa, en la que se podía apreciar una botella de vino, y me pegó un repaso desde su posición que me hizo temblar. Me apoyé en la pared para no caerme porque su mirada prometía toda clase de obscenidades.

—He leído algunos libros —pronunció con una voz muy sugerente.

—Ah, ¿sí? —Sonreí coqueta y deseosa de saber más.

Asintió con lentitud y me dio la impresión de estar frente a un cazador acechando a su presa.

—¿Has aprendido algo?

—Algunas cosas.

Se acercó a mí, despacio, sin dejar de observarme. Me mordí el labio y su vista se desvió a ese mismo punto. Sus ojos color sirope de caramelo se oscurecieron, acercándose más al chocolate negro fundido. Mi temperatura corporal subió varios grados cuando Adam, con una de sus manos, me agarró por las caderas y unió nuestros cuerpos. Chocamos. Su cuerpo era duro. Aproveché para colar mis manos por debajo de su camisa y acariciarle la espalda. Palpar sus fuertes músculos era algo delicioso. Su boca en mi cuello y sus manos en mi culo me hicieron jadear.

—La cena está lista —intervine a la desesperada. Me sentía preparada para ello, pero, como siempre, me entraban las dudas y los miedos a última hora y quería poder arañar unos minutos más.

—Seguro que eres inteligente y has hecho algo que podamos recalentar luego —adivinó con su aliento rozándome el lóbulo de la oreja.

Me derretí con ese gesto, me tambaleé y me agarró más fuerte. Estuvimos unos segundos mirándonos a los ojos mientras hablábamos en silencio. Él me preguntaba si estaba segura de querer avanzar y yo le aseguraba que sí. Su lengua no tardó en descender y colarse por el escote. Sus manos levantaron la falda y se colaron por el *culotte* de encaje. Un gemido lastimoso salió de mi garganta y su boca consiguió sacarme un pecho sin ayuda. Me sentí tan expuesta y, a la vez, tan liberada que me costó reconocermelo. No era consciente de hasta qué punto necesitaba aquello.

Le quité la chaqueta y la camisa, y mis manos se recrearon en el delicioso tacto de su piel. Sus perfilados músculos se aflojaron ante mis caricias y me estremecí de puro placer por el grandioso trabajo que sus dedos y boca llevaban a cabo.

Mis bragas cayeron al suelo y, un segundo después, el vestido. Mi respiración estaba agitada, mi cara roja, mi pelo despeinado y él me seguía observando como si fuera una chocolatina que se moría por comer. ¿Cómo podía haber perdido tanto tiempo por mis malditas dudas? Quería reprocharle que me dejara así, pero me cargó con ambos brazos bajo mi trasero y me llevó hasta la habitación.

Me dejó caer sobre la cama y esperó a que me apoyara sobre mis antebrazos para acabar de desvestirse como si quisiera que no me perdiese detalle. Me relamí por esa imagen tan increíblemente sexy que tenía ante mí. Sus bóxers revelaban una erección de tamaño considerable que no tardó en liberar.

Enseguida me alcanzó y se colocó sobre mí. Su boca atacó mis labios, mi cuello, mi clavícula, mis pechos, mi abdomen, mi pubis y, finalmente, mi zona más sensible.

Adam hacía maravillas y consiguió encender mi cuerpo a niveles nunca alcanzados. Mi corazón latía con tanta fuerza que asustaba y mi respiración se había descontrolado por completo. No tardé mucho en sentir un hormigueo que se propagó desde las puntas de los pies hasta el vértice entre las piernas, donde finalmente explotó y el gemido que salió desde lo más hondo de mi garganta seguramente lo oyó hasta doña Valentina, que vivía en el quinto y estaba medio sorda.

Adam se limpió la boca con el dorso de la mano en un gesto que me puso a mil de nuevo. Abrazó mis tobillos con sus dedos y tiró de mí hasta el borde de la cama. Con mucha delicadeza, me desató un zapato y luego el otro. Me descalzó y se levantó, dejando su impresionante miembro a la altura de mi cara. Alcé la vista y su sonrisa ladina me hizo pensar que estaba jugando conmigo, tanteándome.

Mi mano alcanzó la fina piel de su dureza y lo vi contener un gemido. Me sentí inexperta de

nuevo, porque, a pesar de haber hecho aquello tantísimas veces, era como volver a empezar. Eran demasiados años sin relaciones, de cerrarme las puertas a los hombres y al placer. Como fuese, mis manos tenían memoria y recordaban cómo comportarse. Pero él me detuvo.

—No quiero esto ahora.

Se sentó a mi lado y me levantó para acomodarme sobre él. Ese contacto nos encendió aún más. Nuestras bocas se encontraron. Nuestras manos se enredaron en el pelo del otro, se aferraron a la espalda y buscaron acariciar cualquier parte del cuerpo contrario. Nos exploramos con parsimonia, como si el tiempo no fuera a agotarse nunca.

Mis caderas se movieron y me restregué sobre él, tratando de calmar ese fuego que amenazaba con llevarme de nuevo al mismísimo paraíso. Él lo sabía, por eso jugaba conmigo a alargar aquel momento. Hasta que sus manos acabaron en mi cintura y lo vi buscar algo con la mirada. Adiviné sus intenciones y me estiré hasta la mesita. Sus manos me amarraron con fuerza y evitaron que me estampase contra el suelo, pero fui capaz de abrir el cajón y sacar un paquete de condones que había comprado unos días antes. Se lo pasé y extrajo un cuadradito plateado que rompió con mucha urgencia. Nos apartamos lo mínimo para que se lo pudiese colocar y entró en mí de una estocada certera. Él gimió y yo gruñí, intentando concentrarme en el placer y no en el dolor que me acababa de partir en dos.

—Joder, cariño, qué estrecha...

—No me digas... —ironicé entre jadeos lastimeros.

No sé si eligió empezar así porque pensó que eso podría ocurrir al suponer que llevaba tanto tiempo sin hacerlo que pudiera ser un problema. Porque, de ese modo, yo controlaba el ritmo y la profundidad y podía adaptarme a él. Aunque tenía que admitir que esa postura nunca se me había dado demasiado bien y, encima, me pilló oxidada, con lo cual no acabamos de disfrutar ninguno de los dos.

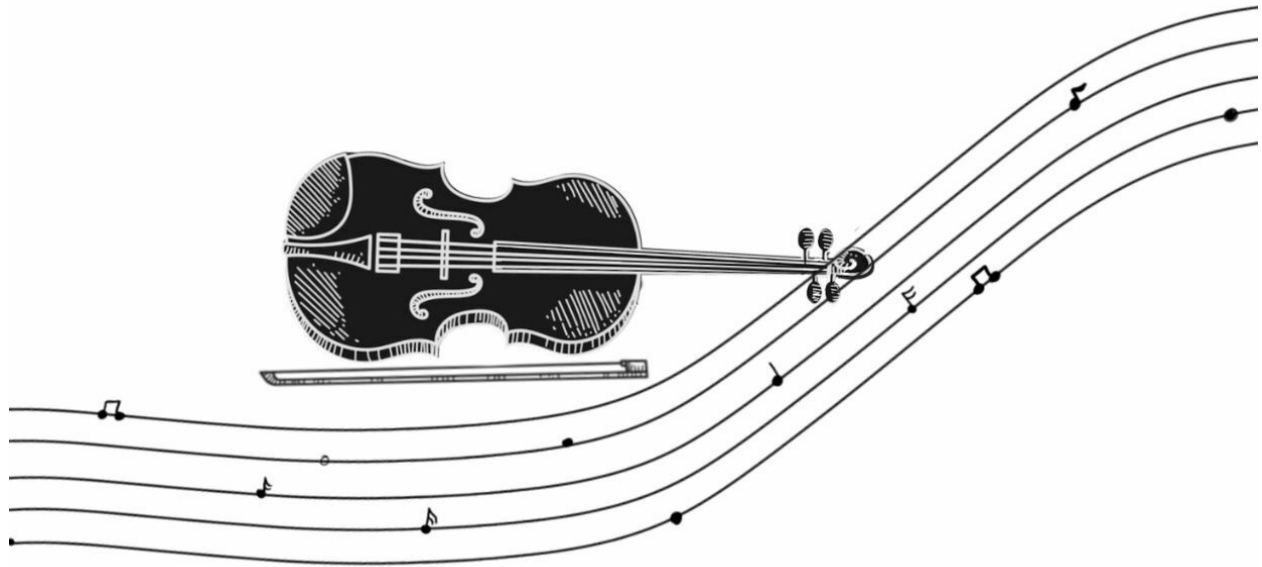
Sin perder más tiempo del necesario me tumbó boca arriba, volvió a entrar en mí, esta vez sin ninguna dificultad, y empezó a bombear a un ritmo cada vez más acelerado a medida que yo lograba ir relajando los músculos y sentir placer, por fin. Mis piernas se enroscaron en su cintura mientras mis brazos viajaban libres por encima de su cabeza. Nuestros ojos no se despegaron en ningún momento y sentí una conexión que hacía unos meses me parecía imposible volver a experimentar.

Nos besamos, nos tocamos, nos mordimos, nos arañamos. Él se agarró a mis caderas y, con su boca jugando con uno de mis pezones, aumentó la velocidad hasta que consiguió arrancarme varios gemidos. El placer empezó a concentrarse en una zona muy específica y él lo notó. Jugó con el ritmo, ralentizando y acelerando para llevarme a la más dulce de las torturas. Cuando creía que había decidido dejar de volverme loca, se separó un poco y llevó mis piernas sobre sus hombros.

Me sorprendió mi propia flexibilidad. Ese nuevo ángulo le hizo ganar un punto de profundidad que me llevó a explotar de placer, ganando, con ello, uno de los mejores y más intensos orgasmos de mi vida. Varios segundos después continuaba tan extasiada que ni me enteré de que él terminó. Solo fui consciente de ello cuando se colocó a mi lado y me abrazó.

—Ha sido increíble —sentenció tras una exhalación.

No estaba de acuerdo. «Increíble» se quedaba corto.



-7. Eres especial

2019

QUEDAMOS un rato recostados boca arriba mientras recuperábamos nuestra respiración habitual. Yo todavía seguía subida en una nube cuando se giró y me miró fijamente. Hice lo propio para quedarme frente a él y me costaba creer lo que acababa de ocurrir. No solo me refiero a esa sesión de sexo a la que aún no encontraba palabras para definir, sino a todo. A él, a cómo llegó a mi vida, a cómo se coló en mi corazón poco a poco, a cómo renunció a un fin de semana de descanso y ocio para encerrarse aquí a cuidarme...

—Ahora que ya nos hemos quitado las ganas, ¿qué hay para cenar?

Me reí y me cortó la carcajada con un beso que casi me hizo olvidar su pregunta.

—Gratén de verduras y puré de patatas. Está en el horno en calor residual.

—Dios..., ya estoy salivando.

No pude evitar sonreír.

—¿Quieres comer ahora? —pregunté con curiosidad.

—¿La verdad?

—Siempre.

—No, no quiero.

—¿Entonces...?

No hubo respuesta. Me miró de una manera tan intensa que dudaba si me había oído. Su mano llegó hasta mi mejilla y su pulgar me acarició con mucha ternura. Cerré los ojos unos segundos y noté que él se acercaba. Su aliento me hizo cosquillas y las comisuras de mis labios se elevaron. Pensé que iba a besarme, pero, por alguna razón, no lo hizo. Jugaba, me torturaba.

—Eres preciosa.

Abrí los ojos de golpe. Su cara se encontraba a medio centímetro de la mía.

—¿Qué? —respondí tontamente.

—Aunque luego hubo mucho más de ti que captó mi atención, me atrajiste a primera vista.

—¿Por qué? —quise saber, incrédula.

—Te lo acabo de decir.

Nos miramos en silencio. Yo no sabía cómo responder a los cumplidos y él debía de esperar a que dijera algo.

—No soy nada del otro mundo.

—Créeme que sí lo eres. Y no solo por el físico, algo que es indiscutible. Tienes algo, Vicky, un aura, no sé...

—Si fuera así tendría una lista de ligues a mis espaldas.

—No la tienes porque no dejas que nadie se te acerque. Tienes una muralla demasiado alta. Pero créeme, eres especial.

—No estaba interesada en ello —reconocí.

—Me consta. Me siento afortunado porque me hayas dejado entrar un poquito aquí —me dio unos golpecitos en la cabeza— y aquí —agarró un pecho.

—¿En la teta? —cuestioné, aunque sabía que se refería al corazón.

—No he podido evitarlo —confesó entre risas—. Me vuelven loco, como tú.

—Si son muy pequeñas... —protesté.

—Mejor, así caben en la mano.

Me quedé rígida ante esa afirmación. ¿Cuántos hombres había por el mundo diciendo eso? Seguro que más de los que imaginaba, pero no pude evitar recordarlo a «él».

—¿Estás bien? Te has puesto blanca, como si hubieses visto un fantasma.

Me aparté y me senté con la vista al frente. A ese marco de fotos que no me sentí con fuerzas de quitar, pero que tuve que poner boca abajo porque me sentía mal si lo veía mientras me acostaba con otro.

A veces deseaba que mi abuela siguiera viva para poder preguntarle. Nunca lo hice porque, obviamente, no iba a imaginar que me encontraría en semejante situación. Era algo que nadie podría esperar. ¿Se sentiría ella como yo? Con el corazón tan dividido que dolía por la sensación de estar traicionando a dos hombres a la vez.

—Lo siento. ¿Cenamos? —insinué, y no pude evitar mover las manos de manera nerviosa.

Él se acercó y me abrazó por la espalda. Su boca me besó el hombro, consiguiendo estremecerme.

—No tiene que ser ahora, pero algún día me gustaría que me lo contaras. Quiero entenderte —murmuró con una voz muy tierna.

Me giré hacia él y llevé una mano hasta su mandíbula, deleitándome con el tacto áspero de su piel.

—Es una larga historia, él...

—Shhh —me silenció con un dedo sobre mis labios—. Cuando estés preparada para hablar de ello, hazlo. Eres mi novia, puedes confiar en mí. Pero no quiero que lo hagas porque te sientas presionada, ¿vale? Si lo piensas bien, ¿cuánto tiempo llevamos juntos, un mes?

Esbocé una de esas pequeñas sonrisas que no llegan a los ojos.

—Sí. Y ya me has llamado «cariño» —le recordé con una sonrisa esperanzada. En realidad, dentro de mí había una mini-Vicky bailando la conga.

—Soy un sentimental. Yo soy así: si estoy con una chica, me lo tomo como algo serio.

—Me gusta eso. Le caerás bien a Rodri —admití, recordando la conversación que había mantenido con mi hermano.

—¿Tengo que ganarme a mi cuñado?

Me reí.

—¿Lo harías?

—Tú dime a quién me tengo que ganar y lo haré —aseguró con un guiño—. Y ahora, a comer, que tengo hambre.

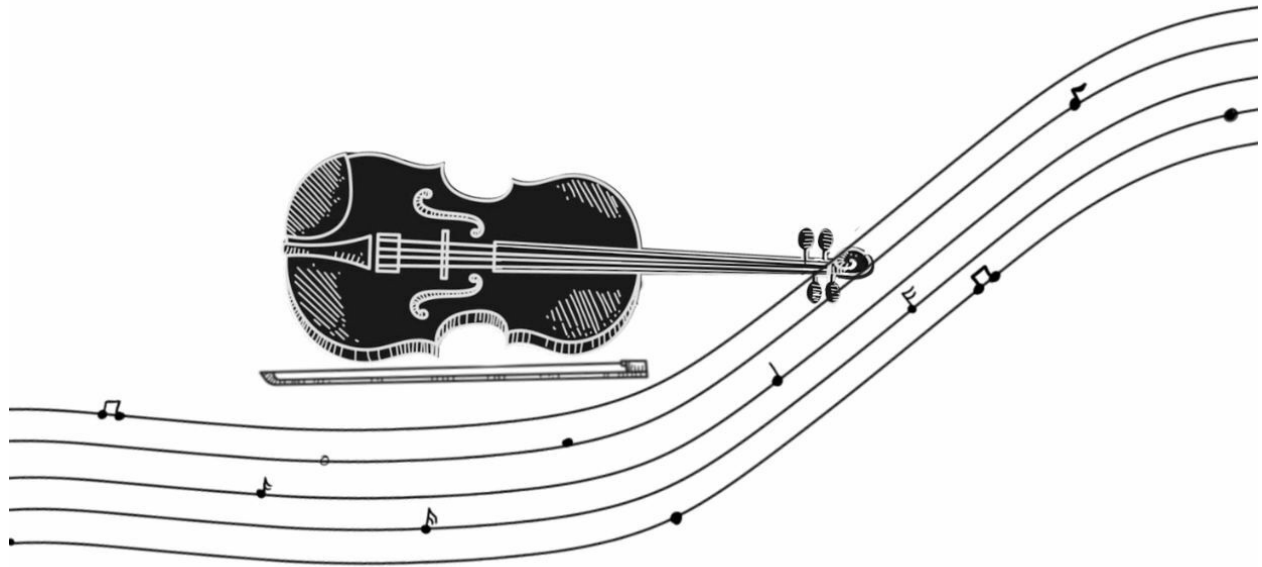
Sonreí de pura felicidad. Ese hombre era de las mejores cosas que me habían pasado en la vida y estuve a punto de dejarlo escapar. Lo expulsé, de hecho. Y, si no nos llegamos a encontrar aquel día en la librería, probablemente, en aquellos momentos, seguiría lamentándome por lo estúpida que fui.

Disfruté de las vistas cuando Adam se levantó y caminó hasta donde se encontraban los bóxers y el pantalón. Al percatarse de ello, modificó su marcha y me recordó a los andares de las modelos. Me encantaba que me hiciera reír con cualquier chorrada. Me dirigí al armario para hacerme con unas bragas limpias y una camiseta grande y ancha que perteneció a alguno de mis hermanos. No sé por qué las seguía guardando.

Adam se me quedó mirando y sonrió como si aprobara cómo me quedaba el atuendo. Él solo llevaba los calzoncillos y tenía el pantalón vaquero en la mano. Me mordí el labio inferior como respuesta a lo mucho que me gustaba su cuerpo.

—Ven, te prestaré algo de mi hermano para que puedas ir más cómodo —propuse mientras me dirigía a la habitación de invitados que, en realidad, solo la usaba él.

La comida que había preparado resultó ser de su agrado. Probamos el vino, charlamos y nos reímos. Pero la noche no había hecho más que empezar.



-6. Eso no pasará

2019

—CREO que ha llegado el momento de hablarte de Luis.

Él me observó sin intención de decir nada, con interés, atento a mis gestos, a mi mirada y a todo mi lenguaje no verbal.

Hacía unos pocos minutos, al llegar después de nuestro *brunch* en el Mise en Place de la Plaza Mayor, Manuela, mientras bajaba por la escalera, nos sorprendió besándonos como si no lleváramos dos días enteros haciéndolo. Me aparté con mucho apuro porque, aunque ya le había contado que decidí darme una oportunidad con él y que estábamos saliendo, que me pillara así de in fraganti no me hizo mucha gracia. Contrario a lo que podía pensar, sonrió y me preguntó si iríamos el domingo a comer a su casa, que ya hacía muchas semanas que no me pasaba por allí.

Los doce escalones y diez pasos hasta casa los recorrimos en completo silencio y, al llegar, lo dirigí al sofá. Nos sentamos uno al lado del otro y la tensión se palpaba en el ambiente. Era bastante consciente de que ese momento había llegado.

—Él era el hijo de Manuela, mi vecina de arriba. —Hice un movimiento con el brazo hacia la puerta para hacerle entender que le estaba hablando de la mujer con la que nos habíamos encontrado, aunque por su expresión entendí que lo suponía—. Cuando yo era pequeña, pasaba mucho tiempo aquí, con mi abuela, eso ya lo sabes. —Asintió—. Pues, cuando ella no tenía con quien dejar a sus hijos, los traía aquí. Luis y yo, supongo que por tener la misma edad, nos hicimos amigos y empezamos a pasar mucho tiempo juntos. Él bajaba o yo subía para jugar, sus padres me incluyeron en algunos planes como ir a la playa o al cine...

Hice una pausa. Buceé en mis recuerdos y reflexioné sobre qué contar y qué no, porque la historia era muy larga y supuse que le interesaba que fuera un poco al grano.

—Fue mi primer beso y mi primera vez en muchas cosas. Cuando acabamos el instituto nos

fuimos a vivir juntos. No como piensas —sonreí de manera nerviosa al ver esa pequeña mueca que dibujó y su intención de preguntar—, compartíamos piso. Cada uno tenía su habitación.

Suspiré y dejé salir un montón de aire que no sabía que tenía atrapado. Mis manos jugaban entre ellas y él me agarró una con la suya para calmarme. Los ojos empezaron a escocerme y dudaba si sería capaz de contarle todo.

—No quiero entrar mucho en los detalles, pero pasamos de ser «solo amigos» a «amigos con demasiados derechos», aunque para él siempre fuimos «amigos y punto». Yo estaba enamorada de él desde que nos besamos la primera vez y no fui capaz de terminar eso ni de confesarle lo que sentía.

—Vale, ahora entiendo que te sorprendiera tanto la etiqueta de «novia».

—Sí, y por esa razón le caerás genial a Rodri. Él nunca pudo soportar que Luis me hiciera eso.

—Ah... —La frase se quedó en el aire, como si recordara algo, pero no continuó. Imaginé que tenía que ver con la charla que mantuvieron el día que se conocieron.

—Se nos fue de las manos. Realmente era como si estuviéramos juntos, aunque no llevara ninguna etiqueta.

—¿Y qué decían los demás? No sé, vuestros padres, amigos...

—Nadie sabía nada —expliqué casi sin voz, y Adam me abrazó. Me atrajo hacia él y depositó un beso sobre mi coronilla, dándome tiempo de serenarme antes de continuar.

—Un momento —añadió cuando me separé de él—, hay algo que no me encaja. Si su madre vive aquí arriba —planteó señalando el techo— y tú aquí —señaló hacia abajo—, ¿nunca os cruzáis cuando viene a verla? ¿Él no va a comer a su casa los domingos?

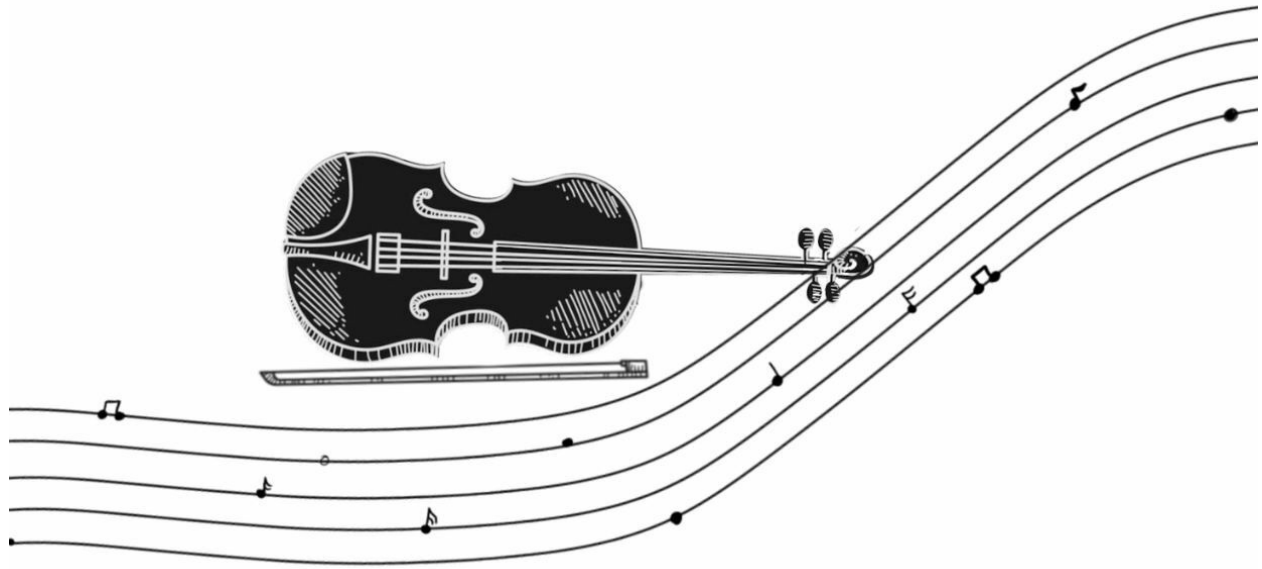
Negué con la cabeza y empecé a llorar.

—Eso no pasará —lamenté.

—¿Por qué? —preguntó sin entender nada.

Yo no podía hablar. Parecía como si hubiese perdido la capacidad de hacerlo. Fruncí los labios tragándome las palabras. Mis ojos se desbordaron y las manos no daban abasto para limpiar mis mejillas.

—Porque está muerto.



-5. Estoy harta

2014

—JODER, qué bien huele. Me dan ganas de pedirte que te cases conmigo.

—¿Cómo dices?

—Pues que no estaría mal comer así de bien lo que me quede de vida. Has superado al maestro, pero no se lo digas —añadió con un guiño.

Me quedé petrificada y horrorizada por aquellas frases. Sabía de sobra que Luis estaba de cachondeo, ya conocía su humor. Pero aquel día no era el mejor para hacer esa broma. Mi postura le dejó claro que no me había hecho ni pizca de gracia, así que lo arregló abrazándome por la cintura, pegando su pecho a mi espalda y besando mi cuello.

Sabía lo que hacía, llevábamos tres años con esa relación tan moderna, sin etiquetas, en la que nos habíamos acostado tantas veces que ya conocíamos al otro en lo más íntimo. Podíamos satisfacernos en pocos minutos si nos lo proponíamos. Y eso intentaba hacer él, calmarme como sabía que funcionaba conmigo, para luego llevarme a la cama y hacerme olvidar esa mierda de broma.

—Quita —le aparté la mano de un golpe y me alejé.

—¿Qué pasa? —inquirió sorprendido por mi reacción.

—Que estoy harta, eso pasa.

—Sabes que es una broma, ¿no? Yo no soy así, me conoces.

—«Esto» —especifiqué señalándonos a los dos— tiene que acabar. Somos amigos, nada más.

—¿Has conocido a alguien? —tanteó tras tragar saliva con dificultad.

—No, pero me gustaría poder hacerlo.

Yo estaba haciendo un verdadero esfuerzo por no llorar porque me partía el alma verlo allí

sin entender nada. Era consciente de que él nunca pretendió hacerme daño, pero llevábamos demasiado tiempo con esa historia que no iba a ningún lado. Él no me quería de «ese modo» y nunca lo iba a hacer. Solo era su amiga y el polvo seguro. No tenía que esforzarse en ligarse a una chica. Simplemente se acercaba a mí, me metía mano, me daba cuatro besos y ya me tenía a su merced. Así de fácil.

El problema era que yo moría lentamente. Estaba tan colgada de él que me dolía tenerlo todo, pero a la vez no tener nada. Tenía que cortar aquello de raíz, olvidarme de él y conocer a alguien. No sabía qué era lo que más me iba a costar.

—Bueno, pero nada te lo impide. Y mientras tanto...

—¡Mientras tanto, nada! ¿Entiendes? Esto se acabó. Para siempre.

Empezaba a ver borroso por las lágrimas y salí huyendo hacia mi habitación. Tendría que haber supuesto que él me seguiría.

—¿Tienes la regla o qué?

—¡Vete-a-la-mierda! —grité justo antes de cerrar de un portazo.

Pegué mi espalda a la madera y bajé hasta quedar sentada en el suelo. Él estaba al otro lado y debía de oír mi llanto perfectamente. Pero no decía nada. Casi pensé que se había largado. Nunca nos habíamos peleado así y empecé a acojonarme pensando que sería nuestro fin, que nunca volveríamos a ser amigos.

—¿Me dejas pasar?

Su voz me llegaba serena, dándome a entender que estaba arrepentido.

—Vicky, por favor, lo siento.

Lo oí resoplar.

—¿Podemos hablar y dejas que me explique?

Debería haberle dicho que sí en ese momento. Pero estaba enfadada y dolida. No quería hablar con él desde el cabreo porque así no se solucionan las cosas. Y porque intuía que intentaría llevarme a su terreno, ese del que yo pretendía huir. Bajo ningún concepto podíamos arreglar eso en la cama.

—Está bien, te dejo sola un rato. Voy a casa de mis padres. Luego hablamos, si estás más calmada.

Esas fueron sus últimas palabras. Esas que mi cabeza no dejó de repetir en bucle durante meses y años. Porque por mi culpa se fue de casa y ya no volvió.

Unas horas después, seguía sin noticias de Luis. No me había escrito para decirme que ya regresaba ni tampoco que se quedaba allí a cenar. Me enfadé conmigo misma porque quizá se lo había pensado mejor y ya no querría arreglar nada. Se habría hartado de mí. No le interesaba como amiga porque era una *dramas*.

Con esos pensamientos, empezó a faltarme el aire. Mis manos temblaban y no paraba de caminar arriba y abajo por el salón. Antes de quedarme sin uñas, decidí llamarlo. Tuve que marcar su número dos veces y, cuando finalmente me respondió, no me habló él, sino su hermano. ¿Tan enfadado estaba?

—¿Vicky? ¿Estás en casa?

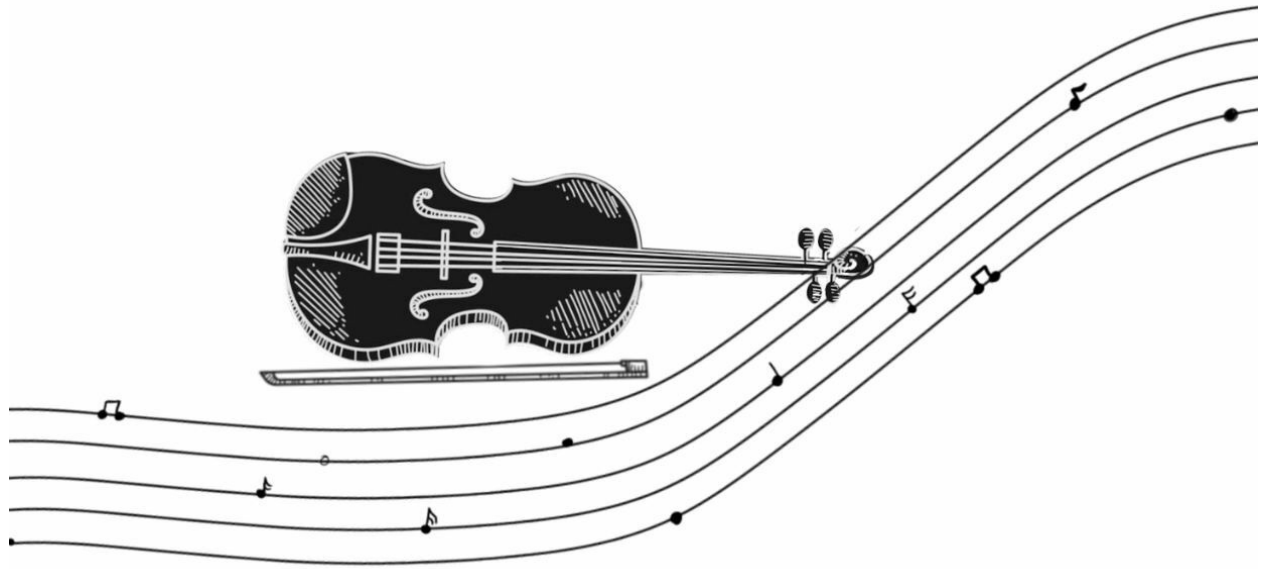
—Sí, dile a Luis que se ponga, por favor.

Hubo un silencio al otro lado de la línea y mi corazón empezaba a latir demasiado fuerte. ¿Qué estaba pasando?

—Voy a buscarte, no te muevas.

—¡No! Quiero hablar con él, Óscar, dile que lo siento.

Pero ya había colgado.



-4. Eres su novia

2014

DEJÉ DE RESPIRAR al ver que nos acercábamos al hospital. Había estado imaginándome cualquier cosa desde que Óscar me colgó. Sabía lo unido que estaba Luis a su familia y quizá había hablado con su hermano. Quizá él estaba tan preocupado como nosotros porque lo nuestro no se rompiera para siempre y quería que lo arregláramos en terreno neutral. Pero al salir de esa rotonda empezó a faltarme el aire.

—¿Qué ha pasado? ¿Vas a decírmelo ya? —pregunté sintiendo todo mi cuerpo temblar.

—Lo han atropellado de camino a vuestra casa.

—¿Qué?!

No sé si me oyó, porque no respondió. Lo observé y, aunque trataba de mostrarse sereno e impasible, pude reconocer cierta tensión en su postura.

—Pero... él está... Por favor, Óscar, dime que no es nada grave.

No me respondía y yo no me atrevía a seguir preguntando. Ese silencio ya me daba a entender que no era un simple rasguño o un par de huesos rotos. Me costaba tragar saliva.

—Está vivo —confirmó mientras entrábamos por la puerta. Él se movía por los pasillos como pez en el agua, se notaba que trabajaba allí. Era enfermero y en esa época estaba en urgencias—. Cuando lo han traído en la ambulancia, mi jefe me ha pedido que me marchara.

De repente, después de tantos minutos de silencio empezó a hablarme demasiado. Me contó que no quería irse, que quería estar en el equipo, pero que era obvio para todos los demás que no estaba en condiciones. Así que llamó a su padre mientras él seguía ahí intentando averiguar todo lo posible. Me sobraban todas aquellas palabras. Sabía que estaba desahogándose de alguna manera, pero yo necesitaba conocer el estado de Luis.

Llegamos a una sala donde se encontraban Manuela y Ricardo y me sentí como una intrusa.

Ella lloraba abrazada a su marido y él tenía la mirada enrojecida, pero no se dejaba llevar por el dolor. Como si debiera mostrarse fuerte ante los demás. Cuando repararon en mi presencia, se levantaron y vinieron a abrazarme. O tal vez a buscar otra figura de apoyo a la que agarrarse.

—Cariño, siento mucho no haberte avisado antes —lamentó Manuela mientras lloraba sobre mi hombro.

—No pasa nada, es normal, solo soy una amiga. Ni siquiera sé qué hago aquí.

Se separó unos centímetros de mí y me miró fijamente a los ojos.

—Sé lo que sois. Me lo ha contado todo. Para mí, eres su novia.

Las dos lloramos y volvimos a abrazarnos.

—Se pondrá bien y lo arreglaréis.

No quería contradecirla. No sabía qué cosas le habría dicho su hijo. Pero solamente éramos amigos. Él no sentía nada más por mí, daba igual lo que hiciéramos en la intimidad. Además, se había acabado. Pero no era el momento de tener esas conversaciones.

Tras lo que me parecieron un millón de horas, un médico entró en la sala preguntando por los familiares de Luis Holgado. Yo me quedé sentada viendo cómo ellos tres se levantaban hasta que Óscar vino hacia mí y me pidió que los acompañara. Quise negarme, pero no podía hacer perder el tiempo al doctor y obedecí al ver que Manuela también asentía.

Entramos en una sala que no supe definir en ese momento, pero luego entendí que es donde se dan las malas noticias. Porque para las buenas ni siquiera tienes que llevarte a los familiares, les dices que todo ha salido bien y que pueden pasar a verlo. Estaba claro que ese no era el caso.

—Soy Ignacio Alonso, el neurocirujano que ha atendido a Luis —se presentó y empezó a hablar con mucha calma.

«Luis ha llegado bastante grave».

«El traumatismo craneoencefálico le ha causado un edema cerebral».

«Hemos tenido que realizar una cirugía de urgencia para drenar el exceso de líquido y controlar la presión y la inflamación».

«Hay que esperar para ver cómo evoluciona».

—¿Se pondrá bien? —preguntó Manuela entre sollozos.

—Es muy pronto para poder responder a eso.

Se produjo un silencio que nos heló la sangre a todos. A mí, al menos.

—Sé que esto no es algo agradable de oír para ningún padre o madre. Pero...

—No —balbuceó Manuela, llevándose las manos a la boca.

—Si su hijo no sobrevive, deberían pensar si quieren donar sus órganos.

Oí un llanto desconsolado y Ricardo abrazó a su mujer. Yo no sé cómo conseguí controlarme porque estaba igual de rota que ella. Debí de sentir que no tenía derecho a llorar delante de una madre que se enfrentaba a la posibilidad de enterrar a su hijo.

—Entiendo cómo se sienten, sé que es duro pensar en eso ahora, pero siempre es un acto de generosidad extrema, ya que, gracias a él, muchas personas que están al borde de la muerte podrían seguir adelante. Les salvaría la vida.

Eso, seguramente, era lo peor de ser médico. Uno estudia Medicina para salvar vidas, pero, cuando no puede, tiene que ser muy duro decir esas cosas a una familia que está sufriendo tanto. Yo en aquel momento no lo vi, pero con el tiempo, me di cuenta de que los sanitarios se llevan todas esas historias a su casa, a su almohada. Y tienen que seguir trabajando y viviendo su vida con el conocimiento de todo lo que puede ir mal y con las caras de aquellas personas que ven llorar, completamente destrozadas.

—¿Podemos verlo? —quiso saber Óscar.

El médico meditó unos segundos antes de responder.

—En la UCI solo se permiten visitas en los horarios estipulados, pero haremos una excepción. Pasen de uno en uno y solo cinco minutos, ¿de acuerdo?

Obviamente, fui la última. Cuando entré en su habitación casi me dio un infarto de la impresión. Rodeado de máquinas y cables, con la cabeza vendada, la cara hinchada y un brazo enyesado. Lo que habría bajo la sábana no quería ni saberlo. Bastante impactada estaba ya con lo que podía percibirse a simple vista.

Me acerqué a él y le agarré una mano con suavidad, con miedo de no hacerle más daño. El médico no lo dijo de manera explícita, pero dio a entender que nos dejaba pasar para despedirnos por si no despertaba jamás. Casi no veía por las lágrimas que se me acumulaban en los ojos. Me derrumbé sobre su cama. La vida había dejado de tener sentido. Empecé a sentirme muy culpable, porque yo le paré los pies, yo me enfadé con él, yo no lo retuve cuando quiso irse. Él estaba en esa situación por mi mala gestión del conflicto. ¿Por qué él, joder? Él no merecía morir, él amaba la vida; en cambio, yo..., ¿por qué no podía estar yo en su lugar? Nadie estaría al otro lado lamentándose y yo podría irme en paz, por fin. Dejar de sufrir, dejar de perseguir imposibles, dejar de fingir que todo estaba bien...

¿Por qué, eh?

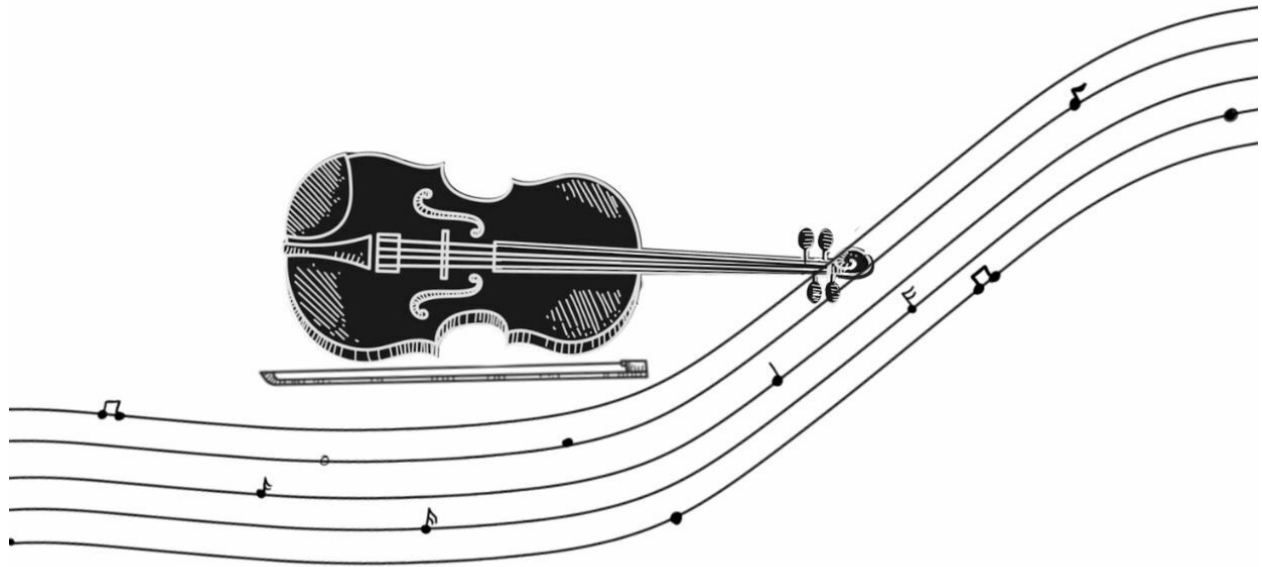
—Lo siento, Luis. No quería, no... —Me sorbí la nariz—. Te quiero. Tendría que habértelo dicho antes, pero no estaba preparada para tu rechazo. Por eso decidí dejarlo. Porque tú no... tú no me quieres de la misma manera. Lo sé y lo asumo. Pero prefiero mil veces que nos distanciamos por eso antes que... esto. Tienes que despertar, ¿vale? ¡Me prometiste que no me dejarías sola! —exclamé, llenándome de lágrimas.

Agoté los cinco minutos entre sollozos y, antes de salir, me limpié las lágrimas con las manos. Me sentía completamente destrozada. No podía ser optimista en un escenario como aquel. Ver el lado positivo de las cosas ya era una tarea que no se me daba bien, pero el hecho de que Luis se estuviera debatiendo entre la vida y la muerte no ayudaba.

¿Cómo iba a seguir viviendo sin él? ¿Quién me iba a cuidar? ¿Con quién podría hablar de lo que me ocurría si a nadie más parecía importarle mi vida?

Esos pensamientos solo me generaban más ansiedad, pero eran los únicos que mi mente era capaz de reproducir. Esos, y que solo podía desear que se recuperase, que hablásemos y me confesara que él sentía lo mismo. Que nos besáramos y nos volviéramos a unir en uno solo. Para siempre. Para el resto de nuestros días.

Pero eso no sucedió.



-3. Te quiero, mi amor

2014

MI CABEZA solo le daba vueltas a una cosa. ¿Cómo iba a volver sin él? ¿Cómo iba a poder dormir? ¿Cómo iba a poder tan siquiera vivir en esa casa tan llena de recuerdos?

Como si me hubiera oído, Ricardo le pidió a Óscar que nos llevara a Manuela y a mí al piso. Manuela se negaba, no quería dejar a su hijo allí y su grito era tan desgarrador que me costaba contenerme. Entre los dos la convencieron.

«Si despierta os llamo».

«¿Y si pasa lo peor? No quiero que muera solo».

«No podemos estar con él igualmente. Id a descansar, yo me quedo aquí».

Yo, simplemente, no podía hablar. Las palabras no me salían, pero no opuse resistencia porque tenía sentido, no podíamos hacer nada allí.

Ya en su casa, me dirigí a la habitación de Luis. Su madre la había mantenido tal cual la dejó a los dieciocho, no como mis padres, que convirtieron la mía en un trastero. Di una vuelta para inspeccionarlo todo y, finalmente, me senté sobre la cama.

—Hola, Dios. Nunca he hecho esto y no sé cómo funciona —pronuncié con los ojos cerrados—. Pensarás que soy una interesada que se acerca a ti cuando le conviene. Probablemente tienes razón. —Hice una pausa, volví a echar un vistazo a la habitación y cerré los ojos de nuevo—. Como ya sabrás, mi vida no ha sido fácil y, aun así, nunca te he pedido nada. Pero, por favor, haz que Luis salga de esta. Haré lo que quieras, ir a misa todas las semanas, asistir como voluntaria en el comedor social, donar todo lo que me sobre a la gente necesitada... Lo que sea. Sálvalo, por favor.

Abrí los ojos y separé mis manos, las cuales, sin ser consciente de ello, había unido a modo

de rezo, como me enseñaron hacía años en catequesis. Nunca fui especialmente creyente, pero quería pensar que existía algo. A pesar de lo mucho que se había cebado la vida conmigo. Me dije a mí misma que, si Luis no salía vivo de aquello, me volvería atea.

—Si es necesario, habla con tu colega de la capucha negra y la guadaña y dile que me ofrezco para cambiarme por él —añadí, a la desesperada.

Me levanté para buscar en su armario algo de ropa que sabía que seguía guardando. Necesitaba ponerme algo cómodo y tratar de dormir. Cuando fui a cerrar la puerta, algo escondido entre varias camisetas llamó mi atención. Era demasiado curiosa para dejarlo estar y mi mano derecha fue directa a cogerlo. Parecía una libreta. Me extrañó que guardara eso allí. Lo saqué y confirmé mis sospechas. Era un cuaderno como los del cole, DIN A4, estrecho y con anillas.

Llevé el dedo por el lomo para pasar las hojas de manera rápida, no tenía intención de leer nada, lo juro. Pero al llegar a la primera página me encontré con una foto nuestra pegada. Debíamos tener trece años, o catorce, como mucho. Estábamos a las afueras de un concierto de Green Day al que habíamos ido con su hermano. Por esa época, Luis aún no imitaba ese aspecto tan punk del cantante.

Mis manos empezaron a pasar las hojas, muertas de curiosidad. ¿Por qué guardaba un cuaderno con una foto nuestra? ¿Habría más? ¿Y por qué lo tenía tan escondido?

Lo que encontré a continuación me sorprendió. Era como un diario, pero a la vez estaba dirigido a mí, como si fueran cartas que nunca me envió. Me hablaba de lo que sentía por mí.

Con los ojos encharcados me senté sobre su cama y leí. Desde el principio hasta el fin. Todo. Y, al terminar, no pude hacer otra cosa que llorar. Lloré tan fuerte que Manuela y Óscar llegaron hasta mí. Él no se sorprendió al ver el cuaderno.

—¿Lo has leído? —me preguntó algo preocupado.

—Él me quiere... —pronuncié con la voz rota por el llanto.

Manuela asintió con los ojos vidriosos y me abrazó. ¿Cómo había estado tan ciega?

—Se despertará y lo arreglaréis —aseguró ella, nuevamente.

Quería creerla, de verdad. Aunque, si ese fuera el caso, podría haber secuelas. El médico había hablado de ello, pero dejé de escuchar. Demasiada información.

No recuerdo cómo pasé de estar abrazada a Manuela a despertarme sobresaltada por el ruido de la puerta. Abrí los ojos y vi que había dejado encendida la lamparita de la mesa. La fui a apagar, pero una mano me lo impidió. Al enfocar mi vista, descubrí que se trataba de Luis. No podía creerlo, hacía apenas unas horas se debatía entre la vida y la muerte y ahora estaba ahí conmigo y sin un rasguño.

—Tranquila, no tengo mucho tiempo, luego te dejo dormir.

—¿Qué quieres decir?

—Yo también te quiero. Oí todo lo que me dijiste en el hospital.

—Pero...

—Siento mucho que todo haya sucedido así. No fue mi intención hacerte daño. He sido un cobarde todos estos años.

—Luis..., ¿qué estás haciendo aquí? ¿Cómo te has recuperado tan rápido?

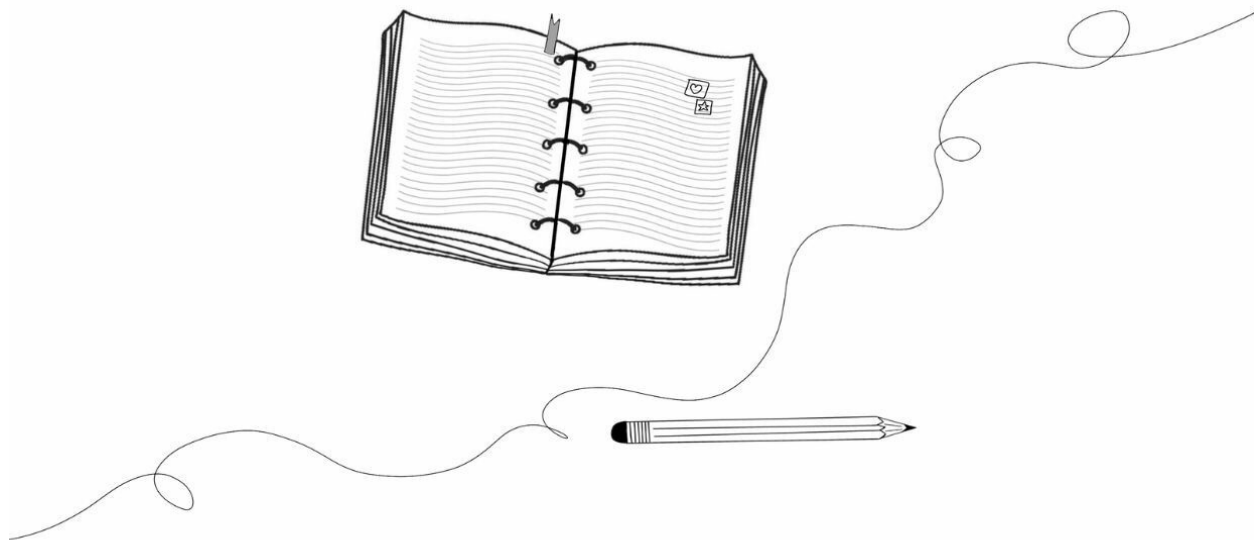
—Tengo que irme.

—¿A dónde?

—Te quiero, mi amor, nunca lo olvides.

—¿Luis?

Me desperté y tuve un *déjà vu*. Fui a apagar la lamparita porque ya era de día y la luz entraba por la ventana. Tenía una sensación horrible en el cuerpo. Creí que eran náuseas y me levanté para ir al baño. Pero, cuando abrí la puerta, me topé con Óscar, que iba a entrar. No hizo falta que hablara, ya lo sabía. Su cara me lo confirmaba, pero, más allá de eso, fue la sensación de que Luis se había colado en mi sueño para despedirse de mí. Me agarré a él y lloré contra su pecho.



Cuaderno de Luis 6

23 de enero de 2005

CREO que me estoy enamorando de ti y todo empezó ese día. El viaje con mi familia el año pasado a Port Aventura y a Barcelona para el concierto de Green Day. No recuerdo cómo convenciste a tus padres, aunque intuyo que mi madre y tu abuela tuvieron algo que ver. Nos alojamos en un apartamento bastante humilde, pero a nosotros poco nos importaba; total, nos pasaríamos el día fuera. Olvidaste tu pijama y te presté una camiseta para dormir, ya que era más confortable que cualquier prenda tuya. Habíamos juntado nuestras camas para poder hablar en susurros cuando los demás durmiesen y, en el momento en que el sueño te venció, te recolocaste para estar más cómoda. La camiseta se te subió, dejando las bragas a la vista, y yo no podía dejar de mirarte el culo. Vale, esto no es nada romántico, pero era un chaval de trece años, ¿qué quieres?

En ese momento no le di importancia y quizá ni la tuviera. Pero empecé a mirarte de otro modo y cada vez ocupabas un porcentaje más grande de mis pensamientos. Se lo comenté a Óscar y se burló de mí. Me reveló que no le extrañaba nada y me recomendó que te escribiese una carta, aunque nunca te la llegase a enviar. Ahora lo veo ridículo y no sé por qué le hice caso.

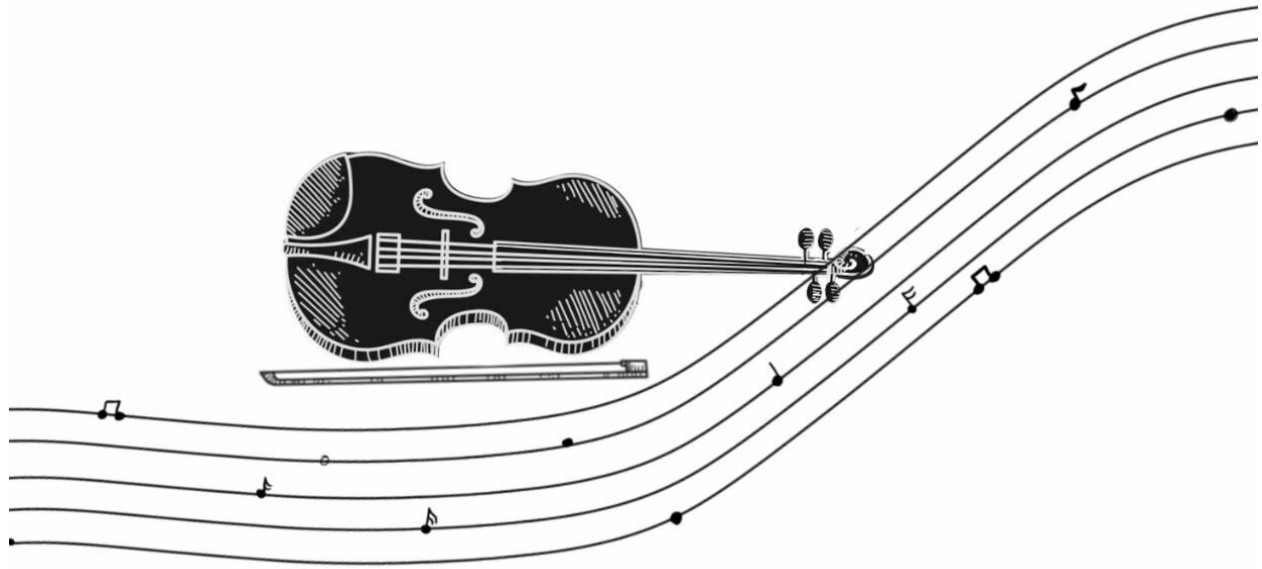
6 de abril de 2014

ESTO ES lo último que escribo en este cuaderno que me ha acompañado todos estos años. Al final sí ha servido para algo.

Me siento fatal por lo que te he dicho, no sabes lo arrepentido que estoy. No tengo excusa, esa es la verdad. Da igual que exponga que mi intención era expresar que, si algún día quisiera casarme contigo, sería porque ya no podría vivir sin ti, porque estoy enamorado. Pero me han entrado los nervios, joder. Pensé que te reirías y tu reacción me ha puesto en alerta. ¿Cómo iba abrirme a ti así si tú estabas enfadada conmigo y pidiéndome acabar con lo que teníamos? Olvida esto último, obviamente tú no tienes la culpa.

He hablado con mi madre y le he contado nuestra pelea y todo lo demás. Pensé que pondría el grito en el cielo, pero sigue siendo la misma que me entregó una caja de condones cuando nos pilló besándonos. Aunque sí que me ha regañado por no decírtelo antes. Según ella, estas cosas hay que decírlas. No estoy muy convencido, pero insiste en que nuestra amistad no se romperá por ello.

De modo que, a riesgo de que me mandes a paseo, hoy voy a confesarte lo que siento. Si tú sintieras lo mismo, podremos, por fin, decir que estamos juntos. Si no, quemaré este cuaderno y me olvidaré de ti, aunque tenga que distanciarme y mudarme a otro país para lograrlo.



-2. Lo que él querría

2019

—MUERTO —murmuró, asimilando toda la información que le acababa de dar.

—Sí.

—Joder... ¿Estaba compitiendo contra un fantasma?

—No había ninguna competición.

—Ya me entiendes.

Alcé las cejas, a la espera de que comentara algo que no sonase así de feo. Aunque estaba tan bloqueado que no fue capaz de construir una mejor oración. Entendí que no era la historia que esperaba oír, pero fue lo que ocurrió. Lo que me tocó vivir.

Después de esa noche, ya no pude volver al piso. Rodri vino enseguida y me hizo la mudanza hasta la casa de la abuela, ya que la obra había finalizado y en esos momentos la estaba amueblando.

Hasta aquel día, no sabía qué hacer con esa vivienda porque no quería venderla ni alquilarla. Y vi una salida bastante digna a esa relación tan tóxica en que se había convertido nuestra amistad. Tenía que apartarme de él y poner distancia. Puede parecer que mudarme al mismo edificio que su madre no era lo más lógico. Pero al menos dejaba de convivir con él y alejaba la tentación. En mi cabeza tenía sentido. Por eso le dije que aquello debía acabar. Era el primer paso. ¿Cómo iba yo a saber que justo ese día iba a decirme que me quería?

Lloré durante meses. Dejé de tocar, de leer, de hacer ejercicio, de comer... Mi hermano se instaló una buena temporada conmigo porque tenía miedo de que cometiese cualquier locura. Algo que no hice, a pesar de sentirme más tentada que nunca. Supongo que, aunque deseaba con todas mis fuerzas dejar de vivir, porque aquello no era vida, nunca me atreví.

Fue un año muy duro en el que dejé de reconocirme a mí misma. Uno no imagina cuánto

duele un corazón roto hasta que este se parte de verdad. La gente solía decir que el tiempo lo cura todo y no creo que sea verdad, hay dolores que no se curan nunca. Lo que hace el tiempo es transformarte y enseñarte a convivir con ese dolor y esa ausencia.

Un día me di cuenta de que el dolor se iba haciendo un poco más pequeño y la presión del pecho me permitía respirar. Volví a coger el violín. Al principio me vi desentrenada, pero, al recordar lo sanadora que había sido la música en mi pasado, empecé a dedicarle cada vez más tiempo. Animada por los resultados, retomé todo aquello que había apartado en su momento porque no me sentía motivada.

Manuela habló conmigo para pedirme que no la expulsase de mi vida, algo que había hecho sin darme cuenta, porque para ella seguía siendo como una hija. Ya había perdido uno y no quería perder dos.

Me costó vivir con la culpa auestas, a pesar de que, a diario, todos me decían que el culpable era un alcoholico que se creyó que podía pillar la moto con diez cervezas encima. Pero para mí la culpa seguía siendo mía porque, si no hubiese reaccionado así, él no habría salido de casa. Aquella idea fue muy difícil de eliminar. Supongo que esa era la verdadera razón por la que construí tantas barreras. Porque, además de ese tormento, estaba el sentimiento de traición. Tuve pesadillas en las que empezaba algo con un chico y los demás me juzgaban por ello, como si lo hubiera matado a él para poder estar con otro. Su madre, los vecinos, mis padres, Rodri..., todo el mundo me señalaba como si fuera una delincuente por ello.

Fue muy duro.

Tardé cinco años en vencer todo aquello y entonces me tocaba enfrentarme a la reacción de Adam ante la verdad de mi pasado.

—Creo que empiezo a entender muchas cosas —manifestó finalmente.

Se levantó y empezó a caminar en círculos por el salón mientras yo seguía en el sofá, asustada por su reacción y deseando que lo nuestro no se fuera a la mierda por un pasado que seguía persiguiéndome y torturándome.

Asentí con una lágrima resbalándome por la mejilla.

—Joder, Vicky, esto es... —empezó a decir en un tono que no presagiaba nada bueno. Era como si estuviera enfadado con algo. Se tiraba del pelo y se frotaba la cara. Todo ello sin dejar de dar vueltas como si se hubiera propuesto quitar el brillo del parque.

—Lo sé.

—Yo... no sé qué decir.

—Pues no digas nada.

Se detuvo y me miró frunciendo el ceño.

—¿Sigues enamorada de él? ¿Lo sigues queriendo?

Suspiré y aproveché para vaciar los pulmones.

—Sí. No rompimos, ¿entiendes? Discutimos, vale, yo quería acabar con todo aquello. Pero murió antes de que dejáramos de querernos.

—Han pasado cinco años —me reprochó.

—¿Tú dejarás de querer a tu madre cuando se muera? —rebatí algo ofendida. ¿Cómo podía pensar que cinco años eran suficientes para dejar de querer a alguien que había significado tanto?

—Es distinto.

—Ah, ¿sí?

—Yo te quiero, Vicky. Me he enamorado de ti. Y tú jamás podrás darme una oportunidad real porque en ese corazón tuyo solo hay espacio para un fantasma —lamentó, y en ese momento ya no parecía enfadado, sino abatido.

—Cabéis los dos —repliqué, sin que me pasara por alto esa declaración que no esperaba que llegase tan pronto, de modo que quise corresponderle.

Soltó una risilla falsa y luego volvió a enfocar los ojos en mí.

—De verdad. —Me levanté, fui hasta él y le agarré una mano para colocarla sobre mi pecho izquierdo—. No sé qué me ha pasado contigo, pero has sido el único que lo ha logrado.

—¿El qué?

—Hacerme creer que es posible querer a dos hombres a la vez. Y sé cómo suena, llevo meses pensando en lo horrible que parece, pero no os quiero del mismo modo.

—¿Sigues pensando que esto es una traición?

—No, ya no. Pienso que él estaría feliz por mí, que lo que él jamás querría es que me quedara esperándolo eternamente, porque obviamente no va a volver. Querría que encontrara a alguien con quien recuperar la ilusión.

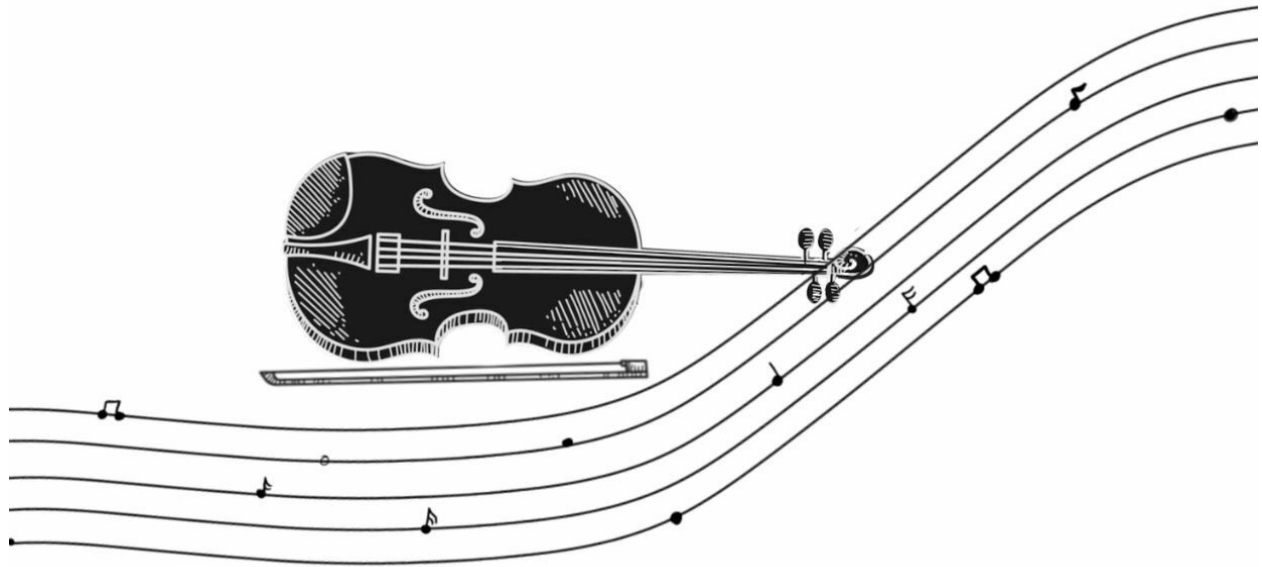
Hizo un amago de sonrisa.

—Entonces...

—Sí, Adam, te quiero. Estoy enamorada de ti y deseo que sigamos juntos. Si tú sigues queriendo eso... —añadí en un volumen algo más bajo porque, de repente, me entraron todas las dudas.

Él me miró, sonrió, se pasó una mano por la cara y se acercó para buscar mis labios. Cuando se separó, solo dijo:

—Ahora mismo no podría alejarme de ti de manera voluntaria.



-1. Pesadillas

2022

—¡VIVAN los novios!

Adam y yo salimos agarrados de la mano del juzgado y nos envolvió una nube de pétalos de todos los colores. Creo que la sonrisa que llevábamos puesta era tan grande que casi nos partía la cara en dos.

A nuestro alrededor, los que compartieron esos escasos diez minutos con nosotros como si fuera un momento igual de importante para ellos. Por mi parte, Manuela, Ricardo, Óscar, Rodri y Miguel con su familia. Por la suya, sus padres —que ni se saludaron—, su hermana y Samuel —a quien seguía odiando, pero era su mejor amigo y lo tenía que tragar—.

Nos quedamos en la puerta un rato mientras todos nos daban la enhorabuena entre abrazos y besos hasta que decidimos ponernos en marcha hacia el Raw Coco, donde teníamos mesa reservada y un menú especial para aquella fecha.

No queríamos nada grande ni gastarnos una pasta en ropa para un solo día. Ambos buscábamos lo mismo, algo muy sencillo con la gente justa, aquella que necesitábamos en nuestra vida. Total, nada iba a cambiar por firmar un papel, ¿no? Simplemente era una formalidad, una manera de decirle al resto del mundo que amas a esa persona y quieres pasar el resto de tu vida a su lado.

Casarme nunca estuvo dentro de mi lista de objetivos vitales, pero Adam logró que acabara gustándome la idea. La vida con él fluía y se volvía fácil, agradable. Durante mucho tiempo me gustó vivir, algo que solo una persona había logrado.

Llevábamos unos cinco meses juntos cuando llegó el temido confinamiento y él decidió mudarse conmigo para pasar esos días porque no nos podíamos imaginar no vernos en dos semanas. Hicimos bien. Porque luego se alargó y se volvió a alargar... Dábamos algunas clases

por videollamada, cada uno en una habitación distinta, y luego nos pasábamos las horas en la cama. Y en el sofá, y en la mesa del comedor, y en la encimera de la cocina.... Al momento de volver a la «nueva normalidad», como lo llamaron, decidimos que se estableciera en mi piso de manera definitiva. Así que hizo la mudanza de lo que le quedaba y puso su apartamento en alquiler.

La convivencia con él era genial y fue muy fácil ponernos de acuerdo. Pasamos por algunos momentos tensos, porque no es fácil vivir con una persona que tiene depresión, pero lográbamos reconducirlo a buen puerto. Cuando nuestra relación se afianzó, empecé a tomar anticonceptivos por comodidad. Lo que no recordaba era el desastre que aquellas minúsculas pastillas provocaban a mi salud mental. Frases como «solo quiero morirme, tendría que haberlo hecho antes» se repetían todos los meses, justo antes de la menstruación, cuando me encerraba en la habitación y no quería salir de casa en todo el día.

También pasamos baches y épocas de sequía. Hablar de matrimonio nos ayudó a cargar las pilas. Era pensar en algo oficial y duradero, algo que no queríamos romper. No fue para arreglar una pareja rota, nada de eso. Fue como... como zanjar las dudas sobre nuestra relación, tener la tranquilidad de que, a pesar de nuestras diferencias y dificultades, ambos queríamos lo mismo: seguir juntos.

Miré a mi alrededor, con una sonrisa en los labios, pensando en el camino que habíamos recorrido juntos durante esos tres años.

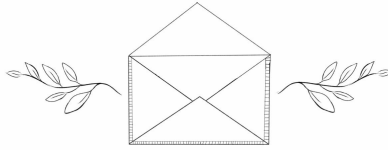
El día que Adam conoció a mi familia de corazón me emocioné. Era muy importante para mí que se llevaran bien. Fuimos a su casa y Óscar nos entregó una invitación para su boda con Jandro. Nos abrazamos, lloramos, reímos y recordamos muchas anécdotas con cierta tristeza porque el otro miembro de aquellas aventuras no estaba con nosotros.

Con su madre conecté. Ella era una mujer muy sencilla que se pasaba el día yendo a juzgados, comisarías y hospitales para ejercer de traductora a turistas. Me pareció un trabajo muy interesante en el que seguro que aprendía muchas cosas. En cambio, me dio lástima que no hubiera vuelto a enamorarse y guardase tanto resentimiento hacia el padre de su hijo. Me vi reflejada en cierto modo porque a mí me costó mucho abrirme al amor.

La primera vez que me llevó a Düsseldorf para conocer a su padre y a su hermana fue un poco caótico. El pobre tenía que hacer de traductor todo el tiempo porque ni ellos hablaban español ni yo alemán. Armin se defendió explicando que aprendió un poco de español mientras estuvo casado con Catalina, pero ya se le había oxidado. Aun así, congeniamos muy bien.

Recordé, también, nuestros viajes, nuestras cenas, nuestros ratitos de comer en la terraza de casa, nuestros paseos hacia los rincones menos conocidos de la isla. Toda nuestra vida en común pasó por delante de mis ojos y sonreí con una felicidad que no podía disimular porque, al fin, creí haber alcanzado un momento en el que me encontraba en paz. La conversación sobre si tendríamos hijos aparecía de vez en cuando y, aunque Adam estaba muy seguro de querer tenerlos, yo no lo estaba tanto. No con mi historial. Pero, aun a medio convencer, fui a hablar con Isabel y decidimos empezar a rebajar la dosis de los antidepresivos hasta poder suprimirlos por si un día cambiaba de opinión.

Me encontraba bien y ella estuvo de acuerdo. Aunque seguía preguntándome si iba a ser definitivo o si, por el contrario, las pesadillas volverían de nuevo.



—Vaya, Vicky, ¡cuánto tiempo! Qué bien te veo...

Me encontraba en una cafetería, esperando a que me trajeran un café y unas tostadas, junto a unas compañeras del conservatorio con las que llevaba unos años quedando y nos habíamos hecho muy amigas.

Me giré hacia la procedencia de aquella voz sin tener ni idea de que su propietaria iba a ser Salma. Por su mirada, resultaba evidente que estaba siendo bastante irónica en su comentario. Sus ojos se dirigieron a mi alianza y se notaba que le costaba digerir la envidia.

—Gracias, igualmente —respondí por inercia, por corresponder a su saludo y por simple educación. No me apetecía en absoluto mantener una conversación con ella y, de manera inocente, pensé que se largaría.

—¿Sabes? Cuando quedé con Adam el otro día no mencionó que estuviera casado. Cuando nos vemos se quita el anillo.

Tragué saliva. «¿Cuándo nos vemos?». ¿A qué se refería?

—Bueno, yo a veces me lo quito también, ya sabes, en el gimnasio y esas cosas...

—Ya, bueno —chasqueó la lengua—, es que cuando follas con otras no es muy correcto llevarlo puesto.

Se me paró el corazón. Salma comentó algo sobre que él se había cansado de que fuéramos tres y se largó con una sonrisa triunfal, viendo que había conseguido lo que quería. Amelia, a mi lado, cogió mi mano para estrecharla entre las suyas y no fui capaz de decir nada más en toda la tarde. Las chicas insistieron en acompañarme a casa, pero les expresé que quería estar sola. No sé por qué lo hice, necesitaba compañía y Adam tardaría en llegar.

Paso a paso llegué a la playa. Mis pies me habían llevado hasta allí sin que yo fuera consciente de ello. El calendario ya marcaba noviembre y las temperaturas habían descendido bastante esos días. El otoño había tardado en llegar, pero cuando lo hizo se notó. Me descalcé y empecé a caminar por la arena. El frío se coló en mis huesos, aunque no me detuvo. No vi a nadie, salvo algún runner a lo lejos.

Llegué a la orilla, todavía con todo ese runrún en mi cabeza. No debería haberla creído, se supone que tenía que confiar en Adam. Me había demostrado con creces que yo era la única para él. Pero se trataba de Salma, a quien seguía viendo como una diosa, y yo continuaba con mi baja autoestima, preguntándome constantemente qué había visto él en mí.

Mis manos actuaron solas y empezaron a quitarme la chaqueta, el jersey y los pantalones, mientras mis pies me dirigían hacia el mar embravecido. Pero el agua helada no me había llegado a las rodillas cuando unos brazos me sujetaron y me sacaron del mar. Quería protestar, zafarme y volver, aunque no tenía fuerzas para ello. Dejé que me volvieran a salvar.

—¡Joder! ¿Vicky? ¡Mierda!

Al verle la cara, reaccioné y peleé por apartarme. No podía soportar que Samuel me estuviera tocando. Él no lo permitió y me agarró con más fuerza.

—No puedo dejar que hagas esto. ¡Eh! —gritó a unos chicos que venían hacia nosotros, alertados por el espectáculo—. ¿Podéis recoger su ropa y ayudarme a llevarla al coche?

—¡No! —grité—. ¡Suéltame! Te odio.

—Lo sé, pero Adam no me lo perdonaría nunca —reconoció mientras me cargaba y los

otros chicos nos seguían con mis cosas.

—A Adam no le importo.

—Estás diciendo tonterías.

Después de eso, no volvió a abrir la boca y yo seguí insultándolo, protestando, pataleando y probando todo lo posible para conseguir zafarme, pero nada sirvió. Lejos del peligro, los demás chicos y él me vistieron, aprovechando que mi fuerza iba menguando.

Lloré todo el camino hasta su casa y allí me sugirió que me diera un baño de agua caliente. Yo me arrastré hasta donde me indicó y obedecí. Al terminar, me puse la ropa limpia y seca que me había dejado y salí a buscarlo.

Lo encontré en el sofá, esperándome con un chocolate caliente sobre la mesita.

—Te sigo odiando —le recordé, aceptando la taza.

—Soy consciente de ello, no hace falta que me lo recuerdes a cada rato —reconoció, apenado.

—Por si se te olvida.

Soplé un poco y di un sorbo. Estaba delicioso, pero no iba a decírselo.

—Oye..., ¿ha pasado algo? —tanteó con delicadeza.

—No te hagas el idiota, lo sabes perfectamente —escupí a la defensiva sin molestarme en mirarlo a la cara.

—Lo único que sé es que estabas a punto de cometer una locura.

—Adam se tira a Salma. ¿Me vas a decir que no sabes nada?

—Espera, ¿quién te ha contado eso? —preguntó echándose hacia delante.

—Lo sabía, es cierto.

—¡No! No lo es, por eso necesito saber por qué crees esa historia —exclamó gesticulando mucho. Una mano quería ponerse sobre mi muslo a modo tranquilizador, pero le eché tal mirada que decidió no hacerlo.

—Me lo ha confirmado ella misma.

Resopló.

—¿Y la crees? ¿De verdad, Vicky? Está muerta de la envidia y haría cualquier cosa por hacerte daño.

—Y tú harías cualquier cosa por defender a tu amigo —rebatí.

—Pues sí, pero en este caso te equivocas. Ningún hombre, en su sano juicio, se acostaría con Salma teniéndote a ti en su cama todas las noches.

Sabía cuál era la intención de sus palabras, pero no pude evitar estremecerme. Seguía sintiéndome muy incómoda con él y era más fácil hacerme la dura y decir que lo odiaba. No obstante, todavía quedaba algo ahí, en un rinconcito muy muy apartado de mi corazón, que continuaba anhelando un poquito de atención por su parte. Aunque solo fuese por reparar esa herida tan grande que él mismo provocó.

—Lo siento, no quería decir eso. No así —añadió veloz—. Adam te quiere, soy bastante consciente de ello, y te aseguro que no ha vuelto a ver a Salma. No acabaron bien, ella no quería romper y estuvo acosándolo durante meses.

—Lo sé.

—¿Entonces?

—Dice que está harto de que seamos tres. —Se produjo un silencio preocupantemente largo—. ¿Es cierto? —pregunté, con el corazón encogido.

—A veces se ve como un sustituto —admitió.

—¿Por qué? ¡No es verdad! —protesté, gesticulando con ambos brazos.

—Pues a veces lo siente así.

Me sorbí la nariz y me limpié un par de lágrimas con el dorso de la mano.

—Él te quiere y, a pesar de ello, no te engaña con nadie. Mucho menos con Salma. Vamos, pondría la mano en el fuego sin miedo a quemarme.

Sus palabras no lograban tranquilizarme. Quizá no se acostara con ella, pero saber que pensaba que era un simple sustituto me puso en alerta.

—¿Se lo has contado?

—Claro, le he escrito mientras te duchabas. Está de camino.

Dejé la taza sobre la mesa y mis ojos buscaron el suelo mientras se llenaban de lágrimas que no me esforcé en detener.

—Tendrías que haberme dejado, Samuel.

—¡¿Cómo iba a hacer eso?! —exclamó.

—¿Sabes en las películas cuando alguien se quiere tirar desde lo alto de un edificio y siempre aparece otro para convencerlo de que no lo haga?

—Sí... —respondió dubitativo.

—¿Por qué lo hacéis? ¿Os sentís mejor? —le reproché encarándolo mientras me limpiaba las mejillas. Trató de responder, pero se lo impedí—. ¿De verdad os creéis que ayudáis en algo a esas personas? ¿Sabéis el dolor que atraviesa alguien para que decida hacer algo así?

No respondió, pero su mirada enrojecida me transmitió mucho más que las palabras. Cargaba con una culpa enorme autoimpuesta por lo que ocurrió hacía demasiados años y sabía que aquella última frase le había dolido. Aparté mi mirada de la suya y volví a tomar la taza entre mis manos, deseando que Adam llegara pronto porque me perturbaba demasiado esa cercanía con Samuel.

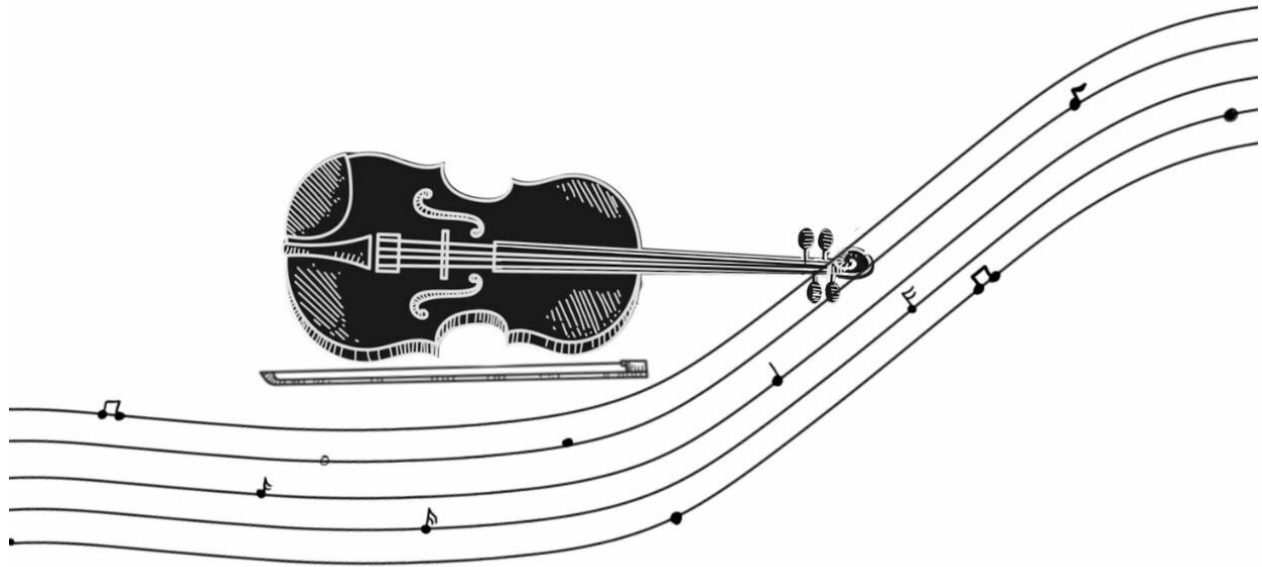
—Esa nunca es la solución, Vicky —zanjó de manera seca.

—No digo que lo sea, pero, a veces, es la única que vemos. Vivimos en un mundo demasiado individualista. Los demás y sus sentimientos nos importan una mierda. Les hacemos daño, los destruimos, y nadie se da cuenta de ello porque estamos tan pendientes de lo nuestro que no vemos que esa persona a la que simplemente llamamos «rara» está atravesando un infierno. Normalmente estas cosas no se evidencian hasta que pasa algo.

—Pero, ahora, ¿por qué, Vicky? Tienes a mucha gente que te quiere y te aseguro que somos unos cuantos los que lo pasaríamos mal.

—Creo que he estado rota tanto tiempo que ya no sé ser feliz.

Al despertarme, miré a mi alrededor, todo estaba oscuro y Adam dormía a mi lado, ajeno a las pesadillas que volvían a invadirme. Pesadillas como la que acababa de tener. Pesadillas en las que siempre aparecía alguien para hacerme ver que estaba haciéndole daño porque no lo quería, que era un sustituto y que tenía que quitarme de en medio. Pensé que debía hablar de eso con él, pero, por alguna razón, no lo llegué a hacer.



0. Supongo que nos veremos en breve

2023

—HOLA, LUIS. Un día me pediste que, antes de hacer cualquier cosa, hablara contigo. Aquí estoy. —Río de manera triste por lo irónico de la situación, me sorbo la nariz y me seco una lágrima deslizando el dorso del índice por el párpado inferior—. No puedo más.

Sentada frente a su nicho, tiemblo y empiezo a llorar. Tras unos segundos, me envuelve una corriente de aire frío que me estremece. Me giro y compruebo que no hay hojas ni pétalos de flores moviéndose alrededor. El aire me susurra algo que no logro descifrar. O quizá solo lo estoy imaginando.

Llevo una mano hacia el mármol que contiene su nombre y acaricio su foto. En ella sonrío y está lleno de vida.

—Te echo de menos. Mucho. Demasiado, joder. Duele aquí. —Me señalo el lado izquierdo del pecho—. Creí que podría, que sería capaz. Pero ni el tiempo, ni la música, ni siquiera Adam me han dado las fuerzas necesarias y cada vez me cuesta más seguir viva. Sin ti.

Rompo a llorar y me cuesta detenerme. Oigo unos pasos lejanos, pero, cuando me doy la vuelta, no logro ver a nadie. Y esa maldita corriente de aire que sigue robándome el aliento.

Contengo los últimos sollozos y me levanto.

—Supongo que nos veremos en breve —susurro antes de marcharme con el corazón encogido y toda la determinación de seguir adelante con ello.

Ya en casa, escribo las cartas y las dejo sobre la cama, cada una dentro de su sobre, y confío en que Adam hará lo correcto. Me derrumbo y caigo al suelo. Lloro desconsoladamente. Todo este tiempo con él he sido feliz. De verdad. Lo quiero y durante un tiempo me ha hecho apreciar la vida.

El dolor en el alma crea grietas irreparables. Ser invisible, el rechazo, la juventud que no he vivido y no volverá... Eso se marcó a fuego en cada neurona, en cada célula, marcó mi carácter retraído, dependiente y desconfiado. ¿Qué puedes esperar del mundo, de la vida y de las personas cuando todo lo que has aprendido en los primeros años es que no eres importante? ¿Qué vida te espera cuando sobras en todas partes y nadie se da cuenta si desapareces?

Normalmente miraba hacia mi infancia y la recordaba como una etapa feliz. La única, de hecho. En cambio, hace un tiempo que solo soy capaz de encontrar esas pequeñas cosas que me han traído hasta aquí y ya no hay ni rastro de esa felicidad.

Cuando uno está en esa etapa de su vida ve a sus padres como perfectos, como los mejores, los encumbra. Luego a partir de la adolescencia empieza a ver los defectos, que en mi caso fueron muchos, aunque no los vi todos a la vez. Desde ese momento, creo que vivo cada día más desconectada de ellos, más perdida, más herida. Solo soy capaz de guardar rencor y los reproches por todo lo que hicieron se acumulan y opacan las pocas cosas buenas que aún persisten en mi memoria.

Ellos lo saben, pero no lo entienden. Y yo no los entiendo a ellos. Se supone que son las personas que más me quieren y son las que más dolor me han provocado.

Todos necesitamos ser queridos, todos necesitamos pertenecer a un grupo, todos necesitamos tener la seguridad de contar con alguien que estará ahí para nosotros. Los humanos somos sociales y el afecto es una necesidad tan primaria como el hambre. Porque la comida alimenta nuestro cuerpo, pero el amor alimenta nuestro corazón, órgano que necesita seguir funcionando para mantenernos vivos.

Por eso, cuando el corazón no se alimenta de manera correcta durante un tiempo prolongado, este deja de funcionar y empezamos a apagarlos poco a poco.

Si tu alma no está dañada, afrontas cualquier revés con cierta facilidad. Si está tan llena de grietas como la mía, no. Pensé que podría cerrarlas y sanar. Se ve que solo fue una ilusión porque las pesadillas me han hecho desconfiar de mi propia felicidad y de mi relación con Adam. Las mismas que un día logré vencer han vuelto para aprisionarme y las dudas me han llevado a romperme de nuevo, esta vez, sin remedio.

Me encuentro sin fuerzas para luchar y cansada de vivir.

Observo la afilada cuchilla y contengo el aliento mientras me miro al espejo por última vez. Adam no se merece esto, lo sé. Soy egoísta y cobarde. Pero cuando el dolor del alma es tan grande solo quieres encontrar el modo de apaciguarlo, de callar esa voz interior que no deja de machacarte.

El filoso metal rompe la carne de mis muñecas y escuece. No quiero mirar, solo llorar. Duele tanto que, por un momento, me arrepiento, quiero volver atrás y pensármelo mejor. Pero luego, tras la impresión inicial, me doy cuenta de que el dolor físico no supera al emocional. Y sigo porque quiero que deje de dolerme el alma.

La vida no siempre es como uno la planifica. A veces nos dejamos llevar por decisiones de último momento que lo cambian todo para siempre. Como hace unas horas. No era mi intención suicidarme, no ahora que tengo la «vida soñada».

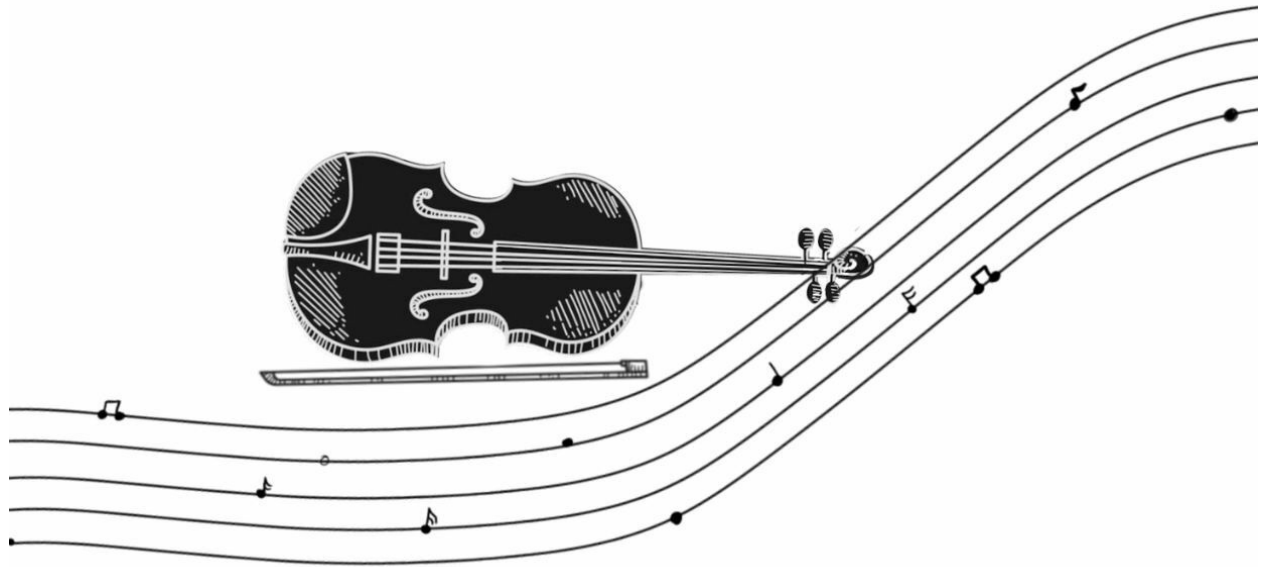
El ajetreado mundo de hoy en día mantiene a la gente tan ocupada que se recomienda ir más despacio y estar a solas con tus pensamientos. Relajarse y dejar la mente en blanco. Yo, en cambio, necesito tener la cabeza ocupada porque mis pensamientos son demasiado oscuros. Tanto que asustan. Tanto que controlan mi cuerpo y mi mente.

Estoy rota desde hace demasiados años. Quizá por eso me he dejado llevar por las pesadillas y he terminado haciendo algo que ya no tiene vuelta atrás. Porque estoy débil para gritar y pedir

ayuda. Pero la verdad es que no quiero que nadie me ayude. Lo único que necesito es dejar de sentir.

Cierro los ojos por última vez y no los vuelvo a abrir. Me dedico a ver pasar los fotogramas de mi vida a toda velocidad. Imágenes de mi infancia, de mis abuelos y de «ellos». Los recuerdos se suceden de forma aleatoria, sin ningún orden, mientras siento cómo mis mejillas se humedecen por las lágrimas. Cada segundo que pasa es un momento de mi vida que vuelvo a vivir. La alegría, el llanto, el dolor, el placer, el orgullo, el amor..., todo regresa a mí con más fuerza que la primera vez.

Hasta que la oscuridad lo envuelve todo y se termina, por fin, el dolor.



1. Donde nos reencontramos

2023

CUANDO ABRO los ojos de nuevo no veo nada. Está todo en blanco. Me levanto y empiezo a caminar. Poco a poco, se van formando suelos y paredes a mi alrededor. Me detengo. Este sitio lo conozco. Voy hacia la puerta que tengo delante y, cuando me atrevo a abrir, veo a Luis frente a mí, en nuestro salón. Pestañeo varias veces porque sigo sin creer esto.

—Hola, de nuevo —pronuncia con un cabeceo, como si nos hubiéramos despedido ayer mismo.

Es su voz, pero parece no mostrar ninguna emoción. Echo un vistazo a donde me encuentro, todo parece estar tal y como lo dejamos.

—¿Qué hacemos aquí? ¿Es un sueño? —quiero saber, incapaz de entender lo que está pasando.

—¿Recuerdas algo? —tantea con prudencia. No quiere revelarme nada, quiere que lo descubra por mí misma.

—¿De qué? —pregunto con el ceño a medio fruncir.

—¿Qué estabas haciendo antes de venir aquí?

—Estaba en mi habitación. —Él asiente—. Veo unos papeles sobre la cama. Y...

Su mirada se vuelve muy intensa y mi memoria regresa. Me llevo las manos a la boca, pero no detienen el grito que se me escapa. Me miro las muñecas. ¿Qué...?

—No verás las marcas. Eso no es tu cuerpo, es un espejismo.

—¿Estoy muerta? —pregunto con demasiado miedo en mi voz.

—Todos lo estamos aquí.

—Mierda, no, joder...

Empiezo a moverme por la estancia, esta se modifica y ahora estoy en casa de nuevo, a

punto de entrar en la habitación, pero no me atrevo.

—Vicky... —trata de detenerme.

—¿Qué está pasando?

—Que eres nueva en este mundo, a todos nos pasa cuando llegamos. Nos sentimos desorientados y queremos ir a ver a las personas que se han quedado atrás. Pero no están. Ellos siguen allí, sufriendo.

Me lo pienso un instante hasta que, al final, abro la puerta y veo a Adam abrazando mi cuerpo, desconsolado. Es una imagen desgarradora, quiero llorar, pero no me salen lágrimas.

—No tenemos cuerpo físico aquí, Vicky —me explica, como si fuera capaz de leer mi mente, y cierra la puerta. Esta desaparece y volvemos al salón del principio—. Sé que es tentador, pero, por propia experiencia, te recomiendo que no observes mucho al principio. Complica la adaptación.

Todo es tan extraño... ¿Estoy muerta? ¿Ya está? ¿Qué es este sitio? ¿El cielo?

—No existe el cielo tal y como te han explicado —me informa.

—¿Quieres dejar de leerme la mente? —le reprocho.

—Lo siento, se oye todo igual y no puedo distinguir lo que dices de lo que piensas.

—Si esto es un sueño, es muy macabro.

—Ojalá lo fuera. —Suspira—. ¿Por qué lo has hecho?

—¿No lo sabes? ¿No estabas en el cementerio conmigo cuando te lo he contado?

—Claro que sí. Todo este tiempo he estado a tu lado. Bueno, no siempre. En algunos momentos he considerado que no era... apropiado.

Abro mucho los ojos y siento un calor en mi pecho que pensé que no podría experimentar en este lugar.

—Tú...

—Sí. Necesitaba comprobar que estabas bien. —Resopla y se pasa una mano por la cara—. Tendría que haber quemado el puto cuaderno —farfulla—. Tendría que haberte pedido que fueras feliz, que conocieras a alguien. Pero fui un egoísta y te confesé que te quería. Y te has pasado años enganchada a unos recuerdos.

—Pero me casé.

—Lo sé —responde, y no me deja adivinar cómo se siente.

—¿Estás enfadado?

—No, me alegré mucho. ¿Sabes? He tenido tiempo de sobra para hablar con tu abuela.

—¿Está aquí? —quiero saber.

—Claro.

Miro a mi alrededor. Antes he ido hasta casa solo caminando, ¿así es como funciona? Veo que Luis asiente y sonrío. Vale, pues a ver... Un paso, otro paso...

Cuando quiero darme cuenta estamos en casa de mis abuelos. Está exactamente igual que antes de reformarla, ya casi no la recordaba así. Ellos me miran desde el sofá y me indican que me acerque con un gesto.

—Cariño...

—No sabéis lo mucho que os echaba de menos.

Voy a abrazarlos por inercia, pero me caigo sobre el sofá. Mierda, voy a tener que acostumbrarme a ser solo un espejismo.

—Con el tiempo, lo harás, vas a ver.

Otra que lee mentes. Se ríe.

—Abuela, quería preguntarte algo, aunque ahora no tenga mucho sentido.

—Lo sé. Pero creo que ya obtuviste tu respuesta, ¿no?

La miro extrañada.

—¿No sigues sintiendo que tienes el corazón dividido, ahora mismo?

Luis se sienta a mi lado y, no sé cómo lo hace, pero me roza la mano con la suya y siento algo. Las miro y brillan. Irradian una luz anaranjada. No entiendo nada.

—Esto solo ocurre con aquellas personas que han estado en lo más hondo de tu corazón. Cuando Adam llegue, esperemos que dentro de muchos años, verás que se producirá el mismo efecto.

—¿Y si no ocurre? ¿Significaría que nunca lo he querido de verdad?

—Cuando solo ha habido uno, el brillo se torna rojo. Tú lo ves naranja, ¿no es cierto?

Asiento con cara de boba.

—Yo lo veo rojo —confirma Luis—. Porque para mí eres la única.

Nos miramos a los ojos y parece que pasa una eternidad. Hemos vuelto a nuestro piso. ¿Por qué ocurre eso todo el tiempo?

—Puedes ir a donde quieras, tranquila. Yo nos traigo aquí porque es donde fuimos solo tú y yo.

—Fue una relación muy tóxica —rebato.

—Lo sé. Pero ahora tenemos toda la eternidad por delante para arreglarlo.

—Luis...

—¿Sí?

—Te quiero.

—Y yo a ti, joder.

—¿No podemos besarnos?

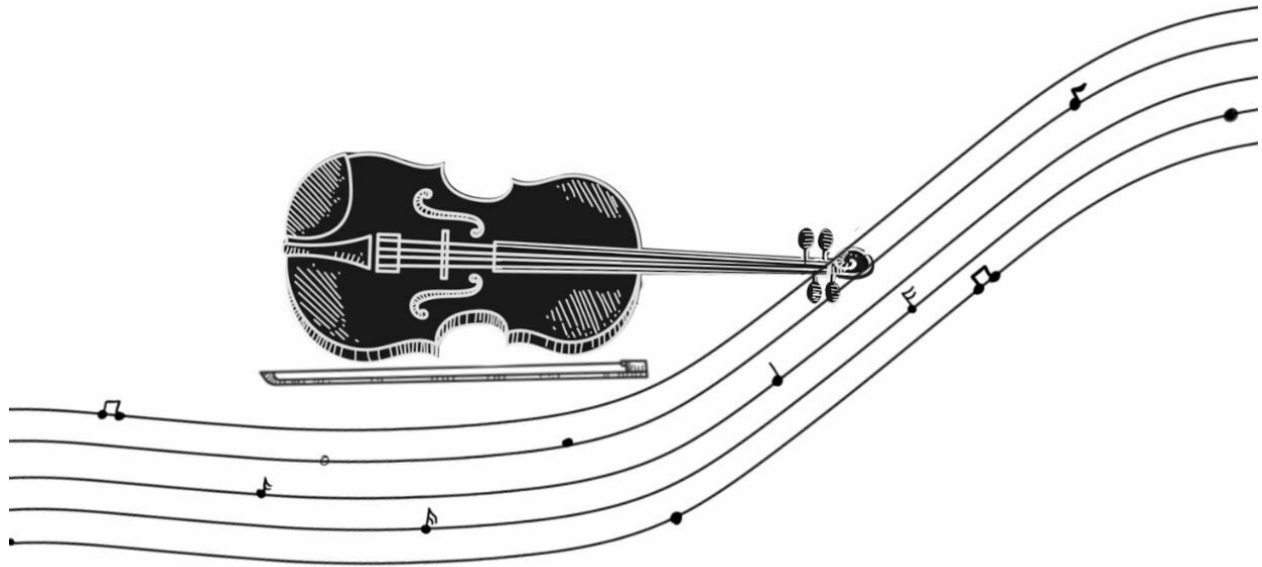
Él se ríe, se acerca a mí y sujeta mis manos. Se produce una chispa brutal. Es algo místico. Sentimos una corriente que pasa del uno al otro, cada vez más rápido, hasta que explota y nos vemos envueltos en una nube de tonos rojos. Me llega olor a flores recién cortadas y suena *Sign of the Times*, de Harry Styles. Joder, no sé qué acaba de ocurrir, pero esto empieza a gustarme. Experimento una sensación de bienestar plena.

—No sabes las ganas que tenía de probar esto. Solo podía hacerlo contigo —confiesa.

—¿Y eso por qué?

—Porque siempre has sido y serás solo tú. Tú eres mi rojo, ¿recuerdas? —me indica moviendo su mano frente a mi cara.

Sonrío porque por primera vez empiezo a entender este lugar. Aquí nos reencontramos las almas que fuimos separadas de manera abrupta en la tierra. Para vivir en paz, para siempre, y recuperar el tiempo que nos fue robado.



2. Roto

~Adam~

2023

LLEGO a casa un poco más tarde de lo habitual porque estamos con las evaluaciones de final de curso. Es, de lejos, lo que menos me gusta de mi trabajo, pero por lo demás me encanta.

Llamo a Vicky y entro en su estudio, pero, al no encontrarla ahí, voy al salón. Miro el reloj y pienso que a esta hora habrá dejado de practicar para la boda del próximo fin de semana porque ya se sabe todas las partituras de memoria. Pero tampoco la encuentro. Vuelvo a llamar y no obtengo respuesta. Supongo que habrá salido a comprar algo para la cena o a charlar con Manuela. Así que voy a la habitación para ponerme cómodo.

La estampa que me encuentro me torturará el resto de mi vida. Corro hacia ella y busco desesperadamente que tenga pulso. Creo que mis gritos alertan a los vecinos porque, tras varios timbrazos, Manuela entra con su llave creyendo que necesitamos ayuda.

Me encuentra agachado en el suelo, abrazándola y meciéndola. Tengo que reconocer que, al principio de nuestra relación, tenía miedo de que llegara este momento. Pero me relajé cuando me contó que nunca se había atrevido y la veía feliz a mi lado, llena de vida.

Nuestra vecina se tapa la boca con la mano para silenciar el grito que sale sin control desde lo más hondo de su garganta, pero no lo logra. Aunque mis sollozos sí consiguen aislarme de ello. Creo que estoy diciendo cosas sin sentido, desesperado y completamente fuera de mí, mientras oigo a Manuela hablar por teléfono.

Un rato después, llegan los sanitarios a casa y me obligan a separarme de ella. Aparecen

también policías, forenses y hasta una psicóloga. Todos hablan conmigo, me hacen preguntas que no sé responder y apenas me salen las palabras. Algunos me indican que «seguiremos en contacto» cuando se van. No quiero seguir en contacto con nadie, quiero que la traigan de vuelta para que pueda explicarme por qué ha hecho esto, qué iba tan mal en su vida y por qué cojones no ha hablado conmigo antes. Estábamos bien, ¿no? Estaba dejando las pastillas, eso era bueno, ¿verdad? Dios, no entiendo nada.

Alguien llama mi atención y me enseña unos sobres. No sé de qué me habla, mis ojos solo son capaces de observar mi nombre en uno de ellos. Me dicen que tienen que hacerles unas fotos y luego me los entregan. Atrapo el mío y le doy el resto a Manuela. Lo abro y saco el papel que hay en su interior. Es su letra.

Empiezo a leer y no entiendo una mierda de lo que dice. No quiero saber los motivos, no quiero que se despida de mí. Solo quiero que regrese a mi lado. Volver a entrar por esa puerta y encontrármela tocando el violín. Y que todo esto haya sido una maldita pesadilla.

Me siento frío y sigo incapaz de levantarme hasta pasadas unas horas. Manuela se ha quedado un buen rato conmigo, aunque le he tenido que insistir para que se marchara. Sé que para ella también es un palo enorme porque era como una hija, y sé que tiene la mejor intención del mundo. Pero, pasado el momento inicial, creo que necesito un rato a solas para poder llorar a gusto. Me pide que la llame si necesito cualquier cosa y me recuerda que ella ya ha pasado por esto. Asiento, pero ahora mismo no me atrevo a comparar ambos casos. Lo suyo fue una desgracia, un accidente. Un borracho le arrebató la vida a su hijo. Esto es muy distinto y, a mi juicio, mucho peor. ¿Tengo que entender que no me quería? ¿Que no estaba bien conmigo? ¿Que yo he hecho algo para que quiera acabar con su vida de este modo? Mi cabeza ahora mismo solo es capaz de pensar en una cosa: ¿Por qué?

¿Por qué ha ocurrido?

¿Por qué lo ha hecho?

¿Por qué ha creído que esa era la mejor opción?

¿Por qué no ha hablado conmigo si sentía que volvía a estar mal?

¿Por qué no he venido antes a casa?

¿Por qué no lo vi venir?

Por qué, por qué, por qué.

Joder, creo que no saldré nunca de este bucle.

Cuando me atrevo a levantarme, me hago aún más consciente de la realidad. La sangre en el suelo y en mi propio cuerpo es una señal de que ella no va a regresar. No volveremos a ver *Stranger Things*, ni al cine, ni a preparar la cena juntos. No voy a volver a reírme de esos libros que le encantaba leer ni volveré a oírla tocar el violín nunca más. La habitación huele a ella más que nunca, pero algún día ese olor desaparecerá y no podré hacer nada por retenerlo.

¿Por qué, joder?

Pasan varias horas, me he tumbado en el suelo para intentar dormir, pero no lo logro. Creo que en algún momento he cerrado los ojos cinco minutos, pero no más. No puedo conciliar el sueño. No dejo de revivir una y otra vez ese momento en el que he entrado en la habitación y la he encontrado ya sin vida.

¿Por qué?

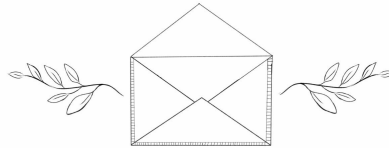
Miro la hora en el móvil y me encuentro aún más notificaciones. Mi madre me ha preguntado varias veces si necesitaba que viniera. Mi padre me ha confirmado que mañana mismo coge un avión y se planta aquí mismo, al igual que los hermanos de Vicky, Rodri y

Miguel.

Tras un rato más sin poder dormir, decido darme una ducha. Mi vista se queda perdida en el agua teñida de rojo que corre por el desagüe. No sé cómo voy a ser capaz de seguir adelante, de volver al trabajo, de volver a dormir ahí, de... vivir.

Voy a la habitación de Rodri a buscar algo de ropa porque no me atrevo a entrar en la nuestra, aunque acabo yendo igual porque soy un puto kamikaze que necesita comprobar que esto es real y no un sueño.

Jamás saldré de esta pesadilla.



Estoy sumamente agradecido a Manuela y a su familia por ayudarme con los trámites. Rodri llegó ayer a primera hora a casa, pero está igual de roto que yo. Su otro hermano también vino, aunque con él no tengo tanta relación. Ambos están consternados y sé que en cierto modo era algo que llevaban tiempo esperando que pasara, aunque deseando lo contrario. Ellos vivieron el proceso desde el inicio y eran más conscientes del problema que yo, supongo.

No sé qué día es, ni qué hora, si he comido o si he dormido. Esto es una pesadilla que no termina. La casa se me cae encima, la veo por todas partes, tocando alguna melodía que ella asegura que es muy famosa pero que yo nunca reconozco. La veo en el sofá leyendo y yo apartándole el libro. Ella se queja y me pide que no lo cierre sin poner el marcapáginas. Yo me río y obedezco para poder besarla cuanto antes, tumbarla y acariciarla como sé que le gusta. La veo explicándome por enésima vez por qué toma el café sin azúcar.

Mi mente sigue recordándome cada puto momento que he vivido con ella durante estos casi cuatro años. Desde que la vi por primera vez y supe que sería especial hasta hace apenas tres días y le hice el amor por última vez.

Me agarro los muslos para que dejen de temblar. Estoy sentado frente a un ataúd que han colocado en el centro de la sala para que todo aquel que quiera pueda despedirse de ella. Contrariamente a lo que Vicky pudiera pensar, ha venido mucha gente. Demasiada. Solo espero que allá donde esté pueda ver lo querida que es. Que era.

De repente, entra una pareja mayor que rompe a llorar cuando la ven. Llegan acompañados de su hermano Miguel. Rodri va hacia ellos cuando los ve.

—¡Mi niña! —exclama ella, en un grito desgarrador.

El hombre la abraza y yo me quedo viéndolos mientras oigo los cuchicheos. Manuela me mira y los señala con un movimiento de cabeza. «Sus padres», me indica simplemente moviendo los labios.

Me levanto y quiero salir por la puerta, pero Rodri me lo impide agarrándome del brazo. Intento que me suelte, pero no lo consigo. No quiero discutir con él.

—¿Te das cuenta de que son ellos quienes la han matado? —le reprocho, provocando un inquietante silencio en la sala.

Sus hermanos me piden que me calme, pero no puedo. ¿Es que acaso ellos no opinan igual? Había una carta para ellos y quiero pensar que les explicó algo similar.

—¿Quién eres tú para hacer una acusación así? Somos sus padres.

—¡Y yo su marido!

—¿Marido? ¿Se ha casado?

Me río de manera nerviosa porque esto parece una puta cámara oculta. Oigo como Rodri les explica que su hija no quiso que se enteraran, pero que ellos dos me conocen y estuvieron en nuestra boda. Veo cómo discuten y yo aprovecho para salir a tomar el aire. Me ahogo aquí dentro y, ahora que han llegado sus padres, aún más.

Vicky me contó que la relación con ellos fue a peor. Necesitaba ponerles límites cada vez más estrictos hasta que un día se dio cuenta de que estar a su lado deterioraba su salud mental aún más. Ya no estaba su abuela y ya no quería mantener el contacto. Dejó de ir a comer a su casa y dejó de hablar con ellos por teléfono. De hecho, yo nunca los llegué a conocer por esta razón. Yo lo respeté sin hacer más preguntas. Si era algo que le hacía daño, fuera.

Seguro que lo están pasando mal porque la muerte de un hijo no debe ser algo fácil de digerir en ningún caso, pero no quiero compartir espacio con ellos. Siento una ira que no puedo controlar.

Me encuentro a Samu en la puerta y me abraza. Me contengo para no darle un puñetazo porque es mi amigo y, en el fondo, lo necesito. Pero él causó algunas de esas grietas y todo suma. Le entrego su carta y me mira extrañado.

—Por lo visto se quiso despedir de todo el mundo. O aprovechar para deciros todo lo que sentía y quedarse a gusto.

Nos miramos en silencio unos segundos hasta que él desvía su mirada hacia lo que le acabo de entregar.

—Sus padres están ahí y he tenido que salir.

—Claro.

Sigue siendo el mejor amigo del mundo. No necesita más explicaciones que esa. Ya lo sabe todo. Nos quedamos un rato aquí, en silencio o hablando de cualquier cosa. Lo que sea con tal de no pensar en ello una y otra vez.

Por el rabillo del ojo veo a Miguel acercándose a paso bastante acelerado y yo diría que está cabreado.

—Tú, contrólate. Todos lo estamos pasando mal, no eres el único, ¿vale? —me reprocha.

—Esto es culpa suya. Mañana entierro a mi esposa por su maldita negligencia —escupo.

—Son sus padres, ellos enterrarán a una hija.

—No se han preocupado por ella en su vida —le recrimino.

—¿Qué sabrás tú?

—Eh, eh, basta —Samu interviene y Rodri se acerca a nosotros. Veo que tras él están sus padres.

—Dales esto —le entrego su sobre y vuelvo a la sala pasando por su lado sin mirarlos.

Su familia de corazón, como ella los llamaba, me reciben con un abrazo y unas palabras de ánimo. «Has sido muy valiente defendiéndola así». «Si te viera estaría muy orgullosa de ti». Palabras que significan mucho. Ellos me comprenden, ellos no me juzgan. Igual que hicieron con Vicky.

Cartas



Rodri y Miguel,

No sabéis lo que estos últimos años de contacto han significado para mí. Crecí como hija única, con unos padres que, como sabéis, siempre han ido a su bola y encima son tan sumamente orgullosos que no pueden aceptar consejos ni admitir que algo han hecho mal.

No quiero decir que esto es culpa suya porque ha habido más factores, pero algo han tenido que ver y creo que no hace falta que os tenga que convencer de ello. Creo sinceramente que, si tienes un hijo y no te das cuenta de que tiene depresión y de que fantasea con la muerte, algo muy mal estás haciendo. Ellos no se percataron y ya conocéis cuál fue la reacción.

Me llevo muy buenos recuerdos de los tres juntos allá donde voy. Aunque hayamos convivido poco tiempo, aprecio cada momento que hemos compartido. Cuando jugábamos al parchís con la abuela y nos compinchábamos para comernos siempre sus fichas, cuando me llevabais a ver los belenes por la ciudad, cuando nos disfrazábamos en Carnaval para ir a ver el desfile de comparsas, cuando nos quedábamos hasta tarde viendo películas en casa de la abuela y al día siguiente nos despertaba el olor a tortitas... Era una pena que solo estuviéramos juntos en vacaciones porque me hacíais mucho bien. Me sentía visible y querida.

Miguel, sigue siendo así de buen padre.

Rodri, no te diré que sientes la cabeza porque seguro que lo oyes bastante ya. Sé feliz, vive tu vida.

Os quiero mucho, chicos. Confío en que cuidéis a Adam.

Vicky



Manuela, Ricardo y Óscar,

Para mí, el significado de familia no tiene nada que ver con la sangre. Para mí es un concepto que incluye a aquellas personas que están por ti y que te quieren como tú a ellas. Eso sois vosotros, mi familia, la de verdad. La que asistió a mi boda, la que compartió mi dolor, la que me llevó de viaje, al cine, al parque y a la playa cuando era una niña. La que sabía todo de mí, la que se interesaba por mis cosas y me hacía los regalos más acertados.

Siempre me he sentido como una más con vosotros y no sabéis lo infinitamente agradecida que os estaré por ello. Gracias por cuidarme todos estos años.

Os quiero,

Vicky

P. D.: Si me encuentro con él al otro lado le contaré lo buenos que habéis sido conmigo y lo mucho que lo seguís queriendo.



Samuel,

Teníamos algo, pero te dejaste influir por los demás y por tu popularidad. Fuiste cruel y superficial. Me hiciste daño y abriste una brecha que nunca se cerró ni saliendo con ese bombón que se ha casado conmigo. Siempre, a pesar de ello, me he seguido viendo poco atractiva e insuficiente. Que no merecía amor.

Sufrí ansiedad, no quería ir a clase porque siempre había alguien con alguna estúpida broma sobre Victoria de *Samutracia*. ¿Sabes lo que es eso? Podrías haberlo parado, pero les seguiste el juego. Permitiste que cada uno de ellos me rompiera un poco más. Hasta que un día pediste que dejaran de hacerlo porque te «fastidiaba» que se te relacionara conmigo de cualquier manera. Te hicieron caso, sí, porque a ti te respetaban. Pero ese desprecio que mostrabas nuevamente hacia mí me dolió más que los chistecitos.

¿Y sabes qué? Te perdono. Porque, a pesar de lo jodida que me ha dejado eso, sé que solo eras un chaval que intentaba encajar. Como todos. Como yo misma. He visto el arrepentimiento en tus ojos durante estos últimos años y has buscado mi perdón constantemente con gestos y comportamientos, porque estabas tan avergonzado que no te atrevías a pronunciar las palabras convenientes. Eso es algo que valoro y que otros no han sido capaces de hacer.

Cuida de él.

Vicky



Papá y mamá,

Nadie duda de que habéis hecho lo que habéis sabido y podido con los recursos e información que teníais. No obstante, no fue suficiente. Os excusáis diciendo que no me ha faltado de nada. No estoy de acuerdo, me ha faltado el alimento del alma: el cariño, el tiempo y el interés.

La verdad es que yo nunca pedí nacer. Y para tener la vida de mierda que me ha tocado hubiese sido mejor no llegar a existir nunca. En pocas palabras, me habéis jodido la vida tanto que no he encontrado otra solución.

Os perdono que no supierais hacer las cosas de otra manera, pero no vuestro orgullo. Ese que os impidió ver que vuestra hija estaba agonizando. Os escudasteis en el victimismo y os sentisteis atacados. Eso no lo puedo perdonar. Porque creo que cuando alguien tiene hijos quiere que sean felices y que no sufran. Podríais haber hecho mucho cuando aún estabais a tiempo, sin embargo, no lo hicisteis.

Me da rabia porque tengo muchos recuerdos bonitos, pero están empañados por todo lo demás. Cada vez que yo hablaba de mi día, pero estabais pendientes de otras cosas. Los regalos de cumpleaños que nunca recibí y los de Navidad que nunca pedí. ¿Calcetines? ¿En serio? Los parques a los que nunca me llevabais, las enciclopedias que jamás usé, los desprecios a mi carrera o el nulo conocimiento sobre mi vida, en general, y el poco entusiasmo sobre mis logros. ¿Cómo es posible que, siendo mis padres, no podamos tener una conversación como la que mantienen otras personas que se quieren y se aprecian? ¿Por qué tenemos que parecer desconocidos?

Me he casado, ¿sabéis? Y no quería que os enterarais porque vuestra asquerosa falta de emoción me deprime. No quiero contaros algo, cualquier cosa que para mí sea importante, y que vuestra respuesta sea «ah, vale», como si os estuviera diciendo que he comprado pan.

Toco el violín desde los seis años, soy profesora en el conservatorio, me dedico a lo que me gusta y me gano la vida con ello. Cualquier padre o madre del mundo estaría orgulloso de mí, pero para vosotros soy un fracaso.

En fin, quería escribir otro tipo de carta para despedirme, pero esto es lo que ha salido después de dos horas pensando sobre lo que quería deciros. Qué triste que no tenga otras palabras para vosotros.

Vicky



Adam,

Sé que nada de lo que escriba aquí tendrá valor para ti ahora mismo. Te quiero, te quiero muchísimo. Esto no tiene nada que ver contigo.

He vivido unos años espectaculares a tu lado. Pero, siendo honesta, creo que solo has retrasado lo inevitable. Todo este tiempo he vivido una falsa ilusión, pensé de verdad que volvía a ser feliz como lo fui en algún momento de mi vida, muy al inicio. Aunque se ve que todo esto no era real. Me engañé a mí misma y te engañé a ti. Lo lamento por ello.

Como sabes, la relación con mis padres dejó de ser buena hace muchos años debido, en parte, a su incapacidad de reconocer los errores que cometieron. Hay algunos detalles que ya conoces y no quiero extenderme demasiado en el tema porque sabes de primera mano lo triste que me pone, pero ten muy presente que me han jodido la vida. Me han traído a este mundo a sufrir y a dejarme morir lentamente, de la forma más cruel y silenciosa que existe.

Cuando nos conocimos ya estaba rota, agonizando en la UCI, y tú me diste fuerzas para aguantar un poco más. Pero las heridas y las grietas que llevaba años soportando mi corazón seguían ahí. Y ni todo el amor que siento por ti me permite ser lo suficientemente fuerte para luchar por un «nosotros».

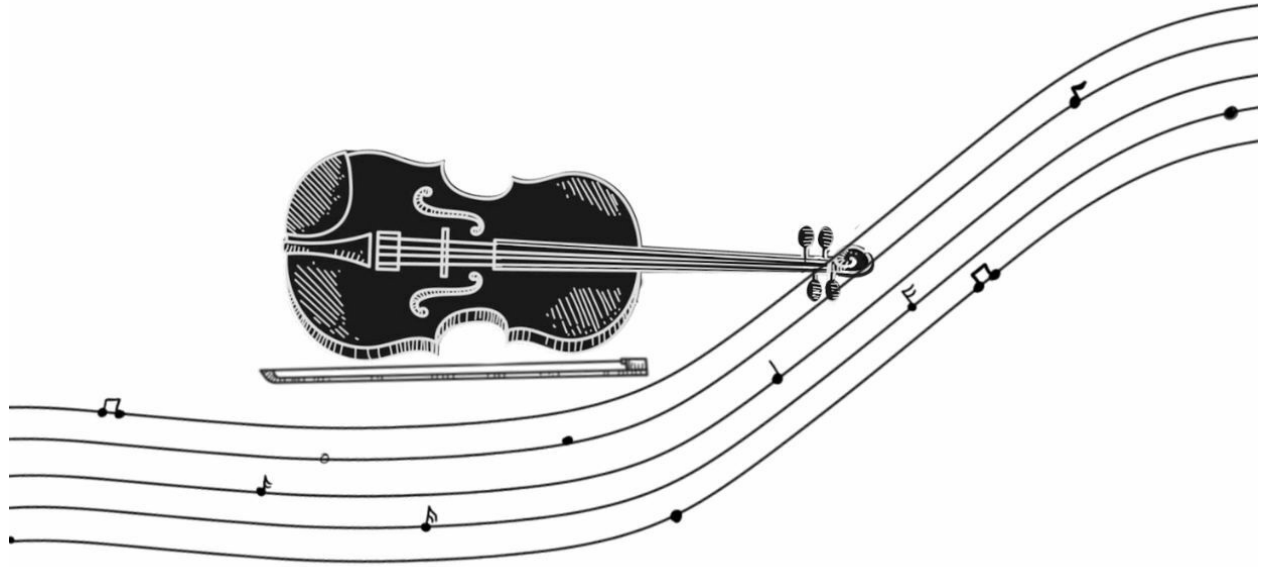
Puede sonar egoísta, pero estoy cansada de vivir. Me duele levantarme cada mañana y ver que me queda otro día en este mundo. Siento los años el doble de largos de lo que son en realidad. Sigo sintiéndome sola a pesar de no estarlo. Sigo sintiendo que estorbo en la vida de los demás.

No te mereces esto, pero tampoco te mereces cargar conmigo para siempre. No puedo retenerte por lástima ni por miedo a que me quiera hacer daño si me dejas. Quiero que seas libre para encontrar a una chica con la que ser feliz y formar la familia que tanto deseas.

Sé que ahora mismo no me entenderás y que me odiarás. Pero ojalá puedas perdonarme algún día.

Te quiero mucho, cariño, de verdad. Te echaré de menos allá donde vaya.

Vicky



Epílogo

2074

ESTOY NERVIOSA. Hoy volveré a ver a Adam. No negaré que he estado pendiente de su vida. Tardó unos años, pero volvió a casarse y tuvo dos niñas preciosas. Me alegro mucho por él.

Cuando aparece, me ve. Estoy segura de que cree que está soñando porque se pellizca el brazo.

—Es real, Adam. Soy yo.

Sigue sin hablar, aunque camina hacia mí.

—Vicky...

No sabe qué decir, normal, llegar aquí es un *shock* para todos.

—Te echaba de menos —pronuncio en un susurro que parece no oír.

Mira para todos lados hasta descubrir que estamos en nuestra casa. Tarda en reconocerla, hace demasiados años que no vive aquí.

—No entiendo este sitio.

—Tranquilo, te acostumbrarás.

Termina de acercarse a mí y me observa durante demasiado tiempo. Nos sostenemos la mirada y leo en ellos que está en paz.

—Me costó mucho, pero te perdoné.

—No tanto como tardé yo —confieso.

—Al principio no lo entendí, me sentí culpable por no haberme dado cuenta de nada, culpable por no hacerte feliz, culpable por todo. Me dio rabia, me enfadé contigo, y también conmigo mismo.

—Lo sé —admito con la voz serena.

—Hablé con Isabel y me hizo entender que nunca estuviste bien. Solo que a veces tenías

épocas de mejora y que quizá había sido un error dejar el tratamiento farmacológico. —Suspira y mira alrededor. —¿Has estado bien aquí?

Asiento.

—Me encontré a mis abuelos y a...

—Él. Por eso lo hiciste, necesitabas volver a su lado.

Su respuesta me impresiona tanto que no sé qué decir. Pero, sí, es tan obvio que negárselo sería muy deshonesto por mi parte. Aunque confluyeron muchos otros factores, Luis tuvo bastante que ver.

—¿Puedo hacer una cosa? Llevo años esperándote para esto.

Rozo su mano y sonrío al ver la luz anaranjada. Él se asusta al principio, pero luego se contagia de la paz que transmite ese brillo.

—¿Qué es esto?

—Significa que te quise mucho.

Nota de la autora

ESTA HISTORIA me ha dejado con una resaca emocional de la hostia, si me permites decirlo. No ha sido nada fácil hablar de estos temas tan delicados y salir de mi zona de confort con una trama principal no-romántica. Pero, además, veo necesario resaltar varios asuntos:

Uno. Como ya advertí al inicio, este libro no pretende jamás justificar el suicidio, solamente darle visibilidad y poner en evidencia ciertos comportamientos y señales a los que deberíamos prestar un poco más de atención como sociedad. En muchas ocasiones es una sorpresa porque la persona «estaba bien». Por eso he desarrollado la historia con un final en el que, aparentemente, no se podía esperar este desenlace.

Dos. No es un libro basado en hechos reales, así como tampoco es ningún tratado de psicología. Todo lo que he relatado es pura ficción y puede coincidir en menor o mayor medida con experiencias personales tanto mías como tuyas. Tampoco tengo la intención de explicar cómo funciona la mente humana, ya que no es mi campo. Solo he intentado crear una historia de ficción sobre la evolución de una depresión hasta su final más trágico.

Tres. Al igual que con cualquier otra novela de ficción, busco narrar con la mayor veracidad posible, documentándome sobre diferentes aspectos (médicos, geográficos, psicológicos, etcétera). No obstante, me he tomado alguna licencia literaria cuando la historia así lo ha requerido.

También, y como viene siendo habitual, te pido un favor. Si has disfrutado y te has emocionado, te estaré infinitamente agradecida si dejas una pequeña reseña, si me recomiendas a tu entorno, si me sigues en mis redes sociales y compartes mi contenido, para que más lectores como tú nos conozcan a mí y a mis chicas. Porque solo así puedo continuar escribiendo más historias como esta y hacéroselas llegar con toda la calidad que se merecen.

Agradecimientos

VOY A SER muy breve esta vez.

Muchas gracias a mis ceros (@lecturasdeunsiurell, @tatjanafrigar_escritora, @dreamingofmimibooks, @laurabooksblogger, @d.ruiz_writer, @Nerea_y_los_libros, @orecunchodacuruxa, @mecaienunlibro, @marijopove, @lectorahastaaltashoras, @worldsbooks__, @laurelleeyescribe), por acompañarme en esta travesía tan peculiar y ayudarme a redondear esta historia, a buscar alternativas y a decidirme.

Muchas gracias a las chicas del grupo de escritoras (Desirée Ruiz, Adriana LS Swift, María Ferrer Payeras, Irene Moyá, Jessica Danvers, Akara Wind, Ygritte Berlana, Victoria Fortún), por los ánimos y risas que me permiten seguir cuerda.

Muchas gracias a María, por compartir conmigo tus conocimientos sobre traumatismos craneoencefálicos. Esa escena no podría haberla plasmado bien sin ti.

Muchas gracias a Taira, Rocío, Ygritte y Daniela, por vuestro trabajo y por ayudarme a dejar esta obra pulida y bonita.

Muchas gracias a mi mayor apoyo en esta aventura, mi marido, y a mis lectoras más fieles.

Y muchas gracias a ti, por leer esta historia y llegar hasta aquí.

La autora

SOY ANGELS ALEMANY, mamá, emprendedora y, al parecer, también escritora.

Tras varios años trabajando en algo que no me llenaba, decidí salir de mi zona de confort y montar mi propio negocio de *social media* mientras empezaba a escribir mi primer libro.

Después de esto, no he dejado de escribir ni de especializarme hasta ahora, que me dedico a ayudar a otros escritores autopublicados en sus redes sociales o a mejorar su posicionamiento. Algo que he ido aprendiendo en primera persona.

Actualmente, compagino el caos de la maternidad con mi trabajo y mis nuevos proyectos literarios.

Te animo a seguirme en mis redes sociales para no perderte ninguna novedad y a echar un vistazo a los cuadernos y planificadores que yo misma he creado para diferentes temáticas.

Facebook: [Angels Alemany Libros](#)

Instagram: [@angels.alemany](#)

Instagram: [@cuadernosyplanificadores](#)

Otras obras publicadas



LUNAS Y ESTRELLAS: EL ÚLTIMO TATUAJE I

Julia es una más de esos jóvenes que tuvieron que abandonar su país por la falta de empleo y acabó en la fría ciudad de Estocolmo con un contrato de *au pair*. Pero un año después

tiene una vida que le encanta: un piso ideal, sus clases de baile, sus padres bien lejos y un novio que le acaba de proponer matrimonio.

Marcus es un hombre muy ocupado. Es hijo del dueño de uno de los bancos más importantes de Suecia y se siente afortunado de haber encontrado a la mujer con la que querría compartir su vida.

Viktor, hijo de madre española y padre sueco, vivió en España hasta que un acontecimiento de su pasado lo empujó a buscarse la vida en Estocolmo. Allí trabaja como escolta y está enamorado de su protegida, un secreto que solo conoce su compañero de piso y de trabajo.



PUNTO Y COMA: EL ÚLTIMO TATUAJE II

Julia ha vuelto a Estocolmo. Siente que ha hecho lo correcto, pero no deja de darle vueltas a todo. A la vida que hubiera podido tener de haberse quedado en Mallorca y a la que le espera. Quiere que todo sea como antes, aunque su corazón está muy lejos de allí.

Marcus se siente feliz. Pensaba que no volvería a verla y ahí está, en su casa, con un proyecto de vida en común que no puede rechazar. Aunque es consciente de que ella no es la

misma de antes.

Viktor sigue en España luchando por olvidar algo que, en realidad, no quiere olvidar. Quería impedir que ella se fuera, pero no pudo. Y ahora está con él. Y ya no puede protegerla.



HASTA QUE EL SOL DEJE DE BRILLAR

¿Cuánto tiempo puede mantenerse a salvo un secreto?

No uno de esos que le cuentas a tu amiga a los ocho años. No. Un secreto de los gordos, de los que llevas ocultando demasiado tiempo

porque, de salir a la luz, toda tu vida podría cambiar en un segundo.

Sofía quería estudiar Medicina. Tenía todo lo necesario para ello, entusiasmo y unas notas que le permitirían escoger carrera y universidad a su antojo. Hasta que aquello alteró todo su mundo.

Pablo regresa a su ciudad natal después de cinco años huyendo de los recuerdos. Y lo que le queda claro cuando la ve de nuevo es que nada ha cambiado y que necesita volver a formar parte de su vida como sea.

Él sabe que no obtendrá su perdón tan fácilmente y ella es consciente de que su vuelta solo significa una cosa: problemas.